Julio Rafael Contreras Roqué

ELIO MASSOIA

SU PERSONALIDAD Y SU OBRA

Ensayo bio-bibliográfico acerca del destacado naturalista argentino y su tiempo







ELIO MASSOIA

SU PERSONALIDAD Y SU OBRA

Julio Rafael Contreras Roqué

ELIO MASSOIA

SU PERSONALIDAD Y SU OBRA

Ensayo bio-bibliográfico
acerca del destacado naturalista argentino
y su tiempo

Esta obra contó con el trabajo de edición final de
Bárbara Gasparri







Fundación de Historia Natural Félix de Azara
Departamento de Ciencias Naturales y Antropológicas
CEBBAD - Instituto Superior de Investigaciones
Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)
E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar
Página web: www.fundacionazara.org.ar

Tapa: Ilustración de Aldo Chiappe (fragmento), publicada en la Revista Vida Silvestre Nº 83, año 2003.
Diseño de Fernando Vázquez Mazzini

Primera Edición: 2019

Impreso en la Argentina.
Se terminó de imprimir en el mes de Marzo de 2019, en la Ciudad de Buenos Aires.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES
Tel. (54-11) 4905-1232
info@vmeditores.com.ar
www.vmeditores.com.ar

Contreras Roqué, Julio Rafael
Elio Massoia : su personalidad y su obra : ensayo bio-bibliográfico acerca del destacado naturalista argentino y su tiempo / Julio Rafael Contreras Roqué. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad Maimónides, 2019.
266 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-1699-43-8

1. Biografías. I. Título.
CDD 920

Índice

Prólogo

En el mundo se conocen unas 5.500 especies vivientes de mamíferos silvestres y en la Argentina, más de 400. Es esperable, sin embargo, que los investigadores sigan sumando nuevas especies a medida que redoblen esfuerzos de búsqueda en el campo y de esclarecimiento taxonómico de los especímenes custodiados en las colecciones museológicas.

La mastozoología se ocupa de estudiar estos animales y –como toda ciencia- construye sus conocimientos de modo colectivo. Para ello sus cultores se basan en relevamientos en el campo, ejemplares colectados, pieles de estudio, restos óseos, análisis genéticos, búsquedas bibliográficas, consultas a especialistas y estudios comparativos. En estas páginas se relata la vida de uno de los investigadores más importantes que tuvo la Argentina en esta materia: Elio Massoia. Y con la particularidad que el narrador fue su par, pero no cualquiera: quien mejor lo conoció. De algún modo, la historia de la zoología es la integración de las biografías de sus protagonistas. Entonces, aquí se cuenta una parte de la historia de esta ciencia que ayuda a completar los panoramas brindados por Ricardo Ojeda en 2006 y, más tarde, por Rubén Bárquez y Mónica Díaz (2014).

Este libro, en mi opinión, es el más importante que haya escrito Julio Contreras. Al menos, sobre historia de la ciencia en general y, en particular, sobre la mastozoología argentina de la segunda mitad del siglo XX. Los lectores advertirán rápidamente que contiene no solo la biografía de Massoia sino que parcialmente abarca las de Osvaldo Reig y la suya propia. Es decir, las de tres de los máximos exponentes de la mastozoología sudamericana.

Además, este fue el último de los libros que redactaba antes de morir y que consideró prácticamente concluido. Podría decirse que es su gran obra póstuma, aunque dejó a medio camino una docena de biografías, como las

dedicadas a Pedro Scalabrini (1848-1916), Teofrasto Paracelso (1493-1541), Francisco Cosme Bueno y Alegre (1711-1798) y Antonio José de Cavanilles (1745-1804). A ellas hay que sumar no menos de una veintena de artículos y otros libros inconclusos sobre mastozoología, ornitología, entomología, zoogeografía, epistemología, ecología y biología de la conservación. Pocas personas tienen la capacidad de abordar tantas disciplinas y con tanta profundidad como él lo ha hecho. Para sus discípulos y amigos queda pendiente la tarea de completar estas obras, aspirando a sacarlas a la luz gradualmente y, con ellas, hasta nuevas especies para la ciencia.

Los años transcurridos entre la muerte de Elio (2001) y la larga década que le demandó la redacción intermitente del manuscrito de este libro le permitieron a Julio tamizar sensaciones y experiencias que despejaran lo sustancial. En esa distancia física y temporal la ausencia silenciosa de su colega y amigo le dio una perspectiva que facilitó ponerlo en valor, marginando aspectos efímeros y secundarios que no siempre resultaban fáciles de ignorar estando Elio presente.

Como colaborador y amigo de ambos, me ha tocado presenciar períodos de ocasional disgusto y hasta algún distanciamiento temporal entre ellos, pero sin que llegaran a quebrar su afecto y enorme respeto. Además, esos episodios nunca nacieron de ambiciones personales, egoísmos o mezquindades, sino de diferencias estrictamente técnicas que podían ser hasta sutiles respecto de los temas o especies que estudiaban. Quienes los han conocido podrán imaginar que bastaba disentir sobre un rasgo de identificación o clasificación taxonómica de un roedor para desencadenar una tormenta de apasionada discusión. Pero a la larga clareaba el afecto y al poco tiempo las relaciones se restauraban lejos de rencores y artificios.

Sé también que en más de un momento Julio vio en estas páginas "massoianas" los rasgos espejados de su propia vida. Y aunque sus estilos temperamentales no se comparan les tocó compartir espacios, tiempos, contextos y realidades que en las postrimerías los fue hermanando, aunque ellos no lo asumieran explícitamente de este modo. En 2017, la conciencia de Julio sobre la cercana posibilidad del fin de su propia existencia lo alentó a detallar ciertos episodios que lo tenían por último testigo de los mismos. Por eso abundan las referencias narradas con precisión y en un tono autobiográfico sin disimulos. En coherencia con esta situación, reafirmando pasajes de este libro y de modo complementario me permitió grabar conversaciones sobre sus más variados aspectos filosóficos y biográficos temiendo que el olvido los sepulte con su muerte. Cultivo la esperanza que eso no ocurrirá y la publicación de este libro respalda esta espera activa mientras avanzamos con la preparación de su biografía.

Elio Massoia y Julio Contreras fueron autodidactos: propiciaron su propia educación en el campo y en el gabinete, entre libros y colecciones zooló-

gicas, con maestros y discípulos, comprometiéndose a tal punto con la ciencia que hasta sus esposas e hijos fueron involucrados en sus tareas. Desde un origen familiar humilde se formaron a fuerza de una vocación clara, trabajo infatigable, lecturas constantes, privaciones diversas, disciplina casi religiosa y la influencia de unos pocos pero decisivos maestros y colegas de nivel excepcional. Entre estos últimos, el genial Osvaldo Reig, el "pionero del surgimiento de la mastozoología contemporánea argentina". Fue él quien los incorporó a su grupo de trabajo de la Cátedra de Vertebrados de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Ese ámbito académico, aunque incluía algún integrante que les fue hostil, era inclusivo, formador y hasta reivindicatorio. Después de esa etapa cada uno siguió su propio camino, aunque manteniendo contacto. Julio solía vivir en un estado de introspección obsesiva hacia sus temas de estudio. Elio, en cambio, lo hacía en un estado de alerta permanente y extrovertido hasta la euforia. Más cuando presentía un hallazgo o una crítica, fueran reales, potenciales o ficticias. Compartían la capacidad de asombro por la naturaleza, una prodigiosa memoria geográfica y una experiencia consolidada. Tal como lo recuerda Contreras, Massoia era "un reconocedor nato" de los mamíferos más complejos de identificar. Con un espécimen en la mano desplegaba lo que podía parecer "un sentido adivinatorio" de su clasificación, pero que en realidad era "resultante de una aguda y bien entrenada percepción que se anticipa al raciocinio". La falta de un título universitario les hizo conocer la injusticia y la discriminación de algunos "profesionales", por lo general, de poca valía aunque con capacidad para entorpecer sus trabajos. De todos modos, la carencia de recursos instrumentales o económicos no logró paralizarlos. Ellos mismos se proveyeron hasta de sus propias publicaciones para comunicar sus hallazgos. Elio creó su "Boletín Científico APRONA" y Julio, "Historia Natural", complementaria de otra de sus creaciones: "Nótulas Faunísticas". En vida, nada los detuvo y hallaron felicidad en lo que hacían. Dejaron discípulos notables; en el caso de Elio: Pablo Teta, Ulyses Pardiñas, Javier Pereira y Juan Carlos Chebez, por mencionar apenas algunos. Con su diversidad de enseñanzas ejercieron influencia en innumerables personas dedicadas a la educación, la ciencia o la conservación de la naturaleza. Descubrieron y describieron especies nuevas. Y finalmente sus aportes los ubicaron en el lugar que ocupan los referentes de la ciencia nacional. De hecho, cuando Ulyses Pardiñas (2006) -a partir de la muerte del magistral Ángel Cabrera- distinguió tres "escuelas" en el campo de la mastozoología argentina (las líneas de Rosendo Pascual, Osvaldo Reig y Fernando Kravetz) también reconoció "los escasos pero fundamentales unilaterales: Elio Massoia, Abel Fornes, Jorge Crespo y Julio Contreras".

La Fundación Azara termina siendo su último punto de encuentro. Por un lado, en este libro que publica en homenaje a Massoia y honrando la memoria de Contreras. Por otro, la colección que reúne la Fundación que tuvo entre sus creadores a Julio conserva buena parte de los especímenes de mamíferos que ambos reunieron a lo largo de su vida. Entre ellos, varios holotipos de roedores y otras rarezas que la convierten en una de las más importantes del país.

Las vidas de las personas que supieron darle trascendencia a sus días suelen ser inspiradoras. Ojalá estas páginas lo sean para quien olfatea que su vocación está en el camino de las ciencias naturales, la educación ambiental o la conservación de la biodiversidad. O bien para quienes ya, andando por estos caminos, puedan recorrerlos con un significado más profundo. De ser así también integrarán la biografía de nuestra zoología.

Claudio Bertonatti
Quilmes, 14 de enero de 2018

Prólogo del autor

Debemos destacar que al emprender esta tarea, y en forma valiosamente complementaria, conté durante todo el curso de la tarea con la colaboración de Adrián Giacchino y, además, la de algunos otros jóvenes que como él, transitaron por el mismo universo básico, pero mucho más tardíamente que la vida que se narra, al igual que la del autor, y se incorporaron al mundo activo de las ciencias naturales de la Argentina. Lo han hecho ingresando por la mejor puerta posible: con el interrogante primario acerca de qué es y cómo fue, poco más de un par de generaciones antes, la ciencia natural en el país y quiénes fueron los protagonistas de sus aportes mayores, los de la introducción de los cambios paradigmáticos y, los más destacados partícipes en la activación acontecida en el ambiente académico y paraacadémico, tanto en el campo biológico general y como en el de las ciencias naturales argentinas en los tiempos que van desde la segunda mitad del siglo XX hasta los primeros años del siglo XXI.

Estas páginas, justamente están destinadas a esclarecer esos interrogantes con el máximo detalle posible en una obra de síntesis como único medio de detener el gran vaciamiento de la memoria colectiva por el deslizarse del tiempo, que se lleva a los protagonistas, esfuma los escenarios, altera los legados y difumina las siluetas personales de quiénes más han hecho por el presente.

Desde el inicio, debemos expresar nuestro más profundo reconocimiento hacia los muchos amigos, colegas o prójimos cercanos con quienes compartimos durante mucho tiempo la preocupación por el rescate de la figura de Elio Massoia. Entre ellos, como ya se enunció, se cuenta Adrián Giacchino, quien aportó información, rastreó datos perdidos y, con él y a lo largo de este trabajo, sostuvimos asiduamente diálogos sobre el contenido de esta obra. Adrián lo hacía siempre exponiendo su preocupación por la historia de la ciencia argentina, su concepción humanista de esa historia y su fe en la acción positiva

como medio para superar la crisis actual de la ciencia, tal como lo ha probado reiteradamente con su tarea de los últimos años en la Fundación de Historia Natural Félix de Azara. Como Anexo de esta obra aparece transcripto el último de esos diálogos, en el que ambos partícipes expresamos, actualizadamente nuestras afirmaciones, dudas e inquietudes finales, acerca del biografiado y de su contexto epocal, e igualmente nuestra inquietud por el acontecer actual de la ciencia. Idénticas consideraciones valen para Claudio Bertonatti, Roberto Ferrari, Horacio Camacho, María Susana Merani, Osvaldo A. Reig, Jorge Rivero, Jorge Fernández, Bernardino Rivadavia, Jorge Morello, Carlos Fernández Balboa, José F. Bonaparte, Juan Carlos Chebez, y también para muchos otros buenos argentinos, varios de ellos ya lamentablemente fallecidos –científicos o estudiosos de la ciencia y de la cultura– dispersos en la sociedad inorgánica de la Argentina semidesmantelada, con los que hemos compartido inquietudes y solidaridades en los años difíciles de nuestra patria común.

Los ya nombrados y muchos otros amigos y colaboradores, han aportado elementos valiosos para este intento biográfico: datos, fotografías, recuerdos, juicios de valor y anécdotas, y también bibliografía pertinente, por eso agregamos también a esa nómina a Axel O. Bachmann, Alejandro Diéguez, Manuel Fernando Soria, Gustavo Aprile. Además, Yolanda Ester Davies, Marta Del Priore, Cristina Scioscia, y Adrián Di Giacomo. Por su parte Roberto Ferrari, con su densa erudición y su permanente buena voluntad, ayudó a resolver casos puntuales relacionados con el medio científico de la época estudiada, e incluso aportó datos acerca del submundo esotérico del Buenos Aires de entonces, que también fuera el que en cierta medida compartió Elio Massoia o que, al menos, se sintiera atraído por el mismo.

Para cerrar este prólogo no podemos hallar mejor marco conceptual para el proceso evocativo de una vida noblemente dedicada al conocimiento, que lo que escribiera el filósofo argentino por adopción, Francisco Romero [1891-1962] (1958: 84-85), en una nota acerca del filósofo danés Harald Höffding [1843-1931]: "*Como siempre me ha parecido grave irreverencia el coro de mentiras laudatorias que suele acompañar la verdad desnuda de la muerte, no diré que este patriarca de la filosofía haya sido un historiador de esos que proyectan luz nueva sobre el pasado, ni un pensador de los que dejan una huella profunda en su época por los hechos nuevos que le aportan o por la autenticidad y evidencia con que encarnan y revelan la vida más esencial y profunda de su tiempo. Tal como fue merece Höffding el respeto y el reconocimiento de todos, por la sencilla dignidad, la aptitud y el saber, la laboriosa consagración con que se aplicó a la filosofía. Que una vida como la suya no sea extraordinaria, dice mucho en honor de los países en los que estas actividades son tareas normales, o se trata de funciones cotidianas cumplidas a conciencia. En cambio las ponderaciones admirativas fuera de quicio*

descubren ese concepto mítico del sabio, vigente en zonas de escasa densidad cultural, cuyo tipo extremo es el mago o hechicero de las comarcas salvajes."

Por último debemos destacar que éste es un Prólogo que fue escrito en una versión preliminar –al igual que parte de la Introducción– originalmente en los meses finales de 2005– y se trataba de una versión primeriza y del tamaño apenas de opúsculo, de la obra, hoy casi por entero rehecha y fuertemente ampliada. Aquel viejo texto, casi arqueológico ya, ha sido mantenido en cuanto se aproximara en lo esencial y en sus aspectos críticos de la realidad actual –que tan poco se ha modificado sensible y cualitativamente en sus trazos primitivos–, por eso se intertextualizó– y sólo cuenta –diluido en el extenso libro de ahora con algunos retoques y supresiones. Se guarda así fidelidad a la memoria de un tiempo argentino intensa y dolorosamente vivido por el protagonista, al igual que por el autor, y también por sus mejores y más cercanos amigos y colegas, un período cuyas huellas y hasta muchos de sus defectos y virtudes, según nuestro entender, están actualmente todavía vigentes, en especial en sus características más ominosas.

Julio Rafael Contreras Roqué



Prof. Dr. Julio Rafael Contreras Roqué junto al biografiado Elio Massoia, en la sala de Antártida del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, año 2000. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

ELIO MASSOIA

Introducción

"En la Argentina, la historia de la ciencia es una actividad de minorías, y sus cultores trabajan, por carencia de incentivos y recursos, en ámbitos reducidos y generalmente incomunicados. De allí que esta disciplina, tal como llega a los restantes sectores de la cultura, la educación y la divulgación científica (si es que llega) provenga de la particular y sesgada visión que, de ella tienen los filósofos, los científicos o los historiadores no especializados, quienes la suelen concebir a la medida de sus propios y sin duda legítimos intereses."

[Guillermo Boido, Noticias del Planeta Tierra, Buenos Aires, 1996, pág. 13]

Mucho se ha debatido, especialmente en el siglo XX, acerca de si la biografía de quien cultivó una actividad científica es o no parte activa y central, y no secundaria y colateral, de la historia de la ciencia. Tal vez la mejor respuesta a ese planteamiento sea el retorno a la obra precursora de George Sarton[1] y, en

1 George Sarton [1884-1956]. Fue un destacado historiador de la ciencia, nacido en Bélgica, donde estudió química, graduándose en 1906. También se interesó en las matemáticas, alcanzando el doctorado en esta disciplina en 1911. En 1915, debido a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), migró a los Estados Unidos. Por eso, su carrera docente y académica fue desarrollada casi exclusivamente en esa nación, en la que pasó el resto de su vida. En 1913 había iniciado en Bélgica la publicación de la revista *Isis*, pionera entre las que tratan acerca de la historia de las ciencias, cuya edición –que aún continúa apareciendo–, además de la complementaria *Osiris* (publicada anualmente por la History of Science Society, mediante la University of Chicago Press), continuó años después en la University of Harvard, en Cambridge. Entre 1927 y 1948, compuso y publicó los tres grandes tomos de su *Introducción a la Historia de la Ciencia*, que fue un modelo en su género y que contribuyó a fijar las pautas metodológicas del campo que abarcaba. La obra estaba planeada para abarcar nueve volúmenes, pero Sarton falleció al terminar el tercero. En español se publicó en cinco tomos (EUDEBA, Buenos Aires, 1965). Fundó e integró la History of Science Society. En muchos círculos intelectuales y universitarios, es considerado simbólicamente como el padre de la historia de la ciencia en su modalidad humanista y totalizadora y, a él, se debería el papel de

consecuencia al entendimiento de que la biografía, en tanto aporte datos pertinentes al proceso de la creación científica y contribuya a esclarecer aspectos ignorados u olvidados del contexto propio de la actividad científica y en una época determinada, realiza un aporte no sólo necesario, sino también valioso y, a veces, imprescindible para la comprensión de la historia de la ciencia.

El problema del género biográfico debiera plantearse primordialmente en relación con el contexto historiográfico de la biografía. Como lo destaca José Luis Romero (1944) durante mucho tiempo la biografía fue considerada como una forma popular o subsidiaria de la historia, "*...quizá por la sola razón de que ha encontrado más cálida acogida en el lector culto pero no especialista*". Sin embargo, reconoce Romero, que en tanto la biografía escape de la idealización arquetípica y preste mayor atención a las relaciones del protagonista con su tiempo total, entra de lleno y por una puerta por demás legítima, al aporte de valor documental para el conocimiento histórico del pensamiento y de la progresión de las ideas.

En un ensayo esclarecedor, Exequiel César Ortega (1945), reivindica el género biográfico, que había sufrido, a partir de la cuarta década del siglo XX, y en gran medida colateralmente, los efectos de la llamada nueva historiografía[2], centrada en lo social y lo económico y, ubicada dentro de una concepción externalista del protagonismo humano, lo que la llevaba a reducir a un mínimo, en su interpretación particular del pasado, la significación de las biografías de los protagonistas, para alcanzar el objetivo mayor del conocimiento de la historia humana.

E. C. Ortega, lo hacía dando cuenta del cuidado metodológico que debe guardar un autor para el tratamiento de un personaje y, necesariamente también, de su tiempo: el objetivo se centraría, por un lado, en tratar de lograr mostrar adecuadamente al lector la figura protagonista y, en suministrarle al

---

iniciador en el moderno desarrollo de la historia de la ciencia, ya como disciplina académica, instaurada inicialmente en la University of Harvard desde 1940. Sin embargo, en una versión más amplia, debe considerarse la seria objeción que efectúa Miguel de Asúa (1997: 275, *passim*), en el sentido de que se deja de lado una obra concurrente como la de George Sarton, como lo ha sido la de Aldo Mieli, que ha sido tan relevante como la de aquél y, en más de un sentido, precursora a la de aquél en el campo de la disciplina que hoy conocemos como historia de la ciencia. Incluso, la revista de Mieli, *Archeion*, apareció desde 1919, mientras que *Isis*, la de Sarton, lo hizo desde 1922 (aunque estaba en proyecto desde 1913). Las alternativas de la relación entre ambos son dolorosas, pues Mieli, antes de abandonar Italia, estuvo cercado por el régimen fascista y volvió a sufrirlo en la Argentina de 1944. Sarton se retiró en 1951, un año después de la muerte de Mieli en Buenos Aires, y falleció en 1956.

2 Se trata de la llamada *École des Annales*, con centro difusor y doctrinario, en la Université de Strasbourg, Francia. Véase ampliamente acerca de la misma, sus posiciones epistemológicas e ideológicas y sus actores principales, así como su variación a través del tiempo, en Contreras Roqué (2012: 17). Dada la pertinencia del tema para el arte biográfico y para la filosofía subyacente a la relevancia de la biografía en la historia de la ciencia, se incluye en la sección final esta obra, como Anexo, un más extenso tratamiento del tema.

par, una buena caracterización de su ambiente "*sin pagar impuestos a la pesadez*". Por otra parte, la biografía debe descargar su énfasis en el tratamiento de la capacidad creadora del biografiado, en su vivir personal y en sus relaciones, entendiéndolo, no como el fruto determinista y exclusivo de las presiones sociales y económicas operantes, y –por ende– prescindible y reemplazable, sino como persona plena, voluntariosa e indispensable en su individualidad.

Es decir, se debe hacer la tarea biográfica sin abonar tampoco tasa alguna a las ideologías o a lo epocal moderno o a lo "políticamente correcto", un pretexto fundamentalista que suele ser en la época presente, el garrote autoritario e intimidatorio de la libre expresión del pensamiento en muchos ámbitos intelectuales y académicos avasallados por obra de los sectarismos de cualquier signo.

Es posible, que en este caso, en el que el "ambiente" dominante de fondo es la mastozoología[3] (una rama de la zoología dedicada a la clase zoológica Mammalia, es decir, la de los mamíferos), y en particular, dentro del mismo ámbito, de su campo subordinado de la rodentiología –el estudio de los roedores–, quede sumamente restringido el espectro posible de interesados, en seguir la secuencia biográfica de Elio Massoia, transcurrida en un denso y especializado sector de la compleja y diversa Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Por eso hemos extendido grandemente su campo abarcativo, ampliando el título original que se refería con exclusividad al protagonista, llevándolo ahora a Elio Massoia y su tiempo, por entender que no sólo presentaría mayor interés para los lectores, sino que incursionaría sobre un aspecto más vasto de la cultura, como lo es el despliegue global de su avance en una ciencia tan abarcativa como la biología, de la que se trata acerca de sus subdisciplinas, su implantación, desarrollo, problemática y protagonistas.

La evidente neutralidad que guardó Elio Massoia en la desdichada cultura de violencia, ideología, intolerancia y odio a perpetuidad, que en buena medida agobia y malogra la convivencia argentina desde hace muchos años afectó a la mayoría, salvó a él de ser la figura de proa de alguna bandería, extendiendo, de haber guardado otra conducta, *ad infinitum* su reclamo póstumo. No pudo darse un caso así, pues él vivió sólo para su ciencia y abstraído de debates o pugnas que no le interesaban pues para su vida, transformada en gran medida

3 Mastozoología: Denominación propuesta y vigente para una subdisciplina de la Zoología, antes denominada Teriología o Mamalogía. La palabra mastozoología fue acuñada por el zoólogo español Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960], el mismo que se radicó en la Argentina en 1925, cuando publicó su clásica obra *Manual de Mastozoología*, en 1922, para cubrir el estudio del orden zoológico Mammalia (Mamíferos), así denominado por Carl von Linné o Carolus Linnaeus [1709-1778] en 1758, en la décima edición de su obra llamada en forma común y sintética *Systema naturae*, abreviando el extenso título de *Systema naturae, sive regna tria naturae systematice proposita per secundum classes, ordines, genera, & species, cum characteribus, differentiis, synonymis, locis*.

en misión, sólo había una arena en la que lidiar cuando era necesario y era en el área del conocimiento zoológico y, de ser posible, en la de la rodentiología.

Es así, más aún cuando Elio Massoia, en medio de un mundo circundante altamente politizado, y formando él mismo parte –aunque un poco tarde– de una generación que llegó, a partir de los años '70 a los extremos sangrientos de la llamada militancia combatiente, permaneció abstraído en sus investigaciones, y lo hizo así, no por indiferencia ni por insensibilidad, sino por una particular y respetable concepción de su misión como persona, como ciudadano y como científico, pues lo pasó dedicado con mayor intensidad que antes a su tarea, en algo que nunca fue una opción egoísta y aislada, ni trató de aislarse mediante ella de las necesidades básicas de su patria.

Esta última cuestión requiere la vigencia de un concepto de tolerancia y comprensión de las conductas individuales que fueron honestas y dignas, en su campo personal de acción, por más que afuera de los gabinetes y laboratorios arreciara la violencia. Y este criterio será, seguramente, el que terminará por imponerse en la medida en que se sosieguen en la Argentina, tanto las pasiones debidas a las heridas todavía mal cicatrizadas, como aquéllas otras relacionadas con los ánimos de retorno pasatista, o a motivaciones interesadas e ideológicas violentas de cualquier signo.

La vida de un especialista, como fuera la de Elio Massoia, salvo que se cruzaran con ella sucesos, personajes o acontecimientos de mayor proyección histórica, social o accidental y anecdótica, en general podría quedar restringida a un campo aparentemente muy acotado, abarcativo tan sólo de un corto segmento de la realidad y del acontecer total de una época, pero eso no es óbice para desmerecer el interés que tal vida guarda para el estudioso de la ciencia y de la cultura, puesto que, a través de este ensayo biográfico se presentarán, no sólo elementos valorativos acerca de una personalidad de interés humano y científico, sino también, se prodigarán constantes referencias al escenario mayor científico, humano y político-cultural de la época.

El hecho de que se haya podido dar el "caso Massoia" en la ciencia argentina, y las modalidades de cómo el mismo se planteara y tuviera lugar, así también como se haya resuelto y, además, valorado todo en forma positiva, finalmente su actuación en el contexto científico y en las repercusiones sociales y académicas del mismo, forma parte de un panorama cultural y humano mucho mayor, como lo es el propio del desarrollo de la ciencia, de la cultura y de las mentalidades nacionales en la segunda mitad del siglo XX, e incluso y, más precisamente del acontecer que caracterizó a la promoción humana o generación que integrara nuestro protagonista.

Por eso, su registro y estudio puede contribuir a definirlo y a precisar generacionalmente sus grandezas y sus pequeñeces y, muy especialmente, la vir-

tualidad de sus potencialidades y la realidad fáctica del desperdicio inicuo de las mismas, en aras de falencias personales del protagonista del caso y, también muy significativamente, del sistema socio-cultural y político argentino contemporáneo suyo, en el que se dieron inúmeras circunstancias que contribuyeron sensiblemente a menguar el aporte total posible de tantos seres humanos capaces y, en particular y muy significativamente, del de alguien relativamente singular y atípico por muchas de sus cualidades y acciones, como lo ha sido el protagonista de este ensayo biográfico.

Por otra parte, toda biografía constituye un acto de justicia, un mojón recordatorio en el camino del tiempo, que todo lo devora de sus actores temporarios y, al que en alguna forma, tal emprendimiento trata de retener, en este, que es el caso de Elio Massoia, la personalidad, los intereses, los rastros vitales, los amores y odios, el pensamiento y la obra creadora, de alguien como él, que además de haber sido un cultivador activísimo de la ciencia, fuera un ser de carne y hueso, apasionado, inquieto, laborioso, sufrido y pleno de facetas humanas particularísimas.

Además, y ya en el plano subjetivo del autor, el protagonista, Elio Massoia, es y ha sido un depositario del afecto y de la solidaridad del mismo, pues –y no en vano– cuatro décadas de las vidas activas de ambos, se deslizaron, aunque con intermitencias, cercanas y plenas de referentes humanos y de circunstancias comunes, desde el otoño de 1961, hasta ese fatídico mes de mayo de 2001, en el que se produjo la partida definitiva del biografiado.

Es un hecho establecido el que no haya en el orden biográfico, testimonio más valioso y más digno de rescate, que aquél que procede de quienes fueron coetáneos, que vivieron próximos y en un cercano ámbito con el biografiado. Eso es casi evidente, pero sin olvidar que –como contraparte– suele tratarse de situaciones en las que hay riesgo de que domine en el que rememora cierto apasionamiento y, que eso otorgue al resultado menor objetividad, tanto por la inevitable subjetividad de lo humano personal, como por la falta de perspectiva temporal en la apreciación de los hechos y de sus contornos interpersonales y sociales. Hemos evitado lo más posible el caer en esa trampa y creemos haberlo logrado en un grado significativo.

Por otra parte, debemos dejar bien sentado que esta valoración crítica se formula sin llegar a querer promover por parte de eventuales biografiados o biografiables[4], la convocatoria prematura de un futuro testigo-narrador cerca-

4 Para poder llegar a ser objeto de una elaboración biográfica –ser biografiable– por un tercero y que eso esté dotado con validez del relato para muchos otros congéneres, es absolutamente necesario para un ser humano, haber alcanzado el nivel de una vida biográfica, como lo caracteriza Pedro Laín Entralgo (1986), es decir, haber conquistado a través de sus acciones y del entramado de las mismas con el acontecer relevante de su tiempo, una densidad de sucesos, productos e interacciones, como para haber llegado a alcanzar esa categoría

no pero neutro, como sucediera con Juan Pablo Eckermann [1792-1854] junto al ilustre Johann Wolfgang Goethe [1749-1832], quien en su último período de vida, lo convocara, contratara y alentara en su tarea compiladora y coloquial para con la vida del maestro (Eckermann, 1966), al que debía seguir tanto en su cotidianeidad, como en los vuelos ocasionales de su mente y de su voluntad, registrándolo y testimoniándolo todo.

También consideramos que es preciso llamar la atención acerca de la creciente carencia de testimonios personales referidos a muchas de las figuras relevantes de la ciencia argentina de la segunda mitad del siglo XX, las que en su mayoría, van desapareciendo, sin suscitar apenas más que las habituales y apresuradas reseñas obituarias, para después caer en un triste olvido por parte de quienes, en mayor o menor medida son –o debieran ser– sus continuadores, sus albaceas intelectuales y, también sus deudores y hasta legatarios, pues la ciencia –o una rama particular de la misma en este caso– es un constructo sistémico en el que intervienen el curso propio de la disciplina del caso, siempre en interacción dialéctica con la voluntad del protagonista y, fundamentalmente, con la consistencia y la motivación del desarrollo y el crecimiento de su legado intelectual y moral. Y este traspaso sólo se produce a través del conocimiento de la historia de la ciencia específica y de sus asociadas y siempre cercanas, como lo son la historia de las mentalidades y la historia de la ideas.

Si por causas accidentales o, más simplemente, por desinterés en la necesaria preocupación por la historia de la ciencia, se deja una historia personal precursora de lado, correrá el tiempo fugaz e indiferente, que no sólo devorará enteramente al ser sensible y personalizado que fue el protagonista ignorado, sino también, a una gran parte del contexto de su tiempo, es decir que, en forma acumulativa y si el caso se reitera, como sucede con tanta frecuencia en nuestra época, eso nos priva de la anatomía fina de la trama histórica del desarrollo científico y cultural del país en el que vivimos como herederos inmediatos de su contemporaneidad, pues pocos procesos como el de la ciencia, son tan permanentemente necesarios para garantizar el máximo de posibilidades de desarrollo futuro del saber humano y para asegurar una autovaloración nacional positiva y que, a los que hemos compartido la época y sus circunstan-

historiable. Lo opuesto es la vida sin historia, algo que sobrelleva –y lo ha hecho históricamente en todo tiempo– un gran porcentaje de la humanidad (Wolff, 1993). Parece redundante destacar que el azar biológico de la longevidad sea el primer requisito, sin embargo, no hubiera resultado lo mismo, por ejemplo en cuanto a nuestro conocimiento de Félix de Azara [1742-1821], que el mismo hubiera sucumbido de resultas de su grave herida sufrida en la playa de Argel en 1775, cuando era apenas un casi ignoto oficial-alferez ingeniero militar, con un bajo nivel escalafonario y sin contar con antecedentes personales relevantes dignos de mención. Veinte años más tarde, en 1795, cuando estaba ya dejando el Paraguay, y contaba en su haber con un alto porcentaje de su obra científica consumada, ya era dueño de una vida biográfica y así, fue que perduró en la historia de la ciencia y del acontecer humano (Contreras Roqué, 2006, 2010, 2011, 2012).

cia y a nuestros discípulos, continuadores y herederos, su evocación nos haga crecer y nos enriquezca intelectual y moralmente.

Coincidiendo con Julián Marías, podríamos decir que, entre las biografías posibles de un personaje, puede haber alguna de tipo densamente psicológica[5]; tal vez, alguna otra sea calificable de teorética, es decir restringida en su enfoque a la historia del pensamiento de ese ser particular que fuera el biografiado o a su papel en la historia de las ideas y, también –y ésta es, tal vez, la circunstancia más deseable– se formule alguna otra metodología que contuviera un intento de explicación y de reconstrucción lo más totalizadora posible de un individuo particular inserto en su tiempo, lo que incluye también lo subjetivo y lo anímico.

Esta última forma de encarar la biografía, corre el riesgo, si pone demasiado intensamente el acento en el marco epocal, de soslayar así al biografiado en tanto no interactúa con sus pares y sus circunstancias, como actor vivo en el teatro de su tiempo (o no deja huella manifiesta alguna de ese paso vital), pero es la de mayor interés para quienes buscan, a través de la comprensión amplia del clima institucional, mental, y espiritual de una época, poder entender mejor el proceso general de alguna cultura en particular o de la humana, globalmente considerada.

Ante todas esas alternativas, hemos optado por transitar por un camino intermedio, ponderado y balanceado entre los métodos expuestos y, cumplido su propósito, de ello surgió un resultado, que es este ensayo biográfico: apenas poco más que un esbozo, personalizado en la biografía de uno de los actores más destacados de la historia de la zoología argentina de vertebrados, en especial de la mastozoología (que como ya señaláramos, es la rama de la zoología especializada en el tratamiento de los mamíferos), que viviera y actuara en la segunda mitad del siglo XX y, a través de la cual, se busca desentrañar el por qué y el cómo de lo que se hizo y, también de lo que se omitió en ese campo específico en el curso de un período que abarca más de una generación humana en el escenario de la cultura argentina.

Partiendo de esa base conceptual, este ensayo no se refiere sólo a Elio Massoia, sino que también está destinado a deslindar y exponer las que fueron las vidas, las realizaciones y las esperanzas de quienes, a la par de él, e interactuando direc-

5 No podemos dejar de lado el caso de las biografías-patografías, que fincan en el estudio médico clínico, psicológico, psicoanalítico y neurológico de los protagonistas, la forma de lograr sus reconstrucciones biográficas, con el agravante de que unilateralizan la visión con una óptica, espectacular a veces, pero siempre restringida, cuyo resultado limita sensiblemente, las perspectivas posibles y asequibles de las vidas analizadas, las que siempre son merecedoras de un enfoque más completo y menos denigrante o injustamente irruptivo que éste. Hay muchos ejemplos de esta modalidad, destacándose modernamente los casos de orientación psicoanalítica, hacia los que hay más consenso público y gozan de un aparente atractivo por parte de muchos lectores.

tamente o no con él, fueron co-protagonistas y se acercaron a su vida, entendida ésta en sentido amplio. También ellos dejaron sus huellas en el desarrollo de la ciencia natural, especialmente de la argentina. Para ello revistamos la memoria de lo que del acontecer de esas vidas filtró positivamente el registro fáctico de la historia pequeña y nos lo dejó disponible para la rememoración. Pero, sabemos que esos mismos factores actuaron anulando paralelamente a muchas de ellas o, en otros casos, dejándolas fructificar más tardíamente en el inexorable acontecer real, pero, lejos ya del protagonista al que seguimos. La reconstrucción vital, mental, espiritual y moral de una época es siempre tarea acumulativa y de gestación multipersonal que se estructura a través del máximo posible de aportes.

Como toda compulsa de una época dada, no puede ésta que se realiza dejar de ser, como alguna vez lo destacó el humanista y erudito peruano Luis Alberto Sánchez (1956), el balance y la liquidación de esa época. El balance – siguiendo una vez más al ilustre autor citado– es la evaluación del activo y del pasivo, y la liquidación final, que no es sino la atribución a cada uno de lo suyo, o sea el prorrateo del debe y del haber, a los que cada vida y cada generación, los sobrellevan, en grado y proporción diversa, ante el tribunal de la posteridad.

Indudablemente, esa es una tarea comprometida y tiene límites, pues puede llegar a ser cruel. Además nunca deja de ser parcial, puesto que sus relatores son necesariamente humanos y, más aún, porque también han sido actores en el mismo escenario. Pero, téngase en cuenta que a esta tarea no es necesario emprenderla con la actitud que Roberto Ferrari y Carlos Galles (1984) denominaran "*sinceridad brutal*", al referirse a la modalidad crítica del gran historiador de la ciencia que fuera Aldo Mieli[6]. Pero tampoco puede llevarse

6 Aldo Mieli [Livorno, Italia, 1879-Buenos Aires, 1950]. Fue un erudito y prestigioso humanista italiano, historiador de la ciencia, un ser apasionado y probo estudioso, creador y director de la célebre revista *Archeion*, dedicada desde 1924 a esa rama de la historia del pensamiento y de la creación humana. Pese al destierro de su creador, la revista continuó siendo editada por Mieli, pero con la colaboración de José Babini en la Argentina, cuando aquél debió retirarse de la Italia en guerra, pero fue cerrada abruptamente por el régimen instaurado en la Argentina con el golpe de estado del 4 de junio de 1943, al suprimir el Instituto de Historia de la Ciencia de la Universidad del Litoral, en Santa Fe, donde se editaba (Nicolás Babini, 2006: 99, 104). Mieli se había radicado en la Argentina a partir de mediados de 1939, en Santa Fe, asociándose con José Babini [1897-1984] y con Desiderio Papp [1895-1993], trabajando unidos en la preparación del vasto y erudito proyecto de editar un *Panorama General de Historia de la Ciencia*, que fue publicado en Buenos Aires por Espasa Calpe Argentina, en diez tomos entre 1945 y 1958, una obra que fuera continuada por José Babini y Desiderio Papp, al fallecer Aldo Mieli en 1950, después de haberse logrado completar el tomo V, de esa obra intitulado *La Ciencia en el Renacimiento*, publicado ya póstumamente, en 1952. A partir de la presencia local de Aldo Mieli, quien llegara al país acompañado por una valiosísima biblioteca erudita, a la que antes de fallecer legó a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En consecuencia y con esos instrumentos, la historia de la ciencia en la Argentina, aunque cultivada por un mínimo casi irrisorio de cultivadores, se hizo contextual con los estándares europeos y erudita, o –al menos– experimentó la necesidad de desplazarse en ese nivel. Modernamente los ensayos biográficos meramente apologéticos, perdieron su razón esencial y, ya carecían de sentido ante el concepto moderno

a cabo con el subido tono ditirámbico y apologético que imprimieron a las biografías históricas que escribieron, por ejemplo, Ricardo Rojas, José María Ramos Mejía, Bernardo González Arrilli, Manuel Gálvez, Guillermo Márquez Miranda o Arturo Capdevila y –en algún caso también– A. D. Ygobone en la Argentina[7], entre tantos otros.

En nuestro caso, tampoco se aborda la biografía como la elaboración de un paradigma didáctico o de un arquetipo de la nacionalidad o de la ciencia, tal como se ha encarado con tanta frecuencia entre nosotros lo biográfico referido a personalidades civiles, por ejemplo, pues el caso militar está plagado de subjetivismo, adjetivación exagerada y búsqueda a toda costa de ejemplaridad intachable, al punto de tornarse, a veces, casi ilegible. Algo similar ocurre con el plano político de la biografía, que comprende a protagonistas especiales como Florentino Ameghino, a Francisco P. Moreno, a José Ingenieros, a Leopoldo Lugones

de la biografía científica instaurado en Europa y en los Estados Unidos desde comienzos del siglo XX. Si se analiza la proporcionalmente enorme dimensión, actualizada y de fuerte tonalidad humanística, centrada en la historiografía y encarando los más modernos campos del saber que desplegó la actividad editorial en el Buenos Aires de la década de los años 1940 a 1950, se llega a apreciar el crimen cultural que significó para ese despliegue casi insólito en América Latina, la destrucción de la universidad y el enseñoramiento de la política de baja estofa en todos los medios oficiales. El Instituto Miguel Lillo de San Miguel de Tucumán, la Universidad de Cuyo, con un fuerte aporte de exiliados españoles de 1936-1939, y las Academias de Ciencias de Buenos Aires y de Córdoba, intentaron de algún modo suplir esas carencia, pero para 1950 reinaba ya un silencio intelectual y cultural lamentable y ominoso, recién culminado en septiembre de 1955 con la caída del régimen. Sin embargo, la reconstrucción no siguió un rumbo feliz porque el desbalanceo de poderes, en particular del militar y el gremial con respecto a la sociedad civil republicana y, en un plazo de no más de una década, abortaron en gran medida la recuperación que estaba en activa marcha en esos años. La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, fundada en 1933, cumplió bajo la presidencia de Bernardo A. Houssay entre esa fecha y 1939 (y después presidente honorario desde esa fecha) un papel notable en el sostenimiento formal de la ciencia argentina, con hombres esclarecidos como Houssay, Luis F. Leloir y Eduardo Braun Menéndez, publicando la revista *Ciencia e Investigación* desde 1937. También surgieron algunos entes colegiados de la iniciativa privada (en ese momento o desde algunos años antes) y se sostuvieron en esos años, como la Sociedad Argentina de Botánica (1945), la Sociedad Ornitológica del Plata (1916), la Sociedad Entomológica Argentina (1925), la Asociación Argentina de Antropología (1944), la Asociación Geológica Argentina (1945), la Asociación Paleontológica Argentina (1956), la Sociedad Argentina de Antropología (1935), muchos de ellos con sus revistas específicas, que significaron refugio y continuidad para la aún escasamente desarrollada ciencia argentina.

7 Constituyen notables excepciones los escritos y obras acerca de Florentino Ameghino [1854-1911] y sus doctrinas publicadas respectivamente por José Ingenieros [1877-1925] (1911, 1914, 1919, 1951) y por Leopoldo Lugones [1874-1938], en 1915. Estas publicaciones tienen de común un tono escasamente apologético y están centradas en el rastreo de su personalidad y en su obra científica, las numerosas contribuciones periodísticas de Rodolfo E. Senet [1872-1938] (en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, en las décadas de 1910-1920 y de 1920-1930, por ejemplo), también la de Alfredo J. Torcelli [1864-1936], precediendo al primer tomo de las Obras Completas del ilustre paleontólogo (1913), las de Víctor Mercante [1870-1934] (1911, 1913, 1917), aunque su caracterización ameghiniana de 1927, podría ya caer en aquello que desatara la exagerada y, por momentos cruel, respuesta de Irina Podgorny (formulada especialmente en 1997, 1999 y 2000), y que además fuera seguido por las destacables publicaciones de Fernando Márquez Miranda (1951, 1954a, 1954b, 1957).

y a Domingo Faustino Sarmiento y, trascendiendo las fronteras, a Rubén Darío, Amado Nervo, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Miguel de Cervantes Saavedra, Lord Byron o a José Vascocelos, Rufino Blanco Fombona y A. Tolstoi.

El autor de estas páginas biográficas –como ya lo adelantáramos– vio deslizarse la mayor parte de su "tiempo vital útil" en el contexto enunciado de la ciencia argentina en sincronía con el mismo Elio Massoia y, como lo señaláramos, lo hizo por cauces cercanos, a veces parcialmente compartidos, con el del biografiado. Por eso, trata de retener por escrito lo que constituye la porción de memoria que le tocó en suerte atesorar y custodiar. Pero, la misma es frágil y perecedera, particularmente si no se produce un renuevo generacional que sea –y se sienta como tal– a la vez heredero consolidado y renovador consciente de las viejas tradiciones culturales argentinas, en cuanto éstas signifiquen aún vigencias intelectuales o morales. Ésta es una de las mayores fallas actuales, y que parte del deterioro generalizado del mecanismo de traspaso de los procesos vitales, culturales y humanos de instalación y de desarrollo de la ciencia en el país, en América y en el mundo.

En la Argentina, de acto institucional implícito en la estructura sistémica del pensamiento y de la autopercepción de la ciencia nacional, la dimensión histórica pasó a transformarse en acto individual y voluntario que se cumple raramente. Incluso se abandonan y descuidan los archivos, epistolarios, iconografías y colecciones: así se pierde mucho del acervo testimonial que sirve de apoyo a esa memoria.

De la síntesis elaborada, creemos que se desprende finalmente un Elio Massoia muy particular, que representa, ante todo, la historia de la inserción de una voluntad y de una vocación en el contexto de la ciencia zoológica argentina de la segunda mitad del siglo XX. También, y como contraparte necesaria, refleja la adversidad y las resistencias que, particularmente en la Argentina de los últimos sesenta años, se despertaran ante todo propósito voluntario y desinteresado, en especial en los campos de la ciencia y del pensamiento no sectario, más aún cuando los mismos provinieran de protagonistas no ortodoxamente académicos o partieran de iniciativas no institucionalizadas oficialmente o históricamente.

Elio Massoia fue a su modo un completo y cabal heterodoxo y, en gran medida, resultó víctima de la reacción contra esa irrupción informal, en un campo del conocimiento que parece tener parcelamiento territorial y propietarios[8]. La suya es una historia de carencias, iniciativas frustradas y de un con-

8 Más de una vez hemos experimentado una sorpresa ingrata ante varios intentos, alguno de ellos legalmente vigente de constituir en provincias argentinas cuerpos de legislación que dispone entre los biólogos la creación de los colegios profesionales, habiéndose llegado al caso insólito de definir la figura del

tinuo bregar contra resistencias –las más de ellas absurdas, si se contemplan con cierta perspectiva– del medio, ante las que sólo pudo sobrevivir gracias a su obstinado empecinamiento y eso, a costa de un fuerte desgaste vital y sensible, muy probablemente causante de la consiguiente mengua en la cantidad y calidad de su actividad creadora[9].



Elio Massoia disertando en un Congreso.

El hecho de que Elio Massoia haya terminado su vida en una situación de casi total pobreza y dejado de lado por la máquina oficial[10] (y desdichadamente

ejercicio ilegal de la biología. Hace más de una década pudimos conocer algo así como proyecto de ley en la provincia de Tucumán. Nada menos en esa provincia, en la que un heterodoxo como lo fuera Cläes Ch. Olrog [1912-1985], una figura notable de la zoología argentina y sudamericana, en el caso de que aún viviera, se vería excluido por esa legislación de cargos oficiales y docentes. En Tucumán también se desempeñaron como investigadores y docentes tanto Osvaldo A. Reig como José Fernando Bonaparte, dejando ambos una huella imborrable de intensa actividad biológica, con productos escritos, proposiciones y descubrimientos originales, de jerarquía y profundidad en su ejercicio de la ciencia durante sus etapas de no graduados.

9 Entre otras causas, esa mengua obedeció sensiblemente al hecho que raramente se permitiera a un heterodoxo disponer de instrumental y medios económicos y materiales suficientes –a veces, incluso, elementales– para el ejercicio de su actividad científica. Sin embargo, debe destacarse que si hubo una excepción notable en el país en esa historia de los autodidactas valiosos, la misma se encontró en el CONICET, en el que desde su inicio, se valorara primordialmente la capacidad probada de los que gozaron del privilegio de ser investigadores de esa institución.

10 Debido a la valiosa y decidida iniciativa de Virgilio G. Roig, de Fernando Kravetz, y de unos pocos colegas más, entre quienes se contara el autor de este texto, se logró en el inicio de la década de 1990, una acción del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) destinada a proteger a Elio Massoia, que había perdido su cargo en el INTA y se hallaba en una situación económica difícil

en muchos casos más o menos profundamente afectado por el desdén de sus propios pares en el cultivo de la ciencia), y que esa situación de carencia y restricción haya sido el triste trasfondo de buena parte de su vida, dedicada por completo a la investigación y el estudio, resulta doloroso. Cuando Elio Massoia elaboraba el esquema básico del poblamiento rodentiológico en la geografía biológica de la Argentina, pues a él se debe, en gran medida ese conocimiento, que es de un enorme valor aplicado epidemiológico, sanitario, educativo y económico –además de científico básico–, no hubo en la "clase política" ni en el estrato tecnocrático oficial, que es su dependencia y su prolongación, ni siquiera capacidad valorativa para apoyar adecuadamente una labor individual que, de haber sido estimulada y provista de los elementos más necesarios (instrumental, viajes de estudio, acceso libre a colecciones científicas, insumos elementales de laboratorio, gabinetes mínimos y decorosos para el ejercicio de su tarea, posesión bibliografía especializada y reconocimiento personal de su labor) hubiera rendido desmesuradamente más.



Elio Massoia (el primero de la derecha) junto a: Jaime Eduardo Powell, Oscar Donadío, Miguel Fernando Soria, Fernando Emilio Novas, Ana María Báez, Anne Roe, George Gaylord Simpson, José Fernando Bonaparte (de izquierda a derecha), en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, 1981.

y, además altamente desmoralizante porque su vida e ilusiones científicas se desmoronaban. El proyecto contó con el apoyo de José María Gallardo, por entonces director del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires. Se le ofreció un cargo técnico, con localización en el mencionado museo y se lo dejó sin definición clara de su estatus, como un elemento al margen del sistema, funcionando por sí mismo. Esta fue la situación formal que rodeó los años finales de Elio Massoia, pues falleció cumpliendo esas funciones, pero bajo direcciones menos generosas que la de Gallardo.

Creemos que el recuerdo de Elio Massoia es de los que merecen y deben ser evocados en esta hora de incertidumbre y, de perduración silenciosa de las elites del pensamiento y la tradición científica y cultural, en la que la memoria nacional, debe hacer acopio de sus mejores referencias. Rescatar, seleccionar, documentar, proteger y almacenar esos contenidos, es algo que resulta tarea fundamental para los historiadores de la ciencia en la Argentina.

Capítulo 1
La etapa inicial, los primeros años

"Era un chiquillo nervioso, por lo común callado y concentrado pero con bruscas expansiones expresivas. Entonces gritaba y reía. Tenía una voz chillona y su risa era estrepitosa. Era reacio a trabar nuevas amistades, pero cuando las establecía lo hacía firmemente. Aunque solía imponerse a los demás, no llegaba a ejercer esos liderazgos muchachiles, tan propios de los suburbios: siempre terminaba dominando en su temperamento el hombrecito solitario, y lo hacía apartarse del núcleo humano denso y del bullicio. No era raro verlo, encaramado en un carro de reparto barrial –todavía abundaban los carruajes tirados por caballos– acompañando a un lechero o panadero, que generalmente era un muchachito apenas mayor que él...".

[Reconstrucción parcial de un diálogo sostenido por el autor con don Pedro N., un viejo y jubilado maestro del barrio porteño de Flores, antiguo vecino de la familia de Elio Massoia. Tuvo lugar en San Carlos de Bariloche, cerca de 1970]

"1962. Delgado, nervioso, con aire abstraído, siempre cargando un pesado portafolios de cuero gastado, con hebillas metálicas desmesuradas –él las había hecho colocar expresamente–. Llegaba cada mañana Elio Massoia al sobrio edificio de calle Florida entre las de Tucumán y Viamonte, donde funcionara el Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Subía apresurado a su despacho y laboratorio en el tercer piso, en la Cátedra de Vertebrados de Osvaldo A. Reig, y se enfrascaba en su tarea. Sus ropas eran pobres, a veces aparecía vistiendo un saco algo raído y manchado, en el que los bolsillos rebosaban de bultos llamativos y que ni bien se

sentía en su ámbito desplegaba en su mesa: eran cajitas con cráneos de roedores, de pequeños marsupiales o de murciélagos que había llevado consigo el día anterior para seguir estudiándolos en su casa..."

[Recuerdo personal de JRCR, años iniciales de la década de los 60]

"Mayo de 2000. Cae una llovizna fría propia del invierno porteño, que este año persiste con particular asiduidad. Elio Massoia llega al Museo bien avanzada la mañana. Registra su entrada en la portería y vuelve a salir a la calle. Para él no funciona la amplia puerta de entrada por la que acceden todos sus compañeros de trabajo: para llegar a su "laboratorio", si así puede llamarse a un destartalado altillo en un ala lateral, casi abandonada del Museo, pues debería trasponer internamente una segunda puerta (interior) que permanece cerrada y a cuya llave, sus propios pares le niegan acceso. En una sociedad que se jacta de progresista y no-discriminadora, él es discriminado y lo experimenta sin apelación posible. Por eso ya está resignado, levanta las solapas de su saco para protegerse, baja los escalones y sale a la inclemencia de la llovizna helada. Doblada su espalda, un poco vencido, mal resguardado de la intemperie, recorre los casi 150 metros que, contorneando el edificio del Museo, hay que transitar hasta llegar a su lugar de trabajo, pasando por el portón trasero de la institución. ¿Qué sentimientos, qué penas o qué sueños bullen en su mente ya agobiada por tantas postergaciones y estrecheces? Para alivio de sus pesares, "su gata", una hembra gris jaspeada de felino, elegida entre el gaterío del vecino Parque Centenario, lo reconoce de lejos, le sale al paso y se restrega amorosamente contra sus piernas. Sube con él la crujiente escalera y cuando abre la puerta se abalanza veloz para ocupar su sitio preferido, una silla con asiento de esterilla cubierta con una vieja prenda de lana, en la que esperará ansiosa que Elio vacíe sus bolsillos siempre llenos de comprimidos de alimento balanceado para gatos..."

[Recuerdo personal de JRCR]

Elio Massoia, nacido y fallecido en la Capital Federal argentina, fue una de las figuras destacadas de la zoología rioplatense en la segunda mitad del siglo XX. Con su configuración personal autodidáctica, dotado de una intensiva laboriosidad y caracterizado por una muy fuerte motivación vocacional, llegó a constituirse en uno de los principales, sino en el mayor de los referentes nacionales, en cuanto al relevamiento en el campo, el estudio bioecológico básico, la descripción, el reconocimiento y en la revisión del estatus taxonómico de los mamíferos argentinos y regionales, especialmente de los roedores y de los marsupiales, aunque de un modo u otro, llegó a abarcar en sus investigaciones y escritos a la casi totalidad de la mastofauna viviente del país argentino, y a

muchos de los componentes fósiles de las formas extintas en el curso del tiempo geológico relativamente reciente (del Plioceno superior y del Cuaternario).

Elio Massoia había nacido en el semi-céntrico barrio porteño de Boedo, el 19 de agosto de 1936, en el seno de un típico hogar de Buenos Aires, de la clase media apenas acomodada, modesta y con notorios afanes de progreso. Según sus recuerdos, su salud durante los primeros años de su infancia, no habría sido muy buena, por lo que fue tratado, en su casa y en la escuela, como un niño frágil y delicado, condición con la que tempranamente trató de romper, mediante una precoz voluntad de endurecerse e imponer su deseos, lo que lo tornó audazmente travieso y emprendedor, casi caudillesco, cuando todavía cursaba los primeros grados de la escuela elemental.

Siendo él todavía muy pequeño, la familia de Elio dejó el centro de la ciudad y se trasladó al barrio más alejado de Flores, al sur de la gran divisoria de la avenida Rivadavia, por entonces todavía definible, como situado en el confín urbanizado capitalino. En esa zona cursó la escuela primaria en un establecimiento público y durante su paso por ella, según su propio decir, fue en un comienzo un niño tímido y, en gran medida, solitario y retraído, para casi bruscamente, transformarse hacia los once años de edad –y, de acuerdo con sus propias remembranzas, expuestas junto al fogón, en alguna hora nocturna y confidencial de jornadas de campaña compartidas– en un preadolescente juguetón, tozudo, irónico para con sus compañeros y un poco díscolo en su conducta hogareña, escolar y vecinal.

Todo esto que vamos relatando sobre el tema se nos hace, cada vez más, algo centralmente suburbiano, y además con un componente arltiano –ya hemos mencionado brevemente esto alguna vez– pero lo de Roberto Arlt [1900-1942], resalta porque es algo vecino y reiterativo: ambos venidos al mundo en un barrio más céntrico de Buenos Aires, que aquel en el que se formaron (tácitamente expulsados a la periferia, por la creciente burguesía porteña, que se hacía cada vez más exclusivista) los dos experimentaron el traslado, antes de llegar a la edad escolar, a los suburbios periféricos de la urbe, en el mismo barrio de Flores, al oeste de la ciudad.

Aunque hay que tener en cuenta que en lo referido al autor de *El juguete rabioso* todo es extremo, desmesurado y, además, acontece dos generaciones antes, puesto que hubo casi cuarenta años entre las fechas natales de Roberto Arlt (en 1900) y de Elio Massoia (en 1939), que el hogar de Arlt era mucho más difícil pues su padre era extranjero y, que en el caso de Elio, éste era nieto de inmigrantes. El entorno, tanto céntrico como barrial habían cambiado drásticamente, y que, además, Elio recibió más cariño y cuidados hogareños que Roberto Arlt. Sin embargo, al leer *El escritor en el bosque de ladrillos* de Sylvia Saitta (2000), que es una biografía de Arlt, hemos sentido una inquietud que

va desde el *dèja vu* hasta el reconocimiento de algo arltiano en Elio Massoia y, al par algo massoiano en Arlt. Hay en ellos una profunda huella del ambiente humano suburbano en el que despuntaron ambas vidas y que dejó en ellos grabada una soterrada pero evidente comunidad de rasgos. Ambos fracasaron/triunfaron, según desde qué óptica se los contemple y, adicionalmente sufrieron una obligada cuota de ostracismo afectivo y social.

Se desplazaba, entonces la infancia de Elio Massoia, por tiempos en los que:

"*Cada semana*
era distinta e igual a la siguiente.
El niño desdeñaba el calendario
y su patrón reloj era el cansancio.
Edad sin equinoccios, solo el tiempo
de ser feliz y entonces ignorarlo."[1]

Estuvo dotado desde pequeño de una gran curiosidad, especialmente por el mundo natural más inmediato: el de los animales y de las plantas; un poco menos por estas últimas, que también le atrajeron inicialmente. Ante las rocas, los suelos y la "gea" en general, era curioso e inquisitivo, pero no sentía por esos elementos el mismo atractivo que le despertaba el mundo viviente.

También le impresionaba, al par que le daba una sensación de felicidad y de expansión espiritual, la contemplación del cielo estrellado en la negrura de las noches del campo, que eran entonces, como ya casi no las hay tres cuartos de siglo después, en un planeta contaminado de luces como sucede en el presente. En aquellos años, y hasta poco después de 1965, bastaba alejarse a una o dos horas del ámbito urbano capitalino argentino para asistir a un paisaje nocturno singular. El recuerdo de las oscuras noches tibias y sin luna, en las que se encendían las sombras con millares de destellos de luciérnagas, o el de los largos atardeceres enrojecidos de la llanura solitaria, resultan imborrables para todo aquél que haya tenido ocasión de contemplarlo alguna vez en aquellos tiempos. En fin, en esa semiciudad-semicampiña del Bajo Flores porteño, Elio Massoia tuvo la sede de su país de la infancia, y lo resaltamos porque era algo cuyos resabios le daban una identidad particular, que traslucía en él y que en media hora de conversación, encontraría siempre un pretexto para referirse al lejano escenario de su infancia.

Resulta difícil transmitir una idea justa de lo que fueron esos años comprendidos entre 1955 y 1966. El signo de los tiempos de una época es exclusivo y único en sus características más singulares, las más entrañables para

1 Extraído del poema "*Entonces era siempre*", por José Luis Appleyard: Poesía, Asunción 2012, p. 15

quien las vive. Fueron años en los que la Argentina experimentaba un intenso cambio social y en sus formas tradicionales de vida. La idea del confort y la ampliación de las tasas individuales de apetencia y de consumo de todo orden, crecían rápidamente y se reflejaban sobre el mundo natural y también en las formas más inmediatas de la sensibilidad. Desaparecían en forma poco perceptible, pero en un proceso continuo estructuras y percepciones del medio natural y cultural. El paisaje se antropizaba y se hacía artificialmente complejo en forma acelerada. Contribuía a eso la surgente televisión. Desaparecieron de las calles urbanas el tranvía (1962) y poco después los carros (y los demás vehículos de tracción animal en general). Los "parches" silvestres subsistentes se alejaban rápidamente del cinturón suburbano. Como lo describe muy bien Milan Kundera (1993: 260) las calles asfaltadas reemplazaban rápidamente al antiguo camino o sendero arbitrario y semisilvestre, que en el medio suburbano cortaba baldíos, arboledas y fincas ruinosas, y el andar se hacía más rápido y enervado, más mecánico. Como lo describe ese autor, pero necesariamente trasponiendo en lugar de nuestros elementos vegetales propios, a aquellos que menciona el literato "*…había palabras que el hombre actual ya ha olvidado o de las que no sabe disfrutar: el berro, los tilos, el roble, los grillos, el nogal, el olmo, el brezo, los cuervos, el cálido estiércol de los viejos palomares y los caminos, los caminos sobre todo. Par les soirs bleus d'été, j'irai dans les sentiers, picotés para les blés, fouler l'herbe menue… Je ne parlerai pas, je ne penserai rien… et j'irai loin, bien loin, comme un bohêmien, par la Nature –hereux comme avec une femme…*[2]"

En los primeros años de su vida y recién emergiendo de la infancia más plena, le apasionaba a Elio en forma cada vez más absorbente, todo lo referente a la vida de los insectos y de los demás pequeños invertebrados caseros, la mayoría de jardín y de baldíos, pero también habitantes de los descampados del suburbio porteño, cada vez más reducidos a pequeños parches, como los que estaban a su alcance hacia el sur del barrio de Flores. En una zona de extramuros que en la década de los años 1940, todavía subsistía con características bas-

2 Aquí transcribe Kundera un párrafo del poeta Jean Nicolas Arthur Rimbaud [1854-1891] que, para otro país y otro tiempo, expresa lo mismo que estamos tratando, que constituye ese sentimiento de pérdida, esa especie de vacío, que al mismo tiempo es mengua y contracción perceptiva. La traducción, aportada por la misma obra es la siguiente: "*En las noches azules del verano, iré por los senderos salpicados de espigas, a pisar la fina hierba… No hablaré, no pensaré en nada… e iré lejos, muy lejos, como un vagabundo, por la Naturaleza –feliz como con una mujer…*" (hemos modificado ligeramente la versión española para hacerla más ajustada). Esta calidad de viraje sensitivo y cognitivo, con tonalidades similares, se refleja en la poética diferencia de las reconocidas generaciones literarias de 1940 y de 1960, que cada vez abandonan más notablemente el paisaje natural, ya ausente o muy lejano, para concentrarse en el panorama interior de las personas o giran en torno del yo enervado y problemático del ser humano protagonista, cada vez más concentrado en lo urbano y utilitario y, también, más desconcertado y escéptico.

tante silvestres, conformando un paisaje que bien se podría caracterizar como un polimorfo mosaico de áreas sin edificar, intercaladas con espacios verdes, remanentes de viejas quintas y tambos, ya transformados en esa época en corralones, depósitos de carruajes y caballerizas, en baldíos con árboles esqueléticos, o en sede de ruinas habitadas por marginados e indigentes extremos.

También perduraba en el área de Flores de esos años un particularísimo ambiente humano con algo de los escenarios y de los personajes "arltianos" y, también propios de algunos de los relatos de Fray Mocho o de los de Lobodón Garra, con protagonistas, escenarios y habitáculos, que en la mayoría de los casos eran sede de pequeños-grandes dramas particulares, muchas veces desplazados hacia el ámbito policial o hacia horrendos casos de abandono y de muertes solitarias. Todo ello constituía un submundo con características propias, que después del año 1946 se absorbió rápidamente en la gran urbe, expansiva y agitada por bruscos cambios sociales.

Contribuyó también a eso, el arribo masivo de migrantes del exterior, que huían de la posguerra europea y otros que llegaban del interior provinciano, atraídos por las perspectivas de trabajo seguro y de mejor calidad de vida y, además, por una enconada efervescencia política. Conservó siempre Elio una especial remembranza del viejo barrio de su niñez, de sus personajes, del habla cotidiana de sus vecinos y quedó él mismo impregnado de cierto gracejo personal, entre burlón y escéptico, algo que fuera muy característico de esa fracción perdida de la sociología urbana porteña.

Como fruto de sus andanzas preadolescentes, conoció Elio el mundo de los cazadores de ranas que perduraba en los todavía subsistentes bañados de Flores, el de los trampeadores de pájaros, el de los carreros y el de los barqueros o *boteros* del Riachuelo, que eran quienes traspasaban pasajeros de una a otra orilla en pequeños y en ocasiones, maltrechos botes. Entre los pajonales vecinos, cuarteados de senderos de tierra barrosa, hasta se lograba todavía hallar liebres por esos andurriales.

También llegó a contarnos Elio acerca de un nutriero que vivía por allí, al que trató bastante cercanamente, y que fuera uno más de quienes, en ese ámbito y en esos andurriales perdidos, lo familiarizaran con relatos detallados y de buen observador directo, acerca del ambiente natural del cercano Delta del Paraná, un paraje que tanto pesaría después en su vida científica.

Se trataba el suyo –en el caso de Elio– de un universo pintoresco, lleno de dramas de marginación y de exclusión, a menudo frecuentado por alcohólicos y marginados sociales o, simplemente por vagabundos, los "linyeras", que practicaban, más por desajuste personal, abulia y dejadez, que por ideas previas, una especie de anarquismo práctico y por él rehuían la ciudad grande, su ordenamiento y sus convenciones. Siempre le resultaba grato a Elio evocar los carros,

los caballos, las lagunas y la costa del Riachuelo, además incluía en su remembranza toda esa fauna humana tan particular que, a veces era de una dudosa picaresca, con la que en aquellos años podía encontrarse con sólo hacer una breve caminata, hasta alcanzarla en parajes no muy lejanos de su hogar.

Seguramente debido a esa experiencia, a la vez geográfica y humana temprana, era que Elio guardaba una especial y permanente simpatía hacia los personajes semimarginales relacionados con ese mundo o con otros similares que conoció años después en el interior del país. Cuando más tarde y con el correr del tiempo encontraba alguno en el campo, o en los pequeños parajes del interior en los que acampaba para sus estudios de campaña, era feliz conversando con él, contando anécdotas y "haciendo hablar" a su interlocutor, que resultaba a veces un "malandra", como solía él mismo decir.

El pequeño Elio Massoia debió gozar de gran libertad en el hogar familiar para sus andanzas barriales y para elegir y regular sus amistades y relaciones. Vivió así hasta el final de la escuela primaria, entregado a una vida casi despreocupada, en la que sólo se le exigía cumplir con sus obligaciones escolares y respetar cierta regularidad familiar de horarios. Lo hizo aprovechando su tiempo libre para las travesuras, solazándose en andanzas que satisfacían su curiosidad o para asistir a novedades que lo cargaban de asombro e incredulidad y que, en buena medida, sirvieron también para activar el prematuro cultivo de su curiosidad naturalista, especialmente en las excavaciones que comenzaban a abundar, al expandirse el área urbanizada ganando espacio al suburbio semi urbanizado o silvestre.

En su contacto activo con el medio natural, se inició tempranamente con los artrópodos. Solía recoger y tratar de criar ejemplares, para los que diseñaba con materiales precarios corralitos, cajitas y jaulas, con el fin de retenerlos y observar su vida. En especial, se trataba de cucarachas, langostas, escarabajos, arañas y grillos, aunque confesaba que alguna vez se interesó, también, por los caracoles que abundaban en los jardines de su barrio y por las hormigas, aunque las vio como parte de un mundo demasiado complejo como para poder dedicarse a ellas.

Profesaba una especial admiración y afecto por los grillos-topo o "perritos de agua"[3] y, después de las lluvias estivales se complacía en ver el dibujo externo de sus galerías casi superficiales, que se propagaban forzando hacia arriba la costra superior del suelo, en los espacios barrosos desnudos de vegetación, lo que delataba sus rastros. Ya adulto, y estando Elio en el campo con compañeros de trabajo, el hecho fortuito de que alguno de sus acompañantes causara la muerte accidental de algún grillo-topo, podía dar lugar a un desagradable inci-

3 Los renombrados Grillotalpa, una forma de artrópodo con vasta distribución continental a pesar de tratarse de una especie introducida por acción humana y que se ha tornado cosmopolita.

dente y el involuntario culpable sería tratado con vehemencia de "asesino" por Elio, que podía retener durante días su estado de desagrado por lo sucedido.

Completada la escuela primaria, cumplió Massoia sus estudios secundarios en la Escuela Normal N° 2 "Mariano Acosta", que por entonces, era una de los más prestigiosos centros formadores de docentes en la capital argentina. Contaba con excelentes profesores y reinaba en su seno una exigencia rigurosa para sus alumnos. Egresó Elio de ella como Maestro Normal Nacional, un grado que lo habilitaba para la enseñanza de nivel primario. La necesidad económica lo llevó, en seguida de graduarse, al ejercicio de la docencia, practicándola en una escuela primaria de la Ciudad de Buenos Aires, tarea que realizó por poco tiempo y en forma cada vez más conflictiva en la medida en la que crecían sus intereses y compromisos como zoólogo[4].

4 Entre otros motivos de conflicto con las autoridades escolares, se suscitó alguno para el novel docente, debido a las invitaciones que realizara a algunos de sus alumnos, para acompañarle en excursiones de trampeo de roedores. Cuesta poco imaginar la reacción que provocaría en hogares de la prejuiciosa clase media porteña de finales de la década de 1950, el hecho de que sus hijos, especialmente en el caso de las niñas, cazaran y manipularan "ratones" y "ratas", debiendo además, para hacerlo, acudir a áreas marginales y de riesgo, como eran considerados –y con mucha razón– los baldíos urbanos y suburbanos.

Capítulo 2
Genio y carácter

"Es un gran intuitivo, apasionado, fanático. Se presenta a veces, o casi crónicamente, airado y alerta, siempre presto al entusiasmo o al disgusto, ambos extremosos. Elio Massoia es el referente insoslayable para toda duda mastozoológica de carácter práctico en el ambiente especializado de la Argentina. Es un reconocedor nato de formas y de relaciones entre patrones estructurales a veces muy complejos, ante los que otros se pierden o dudan. Su memoria visual y geográfica asombra. Aunque él no lo sabe le conservo siempre el mayor afecto y estima. Posee lo que casi sería un sentido adivinatorio en taxonomía, posiblemente eso es resultante de una aguda y bien entrenada percepción que se anticipa al raciocinio. Me apenan su incapacidad teórica y su empecinamiento. Me gustaría darle un abrazo y decirle: –Elio, ¿por qué no trabajamos más cerca uno de otro?, pero él tiene sus púas de puercoespín y yo las mías, así que nunca podremos acercarnos mucho, nos lastimaríamos mutuamente..."

[Reconstrucción de un diálogo sostenido con Osvaldo A. Reig, en Rincón de Ambrosio, Corrientes, en octubre de 1988. JRCR]

Si algo resaltaba notablemente en la personalidad de Elio Massoia era su peculiaridad individual, su talante[1], diríamos siguiendo a José Luis Arangu-

1 Dice José Luis Aranguren (1964: 283): "*Cada hombre tiene su modo propio de estar atemperado, depresivo, exaltado, equilibradamente, etc. a la realidad. Y probablemente el talante no es fundamentalmente sino la apertura inteligible a la propia realidad interior, al "tono vital" y a su atemperamiento (temperamentum) peculiar a la realidad exterior. La unidad estructural alma-cuerpo impide considerar el talante –ni en realidad ningún fenómeno antropológico, según Zubiri–, ni como puramente biológico ni como puramente anímico.*

ren, era fuertemente diferenciado. Sus simpatías y adhesiones eran definidas y tajantes, casi incondicionales, pero –al mismo tiempo– frágiles y podían caer súbitamente en una valoración antagónica, hasta por acaecer de un altercado banal o caprichoso. Sus rechazos podían llegar a ser extremos y eran difícilmente reconciliables. Puede decirse que no era envidioso, que soportaba la desigualdad que le imponían, casi con ironía y sin odio, pero en su realidad palpable, era lo que suele llamarse un individuo rijoso, lleno de insospechadas asperezas que, extrañamente, convivían en él con una disposición amigable y generosa básica. Tal vez se le arremansaban en algún pozo anímico recóndito, todos los dolores, todos los desprecios, todas las frustraciones y lo que se percibía en él en esas ocasiones ásperas y hasta crueles, no fueron sino ecos del borboteo externo de esa carga interior…

Su infancia capitalina pero esencialmente barrial, sumada a su formación educativa heterodoxa y a la densidad pasional de su vocación, condicionaron casi forzosamente, una condición atípica que se propagó en toda su configuración personal. Ni bien se le conocía, llamaba la atención ante los extraños por el exotismo de sus maneras y de algunas de sus reacciones. Es posible que fuera muy consciente de ello y que, incluso y en cierta medida bien calculada, sobreactuara para desconcertar y asombrar, cosa que le divertía íntimamente.

Ya llegado en la vida hasta poco más de una década antes de su final, creó Elio un Massoia artificial, al que cultivaba y manifestaba, en especial donde quería resaltar su diferenciación: cuando se alejaba del grupo o de la persona a la que quería impresionar o desconcertar, se "normalizaba" en seguida, emergiendo de la situación casi gozoso, aunque casi nunca hablaba de ello.

Quienes lo trataban asiduamente, sabían que si se presentaba ante él un extraño, máxime cuando estaba rodeado de sus íntimos, se mostraría más "massoiano" que nunca, como significando "así soy yo", o se trataba de un mensaje subliminal de "me toman o me dejan", tácitamente formulado, de entrada y muy expresivamente. Sin embargo, raramente despertaba rechazo en quienes lo conocían por primera vez: lo más frecuente era que se generara hacia él una corriente espontánea de simpatía afectuosa. Solamente chocaba decididamente con aquéllos que eran tan empecinados como él pero, que se presentaban acorazados, por un empaque externo mucho menos expresivo, más duros y engolados o pedantes. También chocaba con los que eran solapadamente envidiosos, esto ya en el campo específico de los biólogos y naturalistas, hacia

---

Lo que biológicamente aparece como tono vital o, si se quiere temperamento, es en cuanto anímicamente viviendo talante. Si como ha hecho ver Pedro Laín Entralgo, hay una "biología de la esperanza", puesto que el temple esperanzado o desesperanzado depende del "tono vital" y, como decía él gráficamente, el cuerpo nos "pide" unas veces y nos "im-pide" otras esperar, ¿cómo no va a haber también, mirando las cosas por el otro lado, una psicología del temperamento?" (ya citado en Contreras Roqué, 2010: 72).

quienes tenía una especie de sexto sentido encubierto para detectarlos, pues raramente se equivocaba en sus apreciaciones primerizas acerca de terceros.

Con el curso de los años y alcanzada la madurez, en muchos sentidos se hizo cada vez más afecto a la compañía de los jóvenes, en particular hacia aquéllos en los que percibía una vocación naturalista. Prefería su presencia y su compañía a la de sus colegas adultos y a la de los especialistas prestigiosos. Ante los principiantes juveniles se brindaba entero, se dejaba llevar ante ellos por la imaginación y formulaba proyectos, les explicaba sus proyectos, les contaba alguna anécdota, les asignaba tareas, a veces fantásticas, y se entusiasmaba hasta la emoción. Entonces quedaba contento, como realizado en plenitud.



Elio Massoia respondiendo consultas, a la derecha con remera rayada Hernán Pastore. Foto: Diego Pastore.

Era rápido para brindar apoyo, e inclusive generosas coautorías a los jóvenes vocacionales (por lo común estudiantes) que se le acercaban, pero requería que sus adeptos se mantuvieran, entera e incondicionalmente, en su órbita. En consecuencia, toda defección provocaba conflictos, a veces ruidosos y daba lugar a rompimientos definitivos o siempre muy difíciles de zanjar. Esas "defecciones", muy bien podían consistir en una interpretación distinta a la suya de un rasgo morfológico, biogeográfico o al respecto de alguna teorización taxonómica. Tal era su apasionada y casi fundamentalista adhesión y entrega a la ciencia o al "arte" que practicaba.

Aunque muchas veces en su vida de naturalista mató ejemplares de diversas especies, siempre tuvo como finalidad el destinarlos finalmente a las colec-

ciones suyas propias o a alguna museológica de estudio, nunca fue Elio cruel ni indiferente ante el sufrimiento animal. Trataba de evitarlo y, poco a poco, fue desarrollando una completa repulsión personal ante el hecho de matar, transformándose, merced a ese sentimiento, en especial después que alcanzara sus cincuenta años de vida, en un verdadero y apasionado antiviviseccionista y enemigo de todo colector de ejemplares que no se aprovecharían adecuadamente como objetos de estudio y conocimiento, provocando de ese modo muertes innecesarias. Incluso creyó en sus últimos años de vida, que tarde o temprano se debía pagar un duro precio por las muertes innecesarias de animales, remitiendo tal castigo a una supervivencia póstuma en la que él creía fervientemente, pero lejos del esquema de cualquier culto religioso formal.

A su modo creó y cultivó Elio Massoia su particular *biofilia*[2] personal, no inspirada en lecturas, sino emanada consecuentemente de la evolución personal de un sentimiento que, como bien lo destaca Edward O. Wilson (1995, *op. cit.*), es casi innato en los organismos neurológicamente más avanzados y, que constituye necesariamente uno de los componentes naturales y básicos de la vida y de la cosmovisión de un verdadero naturalista. Por eso, si alguien se ha acercado al casi mítico Henri Fabre[3], en cuanto a ese apasionado sentimiento respecto a la vida animal en la historia moderna de la ciencia argentina ha sido Elio Massoia, aunque sabemos por referencias de terceros, que Augusto C. Pirán, sentía lo mismo acerca de la casi sacralidad de la vida y se condolía de toda acción cruel, aunque el entomólogo chaqueño era mucho más reservado en

---

2 Biofilia: dice al respecto E. O. Wilson (1995): "*... en mi opinión, la implicación más importante de la biofilia es la base que proporciona para una ética conservacionista permanente. Si el interés por el resto de los seres vivos forma parte de la condición humana, si parte de nuestra cultura se deriva de la naturaleza salvaje, entonces, sólo sobre esta base, constituye un terrible delito extinguir otras formas de vida. La naturaleza forma parte de nosotros así como nosotros formamos parte de la naturaleza*."

3 J. Henri Fabre [1823-1915]. Fue un entomólogo autodidacta francés, nacido en Saint Léons, Aveyron, que sintió una temprana y dominante atracción por el conocimiento de la vida, la diversidad y la biología y costumbres de los insectos. Obedeciendo al mandato de su vocación dedicó gran parte de su larga vida (vivió 91 años) a seguir en el medio natural, para él algo accesible pues el suyo era un ámbito rural, a estudiar la actividad vital, la bioecología y la etología de cuantas especies de artrópodos le fue posible abarcar. Hizo sus estudios primarios en Ajaccio, Córcega, y en 1852 ingresó en el Liceo de Avignon, donde alcanzó su bachillerato, y años más tarde se doctoró en derecho en París. Desempeñó una carrera profesional que alternó con sus observaciones vocacionales, hasta su retiro en 1891, tras el cual le quedaron aún 41 años de vida para dedicarlos por entero a su pasión dominante. Tenía el hábito de anotar cuidadosamente sus observaciones a las que retornaba una y otra vez, ampliándolas e ilustrándolas cuando le era posible. De este modo nacieron sus *Souvenirs éntomologiques*, que se publicaron en una decena de tomos entre 1879 y 1907, con gran éxito público, razón por la cual se hizo merecedor ante su biógrafo E. Revel (Revel, 1951), del calificativo de "el Homero de los insectos", puesto que fue en gran medida el precursor de la entomología científica, biológica y eto-ecológica, no meramente clasificatoria. Para desplegar esa tarea se sirvió de su notable don de observación, al que acompañó de casi infinita paciencia. Aunque tuvo especial preferencia por los Hymenoptera, los Coleoptera y los Orthoptera, incursionó mucho por otros grupos siempre que tuvo ocasión y tiempo.

cuanto a sus sentimientos de fondo que lo que demostraba Elio con frecuencia en sus exteriorizaciones y desbordes verbales.

Entre los dones naturales que poseía Elio, uno notable era su capacidad de reconocer formas y patrones geométricos y de relaciones internas de un objeto complejo, particularmente y por sus circunstancias, lo aplicaba a los cráneos, las denticiones y, en general, a todas las partes duras de los animales con los que trabajaba. Toda variación, aún la más sutil de un patrón modal saltaba de inmediato a su mente e iniciaba una larga cadena de búsqueda de explicaciones y de evocaciones comparativas.

Por ello era Massoia habilísimo para distinguir las menores variaciones de cualquier estructura o diseño básico o estandarizado. En zoología recurría canónicamente al material tipológico[4] o a sus sustitutos topotípicos[5]: esa fue su mayor herramienta para el trabajo taxonómico y, básicamente la volcó hacia la estructura de los dientes y de los mínimos detalles anatómicos del esqueleto craneano de roedores, felinos, murciélagos y marsupiales, a cuya anatomía osteológico-dentaria o a su diseño pigmentario externo, retenía en forma casi fotográfica en su memoria privilegiada.

Para muchos entre quienes lo conocimos personalmente, de seguro permanece grabado en forma inolvidable el recuerdo de Elio en su lugar de trabajo (por ejemplo, el del INTA en Castelar era inolvidable para quien lo visitara alguna vez). Allí asumía muy bien Elio su papel de anfitrión. Después de recibir a sus visitantes, máxime cuando le llevaban los codiciados y valiosos bolos de deglución que no se cansaba de solicitar a todos sus conocidos. Al recibir los envoltorios, acrecía en Massoia el entusiasmo, y después de recibir y desplegar en una bandeja el contenido del paquete de *egagrópilas*[6] que le traían sus

4 Material tipológico: Desígnase así (o como material típico) a aquél sobre el cual se basó la creación de una especie o subespecie y que se conserva en un museo o institución científica como manda el código de nomenclatura zoológica (descripción, medidas, nomenclatura, datos biológicos y de hábitat, sexo, y modernamente suele aportarse también información citogenética, molecular, parasitológica, etc., llegándose modernamente a metodologías tan sofisticadas como exactas, como resulta la del código de barras). La localización geográfica en la que fue obtenido el tipo se denomina localidad típica.

5 Topotípicos: Ejemplares topotípicos de una especie o, simplemente topotipos, son aquellos que se obtienen en la misma localidad de procedencia del tipo (localidad típica o terra typica), o de integrantes del holotipo que sirvieron de base para la descripción de una especie o subespecie. Los tipos son celosamante guardados y custodiados en las colecciónes que los poseen. Una descripción de nuevas especies o subespecie no es válida si no está acompañada por la indicación de dónde está guardado el tipo, si es un solo ejemplar, o el holotipo si se trata de varios especímenes o, –y es usual– al menos debería contarse con un holotipo macho y otro hembra, en especial si se da el caso de marcada distinción sexual. La especie lleva una denominación y, sólo comparando ejemplares nuevos de otras localidades con el material típico u holotípico, según el caso, se puede afirmar o negar una asignación taxonómica. Una *quasi*-obsesión de Elio Masssoia era la de poseer en su colección personal, el máximo de topotipos posibles de las especies y subespecies de su interés.

6 Egagrópilas: son conglomerados de restos de huesos, dientes, uñas y pelos de pequeños vertebrados, mez-

amigos y colaboradores, revolvía con sus dedos los restos o los lavaba con agua caliente y, quedaba momentáneamente, como suspendido, completamente abstraído en su tarea. Lanzaba de tanto en tanto, exclamaciones de sorpresa y de alegría, en la medida en que iba reconociendo la identidad de mandíbulas, de hileras dentarias o de trozos de ellas y de otros restos ínfimos. Difícilmente, se equivocaba en ese reconocimiento diagnóstico inicial y, las revisiones que efectuaba secundariamente, no hacían sino confirmarlo.



Elio Massoia revisando cráneos provenientes de egagrópilas.
Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

clados con restos quitinosos de insectos, si éstos integran la dieta. Los restos óseos son, en especial de roedores, de murciélagos o de algún ave, fruto de la regurgitación mediante un mecanismo asociado a la ingesta y digestión por parte de aves rapaces, especialmente de Strigiformes (lechuzas y búhos), por el cual esas aves regurgitan (mediante un flujo peristáltico esofágico invertido, arrojan por la boca en forma de conglomerados los restos duros, cementados por un acúmulo de restos blandos) los elementos indigeribles de la dieta: fragmentos, pieles, pelos, plumas, dientes, élitros y caparazones. Estos elementos se acumulan bajo nidos, posaderos o dormideros de esas aves, y la intemperie suele ser la encargada de disgregarlos en sus partículas componentes. Para el estudioso resulta muy valiosa la "disección" (disgregación) de la egagrópila o bolo y el examen individual y cuidadoso de cada fragmento hallado en las egagrópilas, porque sirve como documentación, que se integra en panoramas geográficos y bien datados, que muestran la composición y la variación estacional (fenología) de la fauna de la localidad de procedencia de las regurgitaciones y, más aún, conociendo el área media normal de recorrido diario de los predadores (home range) se pueden establecer elencos muy localizados de distribución de la fauna implicada en esos restos.

Otra de sus despiertas curiosidades lo llevó a interesarse vivamente por todo aquello que implicara algún tipo de "misterio" y contaba que, durante mucho tiempo –incluso mientras aún era alumno de la escuela primaria– quiso acceder, pero sin éxito, a las reuniones espiritistas que se realizaban en un local de la llamada "*Sociedad Basilio*"[7], no muy lejano de su casa. Lo rechazaban entre desagradados y sorprendidos al ver a un niño con esos intereses. Fue algo que recién lograría consumar varios años más tarde, ya adolescente, e invitado por un amigo que militaba en dicha asociación. Lo que allí observara le provocó una profunda decepción, mezclada con asco y miedo, y por más que conservó siempre una marcada atracción por lo esotérico, no pudo soportar lo burdo y grotesco de la presentación contemplada o de otras de esa laya.

Si bien no era practicante religioso asiduo, nunca se refería en forma antagónica con respecto al catolicismo. Posiblemente había arribado a esa actitud partiendo de la religiosidad común de un ciudadano de Buenos Aires de esos años, la que, en general, era de descreimiento y de escépticismo ante cualquier forma particular de concepción religiosa, por más que pudiera aceptar la religiosidad externa y ritual católica como costumbre social, además de la profesión, a veces encubierta, de una creencia más supersticiosa que racional en todos o algunos de los santos y algunos aspectos del ritual (como la señal de la cruz). No demostraba explícitamente su fe, menos aún su adhesión a ninguna iglesia, pero sí trascendía en él la necesidad de encontrar una creencia dentro del marco general de un sentido *numinoso*[8], que estaba fuertemente instalado en la base de su actitud, que era siempre entre temerosa y escéptica.

Tenía Elio Massoia la cultura general típica de un habitante medio de Buenos Aires que hubiera cursado el ciclo completo de la educación secundaria en un buen establecimiento educativo de aquellos años, antes de que se generali-

---

7 La "Sociedad Basilio", como la llamaba Elio Massoia, correspondía realmente a la autodenominada "Escuela Espiritualista Basilio". Se trata de uno de los varios cultos espiritualistas que llegaron a la Argentina de la mitad del siglo XX, no lejano del inspirado por el renombrado Allan Kardec, e inscripto como tal en el ente estatal de cultos de la Argentina. En los años comprendidos entre 1940 y 1955, había muchas filiales en los distintos barrios de Buenos Aires. Allan Kardec era el difundido seudónimo de Hyppolyte Leon Denizard Rivail [1804-1869], un filósofo esotérico francés, pedagogo y autor de numerosas obras en las que exponía sus doctrinas. Inicialmente Rivail fue asistente del afamado pedagogo suizo Johann Heinrich Pestalozzi [1746-1827]. Las enseñanzas espiritualistas de Kardec devinieron a su muerte en motivadoras formas de culto esotérico. Massoia conocía vagamente a Kardec, sólo por mención de terceros, y sabía acerca de sus ideas más corrientes en las que poco creía, pero se refería a él con esa cierta reverencia que guardaba siempre para todo lo esotérico.

8 Numinoso: concepto referido a una supuesta forma psíquica de religiosidad básica, muy utilizado por Carl Gustav Jung. El Diccionario de Filosofía, de Nicola Abagnano (1996: 864), lo define de este modo: "*Así denominó Rudolf Otto a la conciencia de mysterium tremendum, o sea de algo misterioso y terrible que inspira temor y veneración, conciencia que sería la base de la experiencia religiosa de la humanidad (Das Heilige, 1917; trad. Española: Lo Santo, Madrid, 1925)*".

zara la decadencia actual del sistema educativo argentino. Ese barniz cultural primario estaba en él incentivado en algunos aspectos, por haber llegado a una condición que era, por entonces compartidamente honrosa: a ser maestro normal nacional, pero sin que nunca hubiera buscado activamente enriquecer su conocimiento literario, histórico o filosófico, ni siquiera lexicológico, más allá de sus necesidades cotidianas de trabajo y de estudio, aunque a veces no desdeñaba el gozar de una buena lectura.

Oralmente se expresaba con claridad y soltura, aunque no con elocuencia. Lo hacía con facilidad, siempre que no estuviera nervioso o se supiera desdeñado, minusvalorado por sus oyentes, o agredido. En público, sin ser un expositor eximio, llegaba Massoia a ser muy claro y capaz de aportar una argumentación coherente y a veces apasionada, con una buena capacidad de síntesis, recurriendo a metáforas y a figuras gráficas, a las que a veces, falto de una pizarra, trazaba en el aire con sus dedos, que en sus últimos años estaban notablemente afectados por una deformación sintomática que suele denominarse "en palillos de tambor"[9]. Si veía rechazo o descreimiento en el público, se sentía afectado, se exaltaba y solía utilizar alguna ironía que, en ocasiones y alguna vez muy especial, pudo llegar a ser cruel[10]. Por el contrario, si notaba el predominio del consenso, se expresaba con soltura y entusiasmo.

Redactaba con claridad y precisión, con un lenguaje técnico estricto y con coherencia lógica en su discurso. Rehuía todo preciosismo de estilo, escribiendo con moderada adjetivación y, rara vez mostraba subjetivismo en sus textos, específicamente en los más estrictamente científicos[11], al menos así lo hizo en

9 "Dedos en palillo de tambor", se trata de una deformación en las falanges distales, con aplanamiento circular y expansión redondeada de los pulpejos digitales en las manos, un signo patológico con múltiples interpretaciones diagnósticas posibles, por lo común referido a trastornos del aparato respiratorio.

10 En pocos casos como el de Elio Massoia tuvo tanta validez la expresión sartreana "*el infierno son los demás*". Elio fue desarrollando una dependencia cada vez más fuerte de la estimación o del rechazo ajeno. Lo que empezó en él como un sentido de cierta inseguridad o insuficiencia por su complejo de autodidacta, se fue volviendo cada vez más fuerte en su actitud íntima como exigencia hacia los demás. Más que percibir, intuía o adivinaba el rechazo, el desdén y el menosprecio, aunque a veces se equivocaba en esas apreciaciones y era injusto. Eso lo enervaba y potenciaba la reacción adversa. Una simple expresión imprudente o crítica solía desencadenar en él reacciones airadas. Al mismo tiempo, resultaba evidente que la simpatía, la amistad y la solidaridad hacia él, lo enternecían y lo tornaban alegre y generoso.

11 Cuando lo hacía era vehemente y capaz de decir cosas que pocos se atrevían a expresar más allá del recinto de los laboratorios. Reaccionaba ante situaciones que conforman la "cara oscura" de la realidad cotidiana de la ciencia nacional, muchas de ellas aparentemente insolubles y pesadas para todos, que sólo él se atrevía a abordar públicamente, aunque más de una vez se enredó en un mezquino problema, demasiado personal como para ser solidariamente compartido por los que no le conocían íntimamente. Como un ejemplo entre tantos pueden verse los comentarios que dedica al problema del reconocimiento de *Holochilus chacarius* Thomas y su distinción con respecto al congenérico *Holochilus brasiliensis* (Desmarest), publicado en un trabajo suyo, coautorado con Gustavo Aprile y Bernardo Lartigau, aparecido en las páginas 11 y 12 del Boletín Científico APRONA (N° 27, 1995).

sus años de mejor inserción en el sistema científico argentino, es decir hasta que fue separado del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y, desde entonces pasó a revistar en un estado de casi marginalidad institucional que nunca superó. Llegado a esa condición, comenzaron sus adjetivaciones subjetivas, exabruptos y, hasta a los ataques verbales directos a sus antagonistas, reales o imaginados.

En lo atinente a aquel aspecto ortodoxo de la redacción científica había aprendido muy bien de Osvaldo A. Reig, y también contribuyó sensiblemente a ello el zoólogo platense Raúl A. Ringuelet[12], con sus pacientes consejos y

12 Raúl Adolfo Ringuelet [1914-1982]. Fue un renombrado zoólogo argentino, nacido en La Plata y que durante su extensa vida profesional se desempeñó centralmente en la Universidad Nacional de esa ciudad. Estaba dotado de una profunda vocación por las ciencias de la vida y las naturales afines, con buen dominio de varias lenguas extranjeras de uso científico y seguidor incansable de los progresos de su ciencia en el mundo, por lo que pronto alcanzó una situación de liderazgo en el medio naturalista nacional. Comenzó a publicar siendo muy joven, especializándose en la vida acuática continental (dulceacuícola), en especial –en esta primera etapa– de los invertebrados anélidos llamados sanguijuelas y de los pequeños artrópodos opiliones, a los que estudió con la mayor profundidad que le fue dado alcanzar. Desdichadamente le tocó, como a los hombres de su generación, vivir la tormenta política desencadenada a partir de junio de 1963. En esos años comenzó una ilímite intolerancia y se produjeron los enfrentamientos que desgranaron a muchos valores humanos probos y útiles para la ciencia y la educación. En 1946 culminó el proceso y hubo un corte tajante de los que eran opositores al sistema que, surgido de las elecciones del 24 de febrero, se instauraba en la Nación. En La Plata se sentían fuertemente las presiones autoritarias del coronel Mercante, gobernador de la provincia, y en el medio universitario de la vieja institución de Joaquín V. González, flotaba ominosamente la muy posiblemente verdadera o legendaria versión acerca de la estremecedora muerte de quien fuera profesor de geología en el Museo, don Enrique Fossa Mancini [1884-1950]. En esos años, atrapado en la tormenta cada uno debió tomar su decisión personal. ¿Por qué lo hizo cada cual a su modo?. Se trata de una cuestión íntima y personal, sin respuesta actual posible, menos aún alguna que resulte satisfactoria sin vilipendiar la "naturaleza humana". Además, y desde lejos en el tiempo, el juicio se hace cada vez más desapasionado. El hecho es que Raúl A. Ringuelet, Joaquín Frenguelli [1883-1958], Emiliano R. MacDonagh [1896-1961] y Mario Teruggi [1919-2002], entre las figuras más destacadas del Museo de La Plata, se sometieron al régimen político imperante. Todos ellos lo hicieron sin entusiasmo (en algunos casos con repugnancia interior) y sin manifestaciones activas, ni siquiera recibiendo prebendas al modo moderno de las dictaduras, pero –al mismo tiempo– actuaron sin solidaridad con gran cantidad de colegas que habían perdido sus cargos por resistencia activa o por no afiliarse al partido político dominante, algo que se hizo obligatorio. Y, lo que es más, había muertos de por medio: en una lista apenas preliminar de asesinados, y abarcando hasta 1946, quienes –casi niños todavía– enfrentábamos al régimen citábamos doloridamente la lista alfabética de los asesinados: Backmas, Blaustein, Bravo, Espinoza, Natarevich, Salmún Feijóo, Souto Paz, Valle..., al que en el trágico octubre de 1945 se sumó el doctor Ottolenghi, médico prestigioso, muerto en la plaza San Martín por la brutal represión del coronel Mittelbach. Esa actitud, le provocó a Ringuelet enemistades, incluso familiares, algunas enconadas y duraderas, a pesar de que, al retornar la libertad en 1955, por respeto al científico de calidad, permaneció en su cargo cuando fueron reincorporados los cesantes de 1946, a la par que expulsados algunos advenedizos más complicados con el régimen y carentes de todo mérito. Con respecto a Osvaldo A. Reig y a José María Gallardo, sostuvo Ringuelet una situación de tirantez duradera a la que nunca depuso: quede ahora piadosamente en el olvido. Tenía Ringuelet dotes esclarecidas de investigador y, sin duda era el más "europeo" de nuestros biólogos, por más que hubo quienes, como Miguel Fernández [1882-1950], el descubridor de la poliembrionía de los edentados, pasaron media vida en el exterior. Por eso su

oportunos apoyos en circunstancias difíciles, que abundaron en la vida de Elio Massoia. Ya dijimos que estaba lejos de toda preocupación estilística, pero su mente –al menos en esos años de plena producción– se mostraba lúcida y bien organizada. Por eso, en general redactaba con facilidad, aunque el sentido de frustración y la creencia obsesiva de que era objeto de persecución, podía en ocasiones, llevarle de por sí, a caer en excesos de lenguaje cercanos a la agresión personalizada.

Puede decirse que hacia finales del año 1962, ya había alcanzado Elio una consolidada madurez expresiva y, era predecible que se sostendría en el medio científico argentino con relativo sentido participativo ascendiendo a alguna posición destacada. Él estuvo esperanzado en esta perspectiva de futuro, aunque cada vez más tenuemente, al menos hasta los primeros años de la década de 1980-1990, pues a partir de los primeros años de ese decenio, todo se le fue derrumbando y cerrando paulatinamente.

Dice Marcelino Cereijido (1990: 62) que "*generalmente es más, mucho más importante lo que la ciencia hace con uno, que lo que uno hace con la ciencia*". En el caso Massoia ambas direcciones de sus acciones estuvieron siempre en pugna. Elio no lograba hacer con la ciencia lo que él esperaba, o mejor, no obtenía de "ella" la respuesta compensatoria que el sentía que merecía ante su entrega total y ante el cúmulo de resultados consecutivos, que él estaba en condiciones de valorar con bastante objetividad. Pero, ese casi "personaje" personalizado no es un ente abstracto, sino una superestructura condicionada por la configuración de la ciencia nacional y del ensamble de mentalidades que se nuclean

---

producción fue novedosa y cubrió, no sólo la taxonomía de grandes grupos como el de los Hirudínidos (sanguijuelas), el de los Opiliónidos y el de los Crustáceos dulceacuícolas, incluyendo grupos tan intrigantes como los de aguas intersticiales profundas. Se ocupó Ringuelet ampliamente además, de la biogeografía argentina y sudamericana, abordando también aspectos históricos (paleobiogeográficos) inferidos de sus estudios taxonómico-evolutivos. Fue el primero en emprender en la Argentina estudios modernos de Limnología (bioecología acuática continental) y en usar metodología estadística en el estudio de muestras múltiples o en el tratamiento de poblaciones y comunidades. Desde 1950 se ocupó de los peces. Fue un gran formador de discípulos, algunos de los cuales le fueron muy infieles, pero otros honraron su magisterio y fueron o aún son figuras destacadas de la zoología nacional (véase especialmente la obra de homenaje de Hugo L. López y Justina Ponte Gómez, La Plata, 2009). En 1968 fundó el ILPLA, o Instituto de Limnología de La Plata (sito en Ensenada), modelo en su género, el que hoy lleva su nombre. Su relación con Elio Massoia fue de tipo casi paternal, auxiliándolo y apoyándolo en cuanto pudo. Una gran alegría para Elio fue el poder contribuir –por invitación personal de Ringuelet-, con un tomo a la extensa serie de *Fauna de Agua Dulce de la República Argentina*, dedicado a los mamíferos y publicado en 1976. Raúl Adolfo Ringuelet falleció en Puerto Madryn, el 29 de abril de 1982. Su figura científica amplia, erudita, de enorme lucidez y de una humanidad esclarecida, no ha tenido un relevo de su envergadura en la ciencia argentina ulterior, por más que se haya muy atinadamente, proclamado la necesidad de profesar un neoringueletismo (predominantemente epistemológico, cognitivo y patriótico, todo ello en el sentido temporal de la disciplina historicista) en el campo del cultivo de las ciencias naturales (Hugo L. López y Justina Ponte Gómez, 2000).

alrededor de ella y que la representan, incluso sociopolíticamente. Y en estos últimos campos de relacionamiento fue en los que falló centralmente Elio Massoia. Entre 1958 y 1980 logró evolucionar hasta lograr una posición de reconocimiento de sus resultados y aportes y también a un afianzado dominio de campo en su disciplina, que, en buena medida, podría haberlo consolidado y de este modo asegurarle un futuro cada vez más estable y de dedicación plena. Pero, lamentablemente, su compleja personalidad, sus constantes elucubraciones interiores y cierta sensación de descolocación permanente que bullía en su ser consciente y también en las reconditeces de su conformación mental, se elevaba cada vez más como una muralla aislante.

Capítulo 3
Los tiempos nuevos

"Aunque la revolución científica fue una revolución del pensamiento – por su rechazo de la superstición, la magia y los dogmas de los teólogos medievales–no llegó a incluir una rebelión contra el sometimiento a la religión cristiana, y este condicionamiento ideológico tuvo consecuencias adversas para la biología. La respuesta a los problemas más básicos de los organismos vivos depende de si uno invoca o no la mano de Dios. Y esto se aplica de manera especial a todas las cuestiones de origen (las cuestiones que interesan a los creacionistas) y diseño (las que interesan a los teólogos naturales). La aceptación de un universo en el que no existían más que Dios, almas humanas, materia y movimiento dio buenos resultados en las ciencias físicas de la época, pero obstaculizó el avance de la biología.// En consecuencia la biología permaneció prácticamente latente hasta los siglos XIX y XX. Aunque durante los siglos XVII y XVIII se acumuló un considerable volumen de conocimientos fácticos sobre historia natural, anatomía y fisiología, en aquella época se consideraba que el estudio de la vida correspondía al campo de la medicina; y, efectivamente, así ocurría con la anatomía y la fisiología, incluso con la botánica, que consistía en gran medida en la identificación de plantas con propiedades medicinales. Hay que reconocer que también había algo de historia natural, pero o se practicaba como hobby o se ponía al servicio de la teología natural. Ahora resulta que aquella primitiva historia natural era muy buena ciencia, pero como en su época no se reconocía como tal, no contribuyó a la filosofía de la ciencia.// Por último, la aceptación de la mecánica como ciencia modelo indujo a creer que los organismos no son diferentes en modo alguno de la materia inerte. Y de allí se llegó a la conclusión lógica de que el objetivo de la ciencia consis-

tía en reducir toda la biología a las leyes de la física y la química. Con el tiempo, los adelantos de la biología demostraron que esta postura era insostenible. Finalmente la derrota del mecanicismo, y de su rival el vitalismo, con la aceptación en el siglo XX del paradigma del organicismo, ejerció profundo impacto en la posición de la biología entre las ciencias. Un impacto que muchos filósofos de la ciencia aún no han apreciado en toda su importancia."

[De Ernst Mayr, 1999: Así es la biología, pp. 44-45]

Elio Massoia nunca quiso darse por enterado de que existía una filosofía de la biología y que de su reconocimiento y reflexión derivaba algo de tan singular importancia, como lo era la cosmovisión de la que consciente o no, sería portador y protagonista, al menos en su contextualidad científica, si él no aceptaba que su pensamiento final acerca de la vida y su esencia pudiera verse afectados por una creencia trascendente, era porque su mente era tan simple que no alcanzaba a comprenderlo, o porque algo ocultaba. Las pocas conversaciones que tuvimos acerca de esta cuestión nos demostraron que no había tal simpleza. Todo culminó una helada tarde invernal de 1998 en la que lo invitamos a comer algo en el bar frente al museo. Habíamos llegado de nuestra institución de trabajo, coincidentemente juntos, cansados ambos del largo día de trabajo y, además ateridos bajo la llovizna intensa y helada y, fue entonces cuando, con una espontaneidad desusada en él, nos dijo que no había almorzado y que no tenía dinero ni siquiera para retornar, pidiéndonos que le ayudáramos a contactar telefónicamente con alguien para ofrecerle en venta cráneos de roedores, algo que sabíamos que ya venía haciendo desde hace tiempo. Le pedimos que nos dejara ayudarle y, mansamente accedió y marchamos juntos al vecino bar Le Parc. Confortado por un sándwich caliente y por un buen café con leche, aceptó calladamente que le diéramos el importe de su viaje de regreso a Castelar.

Fue entonces que nos interrogó acerca de por qué juntábamos datos acerca de él (con su alerta perpetua había adivinado algo que nadie sabía aún). Le dijimos que estábamos comenzando a redactar sobre las ciencias naturales en la Argentina desde 1950. No se sorprendió y nos preguntó si lo incluíamos. Ante la respuesta positiva pareció contento. Y nos dijo qué más querríamos saber sobre él. Le aclaramos que no íbamos a lo estrictamente personal, pero que necesitaba saber en qué posición estaba con respecto a la conversación que habíamos tenido un lejano día de 1962, con el biólogo Héctor Terenzi y con un par de aspirantes a biólogos avanzados en su carrera, marxistas ambos, acerca de la necesidad de portar una clara posición teórica, aún para sostener el ejercicio más práctico de la profesión. Ese día lo habíamos hecho ante una obra

que llevábamos en nuestras manos: *Problems of life*, de Ludwig von Bertalanffy, a la que los ideólogos calificaron, enseguida y despectivamente, de metafísica. Terenzi dijo que había leído comentarios favorables y lo que decía el autor de esa obra presentaba una opción válida para el falso antagonismo entre vitalistas y materialistas, entonces en pugna activa. Elio se enojó y dijo que ya había discutido con Osvaldo Reig sobre el tema, y que él no respondería pues no le interesaba la cuestión y, que además, se retiraba pues estaba muy ocupado. Evidentemente el tema lo enojó y nunca más dio oportunidad de volver sobre el mismo.

Nos miró fijamente y nos dijo: "*¡Y te quedó en la memoria! Pues bien, yo soy vitalista! Y no me gusta tener que andar justificándome ante nadie. Gallardo también lo es, y somos muchos…*" "*Lo del organicismo, hasta lo repite* [Jorge] *De Carlo pero no sé de dónde sale, no lo entiendo ni puede aclarar nada de lo que vemos en la vida…*".

Le respondimos que Emiliano J. Mac Donagh también lo había sido y que además era creacionista, "*Yo también dijo, pero Dios dejó a las especies un margen amplio para variar y ellas se adaptan así a las condiciones ecológicas, por eso las variaciones en Scapteromys, en Akodon y las que encontraste en Microcavia, y hasta los humanos las presentamos*."

No agregó casi nada más, sino recordarnos que si escribíamos sobre él no dejáramos de decir que había sido discípulo de Raúl Ringuelet, de Osvaldo A. Reig y de Manuel Fernando Soria. Le dimos la seguridad que requería y sin decir nada pusimos en su bolsillo una suma mayor que el importe del pasaje que ya le habíamos dado. Ese día se mostró particularmente locuaz y afectuoso mientras retornábamos al Museo.

Su posición vitalista significaba la asunción de una posición espiritualista ante la vida. A pesar de lo que dice Ernst Mayr (1998) acerca de la desaparición del vitalismo hacia los años treinta del siglo XX, es algo sólo aplicable para ambientes académicos selectos. En la Argentina aún subsistían vitalistas y, aún en Europa, entre muchas otras personalidades, la de Alexis Carrel [1873-1944], Premio Nobel de Medicina, ha sido una de las pruebas personalizadas de que en Francia (y no sólo en ella), perduró el vitalismo –o alguna forma más o menos híbrida del mismo– hasta largamente después de la pérdida de su supremacía en los ámbitos académicos y universitarios mayores, muchos años atrás.

Retornando a la situación de Elio Massoia, su estado de 1998 no era sino la culminación de lo que comenzó para él mucho más de una década antes. Visto de cerca, el proceso resulta doloroso y desconcertante. El autor de tantos buenos artículos en la revista *Physis* y en la *Revista de Investigaciones Agropecuarias* del INTA, hacia 1982, habiendo sido dejado de lado en el INTA, de pronto y sin reservas materiales ni espirituales suficientes para soportarlo, se

vio confrontado a una serie de contingencias concurrentes, todas aciagas para él. La mayor, tal vez y la más intimidante, era que por fin, hacia los años 80, el campo de acción de la zoología argentina entraba de lleno en la integración al paradigma cambiante y novedoso de la biología en general, que ya pugnaba por imponerse desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, incluyendo entre sus soportes la necesaria entrada en juego de la biología molecular, de la genética, de la bioestadística y, eso marcaba la obsolescencia de lo meramente descriptivo que él había cultivado hasta entonces[1].

Se trataba de un cúmulo de saberes novedosos, de técnicas avanzadas y de renovadoras perspectivas cosmovisionales retenidos aún masivamente por la estructura incompleta del aparato científico y por la situación casi constante de crisis del país. Sin embargo, lentamente se filtraban. Llegaban con el regreso de becarios e investigadores formados durante sus estadías afuera del país, con las revistas científicas y con los escasos y caros libros extranjeros[2], también y personalizadamente con los visitantes temporarios, desde los de pasada relativamente fugaz o puntual, como lo fueran, entre muchos otros, Alfred Sherwood Romer, Carl Gans, E. Erspamer, Paul Matschie, Wilfred Hudson Osgood, Claude Delamare Deboutteville, Robert Hoffstetter, Guillermo Mann Fischer, A. J. Charig, León Croizat, Gordon H. Orians, Jiro Kikkawa, Franco V. Bona, Ramón Margalef, C. S. Churcher, Francois Vuilleumier, James Patton, Salvador Peris Álvarez. Tuvimos, además, a los residentes temporarios o visitantes asiduos como lo fueron Michael A. Mares, Jorge Nicolai, Bermudo Meléndez, William E. Duellman, Mark Pearman, Frank Blair, Bertha Lutz, Carlos de Paula Couto, Brian P. Patterson, Alfred Laubmann, George Gaylord Simpson, Linda Trueb, Valdir Antonio Taddei, Julio César Francis, Fernando Díaz de Ávila Pires, William D. Sill, Raúl Vaz Ferreira, Álvaro Mones, Alfredo Langguth, Dino Luiz Vizotto, Philip Myers, Richard Sage[3], Jon Rood, Héctor

1 En ese momento crítico de la ciencia natural argentina estaba muy viva la reacción contra todo lo que fuera meramente descriptivo o enumerativo, y eso se incrementó al llegar la década de los ochenta. Conviene reiterar una cita de E. P. Tonni al respecto: "*A propósito del predominio del aspecto descriptivo por sobre el teórico, decía Reig "...si una ciencia continúa creciendo sólo en superficie, terminará por paralizarse por carecer de ideas"· (Reig, 1981: 277)* y termina parafraseando una frase que William James aplicaba como queja a la psicología de su época: *"This is no science, it is only the hope of a science", citado por Gould (1980: 96).*"

2 En esta breve reseña incluimos especialmente a los que se incorporaron o actuaron (algunos prolongaron su actuación previa en forma largamente sostenida) a partir de 1946, casi ya en la segunda mitad del siglo XX. La lista es unilateral y confiada a la memoria del autor, por lo tanto debe estar plena de omisiones. La evocación de muchas de estas figuras, trae aparejados gratos recuerdos, reminiscencias de diálogos fructíferos y manejo de ideas novedosas o esclarecedoras.

3 El caso de Richard Sage ha sido de residencia parcial múltiple y finalmente de radicación en el país. Lo conocimos en unas Jornadas de Zoología que se realizaron en la ciudad de Paraná en 1970. Era un joven estudiante norteamericano trabajando en ecología y taxonomía de lagartos (Lacertilia) subandinos, en Mendoza. Antes había estado en Costa Rica, donde trabajó en el estudio y la anidación y territoriali-

S. Osorio, Petr Wolfgang Wygodzinsky, Thales de Freitas, Walter Dioni, Vilma Maia, Vaino Aüer, Oscar R. Odreman Rivas, Javier Castroviejo Bolíbar, Richard Flemming, Brian E. McNab, Beryl Simpson, M. Marlange, Barbara Wier, Larry G. Marshall, Eviatar Nevo y, notablemente, Oliver P. Pearson [1915-2003].

Y, finalmente, debemos considerar a los que resultaron definitivamente trasterrados, es decir, que se incorporaron definitivamente a la actividad científica del país y en el que algunos aún subsisten y la mayoría fallecieron, entre ellos se contaron, Jerónimo Frenguelli, Aldo Mieli, Ángel Cabrera y Latorre, José Yepes, Julio Rey Pastor, Juan Kaidel, Carl Berg, Pablo Groeber, Pío Del Río Ortega, Nicolás Kusnezov, Juan Cuatrecasas, Beppo Levi, Lothar Szidat, Ulrich Eskuche, Per - Olof Ljungström, Fernando Lahille, Louis Deletang, Carl Schrottky, Francisco Romero y Raymond Ferdinand L. Laurent, este último radicado en Tucumán y con una singular capacidad para formar discípulos, entre los que debe considerarse, notablemente, a su hijastro Stephan Halloy; además, y en la misma categoría, aparecen Armando Pisanó, Konstantin Gavrilov, Pablo Köhler, Zlatko Tomsic, F. Bertini, Claes Olrog, Gunnar Höy, Kenneth J. Hayward, Wolfgang Weyrauch, Sergio Schajovskoy, Joaquín Frenguelli, Francisco de Asís Monrós, Mauricio Rumboll, Rexford Lord, Martín L. Aczél, Jehan Albert Vellard, José María Cei, Miguel I. Christie, Víctor Angelescu, Rubén Plotkin, Jorge Polanski [1892-1975], Lothar Szidat, Wolfgang Bücherl y, hubo muchos otros que se agregaron a los ya residentes desde hacía años y bien asimilados, los que, en los años iniciales del período que referimos, ya se estaban retirando, o estaban haciendo sus últimos aportes, como el caso del médico, neurobiólogo y filósofo alemán Christfried Jakob[4].

dad (territorial behavior) de una abeja Xilocopa, también en el Uruguay. Era de inteligencia amplia y vivaz, personalmente muy laborioso y de agradable trato. Permaneció algunos años en aquella zona de Cuyo, estudiando la composición de las faunas desertícolas de lagartos (Sage, 1972), complementando su conocimiento biológico de la misma con el de Chile (Sage, 1973). Publicó con E. E. Capredoni un interesante trabajo sobre la distribución argentina de la serpiente cascabel (Sage y Capredoni, 1971). Presentó su tesis doctoral en la University of Texas, en Austin, en 1974, y después permaneció en los Estados Unidos donde, además de continuar con la investigación herpertológica inició su trabajo con los roedores. Estuvo temporalmente en Europa y también regresó con cierta asiduidad a Mendoza. Por esos años inició tareas de genética molecular en el género *Mus* (Muridae, Murinae), ordenando críticamente su identidad taxonómica en base al DNA mitocondrial, como *Mus domesticus* (Marshall y Sage, 1981; Sage *et al*., 1990, 1993). Nos encontramos nuevamente en Corrientes en 1980. Ya estaba vinculado con Oliver P. Pearson, quien tenía una residencia propia en San Carlos de Bariloche. Actualmente, retirado en 2005, está radicado en esa ciudad sureña y sigue realizando estudios en la zona, fundamentalmente rodentiológicos y herpetológicos. Su aporte a la ciencia argentina ha sido muy importante.

4 Christfried Jakob [1866-1956]. Médico, psicólogo, filósofo originario de Baviera, Alemania, quien había llegado a la Argentina en 1899 y, quedó para siempre en el país, cambiando su nombre a Cristofredo. Actuó centralmente en las universidades de Buenos Aires y La Plata, donde formó numerosos discípulos en el campo de la neuroanatomía comparada y la histología del sistema nervioso. Su notable producción científica prosiguió hasta el fallecimiento de su esposa, en 1953.

En el orden internacional se produjo lenta pero efectivamente el vuelco de la calidad y alcance de los trabajos taxonómicos publicados, que comenzaron a contar con complejos desarrollos conceptuales, tecnológicos, moleculares, microscópicos, numéricos y estadísticos, hasta llegar a la taxonomía numérica y al análisis multivariante, con disquisiciones que, por momentos, llegan a ser casi metafísicas como las derivadas de las proposiciones para una sistemática filogenética que realizara –culminando una gran activación concurrente en ese sentido– Willi Henning [1913-1976] (1965, 1968). Él fue quien, con una buena herencia en las ideas de Lars Brundin, formuló parcialmente y difundió, al menos desde los años '50, los principios del moderno análisis filogenético y de la cladística[5] como apoyatura teórica del mismo.

Nos preocupa especialmente este tema, dado que aún hoy, la más corriente definición del papel científico de Elio Massoia es considerarlo en forma predominante como taxónomo. Así, taxónomo a secas, lo que equivale a taxónomo clásico, una forma de ejercicio de la ciencia zoológica que perduró casi hasta fin de siglo, aunque fueran cada vez más menguados sus cultivadores y, en general más pobres sus contribuciones. A este orden de biólogos pertenecieron, pero en su época y contexto, y fueron los modelos preferenciales para Massoia, mastozoólogos como Oliver P. Pearson[6], por ejemplo, con sus numerosas con-

5 Cladística: es la denominación de una disciplina a la vez conceptual y operativa de la biología taxonómica que busca definir las relaciones evolutivas entre organismos, tomando como referencia básica en los caracteres de peso diagnóstico, tanto las similitudes como los patrones derivados. Desde su formulación, hacia mediados de la década de los '60 se ha tornado la más relevante de las metodologías en su campo específico, que es: la búsqueda del deslinde de taxas naturales, es decir monofiléticos y, con una relación recíproca de derivación. Opera mediante el análisis de las propiedades derivadas compartidas. Las mismas corresponden a plesiomorfismos (conservación de antiguas formas o configuraciones) que se asocian en complejos de rasgos o sinplesiomorfismos, que pueden conservarse o reemplazarse en el paso evolutivo por los apomorfismos (novedades introducidas sobre ciertos rasgos homólogos bajo análisis en los organismos investigados) caracterizando series de rasgos coexistentes y definitorios. Es decir, la derivación de una categoría taxonómica hacia otra se caracteriza por compartir sinapomorfismos (conjunto de rasgos apomórficos). El enfoque cladístico constituye la base teórica de la mayor parte de los sistemas modernos de ordenamiento taxonómico. Lo ha hecho en reemplazo de la fenética y, en alguna medida conflictivamente, con respecto a la muy cercana metodología de la vicariacia (Morrone, 2002), basada en un gran impulso teórico y metodológico inicial de León Croizat en su *Panbiogeografía* (1958). La fenética fundamentalmente razonaba, según patrones generales de similitud o proximidad. Esta última atendía a los ensambles globales morfofisiológicos, adaptativos y métricos, mientras que la filogenética pondera (sopesa) en el conjunto de rasgos, eligiendo los de mayor gravitación para su consideración comparada y analítica. El enunciado inicial de Hennig, se realizó en 1950, en su *Grundzuge einer Theorie der Phylogenetischen Systematic*. Desde entonces, el método ha evolucionado y se ha depurado de algunas conclusiones facilistas (véase una revisión moderna en K. de Queiroz y J. A. Gauthier, 1992) y se han hecho correcciones epistemológicas como la de J. Morrone y J. Llorente Bouquets (2002: 2), en la que señalan expresamente "*...que los resultados de los análisis cladísticos constituyen hipótesis, "verdades relativas", que pueden ser contrastadas y, de ser halladas falsas, reemplazadas por otras de mayor poder explicativo*" y, esto sucede a menudo cuando se incorporan en un estudio nuevos taxa relacionados con un análisis previo incompleto.

6 Oliver P. Pearson [1915-2003]. Fue un destacado mastozoólogo norteamericano, nacido en Filadelfia,

tribuciones, culminadas con una excelente monografía acerca de los roedores phyllotinos de la zona andina (Pearson, 1958), su monografía sobre la "vizcacha de la sierra" en el Perú (Pearson, 1949). También ejercieron su influencia el clásico rodentiólogo y ornitólogo sueco Nils Gyldenstolpe (1932), también debe contemplarse la obra del brasileño João Moojen (1943, 1948a y 1948b), y lo mismo podemos decir, de los trabajos anteriores a 1975 del uruguayo Alfredo Langguth (en especial el referido a los roedores uruguayos del género *Oryzomys*, 1963). Por su marcada influencia, aunque pertenecientes a una generación anterior, debemos considerar a Colin C. Sanborn, William Osborn y –algo más contemporáneamente– a Emmet T. Hooper y a Philip Hershkovitz con sus estudios llevados a cabo casi durante medio siglo en las diversas temáticas de la mastozoología neotropical, iniciada con sus monografías acerca de los mamíferos de Colombia (Hershkovitz, 1949, 1950) y en especial, con su estudio monográfico del género *Calomys* (Hershkovitz, 1962).

Hasta avanzados los años de la década de los '70 se continuó trabajando de esta suerte en el ámbito de la mastozoología, como lo muestra un trabajo que Elio apreció mucho, la revisión del género *Lontra* (=*Lutra*) realizado por Van Zyll de Jong (1987), e incluso los primeros escritos sobre roedores del discípu-

---

pero radicado después en California, que pocos años después de la Segunda Guerra Mundial, hacia 1950, orientó nuevamente sus investigaciones hacia América Latina, primero en Panamá, y después y, en especial en la del Sur, en la que había hecho su tesis doctoral sobre la llamada "vizcacha de la sierrra" en Perú. Intermitentemente trabajó en la zona andina peruana y argentino-chilena, y fue desplazándose hasta quedar profundamente ligado a la zona de San Carlos de Bariloche, en las provincias de Neuquén y Río Negro.Tenía una buena formación básica fisiológica, especialmente en metabolismo animal, de la que solía hacer gala en escritos colaterales de los suyos centrales, que eran rodentiológicos. Hasta 1971, año en el que obtuvo su retiro, fue Curator of Mammals del Museum of Zoology de la University of California at Berkeley. Publicó su mencionada tesis (1949), un estudio de los mamíferos de las mesetas andinas peruanas (1951), con adiciones en 1957, hasta culminar con su monografía citada arriba en la que revisa el género "Cricetidae" *Phyllotis* (1958), seguida muy pronto por un estudio del género *Ctenomys* (Caviomorpha) también en Perú (1959). En virtud de este último trabajo trabó una amistad epistolar con Osvaldo A. Reig, por cuya intercesión estuvo en la Universidad de Buenos Aires, como profesor visitante de Ecología durante dos años. A él se debe el auge de una ecología ya iniciada en el país por José Yepes [1897-1976] y por sus discípulos Jorge A. Crespo y Augusto C. Llanos (1941, 1944, 1955; Llanos y Crespo, 1952). La actividad de estos últimos decayó y fue reactivada en una segunda etapa por Oliver Pearson y sus seguidores, entre ellos Fernando O. Kravetz después de cuya tesis doctoral trabajó arduamente en ese campo. También debe mencionarse a Cristina Busch, a Gilberto Gallopin y a Norma Binsztein, que fueron discípulos y colaboradores (Pearson *et al*., 1968). Más tardíamente se vinculó con Miguel I. Christie y con Richard Sage, ambos asiduos visitantes y residentes temporarios de Bariloche, con quienes compartió investigaciones. Fue un hombre sencillo, honesto y bondadoso, trabajador en el campo hasta casi sus últimos años y lejano a toda discriminación que lo distanciara de los hispanoamericanos. Durante muchos años fue director de la American Society of Mammalogists, entre 1952 y 1990. Dejó una huella imborrable en la mastozoología argentina y pude contarse también como muy allegado a Michael A. Mares, un gran estudioso de la rodentiofauna argentina y de los países vecinos, igualmente de Philip Myers, que trabajó inicialmente en el Paraguay y después siguió la diversificación del género ratonil *Akodon* en el centro y el norte de la Argentina.

lo de Pearson, Philip Myers. La influencia de James Patton y de sus colaboradores arrastraron por otros carriles más modernos a los estudios rodentiológicos, como se vería décadas después en el caso de Stepan (Stepan *et al*., 2004) y tuvo cultores de calidad en el país, como Ulyses Pardiñas, y los uruguayos Enrique P. Lessa y Guillermo D'Elía.

Entonces bien cabe reformular la pregunta acerca del Massoia taxónomo: ¿Lo ha sido realmente en el sentido preciso del término? La respuesta es compleja y tiene necesariamente un referente temporal que la condiciona. Es decir, hasta los años finales de la década de 1960-1970 lo fue cabalmente, dentro de un esquema compatible con el tratamiento temático corriente en mastozoología, un estado de cosas que localmente (en el área rioplatense en general), tardó en permear –y lo hizo gradualmente– los elementos de las modernas metodologías y de las nuevas concepciones teóricas que ya se imponían en otras regiones, particularmente en EEUU y en Europa. También en Japón.

Para trabajar válidamente en taxonomía y a tono con los tiempos, se requería cada vez más contar con una adecuada apoyatura tecnológica y conceptual y de un nivel creciente de complejidad, y aquélla primero fue citogenética, luego electroforética, pero muy pronto llegó a ser complejamente bioquímica y molecular. Fue muy temprana la aparición de la citogenética en la Argentina, la que se iniciara con la presentación en Montevideo y la ulterior publicación en *The American Naturalist,* de un estudio de los cromosomas de la zarigüeya que se conocía como *Didelphis paraguayensis* (hoy *Didelphis albiventris* Lund, 1840), efectuada por Francisco A. Sáez, del Museo de la Plata, en 1931, pero ese fue sólo un caso aislado en un contexto de casi completo silencio, en el que sin embargo, los progresos graduales tenían lugar en el campo biomédico. De esas apoyaturas técnicas novedosas, a la única que adscribió Elio decididamente fue a la inspirada por Emmet T. Hooper acerca del uso del hueso peneano, el ossicula priapi o baculum (véase Didier, 1959) como elemento comparativo para trabajar en una taxonomía mastozoológica clásica.

Complementariamente se interesó también Elio por las técnicas de transparentación de los tejidos blandos con hidróxido de sodio y la coloración selectiva de huesos con alizarina y del cartílago con bromuro de metilo. Fue Abel Fornes quien se aproximó, deseoso de aprendizaje de esas metodologías al hábil, culto y generoso biólogo Héctor Terenzi, que fuera por esos tiempos jefe de trabajos prácticos de Zoología General (cátedra entonces a cargo de Jorge A. de Carlo). Lamentablemente, se interrumpieron esas sesiones de aprendizaje, cuando se disociaron, primero Elio y meses después Abel Fornes del grupo de trabajo de Osvaldo Reig y, por lo tanto, de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

En cuanto a la citogenética, paulatinamente se superó la primera etapa que fue comparativa de la morfología y morfometría de los cariotipos, incorporándose, en la época que nos interesa, el auge del marcado isotópico de regiones estratégicas de los cromosomas, algo con valor diagnóstico para rastrear homologías genómicas compartidas por distintas especies, una forma de detectar relaciones filogenéticas hasta alcanzar a niveles supraespecíficos, que también permitía rastrear los progresivos reordenamientos del material genético. Esta tarea se complementó con el conocimiento de la fisiología de la reproducción celular, de su microanatomía y sus correlaciones bioquímicas. Así incrementó esta vía cognitiva rápidamente en su eficiencia desde el mapeo genético iniciado décadas atrás, hasta arribarse hacia el final del siglo XX al conocimiento detallado de muchos genomios. Acompañando ese proceso la microscopía electrónica de barrido (scanning), requirió la perfección de la microfotografía, hasta llegar a hacerse digital en la década iniciada en 1980. Pocos años más tarde los estudios se afinaron a un nivel tan sutil, que permitió calibrar "relojes moleculares", para trazar filogenias con valor, incluso, paleobiogeográfico, un campo en el que se generó prontamente la "Phylogeography", hoy tan en boga.

Si bien los aspectos de la biología celular, la fisiología de la mitosis y la meiosis, o los problemas físico-químicos de la citología, nunca atrajeron a Massoia, puede considerarse como muy afortunado su contacto conjunto y compartido con Abel Fornes, cerca de 1965, con Ricardo L. Wainberg, de la Facultad de Bioquímica y Farmacia de la Universidad Nacional de La Plata y con sus asociados Teresa G. de Fronza y B. E. Llorente, con quienes iniciaron una línea de estudio citogenético de roedores "Cricétidos" argentinos y también de marsupiales, con varios trabajos, publicados durante más de una década grupalmente, entre ellos Ricardo L. Wainberg *et al.* (1976), R. L.Wainberg y Teresa G. de Fronza (1974); Hurtado de Catalfo y Wainberg (1974) y otros, con participación en la autoría de varios de ellos por parte de Elio Massoia y de Abel Fornes (Massoia *et al.*, 1968). Esta actividad colaborativa se extendió particularmente mientras Massoia y Fornes estuvieron trabajando en el Instituto Nacional de Bacteriología "Carlos Malbrán", del que salieron accidentadamente[7] y por causas imprevistas.

7 No sabemos cómo se caratuló el trámite administrativo, pero el hecho es que ambos disponían de un amplio salón del viejo Instituto, con mesas, armarios y algunas estufas eléctricas de cultivo para microbiología. Abel Fornes taxidermizaba ejemplares de estudio de roedores, y para acelerar su secado los sometía unas horas a la acción de una estufa, en cuya cámara ponía las pieles rellenas con algodón, previa regulación de la temperatura en un rango bajo (40 o 50 ºC), apagando a diario el aparato al retirarse. El hecho es que, por distracción o por exceso de cansancio, uno de ellos introdujo gran número de especímenes en la cámara de la estufa y olvidó apagarla cuando se retiraron al caer la noche. En horas de la madrugada el material se sobrecalentó y ardió desatándose así un principio de incendio que devoró el material en preparación, papeles y hasta algún mueble. Como en el Instituto ambos eran invitados y no personal del

Ulteriormente, ya no tuvo Elio oportunidad de relacionamiento con grupos de trabajo citogenético y seguramente, ésa fue la razón por la que terminó desdeñando al estudio citogenético como valioso auxiliar y complemento de la taxonomía clásica.

Después de 1960, fue notable el crecimiento intenso experimentado por la ecología, teórica y práctica, que tomó una dimensión de tipo evolutiva, algo que ya se anticipaba desde los años siguientes al fin de la guerra europea, en 1945, con la aparición de obras fundamentales como la de W. C. Allee *et al.* (1949), la de Ernst Mayr (1963), la de Julian Huxley (1965), acompañada por la profusa traducción española de muchas obras del último autor mencionado, precursoras en la mayoría de las áreas modernas de la biología, incluyendo las de carácter conceptual y, muy especialmente la evolutiva, al encarar la evolución conjunta de los organismos con su medio como lo hizo en España Faustino Cordón (1966).

Esta corriente de apertura e innovación se produjo también en el campo mastozoológico entre 1960 y 1970, y se debió, en gran parte al estímulo nacional, especialmente por parte de los grupos de La Plata[8], Córdoba y Tucumán, pero en mayor medida por la venida al país de los norteamericanos Richard Sage, Oliver P. Pearson y Michael A. Mares. Además por el ingente aumento de la producción en este campo en el medio internacional, como puede observarse en la variación subdisciplinaria y el crecimiento del número de páginas de los artículos publicados en el *Journal of Mammalogy* y en *Mammalia*. Por su parte la revista *Ecology* incrementó sensiblemente en la cantidad y calidad de sus artículos publicados. También la inglesa *Journal of Animal Ecology* y la europea *Oikos*, pero estas últimas tenían escasa difusión en el país[9]. Un apo-

---

mismo, fueron despedidos de inmediato, quedando sin lugar de trabajo hasta que Elio fue llevado por el Director del INTA, el entomólogo aplicado José A. Pastrana, a trabajar en esa instiutución, y Abel Fornes, mientras tanto, logró ubicarse en el Servicio de Lucha Sanitaria (SELSA) para realizar trabajos de campo en relación con los vampiros, una tarea en cuyo desempeño perdió la vida en la provincia de Salta, siendo aún muy joven, en 1972.

8 Entre los grupos de La Plata, funcionaba uno en la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires, dirigido por el médico y genetista Néstor O. Bianchi, que contaba con un pequeño grupo de colaboradores, entre ellos su esposa Marta, también médica y genetista. A partir de 1966 tuvieron una decidida actividad trabajando a nivel genético-bioquímico y también, al poco, evolutivo con roedores argentinos, incrementando valiosamante la literatura y el conocimiento de los mismos. No hubo prácticamente contacto entre Bianchi y Massoia. El otro grupo de gran laboriosidad y de trabajo de avanzada –al que merece agregarse también el de Wainberg-Fronza de la Facultad de Bioquímica, dedicado a la citogenética– era el del Museo de La Plata, dirigido por el prestigioso paleontólogo Rosendo Pascual [1923-2012], pero él y sus alumnos, colaboradores y discípulos, se concentraban en el estudio paleomastozoológico.

9 Ha sido notable cómo la recepción en unos pocos centros más privilegiados del *Current Contents (Life Sciences)*, una publicación casi semanal, que difundía los índices de las principales revistas del campo bio-

yo igualmente valioso constituyó el uso de la fotografía aérea con tecnologías cada vez más avanzadas, aplicable en geomorfología, fitosociología, hidrología y en el relevamiento y el monitoreo de recursos naturales, cultivos, manejo de reservas y, en especial en las metodologías de mapeo de unidades vegetales con auge desde los años '50, primero a través del método conocido como "Land system" en Australia y en Nueva Guinea, y ulteriormente en la Argentina de los años '60, seguida de la definición de las llamadas grandes unidades de vegetación y ambiente (GUBAS) realizada por Jorge Morello (Morello, 1970; Morello y Adámoli, 1968, 1973) y sus colaboradores, que constituyeron una verdadera escuela científica de avanzada en el campo de la ecología vegetal del país.

El hallazgo en la Argentina, especialmente en la Patagonia, el oeste y el noroeste del país, de fósiles notables, algunos de ellos con especial valor en la megasistemática vertebradológica, provocó una sensible emulación en algunos investigadores locales, destacándose el esfuerzo que requirieron las tareas de Osvaldo A. Reig, de Rosendo Pascual y del surgente y notable investigador José F. Bonaparte, y más rezagada e inconstantemente, con la de Rodolfo Casamiquela [1932-2008], en un campo en el que habían sido pioneros Ángel Cabrera y Latorre y Joaquín Frenguelli y había actuado con gran claridad y perspicacia teórica Osvaldo A. Reig (1981).

Todo eso repercutió sensiblemente, además en la búsqueda testimonial paleontológica, así en la estructura renovada de las concepciones paleobiogeográficas, especialmente sobre las atinentes a la evolución del poblamiento Mesozoico de vertebrados sudamericanos. Las mismas comprobaciones e ideas, marcaron la definitiva crisis de la llamada teoría holarticista *sensu stricto* de sus primigenios sustentadores Anthony, Matthews y, más modernamente, de Philip Jackson Darlington y, hasta en una gran medida George Gaylord Simpson, por lo menos hasta pasado 1950 (Simpson, 1953, 1980), postulándose ahora para las tierras australes derivadas del antiguo Gondwana, un valor evolutivo, cenogenético, radiativo y dispersivo antes inimaginable (Ortiz-Jaureguizar, 1996, 1998; Ortiz-Jaureguizar y Cladera, 2006; Pascual y Ortiz-Jaureguizar,

médico y traía también la lista de direcciones postales de los autores, intensificó la conexión con el llamado "primer mundo". Las hemerotecas nacionales eran pobres y, por largos períodos, en forma acorde con las reiteradas crisis político-económicas y culturales del país, se suspendían las subscripciones a las revistas de ciencia en muchas universidades y centros. Era raro –cuando no imposible– hallar colecciones completas de revistas internacionales. Por eso cada trabajador científico invertía su buen espacio temporal en rastrear y solicitar los artículos específicamente de su interés. El advenimiento del correo electrónico y de Internet, superado ya el inico de la década final del siglo, modificó drásticamente este hábito y, además se acompañó de un incremento desmesurado de las tarifas postales internacionales y por un crecimiento del costo de los reprints para los propios autores, que mezquinaban los envíos. Hacia el año 2005, la conducta de búsqueda y solicitud bibliográfica se había renovado por completo, pero Elio Massoia no entró en esta era en sus años finales, incluso nunca utilizó los ordenadores, ni siquiera como procesadores de texto.

2007). Esa concepción también entrañaba la realidad de una antigua conexión Cretácica de gran extensión temporal y dotada de enorme significación en la evolución de las faunas locales, a las que sorprendiera *in situ* la apertura del "puente" que se extendió durante gran parte del Cenozoico entre las Américas austral y boreal. También se pudo poner en evidencia el papel de las tierras antárticas en la dispersión de las faunas (Rougier *et al.*, 2007; Kielan-Jaworowska *et al.*, 2004) y, en varios casos, también las relaciones y la significación evolutiva de la apertura, en el período Jurásico, del océano Atlántico.

Por su parte, y en el contexto general de la ciencia natural, habían crecido espectacularmente diversos campos ecológicos, como la biología de poblaciones, la estratificación tridimensional del enfoque perceptual del ecosistema y la discusión de los conceptos básicos mismos de ecosistema, biodiversidad, biología poblacional, y los ecos de esa nueva apertura llegaban de la mano de las escasas y costosas revistas y libros que pasaban de mano en mano (fue la era del prestigio de Eugene P. Odum [1913-2002], Robert Harding Whittaker [1920-1980], Paul Colinvaux [l930-2016], Didier, Roger Dajoz, Robert MacArthur [1930-1972], Ramón Margalef [1919-2004], Giorgio Marcuzzi), también de la eco-biogeografía insular con todas sus implicancias biogeográficas y evolutivas (MacArthur y Wilson, 1967, adelantadas ya y, complementadas con la visión transcontinental desde los años '40 con los trabajos del entomólogo René Jeannel [1879-1965] y en los '50 con los del paleontólogo René Lavocat [1909-2007], entre otros.

Se produjo también en los años que referimos, una verdadera revolución cognitiva en la limnología (George Evelyn Hutchinson [1903-1991]), en la endocrinología comparada, y también a través de las nuevas concepciones epidemiológicas e inmunitarias, especialmente en estas últimas en las que el salto fue cualitativo y paradigmático y eso corrió parejo con la nueva estructuración de la meteorología, el estudio de los paleoclimas y la aplicación a la ecología de un mundo nuevo facilitado por el auge y difusión de las computadores a partir de la segunda mitad de los años '80, y su impacto especialmente ejercido en el campo de los modelos matemáticos, incluyendo los predictivos y tendenciales.

También se avanzó con el ascenso efectivo de la etología como ciencia de alto valor, que fue consagrado por la entrega del premio Nobel de Medicina de 1973 a tres etólogos de nota como Konrad Lorenz [1903-1989], Karl von Frisch [1886-1982] y Nikolaas Tinbergen [1907-1998], que convirtieron a la ciencia del comportamiento animal en una disciplina independiente y emparentada con la irrupción de la novedosa sociobiología (Edward O. Wilson, 1980), que puede ser llamada una etología evolutiva, a pesar del fuerte rechazo visceral, emotivo e ideológico-dogmático que tuvo y aún mantiene por parte del conservadurismo de la izquierda.

Además de lo expuesto, es casi imposible seguir, menos aún detallar aquí, los avances tecnológicos, en el arte fotográfico, en la reproducción de escritos e imágenes, en el cálculo estadístico, en la recepción, registro y graficado de sonidos biológicos, en los análisis automatizados de líquidos orgánicos, de suelos, de muestras gaseosas, etc.

Además el descubrimiento de la estructura de los ácidos nucléicos por James D. Watson, Francis Harry C. Crick [1916-2004] y colaboradores, efectuado en 1953, con la presentación de un modelo de la estructura espacial del ADN, se sumó al enorme desarrollo de todo lo atinente a la síntesis proteínica, a las cadenas enzimáticas involucradas en los procesos fisiológicos y de desarrollo mayores, la biofísica de las membranas y su ultraestructura submicroscópica y bioquímica. Se unió este campo cognitivo al que ya habían abonado previamente por Thomas Hunt Morgan [1866-1945], Michael J. D. White (1951,1978), Theodosius Dobszhansky [1900-1975], John Templeton, Sewall Wrigtht [1889-1988] y pronto seguido activamente por Richard Charles Lewontin[10], Stephen Jay Gould [1941-2002], Niles Eldredge [1943-] y otros, entre los que no podemos dejar de lado al ilustre genetista y biólogo evolutivo de Haifa, Israel, Eviatar Nevo.

Todo esto iba acompañado del crecimiento cualitativo de la biología teórica, desde los aportes paradigmáticos del físico Erwin Schröddinger, y de los médicos y biólogos François Jacob [1920-2013], Jacques Monod [1910-1976], Faustino Cordón [1909-1999], Conrad Hal Waddington [1905-1975], hasta llegar a Ilya Prigogine [1917-2003] y a su teoría de los sistemas disipativos, con niveles de intensa y novedosa densidad y con sugestivas teorías acompañantes o derivadas, como la del caos de Edward Norton Lorenz, 1963, 2000 [1917-2008] (ver J. Jiménez, 2008); James Gleick, 1998 (1988)), la de las catástrofes (René Thom [1923-2002], 1980 (1993)), de los fractales (Benoît B. Mandelbrot, 1975, ver María Isabel Benimelis Bassa, 2011; Nassim Nicholas Taleb, 2008 (2007)). En fin, las cuatro últimas décadas del siglo han significado para el pensamiento biológico y de todos los campos allegados (la cartografía, por ejemplo o las matemáticas auxiliares, cada vez dotadas de mayor profundidad de penetración analítica), un

10 Richard Charles Lewontin [1929-]. Es un biólogo evolutivo, genetista y teórico, norteamericano, cuya posición científico-política radicalizada, ha sido seguida con interés y también polémicamente en la época que nos interesa. Lewontin fue propulsor del desarrollo de la genética de poblaciones con sus planteamientos matemáticos y su dimensión evolutiva. También fue precursor en la utilización práctica de la biología molecular para el estudio de la herencia, cuando realizó sus investigaciones por el método de electroforesis en gel. Trabajó también en problemas relacionados con la variabilidad genética, e hizo sensibles aportes a la teoría de la evolución, formulando la teoría jerárquica de la misma, también dedicó sus esfuerzos a la interpretación del adaptacionismo y a la postulación de la interacción, para él dialéctica, entre organismo-medio en el proceso evolutivo.

sacudimiento extraordinario, que desde la Argentina se siguió como se pudo[11], con una gran orfandad de libros, también de pensadores impregnados de las hipótesis y teorías en vigencia o debate y, también con carencia de acervos completos y puestos al día de revistas de avanzada.

En las décadas previas grandes novedades se habían impuesto muy lenta y parsimoniosamente, tanto que se le asigna importancia decisiva, el artículo de Tuzo Wilson [1908-1993] en la revista *Scientific American* (1963), reformado y revalidando definitivamente la que antes fuera la paradigmática teoría de la deriva continental de Alfred Lother Wegener [1880-1930] (1912), y que ya modernamente, a partir de los años '50 se transformó en una dimensión fáctica y cognitiva más de las ciencias de la tierra, revolucionando la geología, la historia geológica, la paleontología y la paleobiogeografía.

En el campo del pensamiento teorético, la teoría general de los sistemas de Ludwig von Bertalanffy[12] (1976) ya había cundido en nuestro medio gracias a los esfuerzos de divulgación en el medio científico realizados por Máximo Valentinuzzi y por parte también de Osvaldo y de Eduardo Rapoport en la Universidad Nacional de La Plata[13] (1955), y por la circulación previa de la

11 Una visión de la biología de avanzada en América Latina hacia mediados de la década de 1970 a 1980 surge muy claramente de la obra de Marcelino Cereijido (1978), un argentino que desde México brinda un buen panorama de la disciplina en el último cuarto de siglo hasta la fecha de publicación. También se puede recoger una visión previa, pero muy amplia de la problemática básica y de las aperturas planteadas en las obras breves pero concisas de Marcel Florkin [1900-1979], de Christian B. Anfinsen (1965) y de Ernest Baldwin (1953). En el aspecto teórico se cuentan Ludwig von Bertalanffy (1952), François Jacob (1970), René Thom (1971) y Jacques Monod (1971), así como Ilya Prigogine (1972), cuyas ideas se cuentan entre las mayores promotoras de la nueva cosmovisión.

12 Ludwig von Bertalanffy [1901-1972]. Fue un biólogo y pensador humanista austríaco, nacido en Viena, y formado en la universidad de Innsbruck, en la que se graduó en 1926, con una tesis sobre psicofísica, pues había estudiado historia del arte, psicología y biología. En 1937 gozó de una beca que le permitió una estadía de dos años en la Universidad de Chicago. En ella, en 1939, dio a conocer los rudimentos de la que sería su decisiva teoría general de los sistemas. Lo hizo antes de regresar a Viena. La guerra mundial retrasó sus proyectos, pero en 1945, publicó un anticipo de sus ideas, ya bajo el título de *Zur einer allgemeinen Systemlehre*, que se tradujo al inglés y publicó resumido en *Biologia Generalis* (Vol. 19, pp. 139-164). En 1949 extendió su pensamiento escrito a los fundamentos de la biología, haciéndolo en *Das biologische Weltbild* (Bern: *Europäische Rundschau*), traducido al inglés como: *Problems of Life: An Evaluation of Modern Biological and Scientific Thought* (New York: Harper, 1952), obra que llegó a nuestras manos en 1960, junto con una versión mimeografiada del artículo de 1945, que circulaba tímidamente en el medio universitario argentino, todavía como una novedad desconcertante pero atractiva, culminada en 1967 con su *General Systems Theory*: *Implications*, que tuvo una edición revisada póstuma, aparecida en 1976. A partir de 1961, y hasta 1969, von Bertalanffy se desempeñó en la Alberta University, de Edmonton, Canadá, de la cual pasó a la Universidad Estatal de New York, en un Centro de Biología Teórica, situado en Buffalo, donde permaneció hasta su muerte en 1972. Debemos recordar que W. E. Ritter fue el introductor del término "organicismo" en 1919, y que hay varios autores con obras precursoras, aunque más no sea segmentariamente de las ideas de von Bertalanffy (el propio enunciador de la teoría general citó a una treintena de autores que formularon su precoz percepción de los sistemas holísticos, ver E. Mayr, 1988: 31).

13 Institución que ya había publicado muy tempranamente, en 1934, la traducción española de los dos tomos

obra de von Bertalanffy, *Problems of Life* (1961) entre varias otras publicaciones anticipatorias que estaban en la mejores librerías de Buenos Aires. También por la misma época fue formulada la hipótesis que se denominaría más tarde de Gaia (el planeta Tierra como expresión de un sistema viviente extremadamente complejo que arrastra a su componente inorgánica), es decir con un atrayente panorama sistémico aplicable al planeta y, por elevación al cosmos (Loveluck, 1985 (1979), 1993, 2005 (2000), Loveluck *et al.*, 1989; Dayson, 1994 (1992)).

Las obras nacionales acerca de epistemología y teoría de la ciencia, que se produjeron tempranamente en la Argentina en la primera mitad del siglo, que fueron sólo unas pocas (Nicolás Babini, 2006), se reiteraron en los años iniciales de la segunda hemicenturia, con los numerosos aportes de Mario Bunge, de Gregorio Klimovsky [1922-2009], y de otros varios especialistas, generalmente docentes universitarios, las que además llegaron a renovarse y enriquecerse con la concurrencia de una profusa serie de traducciones locales de obras de la pléyade de la epistemología renovada y ensanchada desde los aportes casi revolucionarios del filósofo e historiador de la ciencia Thomas Kuhn [1922-1996], acontecidas con cierto retraso local, en medio del auge editorial de los años ’90, comparable al que ya destacamos para la década de 1940 a 1950.

Con respecto al pensamiento evolutivo el eje central de la investigación al respecto quedó en manos de Osvaldo A. Reig, y en menor medida, de Rosendo Pascual, de Alberto Solari, y de numerosos científicos jóvenes que se iniciaban en este campo tan prometedor. Poco a poco, el campo de la evolución se convirtió en un área de pensamiento crítico, de revisión de sus parámetros y de apertura alerta ante cada nueva propuesta de la ciencia de avanzada.

Todo eso se insinuaba, cundía y crecía en el país y, ejercía presión en cuanto a promover la publicación de trabajos de investigadores locales en las revistas internacionales más prestigiosas. Cada vez se hacía más perentoriamente necesario el conocimiento de lenguas extranjeras para el cultivo de la ciencia. Es decir, gradualmente se cerraban las posibilidades para quienes no contaran con la preparación básica y con el vuelo teórico requeridos, además de no poder tener a disposición el instrumental lingüístico y conceptual adecuado, los equipos y la tecnología de trabajo y, muy especialmente, una relación cognitiva interpersonal, constituyéndose cada vez más redes de investigadores que abordaban un mismo campo temático o áreas colaterales o complementarias

de la obra de Ludwig von Bertalanffy de 1928, *Kritische Theorie der Formbildung*, es decir, teoría crítica acerca de la organización del desarrollo embriológico, otro tema que había hecho vastos avances en la biología de esta etapa a la que nos referimos. Neuschlosz (1942), residente en Rosario, ya había enunciado los que podrían considerase como atisbos de la concepción sistémica de von Bertalanffy, y que, también en alguna medida, resultaban complementarios con las ideas cosmológicas de Georges Lemaître (1948).

necesarias, algo que en el país sólo se daba incipientemente, en muy pocos casos y en forma siempre incompleta.

Además se debía contar con un buen acceso a la bibliografía pertinente permanentemente actualizada. Las enunciadas fueron a partir de entonces, condiciones totalmente inaccesibles para muchos, pero muy especialmente para Elio Massoia, cuya reacción fue de ignorancia voluntaria primero, y de retracción y de mayor acomplejamiento después. Lo peor fue que él no siguió, al menos teóricamente, estos acontecimientos sino, que se encerró más aún en sus alcances y modalidades de trabajo primerizas. Personalmente hemos hecho intentos de explicarle algunos de estos temas en momentos de sosiego, pero no quiso siquiera escuchar, una vez nos dijo "–*¡Están destruyendo la biología cuando todavía queda tanto para hacer!*".

Por más que su efímera revista Iguazú, aparecida en 1980[14], como órgano de ACNA (Asociación pro Conservación de la Naturaleza Argentina) y que sólo tuviera dos entregas, a la que la siguiera, su *Boletín Científico APRONA* (*Asociación para la Protección de la Naturaleza*) se publicaron aportes de su pluma de gran interés y de verdadera trascendencia para la ciencia nacional, al menos en un nivel fáctico básico imprescindible, no podemos sino comentar que, en ellas bajó sensiblemente su estándar de presentación (es decir, con palabras más crudas, se produjo la retracción voluntaria de Elio en una función ancillar en el ensamble científico del medio) y, más de una vez, muchos de sus coautores (por más que también los hubo muy buenos), apenas si conocían lo que era el mundo de la ciencia. O, peor aún, su idea de la biología era romántica, generalmente vitalista (hasta mágica en algunos) y borrosa, por más que hubo colaboradores que después hicieron su carrera formal en el medio científico y universitario nacional, llegando a destacarse por méritos propios.

---

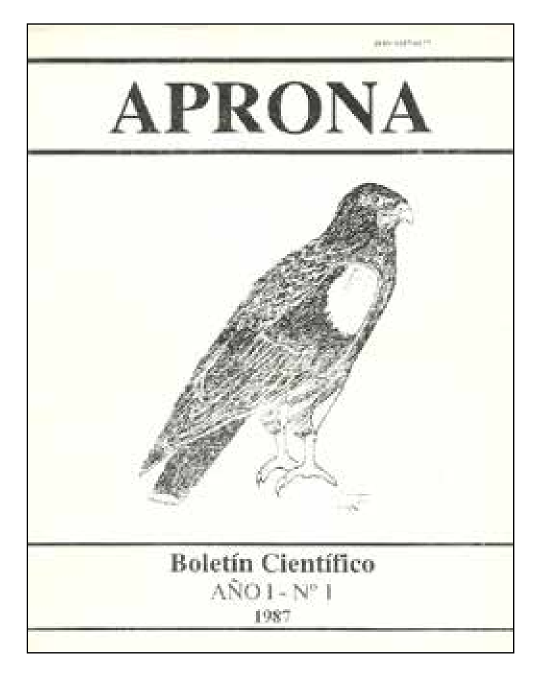
14 El primer número aparecido de Iguazú, que lleva la notación de Tomo 1, Nº 1, está fechado en Diciembre 1980, pero, en la página 2 del mismo, vuelve a citarse su datación como "Diciembre 1", pero seguramente existió una edición previa de hojas volantes, sin secuencia numérica, ya que en su Presentación, en la página 2, dice "*Desde la aparición de nuestro último boletín, hasta el presente, lo miembros del ACNA hemos desarrollado diversas y numerosas actividades que promovieron el acelerado crecimiento de nuestra entidad y nos decidieron a encarar la publicación de la presente revista. La que esperamos, sea del agrado de nuestros lectores y amigos, en reemplazo de nuestro antiguo y citado boletín informativo*". Como sede y seña para la correspondencia, brinda una dirección ACNA, Asociación pro Conservación de la Naturaleza Argentina, Aristóbulo del Valle 519, Tigre (1648), Buenos Aires, República Argentina. Esa Asociación, se habría formado el 30 de octubre de 1976. El segundo número de Iguazú, dado como Tomo I, Nº 2, apareció con fecha junio 1 de 1981. La paginación es secuencial, alcanzando el total aparecido las 108 páginas. En el último tomo se advierte que la dirección aportada es la de carácter postal para la revista, y abajo expresa: "*Lugar de Edición, Castelar*". El primer número aparece dirigido por Juan Carlos Chebez, y el segundo por éste último y Pablo Tubaro.

Lo sucedido fue, en buena medida, debido a fallas suyas y pero también reconocemos que básicamente, lo fueron de la ciencia institucionalizada en el país. Se lo dejó a un lado con indiferencia sin que se realizara nunca una reunión de envergadura entre quienes podían decidir las políticas a seguir en un caso como el suyo, destinada a establecer un estatus para su actuar, que en él era necesario para estabilizar su vivir y para desarrollar su tarea, pero bien integrado podía ser de gran valor para la ciencia nacional. Naturalmente eso debió suceder en el organismo máximo de la ciencia nacional, el CONICET, o en alguna universidad. Se lo hubiera podido citar, explicar su situación, reconocerle sus méritos y –por justificable excepción– concederle, una infraestructura de trabajo capaz de integrar sus aportes, previamente estimulados con los recursos necesarios y, tal vez, puesto bajo una dirección académica comprensiva y estimulante a la vez que exigente para con él.

Pero, pensar todo esto que antecede es una verdadera entelequia que pudo teóricamente ser posible en su tiempo, pero que no lo fue casi exclusivamente por el factor humano interviniente, que, como sucede casi siempre con las excepciones humanas, estuvo por debajo de lo que hubiera requerido una justa evaluación de algo que, reiteramos, no era accidental en su vida sino central para el sentido eminentemente misional que había dado a la misma. Se puede alegar egoísta y simplísticamente, que el mundo práctico no puede parar para saber de cada uno de los miembros de la colmena humana, que si alguien es atípico surge de inmediato la respuesta dura o la no respuesta, es decir, el rechazo o el abandono, es lo que parecería que corresponde a la ciencia institucionalizada. Sin embargo aceptar esto como necesario, revela en la sociedad organizada un nivel bajo de percepción esencial del acontecer humano.

Hubo otros casos parecidos, y uno de ellos nos viene espontáneamente a la memoria, el de ese otro que también era maestro normal, el correntino y multifacético autodidacta que fuera Nicolás Rojas Acosta [1873-1947], pretendido "continuador de Azara", botánico, lingüista, naturalista de vocación y de alma, que fuera llamado popularmente el "loco de los yuyos" y del que queda escasísima memoria a pesar de su copiosa producción (López Piacentini, 1962; Contreras, 2003[15]), aunque, al menos actualmente, una biblioteca pública y una avenida en la ciudad chaqueña de Resistencia llevan su nombre.

15 El de Nicolás Rojas Acosta es un caso que también guarda ciertas semejanzas con el del naturalista autodidacta paraguayo, también pretendido "*continuador de Félix de Azara*", Arnaldo de Winkelried Bertoni [1878-1973], uno de los hijos del conocido naturalista suizo radicado en el Alto Paraná paraguayo, Moisés Santiago Bertoni (Contreras, 2003).



Tapa del primer número del Boletín Científico APRONA, 1987.

Capítulo 4
El horizonte generacional: la circunstancia personal de Massoia en el campo de la Argentina de sus años juveniles. El campo de la ciencia y el de la cultura nacional de su tiempo

"Dice Ortega y Gasset (1963b) que "una generación es una variación humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas". Por eso sus miembros se diferencian por una tonalidad común a pesar de que en el escenario de su actuación hayan podido, incluso, haber actuado –y haberse sentido– como antagonistas. El mismo autor señala como rasgo común relevante un similar distanciamiento con respecto al comportamiento, las ideas y creencias masivas preexistentes o posteriores, es así que cada generación, en su momento histórico preciso, representa "una cierta altitud vital desde la cual se siente la existencia de una manera determinada[1]."

[Julio Rafael Contreras Roqué, 2010]

1 El mismo José Ortega y Gasset (1923), califica el momento histórico en el que a las generaciones les toca desempeñarse, como *épocas cumulativas*, cuando sus protagonistas hubieron sentido una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio; y épocas *eliminatorias y polémicas*, cuando los miembros de una promoción generacional experimentan una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, se trata entonces, de "*generaciones de combate*". Este último es el concepto aplicable a la generación que nos ocupa, tal vez ampliable incluso a la calificación de *generaciones agónicas*.

Toda vida es temporal e histórica, es decir, está insertada en un orden del suceder planetario y humano singular e irrepetible. A cada promoción humana le toca un trasfondo vivencial, social y de cosmovisión compartida, que le es original y exclusivo, de ahí surge el concepto definidor de generación, es decir de lo que constituye un grupo humano con una misma concurrencia etaria, acotable a un plazo de unos quince a veinte años, y que posee una tonalidad epocal compartida y perceptible, en especial a través de la visión histórica de su desempeño y de lo entrañable y profundo de su pensamiento.

Expresándolo orteguianamente, podemos decir que, si me analizo con ánimo retrospectivo y tomando alguna perspectiva que me aleje un tanto del yo solipsista cotidiano, me encuentro no sólo con las trazas de una aventura vital y espiritual propia y enteramente personalizada, sino que me asumo como parte de una interacción permanente y generatriz en muchos aspectos, que no es sino aquélla que fuera protagonizada por un grupo que tiene estructura esencialmente generacional, pues tal es el modo fundamental en el que se me da el contacto interhumano.

En la historia argentina del siglo XX, el análisis generacional global de un movimiento humano del que también fuimos protagonistas activos, se centra en la suerte compartida, convivida y padecida por todos los que vinimos al mundo aproximadamente entre 1928 y 1940. Es decir, de los que pasamos nuestra infancia e hicimos nuestra escolaridad básica en la escuela tradicional argentina, o en hogares capaces de prolongar inercialmente su acción cuando la escuela oficialmente se desvió.

Quienes cursamos formalmente lo hicimos en la escuela primaria, casi siempre con maestras responsables de su función, compenetradas con ella, tal vez duras y rígidas en su modalidad visible, pero honestas y fieles a los principios de la vieja Escuela Normal argentina, la de Domingo Faustino Sarmiento [1811-1888], de Juana Paula Manso [1818-1875], de José María Torres [1823-1895], de Pedro Scalabrini [1849-1916], de Víctor Mercante [1870-1934], de Rodolfo Senet [1872-1938], de Carlos N. Vergara [1859-1924], de J. Alfredo Ferreira [1873-1938], de Ángel Acuña, de Leopoldo Herrera [1864-1937] y de Carlos Bassi, entre muchos otros esclarecidos maestros, hayan sido cualesquiera sus errores, sus adhesiones epocales, o sus creencias más íntimas.

Las viejas maestras eran respetadas por los padres y por la sociedad y ellas, con su sentido de autorrespeto, se sentían dignas de su misión. Sí, de una singular y específica misión, porque de tal modo entendían ellas su tarea formativa. Tal vez eran duras, rígidas, pero la sociedad entornante lo era, y las conductas parentales también participaban de esa concepción.

La respuesta más común a toda disidencia con respecto a la actual decadencia educativa argentina, es afirmar que quienes osan formular opiniones disidentes con respecto a los argumentos “progresistas”, deben ser tratados de ancianos

nostálgicos, pasatistas y de un conservadurismo pertinaz. Ante esas peligrosas argumentaciones no hay defensa posible, porque son inconsistentes y, además de falaces, y de fondo, resultan meramente retóricas. Todos sabemos que la situación paradigmática de la educación en los años a los que nos referimos no era la ideal, pero, también estamos convencidos que la misma respondía a una mentalidad epocal y que debió superarse –como lo hizo en buena parte de Occidente civilizado– para evolucionar y, no para caer en el populismo y el desenfreno del caos casi permanente –sostenido sólo con remisiones intermitentes– viviendo un estado de huelga docente que reina o amenaza, sustrayendo energías y doctrina al educador, desde cerca de 1960. Sabemos que hay –con excepciones, por supuesto– un magisterio proletarizado, alejado de su antigua misión, política o sectorialmente manejado y que, pruebas al canto, nada hay en el egresado de la escuela primaria gratuita y pública que lo haga, cognitivamente, comparable al que completaba su sexto grado hasta el gran arrasamiento de la educación argentina realizado en la segunda mitad del siglo XX.

Los integrantes de nuestra generación completamos nuestro primer ciclo de vida en un trasfondo lleno de ecos bélicos: el Chaco Boreal, Abisinia, China continental, Manchuria, Etiopía, Japón, la guerra civil de España, y desde septiembre de 1939, la Segunda Guerra Mundial. Nuestra propia historia nacional fue una pausa entre golpes de estado (septiembre de 1930 y junio de 1945). El fraude directo, oficializado y justificado por gran parte de la dirigencia política era cotidiano. La tragedia europea del fascismo, el nazismo y del estalinismo, repercutía inexorablemente. Crecía el nacionalismo y se radicalizaba haciéndose rosista, populista y autoritario[2], se reivindicaba a Juan Manuel de Rosas en la historia nacional, se trasplantaban el anarquismo nihilista europeo y las crisis internas de Rusia: los procesos de Moscú, el estalinismo versus el trotskismo, la proliferación de sectas y de las escisiones de esas sectas. Había una relativa libertad de prensa. Mientras tanto, la pobreza, la exclusión y el desempleo se expandían, pues la cri-

2 Al primitivo nacionalismo de Manuel Gálvez [1882-1962], de Ricardo Rojas [1882-1957] y –con bastante más retraso temporal– de Leopoldo Lugones [1874-1938], aparece como surgido a principios de siglo y fue de carácter predominantemente intelectual, lírico e historiográfico (Cárdenas y Payá, 1978), le siguió, particularmente después del golpe de estado de 1930, un cívico- militarismo de la misma inspiración básica pero ya "*...con el huevo de la serpiente del nacionalismo populista*" (Sebrelli, 2002) y con ideólogos políticos como un Lugones ya decadente, Carlos Ibarguren, Julio y Rodolfo Irazusta, Matías Sánchez Sorondo, Ramón Doll, Ernesto Palacio [1900-1979], quienes –salvo Lugones, muerto en 1938– como destaca el último autor citado "*...después van a ser los ideólogos nacionalistas del primer peronismo y de la primera etapa del peronismo, entre 1943 y 1945. Son los mismos ideólogos del uriburismo...*", que logró insertar en el poder, pero sólo muy temporariamente en la Argentina, al elemento fascista con el golpe de septiembre de 1930 y, fue una ideología que se mantuvo latente hasta el nuevo y exitoso asalto al poder en junio de 1943, cuando llegó a contar hasta con grupos de choque como la denominada Alianza Libertadora Nacionalista, y otros grupúsculos paralelos disueltos después de 1955.

sis económica mundial del año 1929 tuvo una larga y deletérea inercia local, que se prolongó durante casi toda la década de 1930-1940.

Durante la peor parte del período generacional que estudiamos, el concepto mismo de ciencia estuvo exiliado de las esferas oficiales. Como dicen Sergio Núñez y Julio Orione (1993: 129), "*Houssay en Buenos Aires, Mieli, Neuschlosz*[3] *y Martínez en el Litoral, y otros científicos en el resto del país, fueron víctimas de la persecución antimarxista y antiliberal desatada por los "nazionalistas" (como se acostumbraba a escribir en esa época) en las universidades*".

"*La presencia de Oscar Ivanissevich al frente del Ministerio de Educación en el gobierno de facto de* [Edelmiro J.] *Farrell y en el constitucional que le siguió –es decir, el de Perón– marca la continuidad de una política francamente oscurantista. En mayo de 1946, Farrell intervino la Universidad de Buenos Aires y nombró para esa tarea a Ivanissevich. Alrededor de dos mil profesores renunciaron o fueron dejados cesantes.*"

"*Un año más tarde, ya con Perón en la presidencia, la noticia de que Bernardo Houssay había ganado el Premio Nobel de Medicina fue censurada por orden del gobierno. Perón no podía tolerar que el máximo galardón internacional recordase y certificase que los libros terminan siempre triunfando sobre las alpargatas*[4] *y fue así porque la ciencia argentina debió sufrir un nuevo embate, esta vez coordinado y generalizado.*"

"*Durante los oscuros años transcurridos entre 1946 y 1955 Houssay y sus discípulos se convirtieron en el símbolo de esa brutal oposición entre ilustración e ignorancia que instauró definitivamente el peronismo, un panorama que Cereijido*[5] *pintó con humor e ironía y Mario Bunge retrató con duros trazos.*"

En general fue para todos una niñez pobre, pero en muchos hogares estaba presente el libro y era una época en la que el magisterio y el libro tenían una adhesión que abarcaba a las Bibliotecas Públicas, los partidos políticos, los dia-

3 Simón M. Neuschlosz, véanse algunos aspectos de su actuación y de sus conflictos con Bernardo A. Houssay en la obra ya citada de Marcelino Cereijido (1990).

4 Alude a una ya casi enteramente olvidada consigna de los grupos de choque del nacionalismo y del populismo después de 1943: "*Alpargatas sí, libros no*". Se coreaba esta provocativa insensatez en los grupos proselitistas del futuro mandatario electo en 1946. El autor vio en el verano 1944-45, una manifestación a bordo de un tren del entonces Ferrocarril del Sur (hoy General Roca), compuesto por centenares de jóvenes, con el aspecto típico de la baja burguesía, pero en mangas de camisa, que viajaban a La Plata, coreando estribillos con esa definitoria propuesta, y adicionalmente "*Patria sí, yanquis no*", "*Mate sí, whisky no*". Esto se repitió con mayor despliegue e intensidad en los primeros días del trágico octubre de 1945, pero estos lemas ya aparecían escritos en las paredes y en volantes anónimos (octavillas), desde más de un año antes, al ascender al gobierno el general Edelmiro J. Farrell, reemplazando a su colega de milicia, el general Pedro Pablo Ramírez, tras el terremoto que arrasó a la provincia cuyana de San Juan en febrero de 1944 y de la ruptura de éste último con el Eje Berlín-Roma, en la Europa en guerra, y esa secuencia de hechos menores, tuvo su apogeo el 17 de octubre de 1945.

5 Marcelino Cereijido, véase *La nuca de Houssay* (1990).

rios de mayor circulación, los sindicatos y, hasta las asociaciones barriales porteñas. Pero, se trataba del inmenso conglomerado urbano del llamado Gran Buenos Aires, esencialmente polimorfo y heterogéneo. Por eso, un rasgo destacado en la que fuera la generación de 1928-1940, ha sido la esencial variación de la carga u orientación cultural de sus miembros. Eso podría definirse como de la ausencia de un canon, pues el de 1880 había entrado en crisis hacía años, tal vez por su insuficiente respuesta a los desafíos históricos que debió afrontar, y, que desde 1916, prácticamente perdió toda fuerza congregadora. En un medio así, nos formábamos al azar, según causalidades o casualidades, según el caso, derivadas de los hogares o de influencias magistrales o amistosas.

Algunas revistas culturales, ejercían una influencia particular dentro del vasto elenco de publicaciones culturales que tan bien reseña Washington Luis Pereyra (1995, 1996) como *La Prensa Literaria Argentina*. También las periodiza con caracterizaciones que, en alguna forma coinciden con la de Nicolás Babini, aunque éstas son más sutiles en el criterio discriminador puesto que en la ciencia las variaciones fueron más notables y, en ciertos casos paradigmáticas. Para Pereyra, tenemos los años 1920-1929 calificados como *Los años rebeldes* y, desde 1930 a 1939 se extienden *Los años ideológicos*.

Si bien las grandes masas poblacionales fueron indiferentes o carecieron del acceso a esos medios, creemos con Francisco Romero (1960), que siempre existen sectores de una sociedad que responden a incentivos intelectuales de diversa intensidad y categoría y, que del diálogo y contraste de los mismos, surgen las que podríamos llamar élites (en el sentido amplio de sectores pensantes de la sociedad) y que en las mismas se generan verdaderas jefaturas espirituales. También, y es necesario destacarlo, por reacción se generan, a veces con gran fuerza y acometividad, las que Sebrelli (2002) denomina antiélites. Éstas pueden llegar a politizarse y a protagonizar inesperados y, más de una vez también, violentos movimientos sociales y hasta alcanzar a asumir el poder político supremo.

Sin embargo, en la Argentina de aquellos tiempos, los antagonismos se hacían a veces feroces, en otros arbitrarios o absurdos. Abundaban los sectarismos. La unificación amplia de ideas y criterios era mínima y eso repercutía entre los jóvenes. El azar de la influencia hogareña y de la prensa literaria, así como de las lecturas aleatoriamente realizadas, era notable. Entre nosotros persistían ecos románticos y del positivismo, formas del anarquismo y del humanismo vitalista e idealista finisecular del XIX europeo. El pensamiento de Ernesto Renán competía con el de Hipólito Taine y, más adelante las postulaciones idealistas de Henri Bergson, en alguna forma conciliables con las ideas de William James, José Ingenieros y Alejandro Korn, ejercían un indudable magisterio, también pensadores de otro signo epistemológico, metafísico y espiritual, como fue el caso de Coriolano Alberini (1986).

José Ortega y Gasset ya había visitado en dos ocasiones la Argentina, en 1918 y en 1932, y dejó una huella indeleble que se prolongaría con fuerza por medio de su *Revista de Occidente*. Los diarios *La Prensa* y *La Nación* rebosaban en sus suplementos de páginas de autores ilustres y traían los ecos del movimiento cultural europeo y del americano. El socialismo, el anarquismo y hasta el nazi-fascismo influían a extensos sectores y, muchos de ellos, tenían prensa propia. Alfredo Palacios, Ricardo Levene y Ricardo Rojas ejercían gran influencia en el medio universitario. Las revistas *Sur*, *Claridad*, *Nosotros*, *Humanidades* y otras muchas de menor circulación, contribuían fuertemente a la diversidad intelectual e ideológica. Se leía a André Malraux (*La Condición Humana*, 1933, y *El Tiempo del Desprecio,* 1935), a Benededetto Croce (*La Storia come pensiero e come azione*, 1930; sus teorías literarias y estéticas y su pensamiento acerca de la ciencia), a Aldous Huxley (*Contrapunto*, 1928). También se seguía activamente a Henri Bergson, y en el país, se produjo una eclosión editorial intensísima con el asentamiento, cerca de 1939-40, de editoriales españolas y con la apertura de otras propias que liberaron a un mercado bastante receptivo, una variedad y calidad de obras que hoy resulta sorprendente.

En la Argentina, la crisis multifacética se expresaba en obras como *El hombre que está sólo y espera* (1931), de Raúl Scalabrini Ortiz [1898-1959], *Tiempo Lacerado* (1936) de Carlos Alberto Erro [1903-1968] e *Historia de una pasión argentina* (1937), de Eduardo Mallea [1903-1982], como lo trata ampliamente José P. Barreiro, en *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico* (1951). Por su parte Ezequiel Martínez Estrada [1895-1964] aportó su *Radiografía de la Pampa* (1933), *La cabeza de Goliath* (1940), *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro* (1948), además de sus numerosos artículos publicados en la revista *Sur* de Victoria Ocampo, que –aunque desde ópticas opuestas– como la de *Claridad*, editada por Antonio Zamora, aportan hoy al investigador elementos de juicio representativos del desconcierto y de la crisis de auto-percepción y de ubicación en la nacionalidad que caracterizó a aquella época.

Toda esa grande y dispersa construcción teórica llena de propuestas normativas, estuvo a disposición de la generación de los nacidos de 1928 a 1940, aunque esta aseveración resulta realmente muy relativa, pues si se rompen los canales de acceso institucional para las generaciones, como sucedió a partir de 1943 y se intensificó hasta mediada la década de los '50, si además la sociedad adulta se enerva o, políticamente, se unidirecciona en el campo ideológico, superando la pasión contingente al interés cultural básico y, si los hogares en general menguan en su influencia transmisora, a la larga o a la corta, se llega a la configuración cultural a tornar difusa y poco comprensible, hasta en el seno de una sociedad con valores históricos asentados. Cuando eso sucede, no sólo se consuma menguada y parcialmente, y dentro de un contexto menos canóni-

co el traspaso intelectual y cultural entre generaciones, sino que el todo se hace confuso e irreconocible para sus protagonistas y está abierto a cualquier factor caotizante que actúe desde afuera.

A este drama generacional lo vivimos con especial intensidad los nacidos entre 1928 y 1936. Los que vinieron más rezagados en la progresión etaria, como Elio Massoia en 1938, y se movieron en un medio hogareño que no aportó prácticamente elementos capaces de influir o activar tendencias culturales definidas, así que necesitaron del aporte de puertas afuera, más difícil de lograr, y con peripecias como las que narra Juan José Sebrelli en el escrito previamente citado.

Decía Osvaldo A. Reig:*"En el juicio de grandes sectores de la comunidad científica, tanto la zoología como la botánica ocupan un sitial menor, un grado inferior en la jerarquía de las ciencias. Ciencias de "bichos y matas", ejercitadas por la mayoría de sus cultores sin la ayuda del complejo aparato técnico y teórico al que acuden otras ramas de la investigación se considera que estas disciplinas constituyen la supervivencia anacrónica de épocas superadas de la historia de la ciencia. Caracterizándolas como "ciencias más empíricas que teóricas de coleccionistas y clasificadores", como lo hizo peyorativamente el filósofo Francisco Romero, se reconoce que son responsables de una gigantesca tarea en la clasificación de cientos de miles de especies de animales y de plantas, pero se apunta rápidamente que esa tarea representa un ordenamiento paracientífico de la diversidad biológica, útil en cuanto brinda al biólogo un cuadro sistemático del mundo animal y vegetal, pero kilométricamente alejado de las profundidades teóricas de la biología moderna".*



Dr. Osvaldo A. Reig (1927-1992).

Capítulo 5
El ingreso a la investigación zoológica. Primeros pasos. Influencias

"Los investigadores no marchan hacia su objetivo con facilidad y por camino recto. En su imaginación entrevén una posibilidad y se entregan al estudio de su realización; o bien encuentran algo desconcertante que desafía sus conocimientos y que quieren dilucidar, en cuyo caso tratan de vincularlo con otros fenómenos conocidos para resolver el problema. Es seguro que encontrarán obstáculos y dificultades. La búsqueda del conocimiento es una aventura, o más comúnmente, una serie de aventuras. Si una tentativa desde una dirección falla, no por eso se descorazona el explorador decidido a llegar a la meta. Hay otras rutas posibles y las prueba una tras otra sin desmayar."

[Walter Cannon (1945): La Ruta de un Investigador]

La rodentiología y también el estudio general de los micromamíferos[1] tuvieron una despareja historia en los países subecuatoriales sudamericanos. Se destaca el antecedente precursor de Félix de Azara [1742-1821], en el Río de

1 En este caso de somera revisión histórica nos atenderemos centralmente a quienes estudiaron los tres órdenes de Mammalia que fueron preferidos de Elio Massoia, es decir: Rodentia, Chiroptera y los que antes se entendió por Marsupialia, es decir los actuales Didelphimorphia. Además tendremos en cuenta a los que manejaron teorías biogeográficas, ecológicas y evolutivas generales para esas faunas o de algunas especies, géneros o familias de ellas, y a los que escribieron listas, tratados generales, claves de reconocimiento o manuales acerca de los mamíferos sudamericanos.

La Plata, el Paraguay y en la Banda Oriental, que tuvo la suerte de poder publicar su obra mammalógica en 1802, al poco de regresar a España, aunque hubo un factor negativo en el hecho de que no utilizara nombres linneanos para sus especies (lo mismo sucedió con las aves que estudió), razón por la que la identificación de sus especies de mamíferos se extendió hasta el presente y, aún en la actualidad, hay alguna mal dilucidada. Al examinar este problema nos resulta raro que Elio Massoia no se ocupara de esclarecerlo, pero nunca se ocupó realmente de Azara. La obra del naturalista e ingeniero militar aragonés no estuvo a su alcance, tampoco la de Johann Rudolf Rengger (1830)[2].

En el caso del Abate Molina, designación corriente para el jesuita chileno Juan Ignacio Molina [1740-1829] estamos ante la primera obra orgánica sobre una flora general chilena, pues su *Saggio sulla Storia Naturale del Cili*, impreso en Bolonia en 1782, aporta datos de gran valor sobre la botánica de ese país. Sus descripciones de mamíferos son más tardías, y aparecen dispersas en sus varios escritos publicados. Tras la independencia, en 1830, el gobierno chileno invitó a venir al país a Claudio Gay [1800-1873], un personaje con semejanzas humboldtianas y con una asombrosa universalidad de saberes, quien continúa el relevamiento natural de Chile pero, como Molina, con el mayor énfasis de su interés hacia la botánica. Rudolph Philippi [1808-1904], un verdadero sabio, también humboldtiano como Gay, se transforma desde 1851 en el protagonista mayor de la Historia Natural de Chile. El espacio para la mastozoología es también mucho más reducido que el de la botánica. Recién al comenzar el siglo XX, en 1916, se publicará un catálogo de los mamíferos chilenos, tras varios años de labor de campo y de gabinete de Wilfred Hudson Osgood [1875-1947].

Para Elio, recién cobró valor toda esta historia cuando asomó a la Patagonia, en 1965 en un viaje a Tierra del Fuego y no retornaría hasta finales de los años '70, con su estudio de una faunula de mamíferos de Paso de los Molles, Río Negro. Pero, su acceso mayor a la región fue el estudio de los mamíferos de arqueofauna de la cueva Haichol, en Neuquén, por invitación del arqueólogo, geógrafo, geomorfólogo, naturalista amplio y antropólogo, Jorge Fernández (Massoia y Fernández, 1992).

En Uruguay, las bases del conocimiento mastozoológico, proceden de Félix de Azara, que pasó un lustro en la frontera hispano-lusitana de la Banda Oriental, y adicionó a sus apuntes del Paraguay y Río de la Plata lo que pudo estudiar en el territorio actualmente uruguayo. Dámaso Antonio Larrañaga Piris [1771-

2 El autor recuerda haber tratado de conseguir la obra de Rengger desde 1961 hasta 1991, año en el que el naturalista suizo Carlo Dhluy le obsequió un ejemplar de la misma, fotocopiado muy claramente y muy bien encuadernado. Tal vez Elio haya pasado por iguales peripecias pero sin éxito hasta desistir de la empresa.

1848][3], que fue sacerdote y naturalista autodidacta, lamentablemente fue sustraído a los estudios zoológicos por su casi permanente dedicación a la azarosa política oriental a partir de la sublevación de Gervasio José de Artigas, contra el régimen colonial, en 1812. Su obra mastozoológica es sólo muy ligera. En vida de Larrañaga, pero distante él de las actividades, se movió en Uruguay el naturalista de campo y coleccionista museológico Friedrich Sellow. También llegó a ese territorio, aunque marginalmente la expedición de Saint-Hilaire al Brasil, en 1816 y 1822[4], y además en 1828 pasó por allí la colecta de especímenes de Darwin-Waterhouse, de modo que cuando los uruguayos se interrogaron por su mastofauna ya había mucho tratado sobre ella. Recién se inició la investigación local después de la mitad del siglo XIX, a partir de colectas realizadas por cuenta del British Museum para Olfield Thomas [1858-1929], quien incluyó especies uruguayas en sus estudios. El primer catálogo uruguayo de mamíferos es *The Land Mammals of Uruguay* (Sanborn, 1929).

En lo que respecta al Brasil, los precursores –a más de los naturalistas jesuitas coloniales– son los varios zoólogos brasileños del siglo XVIII, de los que da cuenta Hitoshi Nomura (1998), que infortunadamente, no pudieron publicar sus resultados y descubrimientos por considerarse a los datos naturalistas como secreto de estado por parte de la corte portuguesa. El más destacado fue, sin duda, Alexandre Rodrigues de Ferreira [1756-1815], portugués de nacimiento y con estudios cursados en Europa. En coincidencia con la estadía de Félix de Azara en el Paraguay, se desplazaba Rodrigues de Ferreira en Mato Grosso, estudiando y colectando mamíferos, aguas arriba por el mismo río Paraguay de su colega hispano. Es posible que hayan podido tener noticias mutuas, pero nada hay comprobable al respecto. Ambos callaron y públicamente al menos, se ignoraron.

A ellos, y ya en el siglo XIX, se agregan Johann Rudolf Rengger en el Paraguay; el ya mencionado Augustin F. C. P. de Saint-Hilaire en Brasil y Uruguay (1816-1822); Francisco Javier Muñiz en el Río de la Plata; Claudio Gay

3 Transcribimos un párrafo de Contreras Roqué (2011: 419) acerca del naturalista que nos ocupa: "*El sacerdote seglar uruguayo Dámaso Antonio Larrañaga fue uno de los "discípulos" indirectos de Félix de Azara. Generacionalmente estuvo distante por un corto lapso de tiempo del naturalista aragonés. Cultivó la biología tratando diversos campos de la zoología. Sus obras, publicadas en 1930 comprenden tres tomos y un Atlas, en el que en forma ingenua no carente de belleza, pinta elementos de la fauna que estudiara. Cubre también el mundo de los peces y de los invertebrados…*"

4 La Expedición al Brasil y Uruguay de Augustin François César Prouvençal Saint-Hilaire [1779-1853], realizada entre 1816-1822, a pesar de haber sido esenciamente botánica (recogió 60.000 muestras de plantas, comprendiendo 6.000 especies), colectó también vertebrados e insectos. Se desplazó por la Banda Oriental (Uruguay) Brasil por hallarse en esos años invadida por los portugueses. Constituye un valioso antecedente en el conocimiento naturalista básico de las regiones que visitó en su recorrido de 9.000 km.

en Chile, y varias figuras menores hasta llegar, hacia 1870-1880, la presencia lejana pero activa de Olfield Thomas, un zoólogo inglés con cobertura multicontinental durante más de medio siglo (1879-1929) empeñado en un esfuerzo cognitivo supremo nunca superado por un mastozoólogo. En el Uruguay, estudiando las colecciones de Friedrich Sellow, también debemos considerar a Martin Hinrich Carl Lichtenstein [1780-1857]; y adicionalmente en el Brasil al "hombre de Lagoã Santa" Peter Wilhelm Lund [1801-1880][5]; además, está al par de ellos el estudioso de las colecciones de Charles Darwin, George Robert Waterhouse.

Radicado en Buenos Aires, Hendrik Weyenbergh [1842-1885] se ocupó de los roedores argentinos, e incluso también lo hizo en ocasiones Florentino Ameghino. En Chile vivió y realizó su vasta obra Rudolph Philippi, con extraordinaria producción y, en Rio Grande do Sul, Brasil, Hermann von Ihering (1850-1930), a pesar de que él era fundamentalmente paleontólogo, pero se ocupó activamente de mamíferos y aves cuando se le presentó la ocasión.

Llegado el siglo XX, J. A. Allen compartió temporalmente sus aportaciones con la continuación del profuso ciclo de publicaciones de Olfield Thomas, cumplido entre 1879 y durante casi medio siglo de intensa producción que culmina en 1929, en el cual es alta la proporción de trabajos dedicados a Sudamérica y a la Argentina en particular. Pero ya hacia la década de 1930, se vislumbraba una gran activación continental, ya fuera por parte de autores nativos, como de europeos y norteamericanos, a veces reforzados en su recepción de información básica por el incremento del conocimiento biogeográfico y de las colecciones debido a las grandes expediciones de estudio, como la de Teodoro Roosevelt (1913), con la participación de J. A. Allen. También con las de la Princeton University a la Patagonia y las permanentes incursiones topográficas y zoológicas del coronel Rondon[6] en el interior occidental del Brasil,

5 El riquísimo yacimiento cuaternario de Lagoa Santa constituye una muestra total de la biota y el ambiente del Pleistoceno terminal sudamericano subamazónico y su aporte de información se revalora con los estudios filogeográficos del subtrópico sudamericano que se están realizando. Su antigüedad, estimada en ca. 13.000 años antes del presente, tiene en este lugar un punto de referencia isoslayable. Conviene señalar que en el centro-este y en el sudeste brasileños, desde Bahia hasta Mato Grosso do Sul, Goyas y Pará, se han descubierto en los últimos tiempos muy numerosas cavernas y sistemas de ellas y se están encontrando nuevos puntos geográficos de referencia de fáunulas espeleológicas de diversa antigüedad (Zeppelini Filho *et al.,* 2003) con gran valor comparativo.

6 Cândido Mariano da Silva Rondon [1865-1958]: se transcribe un resumen biográfico de Contreras Roqué (1910b: 242-243): "*Como el coronel Fawcett fue también contemporáneo de Guido Boggiani. Nació en Brasil, en el estado de Mato Grosso, en Santo Antônio do Leverger; era hijo de padre de ascendencia portuguesa e india y su madre era una india Bororo. Al quedar huérfano siendo muy joven fue criado por sus abuelos y un tío. En 1881 inició la carrera militar con orientación hacia ingeniería en Rio de Janeiro. Fue oficial e hizo cursos en la Escuela Superior de Guerra. Desde joven fue republicano y abolicionista en cuanto a la esclavitud que en Brasil duró hasta 1888. En 1890 se le dio la jefatura de la instalación de las líneas*

de cuyos hallazgos faunísticos mastozoológicos se ocupara centralmente el biólogo Alipio de Miranda Ribeiro.

Se iniciaron así para la Argentina los años precursores en los que fue pionera la presencia asidua de biólogos norteamericanos interesados en la mastozoología sudamericana, entre los que participaron Gordon H. H. Tate, Wilfred H. Osgood, Colin C. Sanborn, Oliver P. Pearson, R. H. Pine, el ecofisiólogo Brian McNab, Philip Myers, Richard Sage, Michael A. Mares y otros. También estuvieron los españoles radicados definitivamente como José Yepes y Ángel Cabrera (desde 1925 en que llegó al país)[7]. En Suecia se destacó el gran taxónomo, Nils Gyldenstolpe, que aprovechó centralmente el material de las expediciones suecas como la de Erland Nordenskjold (Von Rosen, 1957). Fue previo a Philip Hershkovitz que, con excepción de sus tempranas campañas de colecta y estudio en Colombia, fue un extraordinario trabajador de gabinete en el Field Museum of Natural History de Chicago.

En el país, realizaron sus estudios Carlos Rusconi, Lucas y Jorge Lucas Kraglievich, proseguidas más modernamente por Jorge A. Crespo, Claës C. Olrog, F. A. Sáenz, Lidia Vidal Rioja, Marta C. de Bianchi, Augusto C. Llanos, Néstor A. Bianchi, Fernando Dulout, Pablo Kiblisky, Fernando Kravetz, María Susana Merani, Silvia Kajon, Maribé Espinoza, Alfredo Vitullo, Rubén Bárquez, Osvaldo A. Reig, Elio Massoia, Abel Fornes, Marcelo Ortells, Olga Vaccaro, M. L. Christie, Virgilio G. Roig, Pablo Carnevali, Alicia I. Massarini, C. I. Montalvo, Jaime Polop, Liliana Apfelbaum, F. J. Dyzenchauz, H. Cacheiro, Ricardo Ojeda, María Irene Rossi, Marta Piantanida, Laureano De Santis, Pablo Teta, Analía Andrade, Ulyses Pardiñas, Bernardo Villa R., Horacio Delpietro, Carlos A. Quintana, Francisco J. Goin, Carlos A. Galliari, E. R. S. Roldán, M. S. Rossi, J.

---

telegráficas de Mato Grosso, culminadas en 1895. Después trazó y construyó una ruta uniendo Cuiabá con Rio de Janeiro, en su estado natal. Desde 1900 a 1906 se desplazó muy cerca del área de trabajo y muerte de Boggiani; después trabajó en el tendido de la línea telegráfica Corumbá-Cuiabá. En esos años pacificaron una rebelión de los Bororo, de la misma etnia de su madre. En su larga y densa vida recorrió todo el oeste del Brasil, recogió información antropológica y naturalística, protegió a los indígenas, fue cartógrafo y geógrafo. Seguramente con Boggiani supieron uno del otro, fue una relación casi necesaria, pero no tenemos prueba de ella. Rondón fue ascendido a mariscal al cumplir los 90 años, y falleció a los 92, rodeado de la consideración de héroe nacional del Brasil". Debemos agregar que Rondón, en lo referente a muestras biológicas recogidas en sus campañas –fue un gran colector– se complementó con el naturalista Alipio de Miranda Ribeiro, del Museu Nacional de Rio de Janeiro.

7 Ambos son autores de una obra que Michael Mares (2007: 6) considera: "*...el primer libro que intentó repasar la mastofauna de toda América del Sur fue Mamíferos Sudamericanos, que escribieron Ángel Cabrera y José Yepes en 1940, y que si bien no era una guía de campo, por lo menos tenía dibujos de varios mamíferos. Este libro influyó para que mucha gente se dedicara a las investigaciones de los mamíferos de la región. Todavía se puede comprar en las librerías y todavía se usa. En Norteamérica, el primer libro que se dedicó exclusivamente a los mamíferos fue Fauna Americana, escrito por Richard Harlan en 1825, más de un siglo antes de la obra de Cabrera y Yepes...*".

Zorzopulos, Enrique R. Justo, Sergio Tiranti, Julio Rafael Contreras y el activo e incansable Michael A. Mares[8], que vivió varios años en la Argentina y que más tarde se ocupó en el occidente de Brasil de la fauna del Cerrado biogeográfico, colaborando en varias publicaciones con el brasileño C. R. Alho, y con los norteamericanos K. E. Streilein, Kristina A. Ernest y David Schmidly.

En el Uruguay y en el siglo XX actuaron Raúl Vaz Ferreira, Alfredo Langguth, Fernando Díaz de Ávila Pires, Alfredo Ximénez; Carl Koopman, Mariano Acosta y Lara, E. M. González, Álvaro Mones, Carlos A. Altuna, E. P. Lessa, E. González y Guillermo D'Elia. Por su parte Guillermo Mann Fischer marcó una época en Chile, al que seguirían Javier A. Simonetti, Fabián Jaksic, José Yepes, Ángel Spotorno, entre otros; en Bolivia realizó su gran obra mastozoológica el norteamericano Sidney Anderson, también estuvo allí el chiropterólogo (especialista en murciélagos) de la misma nacionalidad, Carl Koopman. En el vasto territorio brasileño A. L. P. Perondini, los esposos Willy y María Luiza Beçak, Viana. El ya nombrado Alipio Miranda-Ribeiro y su hijo Paulo, João Moojen, Fernando Díaz de Ávila Pires, Yatito Yonenaga, al igual que Thales de Freitas, Marta Fabián, Vilma Maia. En Venezuela y en el mismo campo de estudio, trabajaron J. A. Allen, C. O. Handley, R. H. Pirlot (francés, autor de una conocida *Anatomía Comparada de los Vertebrados*, E. Mondolfi, Marisol Aguilera, Omar J. Linares, A. Pérez-Zapata, J. Ochoa G., el español Carlos Ibáñez, Ivan Sazima, M. A. Barros, Juhani Ojasti, C. O. Handley, Wilfred H. Osgood, A. Vivas y muchos otros especialistas y, algunos de ellos precursores en temáticas novedosas y de avanzada. En la vecina Colombia E. Barriga-Bonilla, R. H. Pine, A. Cadena, J. M. Tamsitt, Darío Valdivieso, Philip Heshkovitz, y el extraordinario naturalista que fuera el tan conocido "Mono" Jorge Hernández Camacho. Philip Myers actuó en el Paraguay y en la Argentina; en las Guayanas lo hicieron, siguiendo los pasos del notable viajero W. Beebe (1919), el holandés A. M. Husson, con dos extensas y detalladas monografías (1962, 1978), R. J. Baker, W. Bergmans, H. E. Anthony, G. Dubost, François Petter, G. H. H. Tate, G. I. Twigg, George G. Goodwin y Arthur M. Greenhall trabajaron en las islas mesoamericanas, además de J. W. Bradbury.

Sidney Anderson se ha ocupado desde hace décadas de la mastofauna boliviana, al igual que Terry L. Yates y J. A. Cook. En el Paraguay Richard D. Owen, el ya mencionado Philip Myers, M. D. Carleton, Carl R. Koopman, y dos décadas antes I. Krumbiegel, Hans Krieg, Alfred Laubmann y los demás miembros de las expediciones naturalistas alemanas de los años 1930-1940, realizadas con

8 Michael A. Mares, descubridor de varias especies nuevas de roedores en la Argentina, llegó incluso a preocuparse de la estructura socio-caracterológica del ambiente zoológico dedicado a los vertebrados en la Argentina en un agudo y polémico artículo (Mares, 1991).

algunas intermitencias. En el Perú actuaron James L. Patton, Oliver J. Pearson, y el gran trabajador de la ciencia que fue W. H. Osborn, además de muchos jóvenes egresados que ya son estudiosos activos. Por años las revistas *Journal of Mammalogy*, *Mammalia*, el *Z. Säugetierkunde*, el *Journal of Zoology,* y gran número de publicaciones periódicas de museos y universidades norteamericanas contribuyeron poderosamente al desarrollo científico sudamericano. Poco a poco fueron sumándose en la Argentina, las revistas locales, como la precursora *Physis* y años después *Neotrópica* y la facilidad postal existente hasta los años más tempranos de la década de los '80[9] permitió un amplio y muy liberal intercambio de publicaciones que favoreció netamente a los investigadores latinoamericanos.

Si se considera el estado de la rodentiología argentina –y de la rioplatense en general– en el momento en que la abordó Massoia, resalta aún más la calidad de sus primeras contribuciones. Si bien en la primera que publicara, referida a los roedores de la selva marginal de Punta Lara (Massoia, 1961), se percibe algo de primerizo, las siguientes son ya de una presentación casi impecable. Aunque es bien evidente que se ve en algunas de las más tempranas el apoyo de Osvaldo Reig, que fue un maestro insuperable en lo que respecta a apoyar y bien guiar la iniciación de jóvenes científicos, la rapidez de asimilación del joven Elio Massoia era tan viva y receptiva, que bastó un par de trabajos así tutelados para que adquiriera definitivamente un estilo propio de calidad.

La rodentiología, puede ser concebida como una especialización de la zoología, que llegó en forma relativamente temprana al campo general mastozoológico. Dejando de lado a los descriptores de especies del período inicial, que se abre hacia fines del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX (Johann Fischer von Waldheim, Johann Karl Wilhelm Illiger, Georges Cuvier, Ignaz Marie von Olfers, John William Gray, Martin Heinrich Karl Lichtenstein, Henri Marie Ducrotay de Blainville, George Robert Waterhouse y, ya en la segunda mitad Olfield Thomas, Johann Karl Wilhelm Weber, Wilhelm Lilleborg, entre otros) quienes dieron nomenclatura linneana y describieron cerca de un tercio de las especies actualmente conocidas, puede decirse que en Europa se asentaba una rodentiología consolidada ya a fines del siglo XIX, cuando al afán meramente descubridor le sucede el intento de abarcar el objeto del conocimiento como un sistema (*Ueber das System der Nagetiere*: *Eine phylogenetische Studie*. *Nova*

9 Se trata de algo que apenas si hemos podido tratar localmente en forma seria y buscando soluciones, pero constituye un peligroso cerramiento de las posibilidades de relacionamiento e intercambio entre investigadores latinoamericanos y los norteamericanos y europeos. El correo en su faz internacional, acorralado por las redes informáticas se ha hecho extremadamente oneroso. Ya casi no es posible sostener suscripciones y la compra individual de libros y publicaciones tiene precios de correo cada vez más elevados y ajenos a las posibilidades de los estudiosos y aún de las instituciones. El intercambio se cierra cada vez más y sólo es parcialmente suplido por los intercambios digitalizados.

Acta Reg Soc Sci Upsala, Ser 3, 1899, 18: 1-514), tal como lo presenta la obra de Tycho Tullberg [1842-1920], y como concurre hacia una finalidad similar, debemos recordar al incansable y prolífico investigador Olfield Thomas, en el British Museum, y –desde otra óptica– el danés Peter Wilhelm Lund[10]. Saltando etapas aceleradamente se pueden establecer los hitos mayores a través de las publicaciones de J. A. Allen (1903, 1905), de Michael D. Carleton (1973, 1980), de Nils Gyldenstolpe (1932), de J. G. Wagler, de Tycho Tullberg (1899), de J. R. Ellermann (1941-1942), que constituyen el frente mayor de la ascendente marea de trabajos rodentiológicos y acerca de micromamíferos de los órdenes ya enunciados.

Ésta ha sido la etapa de desarrollo de los sistemas insinuados en la anterior y de la inclusión de un creciente número de formas en el esquema taxonómico que progresivamente se va haciendo esencialmente evolutivo. Se han agregado novedosos tratamientos ecológicos, como los poblacionales (Lee Raymond Dice [1887-1977], William Frank Blair [1912-1984], Dennis Hubert Chitty [1912-2010], Charles Sutherland Elton [1900-1991], C. L. Negus, Andrewartha & Birch), de morfología comparada, acerca de la consideración de los patrones dentarios (por ejemplo, la trigonodoncia[11] básica y su evolución), la fisiología, la bioquímica, la endocrinología y la morfometría, hasta hacer su aparición la citogenética, especialmente con Robert Matthey en Francia, en la primera mitad del siglo XIX.

En tanto y paralelamente, en los círculos científico-filosóficos europeos (y muy pocos americanos pues en ellos ya no existía significativamente) iba languideciendo cada vez más el neovitalismo finisecular del siglo XIX, reactivado en esos años por la obra y el prestigio de Henri Bergson [1859-1941]. Su pensamiento profundo y bellamente expresado[12], fue parte de la fuerte reacción en el pensamiento europeo ante el positivismo, especialmente de aquel más acorde con el marco conceptual clásico de Augusto Comte [1798-1857], que ya resultaba ingenuo y estrecho para el logro de una cosmovisión compatible con el avance de la ciencia, la que no podía asumir al hombre como enteramente reducible a la naturaleza y rechazaba la metafísica sin concesiones. La obra de

10 Peter Wilhelm Lund [1801-1880] fue un célebre naturalista danés, explorador y descubridor del yacimiento fosilífero de Lagõa Santa, Minas Gerais, Brasil.

11 Trigonodoncia: Véase al respecto: Stehlin, H. und E. W. Straub. 1953. *Die Trigonodontie der simplicidentaten Nager*.

12 En 1927 Henri Bergson recibió el Premio Nobel de literatura, justamente por la belleza y elegancia de su pensar y expresarse (su estilo). Sus méritos incluían también su intuicionismo, su élan vital como principio central de la vida (traducción textual de la vital force de Ralph Waldo Emerson, uno de los progenitores de su vitalismo), los cuales dominaron un amplio campo de la filosofía, especialmente entre 1890 y 1920, y cuya vigencia, muy reducida ya, se extiende hasta la actualidad, especialmente en sectores no científicos.

Bergson, *L´évolution creatrice* (1907) resumió mucho de su pensamiento, que aceptaba la realidad del mundo físico y de su evolución temporal, pero encontraba ciertos ámbitos como el de los valores estéticos y mentales, el de la libertad, el del finalismo de la existencia del espíritu (al que intuía) que representan al mundo del espíritu (opuesto al de la materia) y trató de hallar formas de pensamiento en el campo de las ciencias naturales capaces de definir la cuestión. Un poco reiteraba el milenario argumento de Roger Bacon de que (en su caso la teología) la filosofía no puede ser absorbida por la ciencia ya que tiene problemas y procedimientos distintos, pues la interioridad del hombre es real pero no material, tal como lo es, entre otros atributos de la mente, la memoria, que actúa como hiladora de la construcción espiritual. El universo tiene, para él un designio teleológico y providencial. Su influencia fue enorme.

En las capitales americanas en las que dominaba el más crudo positivismo (en nuestra generación del ochenta, por ejemplo), sus ideas, inspiradas por sus maestros, en especial Émile Boutroux [1845-1921][13], despertaron en el campo de la biología ideas neovitalistas como las profesadas por Félix Le Dantec [1869-1917], que contaron con una enorme difusión hasta mediado el siglo XX, a pesar del materialismo marxista y del neopositivismo del círculo de Viena, que desde 1924, hasta aproximadamente la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) asumió una comprensión científica de la realidad total como neopositivismo lógico o empirocriticismo y prevaleció en el mundo científico en los años de entreguerra (1918-1939).

En tanto, en la vieja Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, en 1959 y 1960 las obras de Le Dantec eran infaltables en las envejecidas bibliotecas de cátedra y de muchos de los profesores encargados del dictado de materias biológicas. Curiosamente, cinco años más tarde no quedaban ni huellas de esos libros ni se conocía más al autor, salvo memorias vergonzantes de sus mismos seguidores, como nos lo confesara un día el doctor Jorge M. De Carlo.

Elio Massoia no participaba en absoluto de este mundo ideológico ni siquiera conocía los nombres de sus figuras más salientes, pero innatamente y sin saberlo a fondo, era un vitalista convencido pero no propagandista ni difusor, y una vez nos lo dijo claramente: "*nada de eso me concierne*". Por otra parte, era deísta y fijista en cuanto al proceso evolutivo general de las especies.

13 Los Boutroux eran dos, padre e hijo, respectivamente Émile y Pierre Boutroux, ambos filósofos, pero la obra de Pierre fue más trascendente. Basaba su espiritualismo en los derechos de la conciencia y los inalienables de la persona. Sostenían los Boutroux, que existen problemas urgentes a los que no dan respuesta racional las ciencias positivas, y los mismos deben ser resueltos por la filosofía. Adherían a esta postulación Félix Ravaisson-Mollien [1854-1924] y Maurice Blondel [1861-1949], quienes sostenían la llamada filosofía de la acción.

Coincidió esa etapa con la introducción en las ciencias biológicas del surgente paradigma de la moderna síntesis evolutiva (Julian Huxley, original en 1943 y 1965 en la edición castellana), que se acompañara con la rotura definitiva de la barrera neontológico-paleontológica, hecho protagonizado hacia mediados del siglo XX, a partir de enunciaciones iniciales de varios autores, las que culminaron con el apoyo de George Gaylord Simpson [1902-1984] y de Alfred Sherwood Romer [1894-1973], y con la concurrencia de enfoques biogeográficos novedosos, para que, en consecuencia, se produjera un incremento cuantitativo y cualitativo enorme en el panorama de la subdisciplina que analizamos[14]. Por su parte el francés René Lavocat lo hizo desde una óptica paleontológica particularmente profunda y muy finamente por lo que ese saber teórico, una vez desarrollado, coincidió temporalmente con las ideas Simpson[15] y también con las de Stuart O. Landry (1957), en la formulación de hipótesis de importancia crítica para la mastozoología evolutiva y paleobiogeográfica en general y para la rodentiología neotropical en particular, aunque ésta recibió los aportes fundamentales de biogeógrafos como los de C.O. Webb, de Paul Müller (1973), de René Jannel y, localmente, de Osvaldo A. Reig. Jeannel, quien entre 1945 y 1951 fue director del Muséum National d'Histoire Naturelle de París, muy tempranamente, venía enunciando como entomólogo el papel de las antiguas (mesozoicas) conexiones trasantárticas en la dispersión y en los patrones de distribución de muchos coleópteros.

En la Argentina (considerándola *in extenso*, como el área del antiguo virreinato del Río de la Plata) y haciéndolo en el contexto relacionado del panorama bibliográfico sudamericano, se dieron los aportes de Félix de Azara [1742-1822], de Johann Rudolf Rengger [1797-1832], de Hendrik Weyenbergh [1842-1885], hasta llegar a Florentino Ameghino [1854-1911] y a Lucas Kraglievich [1886-1932], quienes incluyeron significativamente a los roedores en su interés zoológico y, los dos últimos lo hicieron en sus estudios paleontológicos realizados con clara orientación evolutiva[16].

---

14 Puede considerarse que el paradigma neodarwiniano de la "síntesis moderna" culminó hacia 1975-1980, con la etapa cada vez más reduccionista de la biología molecular, que si bien enriqueció a la biología con su enorme aporte y aún reserva potencialmente considerables aportes, contribuyó también a la crisis del paradigma reinante y dio lugar al surgimiento, hacia mediados de los años '80 de nuevos conceptos básicos acerca de la evolución, la estructura y la significación de lo viviente por obra de la intensa transdisciplinaridad lograda con la física, la cosmología, las ciencias cognitivas, y con los avances de la justificación matemática de un vasto campo de interpretaciones estructurales, ontológicas y emergentistas del universo resultantes de la cada vez mayor pujanza dentro del campo científico del pensamiento epistemológico. Así lo reconoce, por ejemplo, Rosendo Pascual (1985: 316): "*... en años recientes, sin embargo, y como era de esperar, embates renovadores han conmovido la "síntesis moderna" como proposición exclusiva de la evolución biológica*".

15 Véase la obra de G. G. Simpson: *Tempo and mode in evolution* (1944); el autor utilizó la edición francesa, *Rhytme et modalités de l'évolution* (1950).

16 En este caso no podemos dejar de citar también a Dámaso Antonio de Larrañaga, quien nació y actuó en Uruguay, primero en el tramo final del virreinato y después en la caótica vida rioplatense posterior a

La extensa obra mastozoológica y en forma dominante rodentiológica, ya mencionada y que realizara el zoólogo inglés del British Museum, Oldfield Thomas, se proyectó fuertemente a través del descubrimiento y estudio de numerosas nuevas especies. Los primeros naturalistas argentinos fueron casi exclusivamente neontólogos –con excepción de Francisco J. Muñiz [1795-1871], sin embargo, la fuerte influencia de Florentino Ameghino hacia el fin del siglo XIX condicionó el desplazamiento de la incipiente rodentiología al campo paleontológico, aunque con algunas incursiones neontológicas por parte de sus seguidores, principales, como Lucas Kraglievich [1886-1932], Alfredo Castellanos [1893-1955] y Carlos Rusconi [1898-1969].

Recién a partir de 1925, con el arribo del prestigioso naturalista español Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960], al que pronto se agregaría su connacional José Yepes [1897-1976], comenzó a formarse bajo su guía y en el país, la primera promoción de rodentiólogos en sentido amplio y moderno, con Augusto César Llanos y Jorge A. Crespo y De la Barrera, este último provenía del campo médico-epidemiológico y actuaba en una tarea del tipo de la realizada por el MEPRA[17] pero esta vez en el campo de la rodentiología[18]. Formando parte de una bien caracterizada vertiente Ameghiniano-Kraglieviana, se in-

1810, en medio de la anarquía y de la proliferación de caudillismos, que se sumaban a la empecinada e intransigente dominacia porteña, hasta que disgregaron el antiguo territorio hispano del Río de la Plata a menos de un lustro de los episodios de mayo de aquel año de 1810.

17 El MEPRA: su nombre son las siglas de Misión de Estudio de Patología Regional Argentina, un organismo sanitario que fue creado en 1926, iniciándose oficialmente en un edifico de la ciudad de San Salvador de Jujuy, y que en 1929 fue totalmente renovado. Estaba centralmente destinado a las investigaciones básicas de lo que hoy llamaríamos biecología y zoogeografía de los vectores, en especial de los atrópodos, relacionados epidemiológicamente con la patología regional en el interior, y en forma principal del noroeste argentino. En 1930 el MEPRA inició sus publicaciones, que alcanzaron a ser setenta y dos, todas confeccionadas con rigor científico y metodológico, predominando las relacionadas con el mal de Chagas y su difusor rural, la vinchuca *Triatoma infestans* (Hemiptera, Reduviidae). Allí hicieron sus experiencias decisivas Salvador Mazza [1886-1946], que fue el director de la Misión durante muchos años, y su colaborador principal, Miguel Eduardo Jörg [1909-2002]. Se invirtieron grandes recursos en el MEPRA, pero nunca los necesarios para optimizar sus funciones. El MEPRA poseyó un vagón ferroviario, que era, al par, laboratorio, consultorio y biblioteca, además de residencia para el equipo humano que investigaba. Ese rodado era trasladado a donde se creyera necesario y estacionado temporalmente allí: de esa forma recorrió el noroeste argentino. Se hicieron colecciones entomológicas (Augusto C. Pirán era el entomólogo de la Misión) y mastozoológicas, en especial de roedores, a los que estudió parcialmente José Yepes durante varios años y que están depositados en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires, muchos de ellos arruinados por el trabajo del formol durante tres cuartos de siglo sobre el material óseo, los cráneos en especial. Al fallecer Mazza en México en 1946, el proyecto perdió fuerza y apoyo y, finalmente, fue desmantelado en 1959, y sus bienes substados en 1960.

18 La actuación de J.M. De la Barrera se concentró en la región de Cuyo, debido a la aparición de un brote de peste rural en Mendoza. Su trabajo fue tan intenso que permitió el descubrimiento del interesantísimo roedor *Tympanoctomys barrerae* (especie desertícola y restringida a la ocupación de suelos de esa condición pero salinos).

corporaron un poco más tarde a ese movimiento, en la década de los años '40, los jóvenes Jorge Lucas Kraglievich y Osvaldo A. Reig[19].

El centro temporal de esta eclosión puede situarse entre su apertura en 1935, año de la aparición del *Epítome de la sistemática de los roedores argentinos*, de José Yepes, y su cierre en la fecha de aparición del primer volumen del *Catálogo de los Mamíferos Sudamericanos*, de Ángel Cabrera (1957). Para entonces –y si se considera el notable aporte de Oliver Payne Pearson acerca de los roedores Phyllotinos (género *Phyllotis*) del sector andino (Pearson, 1958)–, puede decirse que esa es la datación clave de cuando se labró el sustrato fundamental para la incorporación de Elio Massoia al que sería su campo de estudio casi de por vida. Esa faz de revisión sistemática, dentro aún del canon clásico, predominantemente descriptivo y, a lo sumo moderadamente morfométrico, dentro del campo de la mastozoología. Al completarse ese período ya estaba consolidada y se incrementaba cada vez más, simultáneamente también sucedía lo mismo en Brasil, Uruguay y Chile, contribuyendo así a acrecer el contexto geográfico referencial. Puede considerarse esa fecha también como la de la incorporación definitiva a la mastozoología neontológica por parte de Osvaldo A. Reig, considerado básicamente como paleontólogo hasta entonces.

Si bien Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960] fue quien ejerció el primer magisterio implícito en la zoología paleo y neontológica argentina, otro factor que contribuyó notablemente a brindar un modelo de referencia, en el encauzamiento definitivo de la vocación de Elio Massoia, y al que también se sumaron, influyendo directa o colateralmente, fue el representado por el destacado grupo integrado por José Yepes [1897-1976], Augusto C. Llanos (quien produjo su obra principal en 1941, 1944, 1947 y 1957), Miguel Fernando Soria [1952-1990], Avelino Barrio [1920-1979], Jorge Miguel De Carlo [1915-1999], Jorge A. Crespo [1915-2003] y Raúl A, Ringuelet [1914-1982], y como factor detonante, el encuentro con Osvaldo A. Reig fue esencial.

En más de una ocasión hemos lamentado que, por la concurrencia de la azarosa y desdichada vida institucional de la Argentina en las décadas siguientes y, tal vez también, por alguna condición derivada de la propia personalidad del eminente biólogo, éste no dejara una verdadera escuela cognitiva ni seguidores directos bien identificables, pues solo tuvo muy pocos discípulos en la completa acepción del término y, menos aún que fueran capaces de actuar como continuadores directos de su obra y pensamiento después de su desaparición, en 1992. La primera alternativa es casi imposible pues Reig en su vida se había labrado una jerarquía, tanto manifiesta como implícita, que motiva

19 Ambos autores se iniciaron con un trabajo juvenil publicado en las *Contribuciones del Museo de La Plata*, era de tema rodentiológico y estaba dedicado a formas fósiles (Kraglievich y Reig, 1945).

que, tan sólo disponiendo de ella se podría actuar "reigianamente"; y lo segundo es obvio pues, es rara la repetición en una mente del ambiente biológico argentino, de su lucidez y facilidad para volcarla en propósitos cognitivos o especulativos.

Pero, si analizamos detenidamente el caso de Elio Massoia, éste puede ser considerado como un verdadero discípulo de Osvaldo A. Reig. Así se sintió él en su intimidad, en un caso paradojal y notable de concurrencia simultánea de encontrados sentimientos de amor-odio, y así lo sentimos también quienes más cercanamente lo tratamos. Es posible que esta afirmación llegue a despertar alguna sonrisa de incredulidad o de desdén, pero sin embargo, ha sido realmente así. Elio con todas sus limitaciones ha sido el resultado manifiesto de la influencia reigiana y constituye uno de los epígonos más directos de Osvaldo, pero especialmente de aquél Reig de los años de su actuación en Buenos Aires hasta 1966 y de sus publicaciones rodentiológicas ulteriores. El gran desencuentro personal entre ellos, subyacente desde 1962, y renovado en otra dimensión a partir de 1982, fue una circunstancia desdichada de tensiones interiores de ambos, que no supieron tender un puente de cercanía. Hemos sido testigos presenciales de la dolorosa repercusión de la muerte de Osvaldo Reig, en marzo de 1992 sobre el ya tenso y alterado ánimo de Elio Massoia.

Una vez, pudimos oír a un botánico argentino que se refería a un aficionado de mala calidad actuando en el campo de su ciencia, diciendo: "–*¡Es el Massoia de la botánica!...*". ¡No puede haber nada más equivocado e injusto! El análisis de la obra total de Elio revela una calidad que –a pesar de algún desorden, desprolijidad o exaltación contingente– trasparece casi a cada trazo, a pesar también de las carencias instrumentales y económicas que experimentara casi en forma crónica. En el *ethos* de la ciencia zoológica argentina de 1960-2000, Elio representa la continuidad de una de las facetas científicas decisivas de Osvaldo: el relevamiento y el ordenamiento del panorama faunístico argentino en relación con los roedores. Todas las posibilidades para la biología evolutiva, la ecología y la genética y la biología molecular, en especial en relación con los Sigmodontinae, se desarrollaron en relación con los roedores, con una raíz en la matriz cognitiva básica, en alguna medida aportada por Elio Massoia. Osvaldo Reig –bastante pobre como zoólogo de campo– también lo sentía así y en septiembre de 1988, hablamos con él largamente al respecto, en un inolvidable día de campo en el Rincón de Ambrosio, en la costa correntina del Paraná[20]. Fue esa la más larga, franca y abierta conversación que hayamos podido

20 Todo aquél que haya conocido cercanamente a Osvaldo Reig, tiene que saber acerca de su tendencia a las confidencias personales, algo que se producía en momentos y ambientes muy singulares, raros de lograr en su agitada vida.

sostener después de las juveniles de los años ’60, pero aquéllas, ya lejanas, eran sobre todo de traspaso de maestro a discípulo y de interpretación de resultados obtenidos y su proyección en nuestro campo futuro de investigación, no el coloquio entre los zoólogos maduros y consolidados de ese año, en que compartimos, entre otras temáticas, la de apoyar a Elio Massoia. Pero, para Osvaldo ya era tarde y, tal vez para Elio también.

Es posible que la celeridad con que Osvaldo Reig absorbía la casi explosiva expansión del paradigma biológico, y el hecho de que percibiera demasiado intensamente la calidad de los cambios globales de la biología, que se instauraban rápidamente, siempre con un sentido intensamente participativo con el que ocupaba su mente y guiaba la planificación de sus tareas, fuera la que le brindaba esa soltura de movimientos y de expresión que se le percibía, aún en sus días de enfermedad. Creemos que eso lo imposibilitó de hecho para fijarse suficientemente en una etapa firme, serena y productiva en la que se volcara a formar discípulos. Tan sólo puede decirse que sus años de Venezuela le han dado alguna oportunidad, y dejó continuadores, de los que Marisol Aguilera y Omar Linares fueron esclarecidos representantes, pero en general le faltó tiempo, un tiempo que le fue negado, además de por su propia condición volitiva, por la historia pequeña y mezquina de los desencuentros latinoamericanos, a los que vivió participativamente y con apasionado fervor.

Un aspecto muy especial de la influencia de Osvaldo Reig sobre Massoia fue la promoción en él de la lectura especializada, particularmente en lengua inglesa. También en eso Reig era insuperable. Además de mostrarse generoso al máximo con su biblioteca personal, tenía el don de entregar cada apartado de un trabajo a consultar acompañándolo con una especie de reseña oral en la que se mezclaba el resumen del mismo, el análisis crítico de sus méritos y deméritos, además de una amplia digresión acerca del contexto de ese trabajo, las demás fuentes que debían consultarse, y hasta –cuando estaba de humor y contaba con tiempo– de aspectos históricos y anecdóticos acerca de esa fuente y de su autor.

A partir de su ingreso en el grupo de trabajo de Reig, Elio salía cada día pasado en el laboratorio cargado de lecturas que al día siguiente comentaría y debatiría con su maestro. Más de una vez se le veía salir del viejo edificio de la calle Florida entre Tucumán y Viamonte, apretando entre sus manos con ademán ansioso y feliz, una publicación o un libro del que sobresalían tiras de papel blanco, con las que marcaba las páginas de su interés o que debiera atender especialmente según el consejo de Reig. Incluso en alguna ocasión lo vimos pasar a nuestro lado, saliendo del laboratorio, ensimismado, enteramente absorto, sin reconocer a nadie, musitando para sí alguna argumentación de la que, seguramente, estaría pendiente hasta lograr su verificación o su contraste, analizando material documental, es decir, cotejando especialmente cráneos y

dientes de especímenes de museo de roedores o de otros pequeños mamíferos y musitando explicaciones y comentarios, fruto de una activa reflexión o de un diálogo interior[21]. Eso le dio cierta fama ante muchos de sus conocidos, que decían maliciosamente que, Elio a veces, hablaba solo en la calle.

Para los que han conocido ese Osvaldo A. Reig inicial, antes de que sus tareas y su propia evolución personal lo hicieran más frío y distante, tendrá especial sentido esta evocación. Esa relación de íntima coparticipación y de presión formativa[22] duró para Elio Massoia, al menos dos años (1960 y 1961) y se extendió además por buena parte de 1962, aunque ya estaba menguada la relación entre ambos. El concepto de autodidactismo total que se atribuye generalmente a Elio Massoia, debiera reverse a la luz de ese magisterio particular privilegiado que tanto influyó en su formación y que no se restringió a lo específico de la rodentiología argentina, pues abarcaba siempre aspectos paleontológicos, evolutivos, biogeográficos y hasta anecdóticos y ejemplificadores de la historia de la ciencia[23], en particular de la argentina.

---

21 Esto ocurría en los densos e inocentes años iniciales de la década de los '60 cuando Elio Massoia aún alentaba enormes esperanzas hacia su porvenir científico y todavía no había comenzado a recoger la amarga experiencia interpersonal con sus colegas y con el medio administrativo museológico y de las facultades universitarias, es decir, de todo lo que más tarde tanto agrió su carácter y perturbó su trabajo especializado, centrando todo el malestar en su carencia de graduación universitaria.

22 Presión formativa: denominamos así la acción casi inconsciente para ambos términos de la relación de discipulado, por la cual el maestro evidencia con tal pasión y sinceridad su voluntad de enseñar que el discípulo recibe la transferencia sin la menor imperiosidad, como un verdadero flujo espiritual, se enriquece cognitivamente y como persona, conservando íntegra su libertad, como muy bien lo destacara María Zambrano (1982).

23 A la influencia ejercida por Osvaldo A. Reig en los años formativos de Elio Massoia, debe agregarse la que aportara el zoólogo platense Raúl A. Ringuelet [1914–1982], quien frecuentó hasta 1961 la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires como docente. Aunque estuvo decididamente separado de Reig por razones ideológicas, políticas y de personalidad, tuvo desde el comienzo una actitud afectuosa y casi paternal con Elio Massoia. Le obsequiaba apartados de sus trabajos, lo aconsejaba y escuchaba. Esto es tanto más notable, cuando de hecho, Ringuelet tenía una actitud muchas veces ruda y agresiva en la exigencia de grado universitario máximo para quien practicara la zoología (recuérdese el ingrato episodio público protagonizado con José M. Gallardo en las Jornadas Argentinas de Zoología de 1977, en San Miguel de Tucumán). Hacia Massoia conservó siempre un respeto afectuoso y no cesó de estimularlo en su trabajo. La ruptura con Osvaldo Reig en los últimos meses de 1962, acercó decididamente a Elio Massoia con Raúl Ringuelet, a quien había conocido, por lo menos en 1957 o 1958, y fue una relación que se prolongó durante la vida de ambos. Raúl A. Ringuelet, quien fuera una de las más destacadas figuras de la zoología argentina, y que aún espera una biografía esclarecedora, tenía un fondo noble y generoso que escondía bajo el disfraz de rudeza o ironía: muchos de los que han sido sus discípulos –y él si los dejó numerosos– saben muy bien de eso, y Massoia lo experimentó muy especialmente. Él exigía en sus discípulos y ayudantes desinterés material y vocación temática, además trabajo apasionado, si alguien así lo practicaba, merecía su respeto y a esto lo demostró muchas veces. Eso nos hace pensar que su hosquedad hacia el autodidactismo o la carencia de grado máximo era un pretexto para "golpear donde le doliera" a mediocres, ignorantes, o lo que era peor para él, a los que eran petulantes.

Nunca se interesó mucho Massoia en las que hoy se llaman "ciencias duras": las matemáticas, la física y la química. En especial hacia las primeras mantenía una posición personal de recelo y de desagrado. Todas ellas le resultaban de una dificultad inhibidora cuando trataba de adentrarse en campos relacionados, tales como la bioestadística, el análisis y el cálculo de probabilidades, que –especialmente en sus etapas iniciales como zoólogo activo– reconocía como absolutamente necesarios para su trabajo. Después, como consecuencia de ese sentimiento ambivalente, de valoración por un lado, y de rechazo por otro, desarrolló hacia esas disciplinas una aversión activa y de allí en adelante las rechazó por completo, como lo hiciera durante las dos últimas décadas de su vida.

Esa dificultad de relacionamiento racional y equilibrado –eminentemente de origen psicológico y traumático– con respecto a las ciencias exactas fue el principal obstáculo que hizo que Elio Massoia no pudiera proseguir regularmente sus estudios universitarios, menos aún en la Universidad de Buenos Aires, en la que las carreras biológicas tenían un fuerte sesgo hacia las ciencias exactas. Era frecuente escuchar sus reclamos acerca de la necesidad de contar con carreras "exclusivamente biológicas" para quienes como él, "eran naturalistas vocacionales". Esta calificación, –la de "naturalista"– fue la definición que siempre se dio a sí mismo y la que gustaba otorgar a aquellos cultivadores de las ciencias naturales a los que apreciaba y respetaba.

Para Elio Massoia los "naturalistas" por excelencia eran Raúl A. Ringuelet, Ángel Cabrera, Osvaldo A. Reig, Rodolfo Casamiquela, José Yepes, Oldfield Thomas, Florentino Ameghino, Emmet T. Hooper, Miguel Fernando Soria, Rosendo Pascual, Fernando Dias de Ávila Pires, Alfredo Ximénez, Alfredo Langguth, y siempre los respetó como a tales, aún más allá de sus preferencias o conflictos personales.

Para con Philip Hershkovitz[24] su actitud fue cambiante: inicialmente fue su apasionado admirador y alababa sus trabajos, pero las divergencias surgidas a

24 Philip Hershkovitz [1909–1997]. Fue un relevante zoólogo norteamericano, nacido en Pittsbug, Pennsylvania, que alcanzó a ser uno de los más destacados mastozoólogos estadounidenses del siglo XX. Formado profesionalmente en las universidades de Pittsburg y de Michigan, vivió un tiempo como joven egresado en América del Sur, en Ecuador, antes de graduarse en Ann Arbor, en 1938. Más adelante, estuvo en Colombia hasta 1943. Desde 1947 su vida científica transcurrió casi por entero en el Field Museum of Natural History de Chicago, aún después de su retiro en 1974, y estuvo casi permanentemente relacionada con la mastofauna neotropical, en especial con roedores y primates y marsupiales. Sus aportes referidos a esos órdenes de mamíferos constituyen un componente insoslayable de la bibliografía mastozoológica de Ecuador, Colombia, Brasil, Venezuela, Bolivia, Paraguay, la Argentina y también de los países vecinos, donde describió 67 nuevas especies y subespecies, además de trece nuevos géneros. Fue un trabajador bastante solitario, y raramente tuvo coautores en sus trabajos. En 1966 incursionó en el campo de los mamíferos marinos, publicando un *Catalogue of Living Whales*. Sus trabajos, más de un centenar y medio, son obras de consulta imprescidible para los mastozoólogos neotropicales.

partir de 1962 sobre el verdadero estatus de las especies de ratones del género *Calomys*, que había sido revisado por Hershkovitz, le dejó hacia él y, a veces muy enconadamente, un resquemor de rechazo y antipatía, que nunca lo abandonaron, pues el terco y sólido mastozoólogo del Field Museum of Natural History de Chicago, no acostumbraba a desdecirse y, menos aún, a reconocer en forma expresa ninguna equivocación[25].

Para Elio Massoia su primer contacto formal con las ciencias naturales después del elemental obtenido en las revistas escolares y en algún librito de los, por entonces muy escasos, dedicados a la divulgación que había en circulación –según él mismo narraba– databa de una visita organizada por su maestra de cuarto grado de la escuela primaria, la que convocó a sus alumnos para acudir al Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia en la tarde de un domingo[26]. Es posible que el efecto de esa visita sobre el pequeño y ya bien predispuesto Elio, fuera definitivo para el curso ulterior de su vida, pues al poco tiempo, regresó por su cuenta a la que se le presentó como sede de ignotas maravillas, y trabó sus propias relaciones con el Museo y su gente. Desde entonces comenzó a colectar especímenes de insectos, arañas, lagartijas, caracoles, huevos de aves y nidos, y a llevarlos al Museo. Pronto descubrió la cara oculta de la institución, que es la que no ve el público habitual: los laboratorios de los especialistas, y las colecciones zoológicas de estudio, gracias a lo cual pudo tratar a muchos de aquellos científicos y técnicos, que en general lo acogieron con bondadosa simpatía a la que el retribuyó considerándolos como sus "maestros"[27].

25 Hemos tenido, en el curso de la redacción de esta biografía, la ocasión de compartir con Elio Massoia la recepción postal de uno de los últimos trabajos publicados de Philip Hershkovitz (1994), referido al género *Oxymycterus* de roedores sigmodontinos. Al hojear el trabajo, la sola contemplación de un mapa distribucional del género de los *ratones hocicudos* en la Argentina, provocó en Elio una explosión de furor casi incontenible y, en el resto de esa tarde, resultó imposible tratar con él cualquier otro tema, pues retornaba incesantemente a los reproches y críticas hacia Hershkovitz. La raíz de la reacción de Massoia era desmesurada, pero tenía una base justa, puesto que el mastozoólogo de Chicago presentaba en su mapa un límite austral de la distribución del género que omitía muchas de las poblaciones estudiadas por Massoia y por otros colegas argentinos.

26 Nótese el hecho de la visita escolar dominical al Museo. A Elio le gustaba destacar ese comportamiento, que según su apreciación, correspondía "a los maestros de antes", que nunca dejaban el aula y no solicitaban feriados ni compensaciones extraordinarias para complementar su tarea docente. Elio percibía claramente la dolorosa realidad de la "*tragedia educativa argentina*", como la denominara Guillermo Jaim Etcheverry (1999): esos viejos y verdaderos maestros, corresponden –salvando nobles excepciones– a una "especie en extinción" o, tal vez, ya casi completamente extinguida en el panorama de la regresión argentina, que tiene una de sus vertientes fundamentales en la decadencia, corrupción y desvirtuación de la docencia, particularmente en sus etapas iniciales.

27 Así se refirió siempre a Marcos Freiberg [1911-1990], a Axel O. Bachmann [1927-2017], a Rogelio B. López [1915-1981], a José M. Gallardo [1925-1994], a Manuel J. Viana [1916-1997], a José Alejandro De Carlo [1896-1983], a Jorge Miguel De Carlo [1915-1999], a Manuel Fernando Soria, y a muchos otros.

Su mayor descubrimiento en el Museo fue la sección de Mastozoología, con la que prontamente se relacionó en forma activa tan pronto como pudo. Alguna vez nos comentó el fuerte impacto emocional que le produjo una sorpresa experimentada es ese ámbito, pues al entrar al Museo en la mañana de un día en que había desertado de sus clases en la escuela en la que cursaba, para concurrir al área de vertebrados, en el subsuelo de la institución. Pudo ver allí, en una ancha y pesada mesa de madera, un despliegue de pieles y cráneos de ratones. Ese día, que era el primero de Elio en contacto con la actividad específica del gabinete de mastozoología de la institución, don Ángel Cabrera debatía con un visitante –nunca supo después Elio quién fuera ese personaje, que era de nacionalidad brasileña– acerca de la verdadera identidad de algunos de los especímenes bajo examen, en esa mesa con material desplegado. El joven voluntario –seguramente en sus catorce o quince años– descubrió de pronto que ese que se desplegaba en la mesa del museo era un mundo abierto, lleno de interrogantes, de misterios por develar y que, ingenuamente creyó que con un poco de trabajo, podría llegar a estar al alcance de sus manos.

Reorientó entonces sus ocios dominicales, transformándolos en afán de colecta de roedores, desplazándolos hacia la zona más silvestre que quedaba en la ciudad de Buenos Aires: el bañado de Flores, hacia el curso del Riachuelo como límite sur, donde en esos años todavía había extensos baldíos con pajonales y yuyales, arrinconados entre un mosaico de basurales, de acúmulos de escombros, de lagunitas y parches subsistentes de la antigua pampa herbácea, ya casi enteramente sepultada bajo el cemento en el resto de la ciudad. Allí –como ya lo relatamos– se cruzaba Elio con cazadores, con buscadores de ranas, con vagabundos de toda laya y, a veces, también con maleantes y prófugos de la justicia. Fue allí donde realizó sus primeras capturas de especímenes, con los que aprendió a preparar el material obtenido y a identificar la diversidad de esos seres a los que el vecindario y el público en general denominaba genéricamente “ratones” o “ratas”[28].

En el curso de esas precoces andanzas de naturalista, en los primeros años de los ’50 (hacia 1952 o 1953), conoció Elio casi niño aún, al que pronto sería su más cercano amigo y eficiente compañero de tareas, Abel Fornes[29], vecino

28 Antes de disponer de equipo de captura de las instituciones en las que trabajó, comenzó a cazarlos con simples trampas de resorte adquiridas con su peculio, que eran del tipo de las que se venden en el comercio para desratizar viviendas e instalaciones. Para evitar la rotura de los cráneos de sus presas, Elio doblaba cuidadosamente cada una de las planchuelas sobre las que se coloca y engancha el cebo, obligando a la presa a adelantarse más sobre la trampa, de modo que el dispositivo al accionar no dañara su cabeza.

29 Abel Fornes [1939-1972]. Nació en la ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Floresta. Fue un naturalista aficionado, formado bajo la dirección de Elio Massoia, fue su amigo y compañero de trabajo y de salidas de estudio al campo. Era un excelente fotógrafo, un hábil taxidermista y un buen dibujante. Orientó

del barrio de Floresta, cerca del Parque Nicolás Avellaneda, donde sus padres tenían un negocio de zapatería, quien tenía inquietudes de naturalista, de explorador, de fotógrafo y de músico (estudiaba violín desde hacía algunos años y tenía un excelente oído musical).

El joven Abel Fornes, que en esa época se aprestaba a iniciar la escuela secundaria, solía recorrer la zona de los bañados de Flores con afán de aventuras y con una curiosidad desarrollada en menor grado que la de Elio Massoia, pero igualmente orientada a la vida natural de esos parajes de subsistencia silvestre. Tras conocerse, rápidamente se estableció entre ambos una amistad, un poco paternalista por parte de Elio en un comienzo, pero que después llegó a adquirir gran intimidad, aunque Abel siempre trataba con respeto y acatamiento a su compañero. Esa relación se expandía especialmente cuando ambos salían a colectar roedores, ya fuera en el bañado de Flores, ya en el Parque Avellaneda, del que Fornes era vecino inmediato, o en localidades del oeste del conurbano bonaerense, hacia donde se desplazaban en tren, descendiendo con preferencia en las estaciones ferroviarias de González Catán y de Hurlingham, pues cerca de ellas todavía había terraplenes, banquinas, bañados y áreas rurales en las cuales trampear roedores y cazar pequeños mamíferos, algo casi inimaginable para quien ve la actual aglomeración demográfica que caracteriza a esa zona del llamado Gran Buenos Aires.

Pero, en esos años iniciales, irrumpiría en forma crucial el contacto de ambos con la selva ribereña de Punta Lara, hacia donde orientaron los dos amigos sus mayores esfuerzos de observación y colecta atraídos por la selva marginal y su riqueza faunística tan particular. Como Fornes era fotógrafo aficionado de bastante calidad, su participación fue valiosa porque, a su gran laboriosidad, unió Abel esa habilidad técnica. Rápidamente fueron reuniendo un gran archivo fotográfico cuyo actual destino, lamentablemente, se desconoce.

El caso de Abel Fornes es muy particular en la historia de la zoología argentina. Llegó a ese campo por obra de Elio Massoia. Como él mismo decía, de no haber sido mastozoólogo –se daba a sí mismo esta definición– debido a la influencia de Elio, hubiera cursado el bachillerato y sería músico, o –tal vez– fotógrafo. Para ambas actividades tenía particulares dotes, pero al mismo tiempo era un gran observador, muy preciso y detallista, y capaz de retener imágenes gráficas. Tal habilidad era esencial para trabajar con eficiencia en la taxonomía de pequeños mamíferos de esos años, la que basaba los reconocimientos en

sus intereses primero hacia los roedores, pero más tarde acordó con Massoia volcarse enteramente sobre el estudio de los Chiroptera. Su muerte accidental, muy prematura, cortó en ciernes la que pudo ser una prometedora carrera como naturalista, aunque su formación, que era mucho más endeble que la de Elio Massoia, difícilmente le hubiera permitido insertarse en el ambiente científico en forma adecuada.

detalles descriptivos cráneo-dentarios. En 1962 ya era Abel Fornes un habilísimo reconocedor de patrones distintivos de la superficie oclusal o masticatoria de los molares y de particularidades diferenciales de la osteología craneana.



En el centro de la imagen, Elio Massoia junto a Abel Fornes (traje claro) en el casamiento del biografiado en 1961. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

A él se debió la inspiración de Elio Massoia para separar a las dos especies de ratones que antes se describían como *Calomys laucha*, a la que ambos amigos desglosaron sistemáticamente como *Calomys laucha* y *Calomys musculinus*. Abel Fornes fue el primero en darse cuenta que analizando series de cráneos de la supuesta única especie, se descubrían dos universos sobrepuestos, estando las principales diferencias en la forma y proyección de los arcos cigomáticos y los patrones de coloración externos, que son muy distintos entre *C. laucha* (donde la separación entre la coloración dorsal y ventral es neta) y *C. musculinus* (donde la separación entre las coloraciones dorsal y ventral es difusa). Ambos publicaron juntos esos resultados (Massoia y Fornes, 1964; 1965b) y ésa fue la raíz del ya mencionado rechazo de Philip Hershkovitz, que –como se probó años después con otros elementos de juicio (citogenéticos, por ejemplo)– estaba equivocado.

Para Abel Fornes, el encuentro con Elio decidió su vida. El hecho de no haber hecho sino la mitad de los estudios secundarios (los había interrumpido para entregarse de lleno al mundo de Elio), determinó en Fornes una endeblez cultural claramente perceptible. Más aún, cuando llevado por sus avances junto a Massoia, se vio insertado en un mundo parauniversitario, en trato permanente con graduados, docentes y estudiantes. Seguramente sintió la insuficiencia de su formación y eso se hizo conflictivo para él.

Tal como Massoia formó su propia colección particular de especímenes taxidermizados, especialmente roedores y quirópteros (murciélagos). Era hábil y muy rápido para preparar el material. En el campo se lo veía sacrificado e incansable. Su huella en la mastozoología argentina queda testimoniada por cerca de una docena de trabajos, mitad de ellos en colaboración con Elio (o con algún otro autor adicional) y mitad sólo. Todos referidos a roedores y murciélagos.

Pero, retornemos a la edad juvenil de Elio. Años después de esas exploraciones precursoras, y debido al crecimiento urbano de aquellas localidades primerizas, desplazaría Elio esas actividades suyas y las de sus ocasionales colaboradores, a los cercanos partidos bonaerenses de Moreno y de Exaltación de la Cruz, situados hacia el oeste de la capital, donde perduraron mejor conservados los espacios silvestres o parquizados en las cabeceras de antiguas estancias y en algunas pequeñas fincas rurales, al menos durante veinte años más.

Tanto Elio Massoia como Abel Fornes eran observadores apasionados, alertas y perspicaces y solían recorrer detenidamente durante el día los mismos ambientes en los que trampearían por la noche. Sus ojos habituados reconocían los senderitos más transitados y cuando podían, levantaban herbarios para llevar después a los especialistas esas muestras, por las que pudieran reconocer las especies vegetales más frecuentes o las más relacionadas con los hábitos vitales de los micromamíferos que vivían e interactuaban con ellas.

Tomaban fotografías, excavaban cuevas, medían recorridos, levantaban planos y esquemas, y recogían restos de nidos, de excretas y de cadáveres de roedores e identificaban a los predadores, los parásitos y los convivientes, colectando activamente todas las muestras posibles. Fueron así acopiando un saber básico al que ellos denominaron muy apropiadamente como “etoecología” y, que complementaron con la crianza en cautiverio de nuevas generaciones de roedores para mejor observarlos, especialmente en casa de Abel Fornes –quien era especialmente hábil para esa tarea– de ejemplares de algunas especies para observar otros aspectos de su biología, en especial la reproductiva, la social, la agresiva, defensiva o de temor y huida. Elio usaba cuadernos muy simples, o preferentemente libretas para anotar esos datos. Nunca nos permitió examinarlos plenamente, a lo sumo, abría una página para enseñarnos un dibujo o

un esquema –él era muy hábil para realizarlos– y los guardaba habitualmente en su bolso, portafolios o en los bolsillos de su saco o chaqueta[30].

Como necesaria digresión, podemos ir un poco más lejos acerca de aquella designación de etoecología, que aparece con frecuencia en los trabajos de los años'60, y que hemos visto sólo precedida en su uso cercano por el médico y naturalista uruguayo Rodolfo V. Tálice [1899-1999], quien incluso cuenta con una obrita inédita de ese título: *Etoecología práctica*. Esta denominación aparece en el título de varias contribuciones de Elio o en algunas conjuntas con Abel Fornes elaboradas durante esos años. En general se ha usado poco en nuestro medio y, el propio Elio, una década después apenas si respondía preguntas al respecto y, un día nos dijo al interrogarlo acerca del silencio epistemológico de sus trabajos "*–Nuestra tarea es total, global, no importan las designaciones que le atribuyamos, ni resulta necesario dar tantas vueltas al oficio que practicamos…*"

En Francia Gautier, Lefeuvre, Richard y Trehen (1978) propusieron, coincidentemente en el tiempo, su *Éco-éthologie*, que según los autores, que seguían a J. Lecomte (1973[31]) se trataba más de una metodología que de un campo de interés particular de la ciencia. Un método y no una teoría –ya se encargaría de esto último y muy prontamente la sociobiología de Edward O. Wilson, formulada en 1975, difundida poco después en una edición en español (1980) y conteniendo postulaciones teóricas de polémica trascendencia en el mundo más desarrollado, una obra que, raramente, no suscitó entre nuestro menguado campo científico de la biología ningún género de respuesta que trascendiera en publicaciones ya fueran favorables o negativas. Evidentemente la densidad de pensamiento teórico en nuestro ambiente, era baja y estaba lejos de la avanzada internacional que le concernía.

---

30 ¿Sobrevivirán todas o algunas de esas páginas de los cuadernos y libretas de registro de datos primarios? Serían un valioso testimonio de la forma de rastreo de Elio Massoia de la realidad fáctica y objetiva que estudiaba, de su agudeza perceptiva y, quizá, aporten alguna digresión metodológica de interés. No esperamos hallar otra cosa en esas libretas, porque Elio, aunque enteramente laico y hasta huérfano de idealismos filosóficos que en él pudieran ser supletorios de la reafirmación teológica de la que prácticamente carecía, se comportaba, en cuanto se concentraba en su trabajo, como lo harían esos monjes medievales que no admitían un soplo siquiera de aires profanos, en su ensimismamiento monotemático.

31 J. Lecomte: *Éco-éthologie*. Document de préparation à une reunión d'étudiants, de 3e Cycle de Paris VI et de Rennes, 1973. Sólo lo hemos conocido su texto a través de las referencias de Y. Gautier *et al.* (1978:3), y por ellas, sabemos que Lecomte formulaba su presentación en los siguientes términos: "*L'écoéthologie ne serait qu'un acte volontariste sans nouveauté s'il no se'agissait pour l'éthologiste que de se référer simplement à l'espace entourant l'individu avec son ensemble de facteur abiotiques et biotiques (comprenant les congéneres), ou s'il ne s'agissait pour l'écologiste que d'évoquer rapidement le comportement. Dans le cas où on se limiterait à cela, l'écoéthologie ne serait que comparable aux liasons qui peuvent exister entrte l'écologie ou l'éthologie d'une part, et, d'autre part, la physiologie, la systématique, la morphologie, la climatologie, etc. San nier ce type de relations, il semble nécessaire de trouver autre chose pour parler utilement d'écoéthologie... Plus d'ailleurs qu'un champ d'intérêt, l'ecoethologie pourra être considérée come une méthode*."

En 1958, después de más de un año de colaboración activa honoraria, logró Elio Massoia ser contratado –no sabemos si en planta de personal o mediante algún subsidio de los que solía manejar Crespo–, como ayudante técnico en la Sección Mastozoología del Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires Bernardino Rivadavia, un cargo pobremente remunerado pero que lo apartó definitivamente del ejercicio de la docencia en el nivel primario, en la que no se sentía cómodo, ni vocacionalmente atraído en forma equivalente a la posibilidad de ser naturalista.

Trabajó a las órdenes de Jorge A. Crespo[32], por entonces jefe de la sección. No duró muy largamente en esa tarea, pero el haberla desempeñado, significó para él el inicio de un contacto con las colecciones museológicas, el perfeccionamiento en el aprendizaje de la taxidermia de las pieles y la preparación de material osteológico, y –más que todo eso– el haber podido concretar la que, seguramente, era su más cara aspiración: el acceder al Museo y también iniciar las preparaciones para poder publicar sus primeras observaciones zoológicas (Massoia, 1961).

La misma se intitulaba: *Notas sobre los Cricétidos de la selva marginal de Punta Lara (Mammalia, Rodentia)* y apareció la serie de *Publicaciones del Museo Tradicional y de Ciencias Naturales de Mar del Plata*, tomo 1, Nº 4, pp.

32 Jorge A. Crespo [1915-2003]. Fue un mastozoólogo que ejerció sus funciones profesionales en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia. A él se deben numerosas contribuciones que corresponden a una etapa pionera de la ecología animal en la Argentina. Fue continuador de la tradición instalada por José Yepes, y se inició cuando aún era estudiante universitario de Ciencias Naturales. Allí realizó su tesis doctoral. Comenzó a darse a conocer publicando en la *Revista Argentina de Zoogeografía*, aparecida desde 1942 hasta el 31 de diciembre de 1944. La misma tenía como director al naturalista español, y como secretario al doctor Augusto César Llanos, otra figura promisoria pero fugaz de la mastozoología argentina de mediados del siglo XX (egresado como odontólogo en 1932, recién a fines de esa década y que al iniciar su relación amistosa con José Yepes, se orientó hacia el estudio –predominantemente ecológico– de los mamíferos, dejando escasas contribuciones escritas, pero de buena factura y de temática interesante). Retirado en la última década del siglo XX, Jorge A. Crespo fue durante muchos años jefe de la Sección Mastozoología del mencionado Museo, manteniendo un estilo de trabajo y de relacionamiento con sus colegas muy particular y poco fluido, que lo apartó muy especialmente de la gran activación de su disciplina que tuvo lugar en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Sus aportes especializados, de factura cuidadosa, marcaron una época de la producción zoo-ecológica argentina y algunos mantienen una relevancia pionera para ulteriores investigaciones. Fue Jorge A. Crespo quien ordenó para su publicación los dos tomos del *Catálogo de los Mamíferos Sudamericanos* (1957-1961) de don Ángel Cabrera, quien por su avanzada edad y sus condiciones de salud, los dejó manuscritos en forma de borrador, publicándose el segundo tomo póstumamente, ya fallecido el autor. Fue en general, de temperamento solitario y silencioso, de difícil acceso, configurado en un estilo de principios del siglo XX, muy celoso del material mastozoológico a su cargo en el Museo, con el que actuó como cancerbero. Fue docente durante muchos años y en gran medida Marta J. Piantanida fue su discípula, igualmente Gloria Villafañe e Inés Vignes, las tres fueron sus docentes auxiliares. Tuvo un mal relacionamiento con Osvaldo Reig frente al cual perdió Crespo en 1960 en el concurso para titular de la Cátedra de Zoología de Vertebrados, un hecho que nunca pudo aceptar.

115-134, editado en Mar del Plata en los primeros meses de 1961. Para ser publicado el trabajo, necesitaba de la mediación y aprobación de Osvaldo A. Reig, quien lo hizo gustoso y expresó a sus colaboradores cercanos su conformidad con el trabajo iniciatorio de su expresión escrita por parte de Elio Massoia. Aún hoy, superadas muchas formas de trabajo y de presentación de la información, constituye un modelo con el que se hubiera debido contar multiplicado por los cientos de localidades sujetas a, o amenazadas por problemas de zoonosis en el país y que contaban con los roedores participando del ciclo epidemiológico silvestre.

Además, la fecha de publicación es de gran interés, pues corresponde a un momento apenas anterior de la gran modernización agropecuaria, con casi desaparición de los bordes silvestres de los cultivos, la extensión vial en las banquinas, y el inicio de la ruina de la antes extensa red ferroviaria argentina, con el poderoso refugio para la vida silvestre que representaban los terraplenes de las vías férreas. En ese sentido sólo los aportes de Jorge A. Crespo, más cómodos y restringidos en cuanto a labor propia del autor en el campo y, por ende, menos completos en cuanto al registro total de la fauna, y mucho más intensivos en lo referente a biología poblacional y a la ecofisiología, pero, son en gran medida comparables y complementarios de los de Elio Massoia a partir de esa primera comunicación.

APARECE PUNTA LARA

También se inició Elio Massoia desde su nueva posición, en la consulta y en la comparación del material de colecciones y en las salidas formales al exterior para colectar especímenes en forma institucionalizada. De esta época data su primer contacto con la Selva Marginal de Punta Lara, en el partido bonaerense de Ensenada, sobre la costa del río de la Plata, una formación relictual ribereña que constituye una de las expansiones más australes, tal vez la última reteniendo una conformación geobotánica y una composición realmente representativa de la diversidad y estructura faunística que poseía esa formación hasta aproximadamente 1960, formando parte de las expansiones terminales de la selva de galería, que descendiera durante el llamado "óptimo climático" (con ciertas discrepancias en cuanto a la exactitud de las fechas, ca.-9.000 a ca.-4.500 años) desde la zona subtropical, bordeando los ríos mesopotámicos Paraná, y –principalmente– el Uruguay hasta el estuario del Plata, culminando al norte de la ensenada de Samborombón (quedaban allí relictos florísticos hasta la boca del río Salado mantenidos, excepto el de Los Talas, casi sin alteración, hasta, por lo menos, el año 1964). Tres de estos últimos eran de cierta magnitud, uno frente a la isla Santiago, en la costa del Plata, y otros dos en la misma ribera pero más

hacia el sur, en parajes hoy desaparecidos, como La Balandra y Los Talas, en la vieja senda costera a Magdalena, cerca de kilómetros al sudeste de La Plata.

Según nos lo refiriera Elio, acudió por primera vez a la selva marginal de Punta Lara por reiterada sugerencia e invitación de Avelino Barrio[33], que por entonces estaba empeñado en el estudio de la batracofauna de ese relicto selvático de Punta Lara, y deseaba tener un colaborador para sus muestreos, y lo halló en Elio, quien lo hizo contando con el debido consenso de Jorge Crespo, que accedió a un pedido de Barrio en ese sentido. Inició sus excursiones al área a partir de la primavera de 1958, efectuando en la selva colectas de ejemplares para el Museo y también para su propia colección personal. Antes de la primera visita, y también por sugerencia de Avelino Barrio, leyó cuidadosamente el trabajo de Ángel L. Cabrera y Geneviève Dawson (1944)[34] sobre la selva ribereña del río de la Plata en la costa de Punta Lara y se dispuso para su primera aventura lejana y en un medio natural novedoso.

Ese primer contacto con la selva ribereña de Punta Lara dejó anonadado a Elio Massoia, quien nunca había salido de Buenos Aires más lejos de los suburbios semiurbanizados del oeste y del sudoeste, al poder llegar a conocer en forma directa la exuberancia biológica de los ambientes subtropicales. Además, al censar la fauna de la selva, pudo comprobar la diferencia drástica que se planteaba en la diversidad de roedores de Punta Lara con respecto a la que él conocía de sus parajes de captura suburbanos. Fue su iniciación y su etapa preparatoria para una serie intensa de salidas de estudio que, hasta aproximadamente 1980, abarcaron todo el litoral y la Mesopotamia argentina, desde el Delta del Paraná hasta Chaco, Corrientes, Misiones y Formosa[35], intercalados

33 Avelino Barrio [1920-1979]. Médico y naturalista, nacido en España pero naturalizado en la Argentina a la que llegó en su infancia, afincándose en Buenos Aires. Fue un destacado herpetólogo y uno de los pioneros de las investigaciones toxicológicas (acerca de los venenos de origen animal) en la Argentina, a pesar de que hubo investigaciones precursoras sobre el tema por parte de Alberto Houssay [1887-1971] y sus colaboradores (A. Barrio Medina y A. C. Paladini, 1989), tan tempranamente como a fines de la década de 1920). Fue Avelino Barrio un personaje contradictorio, que tanto podía ser brillante y generoso, como tornarse duro y hasta cruel si en algo se chocaba contra sus prejuicios políticos y –desdichadamente también– raciales. Fue un naturalista entusiasta, pleno de vocación y apasionamiento en su tarea. Siempre que pudo promovió vocaciones y enseñó generosamente. Elio lo conoció en el Museo y se transformó enseguida en uno de sus proveedores de ejemplares de sapos, ranas, saurios y serpientes, a los que colectaba en sus andanzas tras los roedores. Barrio experimentó siempre por él una viva simpatía, lo trató paternalmente y procuró guiarlo, hacerle publicar, aportándole referencias, ejemplos y publicaciones para que incrementara su capacidad no sólo como naturalista de campo, sino como investigador.

34 Pocos años más tarde, estando ya Elio inmerso en los pasos preliminares del estudio de los roedores de la selva marginal de Punta Lara, apareció un trabajo adicional sobre esa formación natural, de autoría de Ángel Lulio Cabrera (1960), dedicado a la descripción botánica y ambiental de la formación selvática, que fue acogido con beneplácito por el joven Massoia.

35 Conversando con Elio Massoia acerca de su preferencia paisajística y ambiental, se proclamaba encendidamente partidario del trópico y del subtrópico. Si bien, siguiendo esa inclinación frecuentó mucho el

con algunas incursiones sureñas que lo llevaron al sur bonaerense, a los valles neuquinos y también hasta Tierra del Fuego y, ya en los años finales de la década de los '60 y comienzos de la siguiente, a las provincias centrales y del noroeste, especialmente a Tucumán, ocasión en la que trabó relación con el Instituto Miguel Lillo, con el ornitólogo y también mastozoólogo sueco Claes Olrog y, con un técnico apellidado Viera, fallecido muy prematuramente algunos años después.

Para acudir a Punta Lara, Elio recurrió fundamentalmente a su amigo Abel Fornes como compañero y ayudante de campaña. Ambos viajaban por sus propios medios, en tren desde la estación Constitución en Buenos Aires y, después tomaban alguno de los escasos trenes colaterales que recorrían el ramal Villa Elisa-Punta Lara o, si no contaban con ese transporte, caminaban las casi dos leguas que había desde la estación de Villa Elisa, del entonces Ferrocarril Nacional General Roca, hasta la zona de recreos costeros del Río de la Plata, situada al norte del camino costanero que venía de Villa Elisa, cerca del arroyo de Las Cañas.

Lo hacían cargados con sus trampas, ropas de campaña y elementos de trabajo, y pernoctaban en un precario –y muy dudoso– recreo[36] de propiedad de una mujer eslava, desdentada, obesa, ya entrada en la sesentena y dotada de modales hombrunos, tan fuerte y autoritaria como para domeñar la variada fauna humana que allí acudía[37], en la que predominaban los alcohólicos. Era un lugar en el que era mejor no preguntar a los demás huéspedes acerca de sus motivaciones para estar donde estaban[38].

---

noroeste de la Argentina, en sus dos últimas décadas de vida se entusiasmó con la Patagonia, en especial con la zona precordillerana neuquina, pero lo hizo por la riqueza de los hallazgos que allí realizara y por el interés específico en su fauna, más que por una atracción particular por ese tipo de paisaje, que –al igual que el fueguino– le despertó relativamente poco interés.

36 Se denominaban "recreos" a lo largo de la costa bonaerense a habilitaciones de espacio protegido por un cerco o vallado, con mesas y banquetas sombreadas, en general por sauces, en las que por sumas muy módicas se podía acampar y dejar las pertenencias personales para acudir de allí a bañarse en las cercanas aguas. Algunos contaban con amplias instalaciones en las que se podía pernoctar. Los días feriados y fines de semana calurosos los recreos solían estar repletos de visitantes, pero en la estación fría sólo acudían los lugareños, pescadores y –algo que se generalizó en los años '60 –, también estudiantes y naturalistas aficionados de Buenos Aires y de La Plata.

37 Utilizaba para ello un disuasivo eficiente: un viejo rebenque de ancha lonja de cuero, al que llevaba colgado de su dilatada cintura y, que usaba sin vacilación en las frecuentes ocasiones en las que lo consideraba necesario.

38 En el invierno de 1961, tuvimos la grata ocasión de acompañar a Elio Massoia en algunas de sus excursiones a la selva de Punta Lara, en un par de fines de semana de colecta, y pudimos, no sólo conocer el curioso ambiente humano del recreo de la eslava, sino también el raro respeto con el que, tanto la dueña como la mayoría de los parroquianos –muchos de ellos eran decididamente marginales– trataban a Elio y a su tarea, a la que suponían ligada quién sabe con qué laya de experiencias médicas o brujeriles. Elio, pícaramente, cultivaba esa expectativa con presuntos rituales esotéricos y frases misteriosas. Las habita-

Las campañas de Punta Lara brindaron a Elio su primer contacto con los roedores del género *Scapteromys*, que era un componente dominante de la microfauna de mamíferos de la selva, y al que dedicaría varios de sus trabajos iniciales. Formó una extensa colección de pieles taxidermizadas y de cráneos, y pudo así, por primera vez, examinar series amplias de ejemplares incorporando en el análisis morfométrico el concepto de variación[39] sobre el que tanto énfasis pondría después Osvaldo Reig, cuando lo dirigiera en su siguiente etapa. Al topar con las ratas semiacuáticas del género *Scapteromys*, a las que antes no conocía sino por ejemplares de museo, tuvo Elio la suerte de dar con uno de los modelos de problema taxonómico y biológico más adecuados, por sus dimensiones discretas y su accesibilidad geográfica como para iniciarse formalmente en el que sería su tema central, la sistemática de los pequeños mamíferos argentinos. Adicionalmente, obtuvo numerosos ejemplares del género *Oxymycterus*, otro de los roedores cricétidos como lo reconocíamos entonces, que era también uno más de los habitantes de esos ambientes palustres, al que volvió a tratar en Misiones y en el Uruguay, pocos años más tarde.

Había encontrado Elio el problema ideal como para concentrarse en él hasta dilucidarlo, pero aún faltaba una conjunción más del destino para que se dispusiera con seguridad y solvencia a encararlo. La misma surgió al poco, cuando su camino se cruzó con el del más destacado biólogo evolucionista argentino del siglo XX.

---

ciones que generalmente se asignaban a los zoólogos del grupo de Massoia, estaban en el fondo extremo del recreo y lindaban directamente con la selva. No existía forma alguna de eludir a los mosquitos que entraban a sus anchas por todo tipo de hendiduras y aberturas de las paredes y con densidades difíciles de igualar, aún estando en pleno invierno. Además, debíamos cubrirnos con ropas y un viejo poncho, pues los lechos, rústicas yacijas contruidas con maderas de rezago y cubiertos con bolsas de hojarasca a modo de colchones, helaban a quien se tendiera un rato inmóvil en ellos.

39 Variación: a pesar del avance universal de la metodología zoológica, y particularmente de la mastozoología, predominaba en la consideración taxonómica en la Argentina un concepto tipológico (basado en el tipo, un modelo elevado a ideal de su clase) de las especies. Correspondía a un planteo epistemológico elemental, escasamente reflexivo, que en la paleontología llevó al reconocimiento de casi una especie por variante morfológica menor que apareciera en la naturaleza (considérense, por ejemplo, las especies de roedores fósiles descriptos en las décadas de 1930 y 1940 por Carlos Rusconi [1898-1969]). En mastozoología, si bien Ángel Cabrera manejó conceptualmente la idea de variación, corresponde a Jorge Lucas Kraglievich en un trabajo publicado en 1952 (Contreras y Giacchino, 2001: 70) la introducción enfática de metodologías de análisis y graficado de la variabilidad intra e interpoblacional de las especies, particularmente en cuanto a sus rasgos osteológico-dentarios con variación continua. Los conceptos de biometría habían sido iniciados en la metodología básica de los trabajos ecológicos hechos en el país por Raúl A. Ringuelet (1949), en el campo de la biología acuática continental. La introducción de las matemáticas en la biología se inició de lleno (después de muchos precedentes aislados desde principios de siglo) cerca de 1930, pero el planteo inicial más decisivo del tema correspondió a George Gaylord Simpson, en su obra escrita en colaboración con su segunda esposa, Ann Roe, *Quatitative zoology* (Simpson y Roe, 1939).

Lo que Elio necesitaba en su metodología de zoólogo era llegar a esclarecer el planteo formal del problema, definirlo y perfilarlo en su contexto adecuado, restringiéndose en forma marcadamente reduccionista al mismo, sin aspirar a extensiones teóricas (para él esas alternativas no eran más que devaneos inútiles que no eran de su campo ni quería que se le hablara de ellos), del tema que se cerraría para él, ni bien se definiera adecuadamente una entidad taxonómica dudosa que pudiera tener hasta entonces bajo nivel de tratamiento. Se colocaba voluntariamente así, lejos de las profundas y ambiciosas especulaciones metodológicas, que aún eran surgentes e incipientes en el ambiente científico local y, más aún, en el campo de las ciencias naturales, pues sólo en el ámbito médico, físico o filosófico, al menos hasta el alejamiento de Mario Bunge[40] de la Argentina, en 1963, se atendían planteamientos epistemológicos o acerca de la real entidad de las categorías taxonómicas, de la naturaleza de lo viviente o de interpretaciones ecológicas que se aproximaran a los conceptos sistémicos, que ya se manejaban en la producción en lengua inglesa y alemana desde la enunciación de la teoría general de los sistemas por Luwig von Bertalanffy [1901-1972], primariamente en anticipos desde 1937 y, más tarde y ya después de la Segunda Guerra Mundial con varias publicaciones hasta la obra clásica de 1968: *Teoría general de los sistemas*, publicada en español en 1976. Por más que en el país se habían hecho algunos adelantos paralelos, como el destacable de Osvaldo Rapoport y Eduardo H. Rapoport (1955) o, en las conferencias patrocinadas por el médico tucumano Máximo Valentinuzzi en la Sociedad Científica Argentina en 1960, el tema inicialmente sólo cundió en el campo médico pues apareció en versión simplificada en la Citología General de Eduardo D. P. De Robertis, Wiktor Nowinski y Francisco Alberto Sánz, al menos en la tercera edición

40 Mario Bunge [1919-]. Es un físico y filósofo argentino, nacido en Buenos Aires. Ha cultivado con especial dedicación la filosofía de la ciencia, a la que hizo grandes aportes que poco a poco desbordaron ese campo para incluir también, por contraste y/o por aproximación las ciencias sociales, de la psicología, y hasta de la medicina (Bunge, 2012). Egresó en 1952 con un doctorado en Física de la Facultad de Ciencias Exactas, Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, con una tesis de avanzada: Cinemática del electrón relativista. Con Risieri Frondizi publicaron en la década de los '40 una revista de filosofía, *Minerva*, que pronto se cerró. Al normalizarse la Universidad en 1956 ocupó cátedras de física en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Fue uno de los protagonistas del pensamiento de avanzada en la renovada Universidad de Buenos Aires, pero alarmado por las continuas crisis políticas del país marchó al exterior en carácter de migrante. Enseñó algunos años en México, en los Estados Unidos y en Alemania, hasta radicarse definitivamente en la University of McGil, en Montréal, Canadá, dictando lógica y metafísica. Todavía continúa, nonagenario decidido y lúcido, en la misma actividad, dedicado a esas disciplinas y a la epistemología y la semántica. Tiene una abundantísima producción en la que se destaca su *Treatise on Basic Philosophy*, iniciado en 1974 y que todavía continúa, ampliándose, ya con numerosos tomos. Su obra escrita abarca una gran diversidad de campos, incluyendo la biofilosofía. Es uno de los pensadores más relevantes de nuestro tiempo.

de la obra, en 1957, sin ulteriores tratamientos en la campo de la biología animal argentina hasta los años ’80[41].

La presencia en Buenos Aires, por esos mismos años, de Jacques Monod [1920-2013], que lograría el premio Nobel en 1965, que llegó invitado por el decano de la Facultad de Medicina, en aquel entonces Florencio Escardó [1904-1992], ejerció un gran influjo entre quienes asistimos, en un aula magna repleta de oyentes, en su mayoría médicos y biólogos.

Trabajaba además Elio Massoia, casi invariablemente y desde sus propios inicios en la investigación, sin aproximarse a las grandes generalizaciones biológicas y evolutivas. Si en alguna medida escapaba a este cerramiento voluntario, era por su interés biogeográfico local, referido como máximo radio a las zonas limítrofes de las que abarcara Raúl Ringuelet (1955, 1961), con dos de sus publicaciones zoogeográficas, una bonaerense y otra argentina global, que le atraían fuertemente.

Era que Elio se desplazaba a puro empirismo e intuición y, centrado en un enfoque de corto radio espacial y temporal: la taxonomía y la bioecología básica de las especies de mamíferos locales y neotropicales[42], como ya expresamos, particularmente de los roedores conocidos en general como cricétidos y luego, más apropiadamente, denominados Sigmodontinos. Ni siquiera el contacto con los fósiles, que lo complacía intensamente, fue capaz de acercarlo, cuando

41 Con excepción de la publicación de la Sociedad Científica Argentina dirigida por Máximo Valentinuzzi, que contiene los trabajos presentados y debatidos en las jornadas de mayo de 1960. La primera edición de la obra de E. P. D. De Robertis *et al*. mencionada en el texto, data de 1946 y la segunda de 1952, pero no pudimos revisarlas.

42 Este párrafo no se contradice con el anterior en el que se destaca su seguimiento de la regionalización de los trabajos mencionados de Raúl Ringuelet, pues Elio diferenciaba muy bien sus objetivos cognitivos inmediatos o potenciales, del interés curioso por otras formas de micromamíferos, en especial roedores, en los que buscaba afinar sus parámetros de estudio y descubir sus eventuales paralelismos biológicos. Una corta estadía en Rio de Janeiro, efectuado algunos años más tarde, le deparó una gran complacencia y, en especial, se despertó su entusiasmo cuando pudo ver las amplias colecciones del Museu Nacional (al que vistó, así como a varios de sus investigadores) con muestras de especies que no conocía más que por la bibliografía, en especial por la obra de João Moojen (1948b), a la que valoraba mucho, o por las menciones y fotografías cráneodentarias de la excelente revisión de Nils Gyldenstolpe (1932) y por el Catálogo de Ángel Cabrera (1961). Además ya había hecho en 1962 un viaje de estudio de campo a la célebre localidad de Hermann von Ihering, Taquara do Mundo Novo (Rio Grande do Sul), visitando en esa misma estadía el Museu Riograndense de Porto Alegre, donde realizó un canje de especímenes argentinos relativamente comunes con otros brasileños de enorme valor comparativo, algo que pocos años después se cerró por completo como posibilidad legal, al endurecerse, en especial en Brasil, su valoración de los productos de la vida silvestre. Además en 1973 se formuló internacionalmente el Tratado CITES, regulando el tráfico internacional de especímenes de la fauna y de la flora o de sus derivados. El hecho de que Elio llevara en aquella ocasión, para ofrecer en canje, piezas de la colección de Facultad y otros especímenes de la suya propia, le provocó una dura cuestión con Osvaldo Reig, ya que Massoia dividió lo obtenido en Brasil entre aquellas dos colecciones y lo hizo a su voluntad y discreción, pero este ya es tema del capítulo siguiente.

tardíamente en su vida los encaró, al campo teórico evolucionista, para él se trataba sencillamente, de cuadros faunísticos del pasado afectados por un proceso de extinción. Sin embargo entendía muy bien que las especies con las que trataba tenían un biocrón[43] determinable a través de la paleontología.

Eran tiempos en los que muchos leíamos con curiosidad insaciable a Aleksandr Oparin [1894-1980] en su obra (*El origen de la vida*, 1936), y que nos entusiasmábamos también con la *Introducción a la bioquímica comparada* de Ernest Baldwin (1953), que además nos emocionaba la revalidación por parte de Tuzo Wilson (1963) y paralelamente por un nutrido elenco de científicos, que revaloraban a la luz de nuevas evidencias la pertinencia de la obra de Alfred Lothar Wegener (esbozada en 1912, editada con ampliaciones en 1922, en una obra de la cual la tercera edición de 1928 aparece enteramente adicionada y que fue la última que se hizo en vida del autor[44]) con el enunciado de la deriva de los continentes.

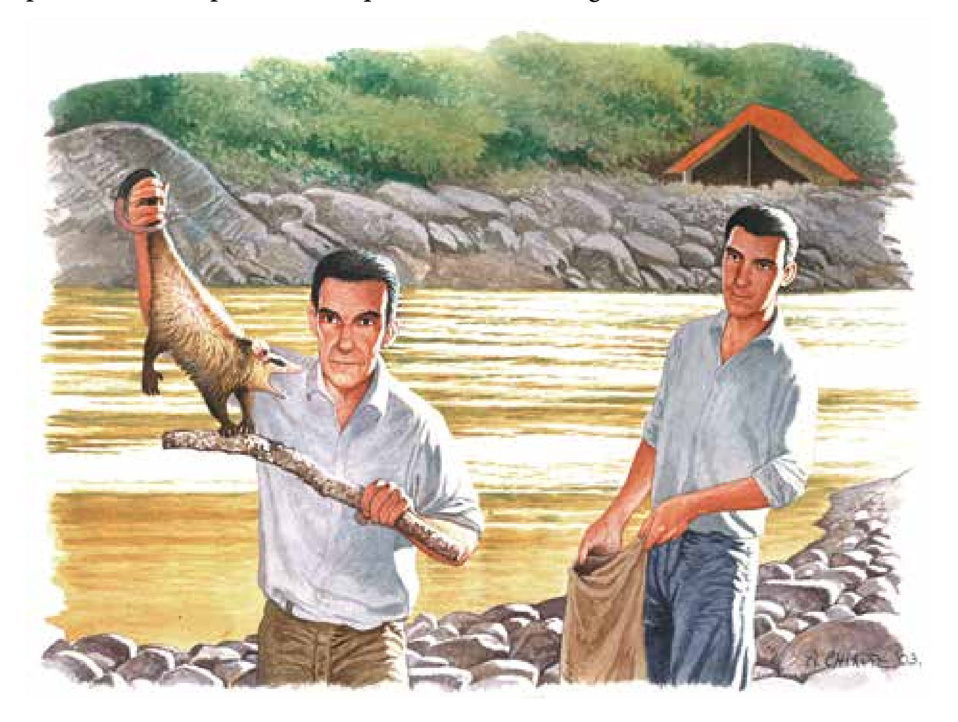
Además leíamos con pasión a George Gamow (1955, 1956, 1967) o absorbíamos ávidamente la biogeografía insular, el crecimiento conceptual de la ecología, de la citogenética densificada con los aportes de Matthey y preanunciada entre nosotros por el aporte temprano de Francisco A. Sáenz (1931), precedida por la etapa del entusiasmo experimental con la electroforesis de las proteínas séricas (Cei y Bertini, 1961), con la coevolución de las líneas parásito-huésped (por ejemplo en aves, Fain, 1970, Fain & Aitken, 1967, 1968) y en otras líneas con los parásitos nasícolas de los batracios o con nemátodes o con Platyhelminthes de Ciconiiformes (Bona, 1975) como indicadores coevolucionados históricamente.

Además, nos interesábamos con los fenómenos de la inmunidad y de la autoreplicación protéica relacionada con ella (Anfinsen, 1965; Faustino Cordón, 1954, 1966), y esto se daba casi en cada uno de los otros campos de acción de la biología, en la que el tema total se hacía prontamente inabarcable al biólogo común, y eso

43 Biocrón: concepto histórico vida/tiempo, usual en biología evolutiva y en estratigrafía biológica, que define la duración en el tiempo geológico de un taxón dado. Se formula en base a la datación de los hallazgos más antiguos del mismo.

44 El encaje de las placas tectónicas, que forma parte necesaria de la postulación de Wegener iniciada en 1912, sobre la que dice Naomí Oreskes (2014: 46), una de las más recientes estudiosas del tema; "...*el geofísico alemán Alfred Wegener propuso en 1912 la teoría de la deriva continental. Los paleontólogos sospechaban ya que los continentes habían estado unidos en el pasado, debido a las similitudes entre fósiles y estratos geológicos. Los geólogos sabían también que las rocas alpinas se habían desplazado cientos de kilómetros durante la orogenia. Con todo, la teoría de la deriva continental no halló aceptación general hasta los años sesenta. La investigación geológica recibió un fuerte impulso durante la Guerra Fría, hasta llegar a generar la prueba que zanjó el debate. Particularmente influyente resultó el trabajo publicado en Nature por los geólogos británicos Frederick Vines y Drummond Matthews*." Los trabajos biogeográficos de Lars Brundin y de René Jeannel también fueron decisivos para el caso.

llegaba al campo que nos interesa, en el que también de este modo, se iba abriendo una brecha cada vez mayor con las ideas, aspiraciones y metodologías de Elio Massoia. El autor recuerda haberlo forzado casi a tratar de leer *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod poniéndole un ejemplar de la obra en su portafolio, en los años finales de los'70, cuando tuvo la sorpresa al día siguiente, de verlo aparecer casi furioso por la "intrusión" que significaba el intento de acercarlo a esos campos que para él no correspondían a lo que hacían los "biólogos naturalistas".



Elio Massoia y Abel Fornes ilustrados por Aldo Chiappe para un artículo titulado "*Elio Massoia: de maestro a zoólogo*" de la Revista Vida Silvestre N° 83, año 2003.

En tanto, la gran metrópolis de Buenos Aires conservaba aún su perfil de ciudad culta y lectora, múltiple en el opinar y siempre dotada de minorías revolucionarias (esta vez crecientes) que eran utópicas y que sentían contagiosa e ilusamente que el futuro era cada vez más de ellas, que el asalto al poder estaba próximo y que sería exitoso. Nada puede proyectar al presente esa mentalidad y sus expresiones de entonces. Eran mitad eco del mayo francés del 88, y mitad fruto de autosugestión autóctona que crecía muy peligrosamente, porque –como decía un integrante más cínico, y por ende más zafado, de ese sector cada vez más diferenciado de la juventud: "…*ellos se dan cuerda solos*…". La metáfora relojera era burda, pero implicaba algo de realismo y este estado de cosas

se cultivó en la Argentina durante más de diez años, en especial tras el golpe de estado de Onganía del 26 de junio de 1964 y hasta los encendidos sucesos que, entre 1972 y 1976, infligieron quiebres mayores a la vida ciudadana. La gran comunidad estaba ausente de esos planteamientos y devaneos y, en general, se mostraba ignorante e indiferente aún cuando fueran sus hijos los que se extraviaran y, aunque ya se percibían signos de decadentismo, éstos eran aún poco perceptibles. La vida artística y literaria estaban activadas, pero en forma sensiblemente menos densa y prolífica que en la década precedente, la de los sesenta; la vida cultural por momentos iba a la zaga de la política, que cada vez más atraía a los que la cultivaban, y constantemente reclutaba indiferentes. Una valoración de la sensibilidad literaria, corta y espontánea, aunque parcial de aquellos años es la de Horacio Vázquez Rial (2012), que exponemos a continuación: "*Sartre, Camus, Malraux, aparecían en Losada o en Sur a los pocos meses de haberse editado en Francia. Se traducía todo, mucha poesía incluso, y de manera nada torpe, y hasta los poetas eran leídos y, por lo tanto, vendidos con éxito. Desde Perse hasta Pavese, desde Milosz hasta Montale, todos eran accesibles para los argentinos y, por lo tanto, para todos los lectores de la lengua común. También se importaban libros. Muchos. No creo que la aparición de Alianza Bolsillo haya representado una revolución menor allá que aquí. Los libros españoles eran amados, y muchos leímos a determinados autores fundamentales en Aguilar o en Plaza, si no en los Clásicos Bergúa, que yo iba comprando en la librería Clásica y Moderna, del señor Poblet, madrileño afincado en Buenos Aires, que ahora lleva su hija Natu y que ya ha cumplido los setenta años largos*".

Capítulo 6
Del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia a la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires

Pero, retornemos al tema de la situación de Elio Massoia en el Museo de Buenos Aires. Allí acontecieron los hechos principales y más decisivos para la vida de nuestro protagonista, que en 1958, percibió con curiosidad la llegada de visita a la Sección de Mastozoología del Museo, de un hombre joven, que por lo común era más asiduo en el área de Paleontología de esa institución, en la cada vez que iba visitaba o, al menos, saludaba a la paleomastozoóloga Noemí Violeta Cattoi [1911-1965] que, a la sazón, era jefa de la Sección Paleozoología del Museo. Era alto, robusto, de figura apacible, actitud concentrada, tenía pelo moreno, tez pá-

lida y usaba anteojos con gruesos cristales que no llegaban a encubrir la agudeza y la vivacidad penetrante de su mirada. El jefe de la Sección, Jorge A. Crespo lo recibía con dura y distante frialdad y recelo y solía responder con evasivas a sus pedidos de material comparativo para consultar[1].

En el ámbito del Museo, no tardaron en encontrarse y relacionarse Elio y el interesado visitante. Un par de conversaciones más, en nuevos encuentros, puso en claro ante el joven Massoia –que no se trataba de otro que Osvaldo A. Reig, un nombre reiteradamente repetido en el ambiente museológico– y su interlocutor pudo percibir prontamente que Elio Massoia era un hábil preparador, un avezado conocedor empírico de varias especies de roedores y un entusiasta colector de especímenes. Todo en él desbordaba una apasionada vocación por el estudio científico de los roedores.

Pronto se estableció entre ellos una cordial relación en la que Elio escuchaba maravillado las explicaciones de Osvaldo A. Reig sobre temas de biología, paleontología y taxonomía de roedores y, alentado por su tendencia al fantaseo y por la sinceridad de su interlocutor, planificaba todo un mundo de revisiones, colectas, viajes de estudio y publicaciones.

Por otro lado, a través de las conversaciones en el Museo y de las actitudes del personal del área, pronto quedó en evidencia ante Osvaldo Reig que existía cierta tirantez local, surgida entre el joven Elio Massoia y Jorge A. Crespo, quien era el jefe de esa sección, y que este último no sentía agrado por el hecho de que un joven preparador, apenas un maestro normal, ante él que estaba doctorado, trascendiera con sus inquietudes las tareas meramente técnicas que tenía asignadas.

A partir del doloroso problema suscitado en el Museo en los años tempranos de la década de 1930 con Lucas Kraglievich[2] y el rechazo casi visceral que

1 A propósito de estas actitudes de mezquindad y egoísmo practicadas en distinto grado, pero casi unánimemente por los "pontífices" mayores de las ciencias naturales, y de la mastozoología en particular, escribió Michael Mares en 1991, un sabroso artículo en el que describía y satirizaba estos vicios y prácticas, caracterizando lo que llamó "sapismo" y describió su evolución y variaciones de acuerdo con el tamaño del charco en el que residían. En el "small pool" el sapismo se hacía agudo y excluyente, pues sólo hay espacio para un sapo. Los grandes sapos eran los "dueños" celosos de los charcos. Lamentablemente ni siquiera Osvaldo Reig se libró de achaques de esta naturaleza (Mares, 1991).

2 Lucas Kraglievich [1886-1932]. Fue un destacado paleontólogo argentino. Formado autodidácticamente y, que por la influencia de Carlos Ameghino, interrumpió su carrera de ingeniería que llevaba ya avanzada, para ingresar a un humilde cargo técnico en el Museo. Su destacada labor paleontológica lo caracteriza como el gran continuador de la obra de Florentino Ameghino, del que era apasionado admirador. En su vida relativamente breve pero activísima, abarcó los más variados temas de paleontología de mamíferos generando una extensa producción de gran calidad científica, que ha sido reunida en sus *Obras Completas* (reunidas en tres tomos por Carlos Marelli, La Plata, 1940). Realizó su tarea con el apoyo de Carlos Ameghino, en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, del que se apartó en 1930, en medio de un penoso incidente en el que operaron causas vinculadas con la política oficial y con los sectores más retrógrados de la iglesia católica. Pasó después al Uruguay donde intentó seguir investigando, pero falleció tres años más tarde. Su contribución rodentiológica ha sido muy amplia.

se dispensó por una parte del ambiente científico a Carlos Ameghino durante su ejercicio de la dirección de la institución (1917 a 1923), puesto que el autodidactismo constituía la peor carta posible de presentación para una persona que pretendiera investigar en la institución oficial, ya que, si bien las causas de la cuestión por la que prácticamente se forzó el alejamiento del valioso investigador que fuera Lucas Kraglievich –y que, según sus amigos y allegados, precipitó su enfermedad final y su muerte– eran mucho más profundas y abarcaban también muy sensiblemente el plano religioso[3], en aquello que pudo trascender a la prensa y al público, se fincaron en lo formal, es decir en la carencia de un título universitario habilitante por parte del malogrado paleontólogo, que se había formado como tal, casi exclusivamente bajo la protección y el aliento de don Carlos Ameghino, también él mismo autodidacta y del que, según vimos, no había un recuerdo simpático en un ambiente que era solamente parcial en la totalidad del Museo, pero que estaba potenciado en su poder fáctico por las relaciones políticas externas.

En el Museo de los años iniciales de Massoia todavía trabajaban algunos de los sobrevivientes de la oleada antiliberal, con fuertes matices clericales –e incluso falangistas y fascistoides– y extremadamente cerrados en lo referido a la apertura hacia vocacionales o heterodoxos, aunque hacia 1960 fueron diluyéndose las tendencias internas y el Museo tomó un carácter más decididamente profesional, en especial bajo la dirección de Maximiliano Birabén [1893-1977].

Para el primer grupo Osvaldo Reig no era potable por haber sido opositor activo del régimen poco antes destituido, pero para el sector opuesto tampoco, puesto que no siendo graduado universitario había publicado una serie de trabajos notablemente modernos y sobre temas centrales de la problemática evolutiva de las faunas argentinas actuales y fósiles. También había llegado a proponer con la mayor seriedad y solvencia, un reordenamiento macrotaxonómico, es decir a nivel de las categorías más elevadas de la Clase Amphibia.

Ese sentimiento de rechazo a toda heterodoxia atinente al *cursus honorum* oficial tomada como central de la valoración de las personas, perduró en el Museo (seguramente todavía persiste vestigialmente) y amargó en muchos sentidos la vida de algunos estudiosos muy capaces pero en algún grado autodidactas que por, una circunstancia u otra llegaron a revistar en el mismo. Por lo pronto y las más de las veces, por falta de un título formal debieron hacerlo en categorías administrativas con bajísimo sueldo y altamente subordinados a personajes, más de una vez, mediocres o incapaces. Tal fue el parcialmente el caso de Guillermo del Corro[4], otra figura de valía, hoy casi enteramente olvidada.

3 Ver al respecto Tonni *et al.* (1998).

4 Guillermo del Corro. Se trata de un paleontólogo argentino, que ocupó entre 1965 y el año de su muer-

Otro factor adicional de tensión agravaba las reacciones ante la presencia de Osvaldo Reig: hacía muy poco había culminado sin éxito una intensa gestión de la Universidad de Buenos Aires, que bajo el rectorado de Risieri Frondizi, y con Rolando García como decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, trataba de desplazar el Museo de la jurisdicción de la Dirección Nacional de Cultura, a la de la mencionada Facultad. La oposición del Director interino del Museo, Adolfo Dago Holmberg fue muy decisiva para finalmente frustrar un proyecto que, de consumarse, seguramente hubiera marcado un destino muy distinto a las ciencias naturales argentinas en la segunda mitad del siglo XX. Reig fue un entusiasta y apasionado defensor de la transferencia del Museo a la Universidad. Esta situación contribuyó internamente en el Museo a restañar los enconos derivados y a unificar a todos en el mantenimiento de una supuesta independencia, en la que predominaban los intereses prebendarios y el miedo al espíritu más abierto y progresista que reinaba en la Universidad de Buenos Aires en ese período brillante, que parece haber sido el canto del cisne de la búsqueda apasionada y activa de excelencia universitaria en la Argentina.

EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Una vez instalado Massoia en el Museo, con un bajo salario, pero por primera vez trabajando en condiciones de dependencia completa hacia un jefe, que –estaba seguro– lo emplearía en funciones subordinadas, sin la menor posibilidad de que se admitiera en él alguna capacidad de autonomía o la posibilidad de labrarse un camino propio. Eso no cabía en la concepción de las cosas reinante de relacionamiento con la investigación, y se vivía en un restricto mundo de orden establecido como canon inalterable y, por eso con horizontes casi enteramente cerrados, como era el del propio Jorge A. Crespo.

Más aún, las aparentes aperturas que le permitieron a Elio Massoia ver con cierta facilidad los especímenes de colección, terminaron el día en que estuvo bajo contrato. Desde entonces, los intentos que realizara de aproximación hacia las colecciones fueron cortados celosamente por la ayudante técnica de la Sección, una mujer, callada y trabajadora, seguramente en lo personal muy

te, la jefatura de la Sección Paleozoología del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires. Hay escasa información sobre él y, lamentablemente, yace en un injusto olvido muy propio de un país que no valora su ciencia. E. P. Tonni (2005: 75) le dedica uno de los pocos comentarios accesibles actualmente sobre él: "*...también concurría a la Sección Paleozoología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, Guillermo del Corro, que al fallecer* [Noemí Violeta] *Cattoi* [1964] *se hace cargo de aquella dirección. Había realizado aportes sobre los anuros cretácicos de Salta, pero su labor* [en el Museo] *se centró en tareas de investigación histórica en la Argentina, o sobre el aporte de la geología a la biogeografía de la entonces reciente teoría de la tectónica global, además publica un trabajo de investigación sobre los marsupiales bioterinos del Paleogeno de Patagonia. Fallece en 1978.*"

honesta y ordenada, que era de una fidelidad incondicional a su jefe, una condición, que en el verdadero relicto de tiempos ya idos que era en esos años el Museo, exigía se mantuviera inalterable el ambiente de santuario misterioso que reinaba en la mayor parte de los ámbitos de la institución.

Impulsada por las condiciones reinantes y por la difícil personalidad de su jefe, actuaba como eficiente cancerbera ante toda penetración de extraños al recinto sagrado de la Colección Mastozoológica, como lo saben los escasos sobrevivientes actuales entre aquellos que intentaron –quien escribe estas líneas también– consultar algún material allí depositado[5], los que, por supuesto, lo hicieron sin éxito o lo lograron muy limitadamente y con el acompañamiento de un trato mezquino, frío y duro, y hasta en algún caso, engañoso.

La única salida que se presentaba ante Elio era inscribirse en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales y, mediante el logro de un título universitario, iniciar la tarea de abrir esas puertas cerradas que se le presentaban ahora. Lo intentó en 1960, pero pronto desertó al no poder superar el tema de las leyes cristalográficas en el curso de Introducción a la Geología.

De todos modos, colectaba especímenes y los preparaba. Entre sus funciones se contaba la de guardarlos en sus cajas y, era entonces, cuando se daba el gusto de ver el material guardado. También se le presentaba una gran oportunidad cuando le ordenaban revisar el estado de conservación o limpiar algún sector de las colecciones: ¡Nunca debió verse alguien haciendo esa labor ancillar más feliz de poder cumplir esa tarea, y aún de demorarse morosamente en ella, en la más gratificante contemplación de la colección!

Un día, en los primeros meses de aquel mismo año 1959, después de algunos diálogos ocasionales –todos ellos sobre roedores, localidades de captura e intereses prioritarios de Elio y, naturalmente de parte de Reig acerca de biología evolutiva– sostenidos con Massoia desde visitas anteriores, llegó un día Osvaldo Reig al Museo y se encontró con Elio. Esta vez, la conversación fue muy sencilla y, según relato de ambos, se desarrolló más o menos así:

---

5 Se trataba de la perduración de un concepto casi feudal de las jefaturas, en el cual las colecciones constituían el *sancta sanctorum* reservado a los elegidos, que reinaba en los museos argentinos. Posiblemente esa tradición fue instalada en Buenos Aires por Hermann Burmeister y reinó hasta que los representantes de la nueva generación de biólogos, con Osvaldo Reig, Galileo J. Scaglia, Claës C. Olrog y Rosendo Pascual a la cabeza, instalaron un nuevo concepto de apertura y libertad en cuanto al acceso de los estudiosos en el ámbito de los museos y en el de las colecciones naturalistas argentinas. Pese a ello el viejo estilo duró aún muchos años, casi tanto como duraron en sus cargos las cabezas mayores de la antigua tradición. No vale la pena mencionar personas, algunos de ellos se destacaron exteriormente por su obra. Ellos actuaron siguiendo a ultranza el signo de los tiempos iniciales del Museo, que allí se sostenía inmutable, pero hicieron, seguramente sin proponérselo, mucho contra el desarrollo de la ciencia zoológica en el país.

> *-¿Le interesaría venir a trabajar conmigo en la Universidad de Buenos Aires, donde estamos por formar una unidad de trabajo para profundizar el estudio de los mamíferos, en especial de los roedores argentinos?*
>
> *-¡Sí!,* respondió, estremecido por la sorpresa y por la alegría.
>
> *-¿Le gustaría hacerlo ganando el doble que lo que recibe aquí por mes?*
>
> *-¡Sí…!*
>
> *-Entonces, y de ser así, deme sus datos personales por escrito y venga el lunes por la mañana, a primera hora, a verme a la Facultad y trabajaremos sobre su contrato.*

Elio, conmovido hasta su última fibra y temperamentalmente ansioso como era, no cupo en sí de excitación y expectativa hasta que no consumó su presentación en la Facultad, en el momento indicado. Se iniciarían de esta manera los casi cinco años que abarcaría su trabajo junto a Osvaldo A. Reig y, por encima de la relación cotidiana, se dio una casi permanentemente ambigua y contradictoria convivencia profesional entre ambos.

El día previsto, al culminar la tarde, ya era predecible el casi seguro ingreso de Elio Massoia en el Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires, *ad referendum* de que se completaran los trámites administrativos, que por entonces eran de rápida ejecución en la eficiente administración que ejercía el meteorólogo Rolando García[6], decano de la misma, bajo la égida igualmente eficaz del Rector de la Universidad de Buenos Aires, el conocido y respetado filósofo Risieri Frondizi[7].

6 Rolando V. García [1919-2012]. Se trata de un destacado meteorólogo argentino, nacido en Azul, provincia de Buenos Aires, que contara con una meritoria carrera profesional que abarcó vocacionalmente, al par que su temática específica, los más novedosos campos de la filosofía y la epistemología de la ciencia. Desarrolló esa actividad vocacional en un alto nivel, en ocasión y durante varios años, junto con el destacado biólogo, psicólogo y epistemólogo suizo Jean Piaget [1896-1980], con quien fue coautor de publicaciones valiosas en 1971 y en 1983. Se trata de una de las figuras relevantes de la recuperación e institucionalización de la ciencia argentina, después de la caída del régimen opresivo, abatido en septiembre de 1955. Ocupó cargos en la Universidad de Buenos Aires, llegando a partir de 1957, a ser decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, como parte de la renovación activa de la Universidad bajo la influencia principal de los pensadores y filósofos José Luis Romero [1909-1977] y Risieri Frondizi [1910-1983]. Durante su gestión la casa de estudios experimentó una notable modernización. Actuó con criterio amplio y generoso y se vivieron tiempos de un auge excepcional en esa casa de altos estudios. Rolando García fue una de las víctimas preferenciales de la llamada "noche de los bastones largos", acaecida en Buenos Aires, en su propia Facultad, en coincidencia casi inmediata con la toma de facto de la presidencia de la República por el general Juan Carlos Onganía, en junio de 1964, tras la cual debió abandonar forzadamente su cargo. Años más tarde, en un sorprendente giro ideológico, Rolando García adhirió al peronismo llegando brevemente a ser funcionario nacional en la década de 1970, aunque éste fue un episodio pasajero y nunca recuperó funciones dirigentes de trascendencia, a pesar de sus relaciones científicas y de su prestigio internacional.

7 Risieri Frondizi [1910-1983]. Filósofo, docente, organizador universitario argentino, nacido en Posadas,

Ni bien llegado a la Facultad Elio Massoia comenzó a trabajar en el laboratorio de la cátedra de Osvaldo Reig, y lo hizo con entusiasmo y dedicación intensa. Eso sucedió en el antiguo edificio que la Facultad alquilaba en la calle Florida entre las de Tucumán y Viamonte, en cuyo tercer piso funcionó hasta el otoño de 1964 la Cátedra de Vertebrados, de la que era profesor titular Osvaldo A. Reig, aunque compartía el dictado de la materia con los adjuntos Avelino Barrio, José María Gallardo y Jorge A. Crespo.

Allí le tocó a Elio la principal responsabilidad en la formación de una Colección Mastozoológica[8] y progresivamente estuvo junto a Reig, en la activa

Misiones. Estudió desde la escuela primaria en Buenos Aires. En el Insititituto Nacional del Profesorado, lo hizo, egresando en 1935 como profesor de Filosofía. Gracias a una beca prosiguió sus estudios en la University of Harvard de EEUU, alcanzando allá una maestría, que complementó en 1950 al graduarse como doctor en esa discipilina en la UNA, México. Entre 1935 y 1946 actuó en Tucumán, fundando la Facultad de Filosofía y Letras en base al previo Departamento de Filosofía al que dirigió. Hizo un paréntesis en 1943 y 1944 para seguir cursos en la University of Michigan. En la Argentina, desde 1946 perdió su cargo y fue puesto en prisión sin fundamento legal. Al ser liberado, invitado por Mariano Picón Salas, fue docente en la Universidad de Caracas por dos años. Caída la dictadura en su patria, regresó a ella y en 1957 y dentro de la depuración y normalización de las universidades argentinas fue designado Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires, ejerciendo su cargo con notable eficiencia y acompañado por el vicerrector, José Luis Romero. En 1966, al caer la República por el golpe de estado del general Onganía dio por terminada su gestión. Pasó entonces, a enseñar en los Estados Unidos, sucesivamente en Los Ángeles (1966-68), Texas (1968-69) y en la Southern Illinois University, desde 1970. Fue un estudioso discreto y profundo, que abordó centralmente el tema de la ética, la axiología, la naturaleza humana y las bases de la conducta. Se consideró siempre discípulo y gran amigo de Francisco Romero. Escribió varios libros que le dieron prestigio y realzaron su papel de intelectual de calidad. José Gaos ha dicho de él: "*No ha escrito mucho, pero su contribución a la filosofía es sólida, tanto por la novedad de sus teorías como por la claridad meticulosa con la que se expresa.*" Falleció en 1983.

8 Al respecto debe aclararse el por qué y el propósito de formar una colección científica en el ámbito de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, idea que concibió Osvaldo Reig. No respondió eso a una iniciativa espontánea y egoísta, sino que se vio llevado a hacerlo como respuesta a la vigencia de una lamentable situación que se daba por entonces en las colecciones preexistentes, tal vez con la única excepción de la del Instituto Miguel Lillo de Tucumán: los personalismos dominantes ejercidos por sus encargados, jefes o responsables hacían casi imposible la consulta, o al menos, la consulta con la agilidad y la amplia libertad que requiere quien está empeñado en una investigación activa. Ya ese problema había provocado cuestiones enojosas y aparecía como insoluble, de ahí la decisión de Osvaldo Reig de iniciar una colección propia para su cátedra –más tarde trató de que se elevara su estatus a Colección del Departamento de Biología, propuesta que no prosperó debido a intereses mezquinos y miopía de la visión por parte de muchos colegas– y que dejó atado el destino de la colección a la continuidad de su promotor al frente de la Cátedra, como se pudo comprobar a partir del aciago 26 de junio de 1966, con el golpe de estado del general Onganía y el descalabro de la que se creyó una renovada Universidad de Buenos Aires. Da cuenta del éxito inicial de su propósito el que en apenas cuatro años de gestión se superaran las 4.500 entradas en el registro. Más adelante la idea de Reig –buscando una institucionalización más segura de la misma– se centralizó alrededor del Museo Municipal de Ciencias Naturales de Mar del Plata, y fue esa institución la que recibió buena parte del material que él y sus colaboradores colectaran y estudiaran en la década de los '80. Esta situación de las colecciones tenía un trasfondo más hondo y antiguo: era una continuación del planteo que casi triunfó luego de la Revolución Libertadora, a partir de septiembre de 1955: la unificación del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia con la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Buenos Aires, que hubiera sido la situación más favorable

puesta en marcha de la faz práctica de la renovación de los estudios rodentiológicos en la Argentina. Podría decirse que con él resurgió en la mastozoología la función del naturalista de campaña, dejada de lado desde hacía años.

Los primeros tiempos de la relación entre ambos estuvieron plenos de comunicación mutua y se abrieron para Elio muchas y muy novedosas perspectivas. A su ingreso predominantemente voluntarista al mundo de la zoología moderna, le agregó la influencia de Reig perspectivas mucho más amplias y sistémicas, aunque siempre tropezando con ciertas limitaciones ya comentadas, atinentes a la idiosincrasia personal de Elio Massoia que nunca abandonó cierta actitud de alerta y desconfianza, algo que, en última instancia, redundó fuerte y paradojalmente sobre él, llenándole –ante la menor dificultad con el trato cotidiano– de complejos, de infundados resquemores y miedos, y de ese modo acentuando algunas de sus más severas limitaciones de personalidad.

El joven Osvaldo A. Reig se había reinstalado en Buenos Aires desde hacía menos de un año, viniendo de la ciudad de San Miguel de Tucumán, donde fuera contratado después de una intensa y algo desordenada etapa porteña, platense y marplatense de iniciación en la investigación paleontológica, en la que había mostrado dotes excepcionales como científico. Su salida de Tucumán estuvo motivada por sucesos internos del Instituto Miguel Lillo, por los que también debió alejarse Jorge Morello. Trataba de culminar sus estudios universitarios a los que debió interrumpir una década atrás debido a las intensas persecuciones padecidas. Estaba haciéndolo en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, la que con una actitud excepcional le encomendó –a pesar de su condición de estudiante de la misma casa– el dictado como profesor contratado de la materia anatomía comparada, avalado por el dictamen de un tribunal internacional integrado por

tanto para el Museo, como para evitar las deformaciones estructurales de una carrera biológica ajena al mayor repositorio museológico de apoyo, del que debió estar en estrecha cercanía. Como ya se expresó precedentemente, alrededor de esa idea se produjeron polémicas y enfrentamientos entre docentes e investigadores con ideas divergentes al respecto y finalmente triunfó la posición sostenida por quienes eran partidarios de la separación de ambas instituciones, muchos de ellos con fuertes vínculos con el sector más conservador del gobierno y de sus ministerios como el director interino del Museo Dago Holmberg, un enconado opositor a la idea de la unificación. Como síntesis final de esta historia podríamos decir que ambas instituciones se deterioraron por igual: el museo se enquistó en un conservadurismo fuertemente personalista y con alta dependencia de las virtudes científicas y morales del director de turno, que se desenvolvió casi siempre lejos de la modernidad instrumental y bibliográfica necesaria. Por su parte, la carrera de biología se hizo demasiado dependiente del sector de ciencias exactas, algo que pudo significar mucho en cuanto a la avanzada cognitiva y al armazón mental conceptualmente rico de los egresados, pero que se movió mucho en un marco de irrealismo con respecto a la naturaleza del país real. Sin embargo, el notable avance real de la biología argentina en la segunda mitad del siglo XX tuvo, indudablemente, su sede en las universidades y en los institutos del CONICET (en especial de los iniciales de la era de Houssay y de la perduración de su influencia, pues desde mediados de la década de los años '70 muchos fueron de baja calidad).

el paleontólogo norteamericano George Gaylord Simpson, el paleontólogo brasileño Carlos de Paula Couto y el zoólogo chileno Guillermo Mann Fischer.

La llegada de Osvaldo Reig al campo activo de las ciencias biológicas argentinas significó una verdadera revolución conceptual, de estilo y de intensidad en el alicaído campo de la zoología nacional que nunca había logrado superar en el área de la vertebradología una mediocre rutinariedad, en la que estaba sumida, a pesar del paso de algunas figuras de excelencia individual, cuya obra, al contrario de la de Reig, no logró insertarse en forma motivadora o renovadora de paradigmas en el mundo oficial, institucional y docente representado por la Universidad y el Museo (Contreras y Giacchino, 2002).

Con la instalación en sus cátedras de la Universidad de Buenos Aires de Osvaldo Reig[9] y de Jorge Morello[10], en zoología y botánica respectivamente, en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, la biología argentina cobró por primera vez un impulso que en lo nacional, tendía a conferir a la ciencia y a sus protagonistas responsabilidades y objetivos al servicio del país, y que en lo teórico y operativo, recibía y adoptaba, con una apertura desusada en el medio argentino, las metodologías, hipótesis de trabajo y una filosofía de la tarea científica, acordes con las pautas más universales.

---

9 Osvaldo A. Reig [1927-1992] quien, según se relató, había ganado la Cátedra de Zoología de Vertebrados de la Facultad en un concurso con un jurado prestigiosísimo. "*Al hacerse cargo de la misma, se produce, gracias a su estímulo la irrupción de múltiples enfoques novedosos en el estudio taxonómico de los vertebrados, estimulando a jóvenes estudiantes y egresados a adentrarse en cada una de las disciplinas particulares que se abrían. Por ejemplo, electroforesis de las seroproteínas, un campo en el que fueran pioneros F. Bertini y José M. Cei, primero en Tucumán y después en Mendoza, en el segundo lustro de la década de los años cincuenta, y que más tarde llegara a Buenos Aires con el impulso de Reig, y con la influencia de la visita a la Argentina y la ulterior financiación de expediciones científicas de Vittorio Ersparmer, quien introdujo el estudio de la bioquímica comparada de las aminas biogénicas y de los péptidos de las glándulas cutáneas de los batracios, fundando la que se denominaría "taxonomía bioquímica". Poco después Reig, con la colaboración de Virgilio G. Roig de Mendoza, iniciado éste último en el tema junto con José M. Cei y con experiencia en electroforesis de proteínas séricas en dasipódidos, emprendería estudios serológicos en roedores del género Ctenomys...*" (Contreras y Giacchino, 2001).

10 Jorge Morello [1924-2013]. Fue un destacado botánico y ecólogo argentino. Junto con Osvaldo A. Reig en el campo de la zoología, personificaron las figuras excepcionales que determinaron, hacia el comienzo de la década de 1960-1970, una verdadera revolución estructural y cognitiva en el casi paralítico campo de las ciencias naturales argentinas (Contreras, 2002). A ellos se debió la instalación de un paradigma moderno en el área de biología de la Universidad de Buenos Aires, que resultó en la formación y orientación de un discipulado que mantuvo efectivamente el impulso inicial. En los años corridos del siglo XXI, y hasta el final de su vida, Morello ha enfocado la ecología de los sistemas antropizados con una visión original y de enorme significación aplicada. Durante varios años la relación de las cátedras de Reig y de Morello trabajaron muy cercanamente. Todos creíamos que nos movíamos en un mismo frente ante los mayores problemas estructurales del medio natural argentino, al que se consideraba urgente conocer adecuadamente. Se trataba de esclarecer un orden de saberes básicos teóricos y experimentales cuyo adecuado tratamiento necesariamente sería valioso –ya desde el punto de vista aplicado– para la modernización del país. Este era el principio unificador introducido por aquellos dos ilustres jefes de equipo en la primera universidad argentina.

Eso se daba con fuerte efervescencia intelectual y en medio de la enorme intensificación de todos los campos de las ciencias básicas de la posguerra en Occidente, que vio así permeado su acceso al medio rioplatense, potenciado con las libertades cívicas y académicas recuperadas en septiembre de 1955 y en un orden ya protagonizado por quienes hemos visto nombrado como autoridades universitarias de ese momento.

En 1959 Reig se preparaba para efectuar su presentación como postulante al cargo de profesor titular de zoología de vertebrados[11] y al mismo tiempo desarrollaba una profusa actividad de investigación, formación de colecciones, promoción de vocaciones de cercanos colaboradores y de la de publicación de trabajos resultantes de sus estudios, que en pocos años más, lo consagraron definitivamente como la figura mayor de la zoología argentina, posición que indiscutiblemente detentó hasta su fallecimiento el 13 de marzo de 1992, y que aún conserva póstumamente en el decaído panorama finisecular y de comienzos de milenio de la ciencia argentina[12].

Osvaldo Reig estaba en esa época empeñado en la continuación activa de sus estudios batracológicos, pues después de haber descubierto y descripto ejemplares fósiles de anuros mesozoicos, se había entregado al estudio neontológico de la herpetología, especialmente de las especies del notable género de batracios chaqueños *Lepidobatrachus*. Esa doble incursión paleo y neontológica por elementos de una misma categoría taxonómica, así como su profundo conocimiento paleontológico, morfológico y evolutivo del contexto del

11 Un grupo de los docentes de la Facultad, así como el decano Rolando García y muchos de los que fueran sus alumnos en el curso de anatomía comparada, sugirieron y estimularon la decisión de Osvaldo Reig de presentarse a concurso para la titularidad de la cátedra de vertebrados. Se trataba que lo hiciera aún careciendo de graduación universitaria. Obtuvo el cargo según un dictamen fundamentado por la excelencia y excepcionalidad de sus antecedentes y con el novedoso paso previo de ser aceptado en un concurso, cuyo tribunal se formó con figuras mundiales de primer nivel en el campo de la zoología evolutiva y la paleontología, como lo eran los ya mencionados científicos internacionales. Compartió con ellos el análisis de los antecedentes de Osvaldo Reig, el paleontólogo de La Plata, Rosendo Pascual. Algo así resultaba inusitado en el medio académico nacional y sólo pudo emanar de una etapa brillante de la Universidad de Buenos Aires, como lo fue la protagonizada por quienes tuvieron a su cargo el regir los destinos de esta casa de altos estudios y las de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales.

12 Una de las mayores innovaciones introducidas por Osvaldo A. Reig en el ámbito de la zoología argentina ha sido el tendido de un verdadero puente de continuidad temática y epistemológica entre paleontología y neontología. En este sentido la posición de Reig seguía en forma directa las postulaciones de George Gaylord Simpson [1902-1984]. Esta manera de encarar el hecho de la vida sobre la tierra y su historia, marcó en Osvaldo Reig su esencia de biólogo evolutivo. A diferencia de la concepción de la mayoría de los demás paleontólogos de esos años, más que un descriptor inventarista de la vida fósil, abarcando fundamentalmente una visión estratigráfica, fue el integrador del árbol de la vida, recorriéndolo a través del tiempo a la luz de los rasgos funcionales y estructurales extrapolados del segmento temporal neontológico, al que trató de comprender en todas sus dimensiones y a través de las más variadas y modernas metodologías, especialmente la morfología, la morfometría, la fisiología, la citogenética, la bioquímica comparativa y la biología molecular.

phylum Chordata, lo había puesto en una inmejorable posición para proponer un ordenamiento macrotaxonómico de los Amphibia como el que publicó en la revista *Physis*.

Al mismo tiempo, retenía su preocupación por la paleontología y la evolución de los marsupiales y se involucraba cada vez más en el problema del origen de los roedores sudamericanos conocidos entonces como Hystrocomorpha y actualmente, con un sentido más preciso, como Caviomorpha. Las obras de Stuart O. Landry (1957) y de R. W. Fields (1957), esta última acerca de los roedores fósiles del Terciario temprano de Colombia, lo entusiasmaron para sumar su esfuerzo al esclarecimiento de la cuestión, que ya le había inquietado en los por entonces cercanos años de compañerismo paleontológico, con Jorge Lucas Kraglievich[13] y también durante las conversaciones sostenidas con George Gaylord Sympson[14]durante sus estadías en la Argentina a comienzos de la década de 1950[15].

---

13 Jorge Lucas Kraglievich. Fue el hijo del destacado y tempranamente desaparecido paleontólogo argentino Lucas Kraglievich. Desde muy joven se inició en la investigación paleontológica. Lamentablemente, primero lo hizo, impulsado por su madre, con fuerte tono polémico con quienes habían sido antagonistas con su padre una década antes, pero pronto adquirió una dimensión propia realmente brillante, con muchos y valiosos trabajos publicados entre 1945 y 1955. No había seguido estudios universitarios regulares y su propia exhuberancia vital y apasionamiento de carácter, más el perdurable drama familiar que viviera en su niñez, lo llevaron a adicciones autodestructivas que deterioraron sus relaciones en el medio argentino. Después de haber trabajado en el Museo Municipal de Mar del Plata, junto a Galileo J. Scaglia, y promediada la década de 1950-1960, y tras incidentes insalvables derivados de su intemperancia, incluyendo crisis alcohólicas, se alejó del país, ya en neto tren de huída de sí mismo y de toda su triste realidad, recalando en Ecuador, presuntamente en Guayaquil, donde en un intento no repetido de recuperación, todavía publicó un trabajo de valía en *Mammalia*, para después eclipsarse completamente. Acerca de su posible destino final existen diversas versiones, ninguna de ellas corroborada por los zoólogos ecuatorianos con los que habláramos, en especial con Tarsicio Granizo Tamayo, pero todas coinciden en cuanto a una muerte accidental. El hecho real es que no se conoce nada al respecto de la realidad de su eventual fallecimiento en Ecuador.

14 George Gaylord Simpson (1902- 1984). Fue un eminente paleontólogo norteamericano que se especializó en el estudio de los mamíferos fósiles. Graduado en 1926 en la Universidad de Yale, hizo una expedición a la Patagonia argentina en el comienzo de la década de los '30, al renombrado Scarritt Pocket, en Chubut central, permaneciendo desde entonces muy vinculado a la paleontología argentina. Reestudió las faunas de Ameghino y elaboró una interesante hipótesis zoogeográfica acerca de las mastofaunas fósiles americanas. Fue uno de los promotores de la teoría sintética de la evolución. Escribió cuarenta libros y 760 artículos científicos. Fue, asociado a su segunda esposa, Ann Roe, uno de los pioneros de la biometría en zoología y paleontología. Su obra, terminada en 1942, *Tempo and mode in evolution* (publicada en 1944) fue fundamental en el desarrollo del pensamiento evolutivo del siglo XX, tendiendo los primeros lazos entre las perspectivas genética, geológica y paleontológica como complementos necesarios para interpretar el proceso evolutivo. Estas ideas, ya formuladas en 1937 (Laporte, 1991, citado por Vessuri, 1999) dieron el primer impulso metodológico a la que sería la carrera científica de Osvaldo A. Reig cuya formación inicial y muy juvenil fue fuertemente ameghiniana.

15 Ver acerca de las relaciones de Simpson con la Argentina los diversos escritos científicos, autobiográficos y relatos de viaje del propio autor, cuya lista aparece en el interesante trabajo de Hebe Vessuri (1999) acerca del tema.

La idea dominante de Reig en esos días se centraba en hallar un género –o una categoría taxonómica superior: subfamilia o familia– que sirviera de modelo neontológico para corroborar hipótesis paleontológicas y para construir nuevas interpretaciones evolutivas, esclareciendo así aspectos finos de la filogenia. Suponía que, además del interés intrínseco del esclarecimiento de tal modelo, éste serviría para arrojar nueva luz fáctica sobre muchos aspectos evolutivos que sólo podían ser postulados a título de hipótesis mientras se trabajara exclusivamente con fósiles.

En principio, debía tratarse de un roedor "Hystricomorfo" que contara con una serie de prerequisitos mínimos: debía poseer una historia fósil relativamente extensa, debía ser lo más *especioso*[16] posible, y era necesario que contara con poblaciones relativamente accesibles para su muestreo y seguimiento. Una vez hallado el "candidato", se elaboraría para el mismo un plan de estudio amplio y abarcativo, para lo cual se comenzaron a tender lazos con otros grupos de trabajo y con colegas para asegurar la cobertura de aspectos genéticos, bioquímicos, taxonómicos, ecológicos y biogeográficos.

Fueron aquellos, días inolvidables, densos y entusiastas, los que se dedicaron, en el histórico local del tercer piso de la calle Florida, a discutir y especular sobre ese "modelo", que debía ser el sujeto sobre el que se volcaría durante años la atención del grupo. Posiblemente Reig jugaba con sus hipótesis para clarificar sus propias ideas y por el placer que le producía el debate, pero también –y tal vez centralmente– para estimular a sus colaboradores integrándolos con su idea y con la esperanza de crear un grupo de trabajo eficiente. Todavía se trataba de un Osvaldo Reig entusiasta y optimista, dispensador de saberes y cultivador de posibles discípulos, casi sin recelos y muy confiado en los demás, una actitud que fue perdiendo al crecer el grupo de sus eventuales colaboradores y al recibir, cada vez con más frecuencia, muestras de ingratitud, de ambiciones impacientes y desmedidas, así como de deslealtad por parte de algunos de ellos.

Por otra parte, resulta casi imposible para quien no lo haya vivido personalmente, dar una idea del telón de fondo de esperanza casi ciega que reinaba en el seno de los grupos de investigación, con respecto a la continuidad a largo plazo de la estructura universitaria vigente y, por ende, de la perduración de los proyectos y trabajos en curso. Era así, a pesar del ominoso trasfondo de la vida política argentina, que en 1962 se experimentaban las primeras gran-

16 Especioso: dícese de un género que abarca un extenso número de especies integrantes. Estos géneros son de particular interés para esclarecer los mecanismos actuantes responsables de esa diversificación específica, como lo entendíamos grupalmente en esos años con referencia a *Akodon, Oryzomys, Calomys* y *Ctenomys*.

des crisis (planteamientos militares con tanques en las calles[17], enfrentamiento de facciones internas del ejército, "azules" contra "colorados", culminados con el derrocamiento y prisión del presidente constitucional Arturo Frondizi), y también surgían en el propio seno de la vida universitaria signos de creciente ideologización, de intolerancia y hasta de violencia (a veces con resonancia mediática, como la mortífera explosión del que se llamó "el caso del departamento de la calle Posadas").

Elio Massoia asistía regularmente a esas reuniones que Osvaldo Reig convocaba en su grupo de la Cátedra de Vertebrados. En un comienzo se mostraba optimista y expresivo, pero paulatinamente se tornó reservado y esquivo, para finalmente expresar que quería seguir con sus *cricétidos*[18] y quedar al margen del trabajo grupal que se planeaba. Esa actitud trajo aparejado su primer roce de envergadura con Osvaldo Reig, aunque en lo formal este último no se opuso a la decisión de su colaborador, o sea que en última instancia, respetó la libertad intelectual de Elio.

Posiblemente el núcleo del drama personal de Elio se centraba en la creciente incomodidad de su trato con los graduados y con los estudiantes avan-

17 En el curso de uno de esos episodios tuvo el autor, en un día del invierno de 1962, oportunidad de observar una extraña reacción de Massoia: hacia la mitad de la mañana, la vida de la ciudad de Buenos Aires se alteró por una ola creciente de rumores y por la aparición en las calles de tropas en pie de guerra. Elio advirtió ese estado de inquietud durante su largo viaje en ómnibus, pues tardaba casi una hora para llegar desde su casa a la sede de la Facultad. Cuando llegó a su destino ya estaba completamente alterado. Con fuertes voces anunció que podría "pasar cualquier cosa", y comenzó nerviosamente a colocar en una gran caja pieles y cráneos de roedores de la colección de la Cátedra, seleccionando las piezas de mayor valor. Estaba en eso cuando llegó Osvaldo Reig y le preguntó asombrado: "*Pero, ¿qué hace?*". La respuesta fue que iba a haber combates y bombardeo, pues él había visto tanques de guerra avanzando hacia el centro de la ciudad y, en consecuencia, era necesario salvar el material que estaba estudiando. Apenas pudo Reig contener la hilaridad y trató de calmarlo, pero al ver la obsecación de Elio, le ordenó que dejara todo donde estaba. Éste reaccionó con furia y, finalmente se retiró con un fuerte portazo. Ese fue el primer choque fuerte entre ambos, que desde entonces se hicieron reiterados. Por supuesto, que culminó la jornada sin que pasara nada grave en la ciudad. Se trató de una más de las tantas acciones de amenaza de sectores militares prepotentes y desubicados, a las que los porteños solían llamar despectivamente "chirinadas". La actitud de Elio sólo resulta comprensible suponiéndola propia de alguien que vive ajeno a la realidad entornante (o a alguna de sus facetas primordiales) y cobra de pronto –y desproporcionadamente– noción de lo que sucede en su ámbito vital. Elio podía haber descuidado cualquier cosa en una situación de emergencia, pero nunca a sus ratones...

18 En 1962 se suponía a los roedores de la subclase Myiomorpha de la superfamilia Muroidea, divididos en dos familias: Muridae (las ratas y ratones Paleárticos y Neárticos, comprendiendo a los géneros cosmopolitas *Rattus* y *Mus*) y Cricetidae (las ratas y ratones silvestres Neotropicales, en especial sudamericanas, resultantes de la intensa radiación evolutiva producida desde la iniciación del Plioceno superior y el Pleistoceno, a partir de una cepa originaria de América del Norte aparecida y diversificada muy anteriormente en áreas Paleárticas y Neárticas). "Cricétidos" era usualmente el nombre común de los miembros de la familia Cricetidae. Hoy se los considera integrantes de la subfamilia Sigmodontinae de la familia Muridae (los antiguos Muridae son hoy Murinae, es decir, tienen rango subfamiliar en la familia del tratada).

zados que formaban el entorno de Reig, especialmente con uno de ellos más agresivo, infatuado y soberbio a partir de su falsa seguridad científica y de su oportunismo ideológico, quien le hizo notar cruelmente y en público su "marginalidad" –e incluso ignorancia científica– y le insinuó que no debía salir de una condición de colaborador secundario[19]. Agregó, tajantemente, que no lo aceptaba opinando sobre temas científicos ante él y otros graduados.

Osvaldo Reig era absolutamente ajeno a esa situación y no imaginaba que, incluso las envidias y el rencor que él mismo suscitaba en su condición de no graduado, se volcaban sobre Elio que era más frágil y vulnerable. Esas desdichadas miserias humanas, hijas legítimas de la mediocridad y bajeza de los actores involucrados, encontraron en Elio Massoia un campo fértil en el que cebarse y para llegar a hacer fuerte mella en él con sus ironías directas o solapadas, a veces acompañadas, incluso de ataques muy crueles, descorazonándolo y retrayéndolo[20].

Con respecto al modelo buscado, dentro de la fauna de mamíferos del Cono Sur sudamericano, sólo se vislumbraba un sujeto prometedor para el caso planteado. Se trataba del género *Ctenomys*, que abarcaba a los roedores

---

19 Hemos sido testigos y casi víctima de esa brutal interpelación. Elio quedó demudado y silencioso. En esa condición de testigo copartícipe, creemos que Elio nunca se recuperó por completo de ese ingrato incidente, al que jamás hizo alusión durante su vida, pero no volvió a salir en conjunto con el personal de la cátedra y sus allegados de la Facultad. El autor del exabrupto fue uno sólo, los demás simplemente asintieron y rieron, fue un ecólogo animal y parcialmente botánico, aunque salido del campo de la zoología, que llegó, una vez graduado y con su tesis doctoral realizada en el exterior del país, a alcanzar una buena colocación en el medio científico argentino. No se disculpó jamás ante Massoia y siguió despreciándolo con alegre displicencia. El penoso hecho tuvo lugar en un momento de descanso en una especie de almacén y cantina, en el que habíamos parado en una húmeda y fría tarde invernal de la costa atlántica, cerca de Miramar. Los testigos fuimos cerca de una docena, quienes viajábamos asociadamente en dos camionetas en un viaje de estudio.

20 Vistos estos sucesos a la distancia de más de cuarenta años resultan todavía dolorosos, más aún cuando Elio Massoia había resuelto mal consigo mismo su problema de no graduado. Él llevaba encima esa condición como una carga y una culpa. No sabía que si lograba imponer su saber y reaccionaba fuerte y firmemente ante los actos abusivos de personajes de triste catadura moral como lo fueron quienes lo humillaron, cortaría de raíz esas groseras alusiones. Por más que en el fondo la actitud equivocadamente elitista de los que fincaban todo en un diploma, subsistiera y que debería sufrir necesariamente postergaciones, nuevas inquinas y, de tanto en tanto algún atropello, pero el verdadero saber y la idoneidad personal le darían una autoestima sin menguas y en lugar de temor sentiría desprecio por los que actuaban de ese modo, pues al hacerlo carecían de toda grandeza por agigantados que se supusieran. Viene al caso recordar una anécdota protagonizada por el presidente de la Nación Hipólito Yrigoyen [1852-1933], ante quien se elevó una solicitud para que José Babini, que no había terminado su carrera de ingeniería pero que ya era un destacado matemático e historiador de la ciencia santafesino, accediera a un cargo reservado para graduados. Antes de firmar escuchó las críticas formuladas por algunos de sus colaboradores. Preguntó entonces con cierta impaciencia: –"*Pero, ¿sabe matemáticas ese señor Babini*?" La respuesta fue afirmativa y aún encomiástica. Yrigoyen miró fijamente a los presentes y firmó la designación, diciendo con escueta franqueza, "*Pues que enseñe, entonces*" (Babini, 1992: 21, citado por Contreras y Giacchino, 2001).

popularmente designados como *tucu-tucos*[21], con los que Osvaldo Reig había tomado contacto por partida doble: por un lado, a través del estudio de las mastofaunas fósiles de las barrancas de Chapadmalal y de los yacimientos del Plio-Pleistoceno argentino, de los que había surgido una rica representación de formas de roedores fósiles afines a los *Ctenomys* –agrupables en la misma familia Octodontidae, o según otros en la superfamilia Octodontoidea– y, por otra parte, debido a una extensa colección de ejemplares de tucu-tucos vivientes que había realizado en 1950 en compañía de un cura profesor de ciencias naturales local y dotado de vocación naturalista, atrapando cerca de cuarenta ejemplares de una población de *Ctenomys talarum*[22]en las márgenes del río Quequén, cerca de cuatro kilómetros aguas arriba de la localidad bonaerense de Necochea, provincia de Buenos Aires, circunstancia que lo había puesto en contacto por primera vez tan intensamente –según alguna vez comentara– con las caras paleontológica y neontológica de un mismo problema taxonómico-evolutivo, representado en este caso por los roedores fósiles Octodontidae hallados en los yacimientos de las barrancas costeras atlánticas y por las poblaciones vivientes de *Ctenomys* muestreadas en los albardones arenosos del Quequén. Correspondían ambas a la evolución de una forma de especialización vital tan sugestiva como la propia de los mamíferos excavadores.

Como le gustaba a Reig repetir en sus clases: los roedores excavadores fósiles del Plioceno superior y de la primera mitad del Pleistoceno sudamericano su-

21 Tucu-tucos: se trata de la denominación más corriente en la zona pampásica argentina y es la más extendida geográficamente de las nomenclaturas que se han aplicado popularmente a los roedores del género *Ctenomys*. Los mismos se distribuyen vastamente en América del Sur, desde cerca de los 15 grados de latitud sur, en el estado de Mato Grosso, en el Brasil centro-occidental y en las altas mesetas andinas peruanas, hasta Tierra del Fuego, abarcando en su geonemia a la casi totalidad de las provincias argentinas (con la única excepción de la de Misiones), al Paraguay, a Uruguay, Chile, Bolivia, Perú y los estados brasileños de Mato Grosso y Rio Grande do Sul. Se han descripto muchas especies, de las que se consideran válidas a 63, estando algunas nuevas en proceso de descripción. El tamaño de estos animales oscila entre los 100 y los 1800 gramos, según las especies. El esfuerzo iniciado por Osvaldo Reig y colaboradores en 1962 culminó, casi cuarenta años después, con la construcción de un modelo evolutivo general para el género (Contreras y Bidau, 1999).

22 Esos ejemplares están actualmente incorporados a la Colección Mastozoológica del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia. Se trata de elementos de una especie, *Ctenomys talarum* Thomas, 1898, a la que Elio Massoia sinonimizara con *Ctenomys lujanensis* Ameghino, 1882, denominación que sería cronológicamente prioritaria. A su vez Massoia consideró incluida también en el concepto de *C. talarum* a *Ctenomys pundti* Nehring, 1900 (y por lo tanto, asignable también, y con aquel criterio, a *C. lujanensis*). La posición actual es aceptar como posible el planteamiento de Elio Massoia respecto a *C. talarum*, lo que debe verificarse examinando el tipo de la especie de Ameghino, el que aparentemente se habría perdido, puesto que la diagnosis inicial es demasiado incompleta como para esclarecer la cuestión. Pero, en el caso de *Ctenomys pundti*, esta especie debe necesariamente conservar su identidad, ya que es cariotípicamente diferente de *C. talarum,* e incluso estadísticamente diferenciable en su morfología cráneodentaria, como lo hemos comprobado personalmente en compañía de Enrique R. Justo y con el apoyo citogenético de Claudio J. Bidau.

bamazónico, no sólo tenían el enorme interés de presentar rasgos óseos llamativamente especializados, particularmente los cráneodentarios, sino que además, estaban disponibles con cierta abundancia para su exploración y estudio y que poseían un biocrón estratigráfico que les daba categoría de mojones ilustrativos del camino evolutivo. Pero, para el nuevo paradigma científico que traía Reig a la zoología, de ninguna manera bastaban por sí solas esas características morfológicas y morfométricas: los roedores excavadores vivían en cuevas, tenían metabolismo, huesos y partes blandas, parásitos y convivientes, biología reproductiva y poblacional, embriología y desarrollo, caracterización citogenética y bioquímica (molecular), predadores, parásitos, etología y ecofisiología. Además estaban inmersos en un clima y una geografía variables en el tiempo. Solamente esclareciendo cada enfoque particular del modelo viviente en conexión con el paleontológico, se podría, finalmente, arribar a una visión evolutiva satisfactoria, proyectable ya al campo filogeográfico[23]. Ya la realidad ha traspasado las mejores esperanzas de Osvaldo Reig, pero él abrió el camino en la ciencia nacional.

Retornando al caso de Elio Massoia, su producción evolucionó desde el simple censado de faunas locales o de fáunulas, con el aporte de alguna información bioecológica, como sucediera en su primer trabajo publicado (Massoia, 1961), en el que resume la mayor parte de su experiencia previa al inicio de su integración junto a Reig, y que fuera incluido por Galileo J. Scaglia[24] –por

23 Filogeográfico: de Phylogeography (filogeografía). Se trata de un concepto integrador surgido hace relativamente poco tiempo en el campo biológico, que en este caso requiere la concurrencia de taxomía basada en la genética molecular, la paleontología, la ecología y la paleogeografía. La base metodológica consiste en el uso de un reloj molecular de cada especie estudiada para rastrear en su pasado el fechado aproximado de su emergencia de un tronco filético compartido. Cuando se intenta lo mismo con varios elementos de una biota o de varias emparentadas, se encuentra información para detectar espacios de tiempo críticos de diferenciación por radiación a partir de ancestros compartidos. Esto es de particular interés en un continente o subcontinente en el que se ponen de manifiesto genocentros cuya edad se determinara. Por inferencia a partir de las adaptaciones de los organismos es posible una reconstrucción paleoecológica de las codiciones ambientales de los segmentos temporales en los que se concentran las radiaciones evolutivas conocidas a través de sus relojes moleculares. Ya esa tarea está bien encaminada en la rodentiología del sur sudamericano (Véase, p.e.: Lessa *et al*., 2010; Steppen *et al*., 2004). Por su parte, Espinosa López (2006), dice acerca de la filogeografía: "*Filogeografía: genética evolutiva espacial. La filogeografía se define, en sentido estricto, como el análisis espacial de los linajes génicos para reconstruir la historia evolutiva de una especie. Además, se podrían estudiar la biogeografía de una región o una comunidad ecológica, donde se colectarían y combinarían datos filogeográficos de más especies. Se podría estudiar la historia demográfica de una especie por caracterizar su variabilidad genética dentro de una o más poblaciones. Sin tener en cuenta su escala temporal o geográfica, en cada caso el objetivo es el mismo: colectar y estudiar datos moleculares para inferir algo de los organismos (los individuos, las poblaciones, las especies, o las comunidades). La habilidad de hacer estos tipos de inferencias está basada casi por completo en las teorías y los métodos de genética de poblaciones, filogenia, y evolución molecular. Así que la filogeografía realmente es una disciplina híbrida, una mezcla de estos tres aspectos de biología evolutiva*".

24 Galileo Juan Scaglia [1915-1989]. Ha sido una de las más grandes figuras de la historia museológica y de las colecciones de fósiles en la Argentina. Era miembro de una familia de colectores naturalistas de Italia,

solicitud especial de Osvaldo Reig, quien tenía una estrecha relación amistosa con él y que, a su vez, era el director responsable de la publicación– incluyéndolo en el primer tomo de la serie intitulada *Publicaciones del Museo Municipal de Ciencias Naturales y Tradicional de Mar del Plata*.

Una vez instalado en su nueva etapa, Elio emprendió, bajo otra metodología y con otras más densas aspiraciones teóricas, el tratamiento en profundidad del primer problema que, abriéndose con generosidad a las preferencias de su colaborador, le planteara Osvaldo Reig: la revisión de las supuestas especies del género *Scapteromys* de roedores, perteneciente a la, por entonces, subfamilia Cricetinae, que como ya se señaló antes, recibió especial impulso con las colectas de ejemplares en la selva marginal de Punta Lara y, años después con el aporte de material de la provincia argentina de Misiones, del Uruguay y del estado de Rio Grande do Sul, Brasil, llegando así a abarcar Elio gran parte de la diversidad del género.

Reig le hizo a Elio Massoia llegar a conocer a fondo la inmensa obra de Oldfield Thomas[25], apenas entrevista por él durante su paso por el Museo, y puso en su manos, entre muchas otras las obras de G. R. Waterhouse (1839a, b, c, d), Wagner (1943), de T. Tullberg (1899), de Nils Gyldenstolpe (1932), de G. H. H. Tate (1932a, 1932b, 1939), de John R. Ellermann (1941), de Colin C. Sanborn (1929), y de Wilfred H. Osgood (1916, 1943), todas ellas esenciales en esos años –y en gran medida, todavía en la actualidad– para el desarrollo de una rodentiología bien fundada. Esa bibliografía se completaba con las valiosas visiones analíticas de los caracteres externos de los mamíferos de R. I. Pocock (1922), y paralelamente, tal como correspondía a la visión metodológica de la mastozoología de Osvaldo Reig, le abrió la visión a obras que complementaban a la fundamental de Ameghino (1889) y a las de Lucas Kraglievich (1940), a las que ya conociera Elio, pero sólo muy someramente, en sus andares juveniles en el Museo, poniendo en sus manos las también obras

venida a la Argentina cuando su padre, Lorenzo Scaglia, se estableció en Mar del Plata e inició un Museo Municipal. Galileo heredó esa vocación y fue el gran colector de los años 1940 a 1980. Trabó una estrecha amistad juvenil con Reig y con Jorge Lucas Kraglievich y compartió con ellos jornadas de campo, de gabinete y laboratorio, trabajando en diversos yacimientos fosilíferos de todo el país. Fue un hombre esencialmente generoso, bueno, idealista y laborioso, de una modestia personal total, y capaz de una enorme fidelidad a sus amistades. Hizo del Museo Municipal de Mar del Plata la gran institución que –gracias a su colecciones riquísimas y manejadas con tino ejemplar– podrán llegar a ser el día en el que la Argentina recupere oficialmente el sentido esencial de la ciencia y de la cultura, extraviado actualmente por la decadencia cultural y sus consecuencias: un gran aporte para uso fácil y directo de los estudiosos.

25 Oldfield Thomas [1858-1929]. Fue un destacado zoólogo inglés. Su obra mastozoológica es de gran envergadura y a él le corresponde la creación de un gran número de géneros y especies de roedores, murciélagos, marsupiales y otros mamíferos de todos los continentes, pero en especial americanos. Constituye la referencia más ineludible para el estudio básico de la mastozoología argentina y de la mayoría de los países sudamericanos.

de J. A. Allen (1903) acerca de los resultados mastozoológicos producidos por la Princeton Expeditions to Patagonia, de la Princeton University, 1896 -1899. Pudo además conocer Elio los resultados de la revisión de esos trabajos y también accedió los producidos a partir del material colectado por Peter Wilhelm Lund [1801-1880], en el siglo XIX, en Lagôa Santa, el célebre yacimiento de Minas Gerais, Brasil, realizados por Herulf Winge (1887, 1941).

Mientras estuvimos ambos reunidos en torno a Osvaldo Reig, nos facilitábamos recíprocamente los descubrimientos de publicaciones de interés y las novedades que venían con las mismas: tal fue el caso de la de Folkart Hückighaus (1961) acerca de los Caviinae sudamericanos o de los trabajos de Husson (1962, 1978) acerca de la fauna de Surinam, o de las ideas de Lavocat acerca del origen de los roedores sudamericanos y en las relaciones de la cepa Hystrocomorpha africana con los supuestamente emparentados roedores primitivos sudamericanos. Además nos motivábamos en sana competencia, algo que creo, alentaba a Elio, quien en su intimidad era profundamente afectivo, aunque absorbente y absoluto en sus ideas. El menor roce lo dejaba mal y daba lugar a sus explosiones… Pero, esa situación, lamentablemente, duró sólo hasta fines de 1962, cuando él al separarse Osvaldo Reig exigió a sus amigos que hicieran lo mismo. El no haberlo hecho, enfrió por varios años el relacionamiento mutuo que teníamos con Elio.

En general, lo que estamos describiendo es la situación de un grupo de trabajo que funcionó activamente desde 1961 hasta 1966, pero llegó a "la noche de los bastones largos" muy erosionado y casi al borde de un tembladeral, más por circunstancias a las que los protagonistas escapábamos. Releyendo nuestra propia evocación sentimos nostalgia y tristeza por el fin de muchas ilusiones, que en el caso personal del autor terminaron en 1964. No queremos dejar un testimonio pequeño-grupal aislado y voluntarioso, aplicado a algo que fue duro y dañó a muchos. Por eso, y para el mismo ámbito, exponemos ahora el modo interpretativo de otra figura de valor intelectual y respetable de la época, como lo fuera Raúl A. Ringuelet, cuando decía en noviembre de 1966: "*…no es posible sustraer el quehacer de los centros de investigación zoológicos, no siempre tan tranquilos ni silenciosos, del movimiento del resto del país. La Argentina es una sola, y no puede haber ínsula que valga, ni universitaria ni institucional. Nunca la hubo. La hubo para el aislamiento personal y precario del que pasa desapercibido u olvidado un lapso, o del que se retira y vive en su casa y de sus rentas. Quienes así lo han creído o lo creen (a veces haciendo creer a los demás que ellos lo creen) han confundido adrede su Grupo o su Clan (con cualquiera de las dos iniciales) formado por ellos con ellos con otros como ellos, que con su poder de autodeterminación pretenden tener en la práctica constitución, poder legislativo y ejecutivo propios. Cuando alguno de esos clubes o clanes,*

como el que conocí desde adentro como Profesor titular y fugaz consejero en la Capital, ha tenido las riendas, se producen toda suerte de fenómenos, desde la alteración maliciosa de las actas del Consejo Académico con la complicidad del Decano y del Secretario (caiga el sayo a quien le corresponda), al exclusivismo mandante disfrazado por la fidelidad forzada o simulada, o el despido más o menos voluntario o preparado con exquisitez. Y si nadie se opone a que un científico tenga la opinión social-política que le plazca no puede ser ella el aval de su valor científico. Un jefe de Clan que fue hasta hace poco, respaldaba su ciencia en un portafolios perdido en un taxi, con aviso en «La Prensa» y todo, y entonces no tenía líneas para respaldar su valor que suplía con brillantez ladina, por su ascendencia, que le permitieron ser representante de la Argentina, decano, profesor bicéfalo, dispensador de dinero en dólares, y hasta —según dicen— cambiarse antes el apellido que era poco eufónico políticamente hablando"[26].

En el primer trabajo compuesto por Massoia a instancias de esa nueva visión (Massoia, 1961), aparecen citas como las de Vorontzov y de Wagner (1943), por ejemplo, y las mismas procedieron, indudablemente, del asesoramiento de Osvaldo Reig, el único depositario de esa bibliografía en la Argentina de aquel entonces[27] y que era esencialmente generoso en lo que se refería a apoyar el acceso a la bibliografía por parte de sus colaboradores.

26 Realmente éste no es un párrafo sereno, más aún cuando al pronunciarse esas palabras las oímos personalmente y mucho más adjetivadas –duramente adjetivadas– en Tucumán en noviembre de 1966. Es una prosa llena de acertijos y de anécdotas que ya cuesta calzar en un protagonista real. Tiene cierta concordancia con Michael Mares (1991) en que el *sapismo* operaba ya desenvueltamente y que nosotros, que estábamos en un *pool* tranquilo, ignorábamos qué sucedía afuera. Dos años antes había sido forzado a renunciar Ringuelet. Debemos al entonces entusiasta y generoso Marcelo Alberto Scelzo (¿qué fue de él que tanto prometía? Tal vez haya hecho una larga y proficua carrera en biología marina que era su vocación...) el sincerarse brindándonos un panorama con más perspectiva y la explicación de esa renuncia. Paz ahora para todos. Continuamos con nuestra propia crónica que no tiene por qué ser la verdadera. En nuestro nivel de percepción y de trabajo primariamente vocacional primaban sentimientos positivos. Extragrupalmente no había un *continuum*, era todo anarquía y desconcierto en cuanto al posicionamiento ante los hechos y había en el medio naturalista universitario caudillos o *sapos mayores* también temibles, con tanto más arrogancia cuanto más ignorantes o fundamentalistas ideológicos fueran. No nos interesaban. Lo de Ringuelet si nos golpeó y nos mostró una realidad más lejana.

27 El problema bibliográfico está lejos de resolverse en el panorama actual de la zoología de vertebrados en la Argentina. Faltan repositorios completos, bien administrados y accesibles, preferentemente que cuenten con inventarios informatizados de sus existencias. La mayor parte de las bibliotecas individuales de museos y de las universidades –especialmente en el interior del país– apenas si cuentan con una fracción baja del total bibliográfico básico necesario para los estudiosos dentro del espectro local de cobertura cognitiva, en especial la teórica. A las penurias personales de los investigadores, en un medio que nunca fue enteramente propicio para la investigación básica en zoología, o mejor, en biología en general, debe agregarse para cada uno de los protagonistas individuales, la aventura de proveerse de la bibliografía fundamental, tarea que, si quiere hacerse en forma adecuada y exhaustiva requiere en muchos casos años de búsqueda e ingentes gastos por parte del interesado. Este es uno más de los aspectos del abandono y despreocupación cultural y científica en la Argentina actual.

Massoia, en sus investigaciones rodentiológicas iniciales y, ya en el ámbito de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, pasó del género *Scapteromys* a *Oxymycterus*, de éste a *Oligoryzomys*, a *Calomys*, a *Thaptomys*, a *Akodon*, *Reithrodon, Holochilus, Eligmodontia* y otros, encarados posteriormente, siempre dentro del ámbito taxonómico de los "Cricétidos" (Myiomorpha), sin llegar hasta varios años después a relacionarse con los roedores americanos de antigua progenie[28], agrupados en esos años como Hystricomorpha, y actualmente como Nototrogomorpha o Caviomorpha[29]. Tal vez esta circunstancia contribuyó a desilusionar a Reig, que como vimos, esperaba entrenar a un equipo capaz de sostener un laboratorio de biología evolutiva en el que los antiguos roedores continentales, asentados presuntamente desde el Oligoceno superior (C. Poux *et al*, 2006), constituyeran uno de los temas centrales. El propio Osvaldo A. Reig había llegado muy tempranamente a ese tema en su historia personal, pues su primer trabajo, publicado como coautor de Jorge Lucas Kraglievich y con cierto retraso al campo de los Sigmodontinae, que se inició con sus estudios sobre las faunas fósiles de Chapadmalal. Pero, cuando lo hizo estaba pleno el complejo de nuevas ideas y experiencias metodológicas acerca de los Cricetidae, así que ya no abandonó este campo en el que tantos buenos frutos produjo.

No podemos dejar de resaltar que paralelamente Elio Massoia se interesaba vivamente por los murciélagos (Chiroptera), los marsupiales y por los carnívoros argentinos y, si se le ofrecía la oportunidad, a cualquiera de los restantes órdenes de mamíferos, incluyendo a los marinos. Debido a este interés, en 1962 delegó en Abel Fornes el centralizar todo lo atinente a murciélagos, incluso la colección de ejemplares, los que eran ingresados a la Colección Mastozoológica Abel Fornes (CAF), otra fuente de conflictos con Osvaldo Reig, quien se oponía a ese tipo de colecciones, a las que ellos justificaban debido a la inestabilidad de sus lugares de trabajo y a la inaccesibilidad de las colecciones oficiales si no se gozaba de la buena voluntad de sus titulares. Esto último era

28 Progenie de roedores sudamericanos: Actualmente se considera al Orden Hystricomorpha, con el Parvorden Caviomorpha.

29 Uno de los mayores problemas del conocimiento de la evolución rodentiológica ha sido el del origen y el relacionamiento de los roedores "Caviomorpha" sudamericanos y de los que derivaron de ellos y alcanzaron a superar los lindes de la región biogeográfica neotropical. René Lavocat (1952, 1977) hizo excelentes contribuciones al tema. También Stuart O. Landry (1957, 1965) y, ya en la Argentina, Rosendo Pascual con su equipo de colaboradores y discípulos de La Plata a través de múltiples contribuciones, abarcando aspectos parciales y sentando bases fácticas para el análisis sintético ulterior. Muy modernamente, el análisis de seis genes nucleares propios de los cuatro mayores clados vivientes de los Rodentia, ha demostrado la neta distinción de un clado Ctenohystrica (Shani Blanga-Kanfi *et al*., 2009), bien diferenciado de un "*squirrel related clade*" y de otro "*mouse related clade*", es decir –y en buena parte de acuerdo con la viejas ideas de Lavocat– la existencia de una temprana trifurcación de la progenie basal de los Rodentia. Acerca de ésta última, aún hay orientaciones poco sólidas como para establecerla con razonable seguridad tanto en América como en África y retrocediendo en el tiempo, tan lejos como al Eoceno-Oligoceno.

válido para las colecciones del Museo de Buenos Aires, bajo la egida de Jorge A. Crespo, pero en honor a la verdad, debe destacarse que las del Instituto Miguel Lillo, de San Miguel de Tucumán, siempre estuvieron disponibles para ellos, y debe atribuirse fundamentalmente a Claes Olrog ese grado de apertura de las colecciones.

En ese año de 1961, Elio Massoia se vinculó epistolarmente con Emmet T. Hooper[30], del Museum of Zoology, de la University of Michigan, en Ann Arbor, y con Philip Hershkovitz, del Field Museum of Natural History de Chicago. Recibió copias y apartados de la mayor parte de los trabajos de esos autores[31] habiéndose destacado en su interés, lo referido a las relaciones faunísticas de los roedores recientes de América del Norte (Hooper, 1949), que le despertó temporariamente inquietudes biogeográficas, una reviviscencia del influjo local de Raúl A. Ringuelet. En 1962 tuvo en sus manos un ejemplar autografiado de la obra de Hershkovitz (1962), que puede ser considerada uno de los trabajos más decisivos de la rodentiología moderna neotropical, pero todavía elaborada dentro del paradigma vigente de mediados del siglo XX. Su primer entusiasmo se trocó en vivo enojo, en una actitud típicamente "massoiana", cuando comprobó que Hershkovitz incluía en una sola especie, *Calomys laucha*, a las formas "de cola corta" y "de cola larga" de un ratón al que ya Elio sabía diferenciar craneológicamente y a simple vista, y a las que pronto reivindicaría como especies válidas en varios trabajos coautorados con Abel Fornes (Massoia y Fornes, 1964c; 1965c; 1967). El carácter de Hershkovitz, quien compartía en alguna medida la rigidez en lo taxonómico del propio Elio Massoia, lo llevó a no reconocer nunca por escrito su error y, además interrumpió el intercambio epistolar con su colega argentino.

30 La vinculación de Elio Massoia con Emmet T. Hooper surgió a través de Osvaldo A. Reig. El investigador de Ann Arbor había desarrollado el estudio de la morfología peneana de los roedores, particularmente del huesecillo llamado *ossicula priapi* o *baculum* y de la anatomía de las partes blandas del glande del pene, cuyas características diferenciales eran capaces de suministrar un excelente apoyo a los estudios taxonómicos y filogenéticos. Hooper requería el envío de material de las especies argentinas y su pedido fue atendido cuidadosamente por Massoia, lo que contribuyó a generar una amistosa relación entre ambos, al punto que Elio mantuvo siempre a Hooper en un sólido pedestal como "naturalista" y lo consideraba en ocasiones como uno de sus maestros indirectos. Utilizó mucho el trabajo de Hooper y Musser (1964) como guía para sus comprobaciones anatómicas en roedores argentinos.

31 Esto resultaba de capital importancia en esos años para el estudioso que deseaba disponer de bibliografía para sus necesidades de trabajo, pues no había llegado aún a instaurarse la época de la fotocopia, menos aún la de internet. La única forma por entonces de duplicar un texto era el papel carbónico para los escritos personales, y para copiar textos existían la fotografía tradicional o en negativo (esta última, que salía con los caracteres blancos sobre el fondo de página negro, era la más económica, pero aún así, resultaba muy cara y poco grata para su lectura). Recién a mediados de 1964 se tuvo noticias de las primeras fotocopias, las que hasta casi el fin de esa década fueron, en general, defectuosas y se hacían con un mecanismo complejo y se imprimían en dos pasos, con una especie de negativo previo. Recién al llegar las primeras máquinas Xerox al país comenzó el sistema a funcionar con efectividad e instauró una verdadera era de las fotocopias.

Un viaje efectuado en 1961 a la costa uruguaya del departamento Maldonado en busca de material topotípico[32] de las especies colectadas en la zona por Darwin y por el famoso naturalista viajero, explorador y colector museológico alemán Friedrich Sellow [1789-1831], en base a cuyos hallazgos describiera Martin Hinrich Carl Lichtenstein[33] nuevas especies de la fauna uruguaya, amplió el horizonte geográfico de Massoia y lo conectó con el que en pocos años sería el destacado zoólogo uruguayo –en ese momento era aún estudiante de biología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República– Alfredo Langguth, con quien efectuó primero Massoia sólo y después acompañado por Abel Fornes, colectas de roedores en el bañado Tropa Vieja de Carrasco, y también al noreste de Maldonado, cerca de la costa atlántica, y en el Parque Lecocq de Montevideo. Estas experiencias conjuntas, en algunas de las cuales participáramos activamente, sirvieron tanto para sellar la amistad de Massoia y Fornes con Langguth, como para asegurar la continuidad de esas expediciones de captura y estudio en 1962 y en 1963, ya con el apoyo de Julio

32 Topotipo o “material topotípico” de una especie es la denominación que se da a todo especimen colectado en la localidad típica de la misma, es decir, aquella de la que procedía el material de la descripción (diagnosis) original de la misma. Una preocupación que compartieron siempre el autor de este ensayo con Osvaldo A. Reig, con Carlos Galliari y, más tarde con Adrián Giacchino al iniciar el emprendimiento de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, se refería al hecho de que un muy alto porcentaje de las descripciones originales de los componentes de la fauna argentina se realizaron en base a materiales colectados por extranjeros (o mandados colectar por ellos) y los mismos quedaron depositados en museos del exterior, generalmente de muy onerosa y difícil consulta cuando no imposible, más aún cuando había, inclusive, tipos perdidos. Ante esa situación se requería una doble estrategia: por un lado colectar selectivamente en las localidades típicas y hacerlo con premura puesto que el proceso de transformación ambiental desplazó a muchas especies de amplios sectores de su antigua geonemia (área distribucional de una especie) y sigue haciéndolo aceleradamente. Por otra parte, trabajar en museos y en colecciones y tratar de suplir con fotografías y mediciones rigurosas o descripciones perfeccionadas con detallismo anatómico la ausencia de los tipos, algo que significaba una suerte de repatriación simbólica del valioso material. Elio Massoia era consciente de esa necesidad y procuró siempre que le fue posible llegar a las localidades típicas de los mamíferos y recoger especímenes topotípicos, los que abundaban en su colección particular (caracterizada por las siglas CEM). Este es un desiderátum aún pendiente de la mastozoología argentina.

33 Martin Hinrich Carl Lichtenstein [1780-1857]. Naturalista alemán. De joven realizó viajes de colección de mamíferos y aves en la zona del Cabo, África del Sur. Fue uno de los estudiosos de las acuarelas faunísticas que pintara, casi dos siglos antes, el notable ilustrador y naturalista Marcgraf o Marcgravius [1610-1644], tarea que realizó junto al taxónomo Johann Karl Illiger [1775-1813]. Trabajó en el Museo de Berlín, donde estudió varios géneros de mamíferos sudamericanos, particularmente aquellos colectados en Brasil y Uruguay por su compatriota, el naturalista viajero Sellow. El nombre de Lichtenstein aparece ligado a varias especies de mamíferos y de aves neotropicales, en particular para nuestro caso, a las propias del roedor del género *Scapteromys*, tan estudiado por Elio Massoia. Su obra ornitológica mayor fue el *Nomenclator avium Musei Zoologici Berlinensis* (1854).

César Francis[34] y Raúl Vaz Ferreira[35], ambos docentes de la Universidad de la República y –en especial el primero– ligados ambos a Reig por una naciente amistad. Además cooperó apoyando decididamente esos viajes, el decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, que era el médico y naturalista Rodolfo V. Tálice, facilitando datos de su amplia experiencia personal y bibliografía. Así mismo lo hizo el joven estudiante de biología montevideano Álvaro Mones, más tarde destacado paleontólogo y director del Museo de Historia Natural de Montevideo hasta el año 2004. También el naturalista y mastozoólogo uruguayo Alfredo Ximénez, desde cerca de 1970 radicado definitivamente en Brasil.

En los primeros días de 1962 Osvaldo Reig logró que Abel Fornes, que asistía voluntariamente al laboratorio de la Cátedra de Vertebrados, fuera también nombrado ayudante técnico dependiente de la misma, sumándose así al reciente nombramiento de Marta J. Piantanida[36], en ese entonces estudiante avanzada en su carrera biológica, la que se incorporó para participar como auxiliar en la investigación rodentiológica, concentrando su papel en la ardua y paciente tarea de realizar el estudio de la morfometría craneana de los grupos de roedores que cubría en sus investigaciones el grupo de Reig, en especial de los roedores del género *Ctenomys*.

Una vieja relación personal de Massoia, establecida desde sus días iniciales en el Museo con el ornitólogo William Henry Partridge[37], motivó

34 Julio César Francis. Fue un médico uruguayo que, a partir de los años iniciales de la década de 1960-1970, dejó su cátedra en la Facultad de Medicina de Montevideo para dedicarse a la paleontología. Lo hizo con éxito hasta el final de la década, estudiando roedores fósiles junto con su discípulo Álvaro Mones. Escribió varios trabajos, describió nuevas especies hasta que, en forma inesperada abandonó esos estudios y prácticamente se recluyó en su casa-quinta de los alrededores de Montevideo. Era una personalidad particularmente rica en cualidades positivas, culto y de una gran fineza espiritual, y muchos colegas lamentaron su decisión. Fue catedrático de paleontología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, en Montevideo.

35 Raúl Vaz Ferreira [1918-2006]. Zoólogo uruguayo contemporáneo. Abarcó entre sus intereses diversos grupos de vertebrados, pero en 1960 ya había realizado un estudio acerca de los roedores cricétidos del Uruguay con cierto valor referencial para la mastozoología argentina. Era áspero y frío de trato y con Osvaldo Reig, así como con sus colaboradores, tuvo siempre un trato distante y esquivo.

36 Marta Juana Piantanida [1934-2001]. Mastozoóloga argentina. Egresada de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Fue docente auxiliar de su especialidad y de ecología general. Su área de interés se centró en la ecología general y en zoología de los mamíferos en general, y en particular de los roedores. Fue Jefa del área de Mastozología del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires. Durante los años 1962 y 1963 se desempeñó como técnica en el Departamento de Biología de la Facultad de la que egresara, compartiendo esa tarea con Elio Massoia y con el autor. Es autora o coautora de varios trabajos acerca de ecología y biología de roedores argentinos.

37 William Henry Partridge [1924-1966]. Ornitólogo y naturalista viajero argentino. Era nativo de Córdoba. Cursó en Buenos Aires su bachillerato e inició estudios de Ciencias Naturales, a los que interrumpió sin completarlos. Desde 1946 formó parte del personal del Museo Argentino de Ciencias Naturales, donde a los pocos años se orientó definitivamente hacia la ornitología, campo en el que fue uno de los

en 1962 la inclusión de Fornes en un par de viajes de estudio y colecta conjuntos en la selva misionera. Fue así que se establecieron fructíferos campamentos de trabajo en Urugua-í, Tobuna y Piñalito, los que aportaron a las colecciones de la Facultad un considerable lote de roedores. Esa actividad permitió a Massoia tomar contacto con una nueva fauna enteramente desconocida para él. De inmediato comenzó a trabajar con materiales de los géneros *Oxymycterus* y *Nectomys*, pero acumuló elementos para el que entonces era su sueño mayor: emprender la revisión del género *Akodon*. Posteriormente el propio Massoia realizó por su cuenta y acompañado por su esposa Antonia[38], expediciones de colecta en las provincias de Corrientes y en la de Misiones, prolongadas hasta los años finales de la década de 1970.

más capaces de los que actuaron en la Argentina. Realizó permanentes viajes de estudio y de colecta de especímenes, en especial a su provincia natal y a la zona mesopotámica argentina. Efectuó extensas colecciones, de las que sólo una parte quedó en el país, pues en su tiempo no existían regulaciones legales precisas al respecto y existieron convenios de cooperación con museos del exterior, en especial el American Museum. En 1956 fue distinguido con la Beca Guggenheim perfeccionándose como ornitólogo en EEUU. En base a sus colectas escribió unos pocos trabajos monográficos de gran valor para el desarrollo de la ornitología argentina, destacándose sus estudios sobre la avifauna de Misiones, provincia a la que retornaba reiteradamente. A partir de 1960, y debido a su vinculación amistosa con Elio Massoia, compartió con él y con Abel Fornes dos de esas campañas, que rindieron un excelente resultado en cuanto a la colecta de especímenes de roedores. Víctima de una enfermedad fatal, falleció Partridge en plena madurez, antes de cumplir 42 años.

38 Antonia De Simone de Massoia, fue la esposa y fiel colaboradora de Elio Massoia. Participó como protagonista activa de numerosos viajes de estudio de su esposo, y siempre apoyó decididamente su dedicación a la ciencia, soportando pobreza y privaciones y animándolo para que continuase sin desmayo, e incluso tolerando pacientemente el desorden que la actividad de Elio introducía necesariamente en un hogar normal. Una subespecie de roedor del género *Akodon* –el preferido de Elio- llevó su nombre como homenaje: *Akodon azarae antoniae*.



Elio Massoia en su casamiento en 1961.
Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

Al mismo tiempo tanto Massoia como Fornes, comenzaron a realizar asiduas excursiones de colecta en el Delta bonaerense del río Paraná, en general muy provechosas en sus resultados. En una de esas excursiones pudo Abel Fornes tomar contacto con un joven antropólogo rosarino, Edelmi J. Griva[39], con quien realizó proficuas jornadas de colección de especímenes en el área santafesina del valle aluvial del río Paraná, especialmente entre la capital de esa provincia y la ciudad de Rosario, poniendo gran parte del material obtenido en manos de Elio para su estudio, especialmente después del abandono de su puesto en la Facultad por parte de Massoia, en noviembre de 1962.

En el Laboratorio de la Cátedra de Vertebrados se vivió en esos años 1961 y 1962 un período de intensa actividad. Osvaldo Reig, aún no sustraído del laboratorio por sus muy intensas actividades docentes (el curso que dictaba era

39 Edelmi J. Griva trabajó ulteriormente en aspectos de la crianza en cautiverio de la nutria americana o *quijá*, *Myocastor coypus*, y en la segunda mitad de los '70 se radicó en México, donde aún permanecía en 1991.

cuatrimestral y se daba uno por año) y tampoco por las actividades de administración universitaria que de a poco lo ganaron hacia fines de 1962 (la jefatura del Departamento de Biología, por ejemplo), convivía diariamente con sus asistentes, guiaba las tareas del grupo, discutía los temas bajo estudio, compartía sus lecturas y avances y –muy especialmente– obligaba a todos leer la literatura auxiliar de los temas en tratamiento y a pensar con criterios que hoy podríamos denominar epistemológicamente rigurosos. Como dice Desiderio Papp (1979: 310) acerca del equipo humano de uno de los descubridores de la acción clínica de la penicilina, Howard Walter Florey, muchas veces, ante la sugerencia de un tema leído o de la marcha de un estudio, se pensaba apasionadamente en los problemas del laboratorio, se dormía con el mismo pensamiento y la mayor ilusión era resolver las incógnitas que a cada paso surgían y obligaban a desplegar una armazón de metodologías cada vez más amplias y diversificadas, entre las que la multidisciplinaridad era un rasgo dominante en el grupo de trabajo.

Justamente en vista de esa multidisciplinariedad, a la que Reig otorgaba una prioridad esencial en la investigación vertebradológica, se integraban otros partícipes del grupo, pero éstos lo hacían con carácter de ayudantes de docencia, lo que les daba un estatus especial y algo automarginado y automarginante del resto. Ellos fueron estimulados a incursionar en campos de diversa especialización conducentes al esclarecimiento de algunas facetas de los problemas planteados. Así Gilberto Gallopín viajó a Mendoza y realizó una pasantía con José M. Cei[40] y con F. Bertini, entrenándose en la aplicación del método de la electroforesis en gel de proteínas séricas para la resolución de problemas taxonómicos, en este caso de batracios y, por su parte Cristina Busch, reciente egresada, que era docente auxiliar de la cátedra, profundizó estudios compara-

40 José Miguel Cei [1918-2007]. Herpetólogo italiano nacido en Pisa, Italia. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial se radicó en la Argentina, primero en San Miguel de Tucumán y, pocos años después en Mendoza, donde fundó y dirigió el Instituto de Biología de la Universidad Nacional de Cuyo. Cei fue muy laborioso y prolífico en cuanto a publicaciones de su especialidad, en las que trató principalmente acerca de la bioecología, la taxonomía y la distribución geográfica de batracios, saurios y serpientes argentinos. Describió más de medio centenar de taxa nuevos para la ciencia. Escribió varios libros sobre su especialidad, además de otros de tema geográfico y ecológico. Utilizó siempre las herramientas metodológicas más modernas. Ejerció una gran influencia sobre sus colegas jóvenes, a los que alentó y supervisió. La actual zoogeografía de la herpetofauna de la Argentina y de los países limítrofes está, en buena parte, basada en sus estudios. Fue un apasionado por el Gran Chaco americano, por la zona preandina del oeste argentino, la meseta de la Payunia cuyana y por la Patagonia extraandina. Después de su jubilación alternó estadías en España y Portugal con otras en la Argentina, donde siguió trabajando con decisión y entusiasmo. Fue investigador del Museu Bocage, en Lisboa. Supo soportar con entereza el dolor por la pérdida de su hijo que era biólogo y fue docente en universidades del interior argentino, acaecida cuando todavía la familia residía en Mendoza. En su juventud tuvo vocación de antropólogo y como tal viajó por Abisinia, Etiopía. Algunos de sus primeros trabajos versaron sobre aspectos histológicos de la atrofia del aparato ocular en Insectivora subterráneos. Siguió estudiando hasta bien avanzado en años. Su fallecimiento se produjo a una edad de 89 años.

tivos de la musculatura de los miembros de anfibios y reptiles, iniciando una línea de trabajo que culminaría en forma muy fructífera con la labor ulterior de Celia Limeses[41] –apoyada por Marina Tío Vallejo, profesora de biología tucumana, que cumplía funciones de apoyo técnico en el Laboratorio[42]– y estaba volcada enteramente hacia la miología comparada de los Anura.

Ante esta creciente e intensa actividad, reaccionaba Massoia en forma ambigua. Por momentos se integraba, pero muy pronto se retraía. Visto desde lejos y en la forma más objetiva posible el problema de su relacionamiento con los demás era complejo. Intervenían en el mismo, y generalmente por parte de los otros, factores de noble emulación y competencia leal, pero también miserias y pequeñeces humanas.

Como contraparte, el hecho de que Massoia, que era autodidacta, desordenado y con ciertas actitudes de soberbia, publicara un trabajo tras otro y adquiriera una maestría tan notoria en su campo específico, no dejaba de inspirar rechazos conscientes o inconscientes entre aquéllos que por razones de formación, de estudio o de carácter (pereza y falta de constancia en la tarea), eran menos seguros o menos productivos. El injusto y arbitrario mote de "loco" comenzó a circular primero solapadamente y después en forma desembozada. Además, contaba en el asunto el rechazo manifiesto, a veces ruidoso, por parte de Elio Massoia de los temas teóricos que se manejaban en la Facultad o que exigían una base de conocimiento que estaba fuera de su campo. Por eso crecía cada vez más en él el resentimiento y como acción compensatoria, se acompañaba de una rara suficiencia, y eso se daba en la medida en que él mismo se afirmaba en su metodología y en su forma particular de resolver los problemas. Este proceso culminó y se hizo álgido hacia mediados de 1962 en el laboratorio de la Cátedra de Vertebrados, pero se tornó dramático dos décadas después, en 1982.

Además, terciaba en el problema cierta cuota de desilusión por parte de Osvaldo Reig, al no poder canalizar a su colaborador Massoia hacia una acción grupal

41 Celia Limeses de Ikonikof. Había sido docente del Instituto Nacional del Profesorado, cuando se incorporó al grupo de trabajo de Osvaldo Reig. Era una mujer culta, de gran fineza, fuerte personalidad y muy estudiosa, dotada además, de una especial habilidad como disectora anatómica, delicada, prolija y minuciosa; generó, a raíz de su colaboración con Reig, una serie de valiosas publicaciones sobre miología batracológica comparada de especies de la fauna argentina, que se interrumpieron con motivo de su prematuro fallecimiento, víctima de una grave y arrasadora enfermedad.

42 Marina Tío Vallejo. Profesora de biología, nacida en la provincia de Tucumán, que trabajó junto a Osvaldo Reig en carácter de ayudante técnica en su breve estadía en el Instituto Miguel Lillo y que en el año1960, se trasladó a Buenos Aires para desempeñar el mismo cargo en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, también junto a Osvaldo Reig. Tuvo bajo su curatoría la colección herpetológica de la cátedra y participó de tareas de investigación junto a Celia Limeses. Se destacó siempre por su espíritu de orden, su seriedad y estrictez en la catalogación del material y por su habilidad técnica, además por su lealtad al grupo de trabajo al que perteneciera, así como por su espíritu generoso y abierto con sus compañeros de trabajo.

efectiva. A eso se sumaron ciertas condiciones particulares y arbitrarias del carácter de Massoia para colisionar con las mayores rispideces de la personalidad de Reig, generando tensiones que culminaron cuando Massoia no depuso, a pesar de los pedidos de Reig en sentido contrario, su voluntad de formar una colección propia, tesitura que mantuvo de por vida[43]. Por otra parte, aumentaba la tensión el hecho de que Abel Fornes trabajaba, y en forma muy ostensible, mucho más a las órdenes de



Viaje de estudio a Chaco de Massoia, su esposa Antonia y Fornes en 1962. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

43 La cuestión de la persistencia en la posesión de colecciones privadas constituyó siempre uno de los problemas más conflictivos en relación con Elio Massoia y Abel Fornes. Ambos formaron y mantuvieron colecciones propias (denominadas respectivamente con las siglas CEM y CAF) y también ambos fueron irreductibles en cuanto a cederlas a instituciones oficiales. Es posible que esa actitud surgiera de varias causas determinantes, una de ellas, tal vez la mayor, fue la dificultad experimentada por ellos mismos para consultar colecciones oficiales. Esa ha sido una experiencia compartida por toda una generación de naturalistas, que difícilmente o nunca podían superar las arbitrarias y enojosas barreras interpuestas para consultar esos repositorios. Otra justificación esgrimida, reivindicaba la inversión de fondos propios para realizar las colectas (en general el escaso dinero disponible para viajes no cubría sino parcialmente los gastos efectuados, a pesar de la vida dura y sacrificada que por lo común imponían esas excursiones), además el voluntarismo y el entusiasmo de los colectores llevaba a la inversión de domingos, feriados, días de vacaciones en tareas de colecta, incluyendo también la labor de familiares y de amigos como colaboradores. Sin embargo, esta actitud era irritativa y no sólo no deslindaba claramente las áreas institucionales de las privadas, sino también ponía en riesgo o sustraía definitivamente, por eventual pérdida, destrucción o enajenación, un patrimonio documental nacional no sólo de gran valor, sino también avalante de muchos de los trabajos publicados por los poseedores de esas colecciones. Al juzgar acerca de esas actitudes no se debe prescindir de la consideración de cuán complejo y duro fue el formar, mantener y proteger colecciones científicas en la Argentina entre los años 1965 y 2000 y cómo –equivocadamente o no– los que las formaron volcaron un denodado esfuerzo, incluso "remando contra la corriente" y actuando hasta en forma semi-clandestina en décadas como la de 1970 en la que el "ecologismo" argentino, romántico y pintoresco pero acientífico, creó un ambiente hostil hacia las colecciones y la taxonomía en general, algo que fue especialmente patente en el campo la ornitología.

Massoia que a las de Reig, a pesar de ser este último el titular del grupo de trabajo.

El encuentro con Massoia, como ya se ha destacado, había devuelto a Osvaldo Reig al campo de la rodentiología, y si bien éste permitió a Elio continuar sus estudios acerca de las especies de roedores miomorfos (de la familia Cricetidae) que iniciara en el Museo, trató, como se ha visto, de conectarlo con la perspectiva general evolutiva que le preocupaba. Desde el comienzo Elio fue poco sensible a esa tentación y, finalmente, después de muchos intentos de mediación por parte de Reig, quedó al margen del proyecto que este último encabezaba.

Considerando esa situación a través del tiempo, y lejos ya de las pasiones del momento, se puede aseverar que hubiera sido una decisión equivocada la de apartar a Elio Massoia de sus "Cricétidos" y forzarlo a integrarse a un proyecto grupal con el que se había hecho cada vez más incompatible por causa de sus actitudes y reacciones y por las ya señaladas falencias e intolerancia de algunos integrantes predominantes del grupo. Ya estaba entregado completamente al estudio de esos roedores y lo mejor hubiera sido consolidarlo en esa posición dándole apoyo y medios como para perfeccionar al máximo su tarea. Si bien él hubiera faltado al diálogo sobre *Ctenomys*, estaría cada vez más habilitado para otro nivel de intercambio muy enriquecedor para el grupo. De hecho, Reig adoptó al comenzar a hacerse sensible el conflicto una resolución parecida a la que referimos, consiguiendo para Elio la realización de un viaje aTaquara do Mundo Novo[44], la famosa localidad de von Ihering[45] en Rio Grande do Sul, Brasil. Fue lo último que programaron juntos y realizó Elio.

Estuvo Elio en Brasil cerca de un mes y regresó con un gran lote de pieles y cráneos de roedores de enorme valor comparativo. Dejó parte de ese material en la colección de la Facultad pues lo había canjeado en instituciones brasileñas por material de la colección oficial, o porque lo había cazado en el viaje, pero –en una actitud poco racional y menos aún, prudente– retuvo para sí un lote significativo pues sostenía que lo había canjeado por piezas de su

44 Taquara do Mundo Novo, o simplemente, Taquara, es una localidad situada en estado de Rio Grande do Sul, a los 29° 39' S-50° 47' W, cerca del pie de la escarpa del planalto. Fue el cuartel general de von Ihering durante sus más activos períodos de colección, razón por la que aparece como localidad típica de muchas especies de mamíferos y de aves de América del Sur.

45 Hermann von Ihering [1850-1930]. Zoólogo alemán. Estudió medicina y fue médico asistente del ejército alemán en la guerra franco-prusiana de 1870. Después de ese conflicto estudió zoología y geología. En 1880 viajó a Brasil, y desde ese año hasta 1893, vivió en el interior del estado de Rio Grande do Sul estudiando su fauna de aves y mamíferos y colectando especímenes. Una parte significativa de esas colecciones fueron realizadas en la localidad de Taquara (23 39 S-50 47W), conocida también como Taquara do Mundo Novo, cerca de Porto Alegre, que por esa condición, se transformó en una clásica localidad típica de numerosas nuevas especies de mamíferos y de aves brasileños, a la que Elio Massoia visitó en 1962. A partir de 1893, y durante los siguientes 23 años, fue von Ihering director del Museo de Zoología de San Pablo, y actualmente es recordado como una de las figuras mayores de la zoología del Brasil.

colección personal. Esta situación provocó un fuerte altercado con Reig, quien no aceptaba esa forma ambigua de actuar, y generó unas semanas tensas en el laboratorio, ya completamente rotas las relaciones entre ambos y desembocó finalmente en el alejamiento de Elio Massoia debido a su repentina renuncia al cargo que desempeñaba.

Además de sus motivaciones personales manifiestas y profundas para desvincularse del grupo que rodeaba a Reig, estaba Elio Massoia definitivamente ganado por su apetencia temática hacia los pequeños ratones "cricétidos", los que en el poblamiento rodentiológico americano eran inmigrantes tardíos, arribados a partir de áreas neárticas desde el Plioceno medio a tardío e incluso en el caso de algunas cepas, más cerca aún del presente. Por otra parte, la dimensión evolutiva nunca se presentó con mucha relevancia en la cosmovisión de Massoia. No la negaba, pero sólo la "toleraba", y en sus momentos más depresivos de los últimos años de su vida, llegó a expresar su descreimiento radical hacia ella, pero eran ya gestos de frustración o de desesperación en los que porfiaba contra viento y marea, cosas en las que él mismo no creía.

Es posible que como detonante final de su alejamiento hubiera existido cierta noción de autosuficiencia por parte de Elio, que creía que ya podría ser capaz de trabajar en forma autónoma. Como quiera que fuera, si creyó eso –y es muy posible que fuera así– se equivocó profundamente y muchas de sus futuras dificultades derivaron de ese mal paso, que en la continuidad de su obra fue casi un salto al vacío. En sus condiciones Elio sólo podía tener un futuro consolidado trabajando como elemento integrado en un grupo estructurado, mucho más difícilmente podría hacerlo por su cuenta, situación en la que si bien podía alcanzar un sueldo, carecería siempre de financiación y medios instrumentales para sus actividades.

Lamentablemente, esa situación reinante en el laboratorio de la Cátedra de Vertebrados, que culminó hacia fines de 1962 con el alejamiento voluntario, bruscamente consumado de Massoia, fue seguida un año después por la renuncia a su cargo de Abel Fornes. Cuando renunció Elio, Fornes se solidarizó con él, y sólo la gran tolerancia de Reig evitó que debieran retirarse juntos. En lo sucesivo se tornó hosco y poco colaborador, actuando casi con cinismo. Era evidente que trabajaba con Massoia y –a veces– para él. Su retiro final se produjo a raíz de malentendidos surgidos por una publicación conjunta de Elio y Fornes acerca de los pequeños mamíferos de la costa atlántica, de los partidos bonaerenses de Miramar y de General Pueyrredón (Massoia y Fornes, 1965b), pero básicamente seguía involucrado en esos conflictos el problema de las colecciones particulares que obstinadamente sostenían tanto Massoia como Fornes, quien ya había llegado a su cargo en la Facultad con la suya avanzada.

En síntesis, con Osvaldo A. Reig tuvo Elio Massoia una relación ambigua y variable. Primero de deslumbrada admiración, en el inicio del relacionamiento entre ambos, hacia fines de la década de 1950, al punto que Elio dejó el Museo para ir a trabajar junto a Reig[46]. Después, la convivencia cotidiana desgastó sus relaciones hasta arribarse a una ruptura, producida en los últimos meses de 1962. Durante varios años mantuvo Elio una actitud negativa hacia él, aunque fue atenuando sus reacciones, tal vez porque Reig le enviaba metódicamente apartados de sus publicaciones, a veces afectuosamente dedicados, y porque nunca dejó de darle un trato de amistoso respeto. El reencuentro se produjo en noviembre de 1982, en el III Congreso Iberoamericano de Zoología de Vertebrados, reunido en el Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires. Tanto Massoia como Reig presentaron comunicaciones. Una objeción de Reig hacia el uso del género *Cabreramys*, designación presentada por E. Massoia y A. Fornes en 1967 (:318), creación propuesta para abarcar los elementos antes atribuidos al género *Akodon* (como en el caso de *Akodon obscurus*), generó en Elio una violenta reacción que abarcó también a Galileo Scaglia, quien estaba presente en la reunión, puesto que no había aceptado para su publicación el manuscrito de una comunicación suya, que después aparecería con el texto algo atenuado en el número extraordinario de la revista de la Asociación Ornitológica del Plata: El Hornero. A pesar de haber mediado cierta depuración de lo más violento del texto, todavía subsistieron en el mismo, juicios críticos muy duros, destinados a quienes profesaban otras opiniones acerca de las postulaciones taxonómicas de Massoia.

A partir de ese episodio recrudeció la enemistad hacia Osvaldo Reig por parte de Elio, quien sin embargo, aceptó la propuesta de Reig –por entonces presidente de la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM)[47]– para participar en una Reunión Académica Extraordinaria intulada: *Panorama*

46 Osvaldo A. Reig [1930-1992]. Destacado zoólogo y biólogo evolutivo argentino, nacido en Buenos Aires. Abarcó casi todos los campos de la vertebradología en general, pero con mayor dedicación, la herpetología y la mastozoología, encarando tanto sus aspectos paleontológicos, como neontológicos. Realizó aportes que contribuyeron fuertemente al avance de la zoología argentina a un cambio paradigmático muy definido hacia finales de la década de 1970. Fue docente en las universidades de Tucumán, Buenos Aires, Caracas, y Valdivia (Chile). Ocupó cargos directivos en la organización de la investigación científica argentina, a través de puestos de relevancia en la conducción del CONICET. Pasó muchos años de su vida en el exilio como consecuencia de sus ideas políticas. En uno de esos períodos obtuvo el doctorado en la Universidad de Londres. En sus dos últimas décadas de vida, se ocupó especialmente de la evolución citogenética y molecular de los mamíferos, en particular de roedores y marsupiales.

47 La SAREM había sido creada durante las sesiones del mencionado Congreso de noviembre de 1982, en Buenos Aires, por propuesta coincidente del autor de esta comunicación y de Osvaldo Reig, siendo designados en la primera Comisión Directiva Osvaldo A. Reig como presidente y Julio Rafael Contreras como vicepresidente. Esta circunstancia de la creación de la SAREM ha sido olvidada y nunca se tuvo en cuenta en referencias ulteriores a la misma.

de la sistemática y las relaciones evolutivas de los grandes grupos de mamíferos sudamericanos y argentinos. La misma estaba programada para los días 27 y 28 de agosto de 1984 y se reunió en el microcine de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, en la Ciudad Universitaria de Buenos Aires. A Elio le correspondía referirse a los Artiodactyla. Todo transcurrió en medio de un frío glacial, en un edificio sin calefacción y en un día excepcionalmente gélido. La de Massoia fue la última presentación del día 27. Llegó a su turno con una nerviosidad indecible y algunas preguntas e intervenciones aclaratorias de Osvaldo Reig lo llevaron a una reacción de furor. Su presentación fue airada, carente de vivacidad y, en ciertos aspectos, confusa. Cuando se retiró ardía de fiebre y el día siguiente no se presentó a la segunda sesión, pues estaba sumido en una fuerte gripe. Desde entonces mantuvo una actitud de total inhibición para encontrarse nuevamente con Reig y nunca volvieron a verse. Llegó, incluso a sentir un peso opresivo ante imaginarias pero muy posibles críticas de Reig a sus presentaciones y, también con respecto a algunos de sus trabajos publicados en los últimos tiempos.

Esa actitud lo retrajo en la presentación de manuscritos a las revistas mayores y es algo que se percibe claramente en el análisis de su producción entre 1984 y 1990, a la que concentrara especialmente en su reducto de APRONA[48], que sucedió a Iguazú[49] como asociación civil privada, que contaba con la edición de un "Boletín Científico". En 1990 y después de producido el triunfo peronista en las elecciones presidenciales de 1989, se produjo el alejamiento parcial y temporario de Reig de la Argentina, y poco más de dos años después, se presentó la última etapa de su lamentable enfermedad, produciéndose el fallecimiento, el 13 de marzo de 1992. El autor ha sido testigo de las reacciones de dolor y de conmoción que le produjo este suceso a Elio Massoia y, desde entonces se referiría a Osvaldo Reig como si aún estuviera presente, no asumiendo enteramente su muerte hasta pasados algunos años de ella.

La reacción de Elio Massoia fue de progresiva reconciliación póstuma con Osvaldo Reig, y en sus últimos años –aunque en ocasiones se reactivaban momentáneamente en él los antiguos rencores por algún detalle mínimo o puntual– lo reconocía como "un gran naturalista" y en sus frecuentes polémicas

48 APRONA, siglas de Asociación para la Protección de la Naturaleza, fundada por Massoia con el apoyo de amigos y eventuales discípulos, que tuvo su sede en Castelar, en su domicilio particular y que fue la entidad editora del *Boletín Científico*, órgano que difundió la densa producción de las dos últimas décadas de vida de Elio Massoia.

49 Iguazú fue una publicación prolija y bien escrita y presentada, pesar del tipeado que ya era semiarcaico en esos años, tenía formato casi tabloide y los dos números aparecidos totalizan en conjunto más de cien páginas. La tirada fue pequeña (faltaban recursos), pero aún hoy resulta simpático tenerla entre manos. Aparecía muy ilustrada. No sabemos qué debate o disconformidad interna de los redactores la reemplazó por el *Boletín Científico APRONA*.

con terceros, proclamaba Elio ser discípulo de Raúl Ringuelet y de Osvaldo A. Reig como aval para sus razones polémicas o para la postulación de afirmaciones taxonómicas en su campo de trabajo.

En honor de Elio Massoia puede destacarse algo que en la Argentina ha sido relativamente raro en las relaciones interpersonales de quienes cultivaban las ciencias naturales: la mención bibliográfica estricta y correcta de todos aquellos antecedentes que conocía y resultaban pertinentes. Lo hacía, por lo común, con lealtad, aunque a veces efectuaba paralelamente consideraciones críticas verbales enfáticas.

REORGANIZANDO SU VIDA HASTA ANCLAR EN EL INTA

Después de algunas vicisitudes –contratos breves, pagos por tarea, ayuda de terceros, entre otros la de Eduardo Del Ponte– acaecidas para Elio durante el largo año que separó el apartamiento de ambos del Laboratorio de la Facultad, Massoia y Fornes pasarían muy pronto a depender del llamado Instituto Malbrán, participando del programa de investigación y lucha contra la Fiebre Hemorrágica Argentina, pero en el fondo continuando e intensificando las líneas de trabajo que ambos llevaban conjuntamente en la Facultad. Ambos trabajaron allí hasta 1966, cuando un lamentable accidente[50] provocó un principio de incendio en el Instituto Malbrán y sus enojosas consecuencias motivaron se les solicitara que dejaran ese lugar de trabajo.

Después de una breve búsqueda de un nuevo lugar de trabajo, Elio ingresó con el apoyo y la recomendación del entomólogo José A. Pastrana[51] al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, INTA, mientras que Abel Fornes, que se había especializado en el estudio de los quirópteros, ingresó en SELSA, una entidad de lucha sanitaria dependiente del Ministerio de Agricultura y Ganadería, que lo destacó en una unidad de trabajo de investigación y lucha contra la rabia paresiante del ganado, en el noroeste de la Argentina, donde después

50 El accidente se originó debido a la costumbre de Abel Fornes de utilizar una estufa de cultivo, usual en microbiología, que tenía a su disposición en el laboratorio, para secar rápidamente las pieles de los ejemplares de roedores que taxidermizaba. Para eso la regulaba a aproximadamente 50 grados, y después de una noche de tratamiento los especímenes estaban listos para ser almacenados en la colección científica. Una noche o falló el mecanismo de regulación de la estufa, o Abel Fornes olvidó de programarla para que se mantenga en una temperatura moderada. Hacia la medianoche el contenido de la estufa ardió y, al poco, se incendió parcialmente el salón de trabajo que les había sido asignado, especialmente el piso, que en el viejo edificio del Instituto Malbrán era de listones de madera con un espacio hueco debajo.

51 José Antonio Pastrana [1907-1994]. Fue un destacado entomólogo argentino, especializado en el estudio de Lepidópteros (mariposas, polillas), particularmente de las especies argentinas de interés agrícola y tiene gran cantidad de publicaciones sobre el tema en su haber profesional. Entre 1964 y hasta su jubilación fue director nacional del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

de una etapa en la que continuó con la colaboración activa con Elio Massoia, falleció hacia fines de 1972, en un lamentable accidente de trabajo, contando apenas con treinta y tres años de edad.

La muerte de Abel Fornes significó mucho para Elio Massoia. Nunca volvió a cultivar una relación tan estrecha con nadie y pasó meses de doloroso abatimiento antes de recuperarse y seguir trabajando. Nunca dejó de trasuntar el dolor que le causaba la pérdida de su amigo y fue celoso defensor de su memoria. Le dedicó el nombre de una nueva especie de roedor del género *Oligoryzomys: Oligoryzomys fornesi,* cuyo estatus actual permanece, lamentablemente, mal definido. La colección particular de mamíferos de Abel Fornes fue repartida a su muerte: una parte pasó a engrosar la colección de Elio Massoia, otra fracción fue depositada en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia de Buenos Aires por su esposa Marta –fallecida algunos años después– y un remanente de magnitud numérica desconocida, habría sido vendido y llevado a un museo extranjero[52].

A pesar de que su ingreso en el INTA volcó centralmente a Elio a dedicarse a los roedores considerados plaga o de interés agropecuario, lo que se refleja en sus primeros trabajos publicados en la institución, pronto recuperó sus líneas de investigación mastozoológica básica, especialmente en rodentiología, iniciando una etapa particularmente productiva. Una de las razones de la densidad y solidez de la producción de Elio Massoia en este período de su vida científica reside en la posibilidad de viajar que disfrutó en el INTA de esos años: contó con pasajes, viáticos, apoyo de las sedes de la institución dispersas por todo el país y, a veces, el apoyo de otros técnicos y la disponibilidad de algún vehículo[53].

Recorrió así gran parte del país, colectando en sectores críticos ya sea por ser previamente desconocidos faunísticamente o por constituir localidades de especial ubicación geográfica en el poblamiento de los mamíferos. En consecuencia, enriqueció sus colecciones, amplió su experiencia y expandió notablemente la problemática que abarcaba. Además la tranquilidad económica lograda con el sueldo que le fuera asignado en el INTA, le dio un respiro a la situación casi pre-

52 Esa dispersión es el sino lamentable que espera a las colecciones privadas a la muerte de sus poseedores, especialmente si ese deceso es súbito e inesperado y no hay recaudos tomados acerca del destino final de las piezas. En general sufren dispersión y deterioro y ni siquiera quedan como testimonios de la vida y de la labor de sus creadores. Este es un argumento más para disuadir a quienes persistan en la formación de ese tipo de colecciones.

53 Sin embargo, no debe dejarse de lado la significativa acotación que bajo el título de ACLARACIÓN IMPORTANTE, incluyera Elio en su Curriculum vitae: "Todos los viajes, excursiones y comisiones realizados desde 1981 a 1991 fueron erogados por Elio Massoia, CON MEDIOS PROPIOS". A continuación enumera veinte viajes realizados bajo esas condiciones. Es evidente que a partir de 1981 ya no contó con la anterior anuencia y apoyo de la que gozara hasta entonces en el INTA.

caria de los contratos anteriores, que apenas si le permitían brindar a su familia una calidad de vida adecuada. Pudo así adquirir un pequeño automóvil y disfrutar de algunas comodidades adicionales, pese a lo cual jamás menguó su entrega total al trabajo que realizaba vocacional y apasionadamente.

Debido al gran interés de Elio por conocer y estudiar las colecciones del Museu Federal de Rio de Janeiro, especialmente en lo referente a los roedores del género *Holochilus*, que eran considerados dañinos para ciertos cultivos, como el de la caña de azúcar, recibió una invitación para viajar al Brasil por parte del Instituto Americano de Ciencias Agrarias. Lo hizo en los meses de julio y agosto de 1971. Viajó acompañado por su esposa Antonia y recorrió Rio de Janeiro y Belo Horizonte. El autor pudo escuchar de boca del ornitólogo alemán, residente en el Brasil y autoridad del Museu de Rio de Janeiro algunos relatos acerca del "pintoresco y divertido mastozoólogo Massoia" en su paso por aquella institución. En el Museu departió largamente con su viejo amigo Fernando Dias de Avila-Pires y con su colega Francisco Da Cruz. Junto a ellos revisó colecciones de especímenes de los géneros de roedores *Oryzomys, Oligoryzomys, Neacomys, Wiedomys, Akodon, Thaptomys, Rhipidomys* y *Holochilus*. De esa actividad resultaron varias publicaciones de Elio, pues obtuvo las referencias comparativas que le faltaban para completar trabajos en curso.

En agosto de 1979, invitado por la OMS (Organización Mundial de la Salud), viajó a México, donde estuvo a sus anchas revisando colecciones de mamíferos mexicanos y centroamericanos, junto a los mastozoólogos Stephen Bennett, Rexford Lord, Bernardo Villa R., William López Forment, Rodrigo Medellín y Marta Villa Cornejo. Fue su salida externa más lejana, pues antes sólo había visitado Uruguay y Brasil. Siempre la evocaba con entusiasmo, allá trenzó amistades, formuló utópicos planes de trabajo conjunto y para regresar al poco, nuevamente a ese país.

Entre 1960 y 1980 Elio Massoia realizó una tarea revisionaria y ordenadora de las especies de roedores argentinos y de áreas sudamericanas vecinas. Más esporádicamente se ocupó de marsupiales y quirópteros, y sólo muy ocasionalmente, de carnívoros y de ungulados. Considerada en bloque, su producción escrita en esta etapa es densa y variada en su temática. A pesar de trabajar en casi total soledad –sólo contaba con la ocasional colaboración de jóvenes vocacionales que se le acercaban en busca de guía y orientación– fue capaz de cerrar adecuadamente cada uno de sus escritos, con sus ilustraciones, mapas, bibliografía, y todo eso fue realizado en una época en la que la máquina de escribir era el instrumento único de redacción final[54].

54 Elio Massoia nunca abandonó la máquina de escribir: no llegó a adaptarse al nuevo mundo de las computadoras, el que, por otra parte, llegó a él cuando estaba nuevamente empobrecido y desprovisto de

La década de los años 1970-1980 marca la expresión culminante de Elio Massoia como mastozoólogo y alcanza de por sí para definir la cuantía de su aporte a la ciencia nacional, especialmente en cuanto al conocimiento de los pequeños mamíferos. Fue en ese sentido un continuador directo de la obra de los grandes precursores de ese tipo de estudios: entre ellos de Félix de Azara[55], de Johann Rudolf Rengger[56], de George R. Waterhouse[57], de Florentino Ameghino[58], a pesar de que éste último sólo incursionó marginalmente en el campo neontológico–, de Lucas Kraglievich –quien sólo atendió a las formas mayores de roedores autóctonos vivientes–, de

colaboración, sin más equipamiento que el que pudiera aportar personalmente. Manifestaba al respecto cierto recelo y fingido desdén, pero aceptaba que sus jóvenes y ocasionales asistentes le pasaran trabajos mediante un ordenador o utilizaran esa tecnología para la confección de algunos números de su *Boletín Científico APRONA*.

55 Félix de Azara [1742-1821]. Naturalista español, nacido en Barbuñales, en el Alto Aragón, cerca de Huesca. Venido al Río de la Plata como miembro de una de las partidas de demarcadores de los límites de las jurisdicciones española y portuguesa de América del Sur, residió en el Paraguay desde su llegada en 1784 hasta 1794, y después, hasta su regreso a España en 1801, en Buenos Aires y en la Banda Oriental. Publicó trabajos de envergadura y de notable valor taxonómico, descriptivo y biológico acerca de aves y de mamíferos del Paraguay y del Río de la Plata. Lamentablemente no formuló una nomenclatura linneana para sus nuevas especies, las que fueron ulteriormente nomencladas por otros autores. El autor de este ensayo tiene escrita una extensa monografía en tres tomos intitulada *Félix de Azara, su vida y su tiempo*, aparecidos sucesivamente en 2010, 2011 y 2012 en Zaragoza, España. Hay muy pocas copias disponibles en el país, pero la Fundacion de Historia Natural Félix de Azara los tiene en su biblioteca donde pueden consultarse libremente.

56 Johann Rudolf Rengger [1795-1832]. Naturalista suizo que residió en el Paraguay desde 1816 hasta 1826, realizando estudios mastozoológicos y dejando una valiosa obra acerca de los mismos (Rengger, 1830), en la que tratara de continuar los estudios de Félix de Azara. Como lo manifiesta Hershkovitz (1987) no alcanzó al naturalista aragonés en la diversidad de mamíferos muestreada ni en la riqueza de su aporte. Trató acerca de 59 especies mientras que Azara alcanzó a las 77, y de las cinco aparentemente nuevas que describió sólo subsisten *Calomys callosus* y *Proechimys longicaudatus*. Sus colecciones y manuscritos quedaron en el museo de Aarhus, Suiza. Publicó además, un relato de sus viajes que se tradujo por primera vez al español en el siglo XXI (Rengger, 2010).

57 George R. Waterhouse [1810-1888]. Naturalista inglés al que le cupo la tarea de estudiar el material de mamíferos colectado durante el viaje de Charles Darwin en la nave inglesa The Beagle (1832-1836), comandada por el hidrólogo y meteorólogo Robert Fitzroy [1805-1865], que alcanzaría el grado de vicealmirante en la marina de su patria. A Waterhouse le correspondió el descubrimiento y la descripción original de varias especies de roedores neotropicales, dadas a conocer en una serie de trabajos publicados en 1838 y 1839 (Waterhouse, 1838, 1839).

58 Florentino Ameghino [1857-1911]. Es una de las más ilustres figuras de la ciencia argentina. Originario de Luján en la provincia de Buenos Aires, realizó una enorme tarea científica sentando las bases de la paleontología rioplatense, describiendo, clasificando y nomenclando infinidad de especies nuevas, estableciendo el primer ordenamiento estratigráfico de la geología argentina, y proponiendo una nueva teoría acerca del origen del hombre. A través de su obra intentó establecer un ordenamiento filogenético de los mamíferos. Tuvo enorme influencia en la ciencia y el pensamiento argentino de su tiempo y de buena parte del siglo XX.

Oldfield Thomas y también de las dos grandes figuras modernas de la mastozoología nacional: Ángel Cabrera[59] y de José Yepes[60].

Aunque fue tardíamente que trabajó Massoia con material fósil de mamíferos, lo hizo dentro de una concepción más buffoniana[61] que darwinista: los fósiles eran para él, en su mayoría testimonio de mundos desaparecidos sin ligazón filogenética con las faunas del presente. Sólo algunas cepas del pasado –según su criterio– se prolongaban en el presente y a esas eran a las que quería detectar. Siguiendo las líneas de trabajo de Carlos Rusconi[62] recorrió Elio la

59 Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960]. Zoólogo nacido en Madrid, España, pero radicado en la Argentina desde 1925, después de varios años de previo desempeño en el Museo de Historia Natural de Madrid, en el que realizó una notable obra mastozoológica, cuya mejor expresión es la obra de largo aliento intitulada *Genera Mammalium*, de la que nos ocuparemos más adelante, destacándose, además, su otra obra española con aportes como *Fauna Ibérica, Fauna de la Guinea Ecuatorial española, Tratado de Mastozoología*. En la Argentina ejerció la docencia y la investigación en La Plata y en Buenos Aires, dejando una vasta contribución para el conocimiento sobre faunas fósiles y vivientes de vertebrados, y en particular de mamíferos con obras básicas, como el *Catálogo de los Mamíferos Sudamericanos*, en dos volúmenes, uno póstumo (1957, 1961), además de docenas de monografías y de otros trabajos publicados. También escribió obras de divulgación, una de ellas, la más brillante, con José Yepes: *Mamíferos Sudamericanos* (1940). El influjo de don Ángel Cabrera perduró largamente en América del Sur, pues fue él quien introdujo la osteología, la morfometría y los criterios modernos de variabilidad, consideración ecológica, distribución, y sistemática crítica y rigurosamente fundada. Ordenó taxonómicamente a los mamíferos continentales con tal mezcla de observación sutil e intuición que, el advenimiento de técnicas modernas, citogenéticas y bioquímicas, convalidó en gran parte su esquema clasificatorio.

60 José Yepes [1897-1976]. Fue un naturalista español radicado desde joven en la Argentina, considerado uno de los más destacados mastozoólogos y docentes en el período 1930-1950. Asociado a Ángel Cabrera es el coautor de la prestigiosa obra *Mamíferos Argentinos* (1940). Además, fue el fundador y director de la *Revista Argentina de Zoogeografía* (1941-1945) y uno de los pioneros en la introducción de los estudios ecológicos en la Argentina, pues a él se debe la publicación de estudios primerizos sobre el tema y la difusión entre sus alumnos de las obras de Charles Elton, como relatara al autor la escritora argentina Alicia Jurado [1922-2011], la que cursó la licenciatura en Ciencias Naturales en la década de 1930, y nunca ejerciera esa profesión.

61 Georges Louis Leclerc, Conde de Buffon [1707-1788]. Naturalista francés, el más grande del siglo XVIII. Nació en Borgoña como hijo primogénito de un noble menor de provincia. Recibió una esmerada educación, y como parte de la misma, viajó con su preceptor por Francia, Suiza, Italia e Inglaterra. Fue hombre de una gran amplitud de intereses científicos que le hicieron participar del desarrollo de la mayor parte de las ciencias de su tiempo. Su formación básica fue en leyes, aunque se orientó hacia la medicina, la física, las matemáticas y –fundamentalmente– la zoología. Por sus trabajos experimentales en física fue admitido en la Academia de Ciencias en 1739. Al poco ocupó el cargo de Intendente del Jardín du Roy, precursor del Jardín des Plantes y del Muséum d'Histoire Naturelle, en París. Fue autor de la más grande y prestigiosa *L'Histoire Naturelle, générale et particulière* del siglo XVIII, publicada en 44 volúmenes entre 1749 y 1804. Volcó en ella una enorme masa de conocimientos y anticipó ideas que servirían de base a la concepción transformista y evolucionista de la vida sobre la tierra. Enunció la idea de la existencia de ancestros comunes para especies similares, del catastrofismo geológico y de la creación independiente de las floras y faunas regionales. Practicó el método experimental y enunció la teoría vitalista de las moléculas orgánicas indestructibles como base de la vida.

62 Carlos Rusconi [1898-1969]. Paleontólogo, antropólogo, arqueólogo, geólogo argentino, autodidacta, autor de una vasta producción escrita. Fue discípulo de Lucas Kraglievich, junto a quien se inició en el Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires. A pesar de la pobreza de su formación básica

zona de las antiguas areneras de Villa Ballester[63], pero ya estaban casi por completo abandonadas. También recorrió tramos del arroyo Luján colectando algunos fósiles de cierto valor, pero sus mejores resultados los obtuvo en la costa del Río de la Plata, en el norte de la costa de la Capital Federal, cerca de Olivos, donde en los años del decenio anterior todavía no se habían realizado las obras de rellenado y modificación costera que desviaron las corrientes y ocluyeron en gran parte esos yacimientos, ya sea cubriéndolos o acumulando limo o arena sobre las limolitas del fondo, que son las que ofrecen cierta riqueza en fósiles Pleistocenos. Durante varios años acudió Elio a esas playas y enriqueció su colección con numerosos ejemplares.

Finalmente, y después de un gran susto, sólo volvió ocasionalmente para después desistir de hacerlo. El susto se debió a su imprudencia y entusiasmo. Una mañana soleada había acudido a la playa acostumbrada Elio Massoia en compañía de un joven vocacional que le ayudaba en sus tareas. Como consecuencia de un fuerte viento del noroeste, muy raro en la zona, el nivel de agua era bajísimo y se ofrecía una extensa playa a la exploración. Ambos avanzaron varias cuadras distraídamente cuando, de pronto, viró el viento hacia el cuadrante opuesto causando una súbita creciente. A duras penas lograron los incautos colectores de fósiles regresar a la costa. Mojados y afrontando riesgo por los pozos y desniveles de la playa enteramente cubierta por las aguas.

En el plano de su interés central, el de los tan mentados roedores "cricétidos" (=Sigmodontinos), se ocupó Elio Massoia de su tema de estudio con solvencia y profundidad, esclareciendo problemas taxonómicos, distribucionales, etoecológicos y de biología reproductiva. También dando a conocer nuevas especies para el territorio argentino, varias de ellas nuevas para ciencia, a las que describió y nomencló. Cerca de medio centenar de sus contribuciones escritas –lo más valioso de su extensa producción– serán por largo tiempo documentos de consulta obligada para quienes prosigan en el país y en los países vecinos el tratamiento de esa temática.

–apenas había cursado la parte inicial de la escuela primaria– hizo una contribución valiosa a la ciencia nacional, por más que siguió empecinadamente un esquema estratigráfico y temporal erróneo en toda su obra, llevado por su deseo de continuar el pensamiento científico de Florentino Ameghino. La crisis que alejó a Lucas Kraglievich del Museo, lo apartó también a él. Por eso marchó a Mendoza, donde se radicó y fue director del Museo de Historia Natural Cornelio Moyano de esa ciudad hasta su fallecimiento.

63 Desde la década de 1920, las denominadas "areneras de Villa Ballester" extraían arenas de los llamados estratos Puelchenses, que subyacen a la superficie a muchos metros de profundidad en la localidad homónima. Para ello inyectaban agua a presión mediante perforaciones al efecto y recogían ese líquido por medio de bombeo, cargado de arena en suspensión. Luego dejaban decantar el agua extraída de la cantera en grandes piletones al efecto y obtenían un buen rendimiento de arena para uso en la construcción. Junto a las arenas aparecían por arrastre restos fósiles de pequeños vertebrados, en especial de mamíferos. Carlos Rusconi fue el principal estudioso de esa fauna rescatada por las areneras de Villa Ballester.

A partir de aproximadamente el año 1980, circunstancias personales e institucionales llevaron a Elio Massoia a emprender una inmensa tarea de relevamiento de lo que podría denominarse el nivel *alfa* de aproximación al conocimiento de la biota de pequeños mamíferos argentinos[64]. Se trataba de establecer con una escala fina de percepción geográfica, la composición y la diversidad del poblamiento del territorio argentino por parte de un sector de la fauna con significativas relaciones económicas y sanitarias desde el punto de vista aplicado, y cuyo conocimiento presenta para la zoología básica fuertes incentivos teóricos dignos de un enfoque más intenso del que hasta entonces recibiera.

Aunque Elio Massoia investigó, estudió y produjo hasta pocos meses antes de su muerte, como precedentemente se señaló, hacia 1980 se cierra el ciclo en el que acumuló su producción mayor, según la valoración canónica vigente en el escenario científico argentino. A partir de esa fecha emprendió Elio Massoia, casi aislado y en gran soledad comunicativa con respecto a sus colegas, una etapa con algo de titánica, en la que mediante un vasto y casi inabarcable esfuerzo, acometió el relevamiento de las faunas regionales de pequeños mamíferos argentinos.

A través del estudio de un enorme monto de material de *egagrópilas*, esos conglomerados de material óseo, piloso, queratoso y dentario de las presas, regurgitados por aves rapaces, mayoritariamente de la familia Strygidae y Tytonidae, realizó Elio Massoia una tarea de esclarecimiento que no por mal valorada y poco estimulada –ya que debió hacerlo en la mayor pobreza instrumental y material– dejó de rendir los valiosos frutos que refleja casi un centenar de publicaciones dadas a luz entre 1980 y 1999[65].

64 Acerca del mencionado nivel alfa de aproximación al conocimiento de una biota, la de la Argentina en este caso, conviene aclarar el concepto. Se trata de una tarea de esclarecimiento básico que responde a un par de sencillas preguntas: ¿cuál es la diversidad de las especies de determinada categoría taxonómica en un área concreta del territorio? y ¿cuál es la participación relativa de cada una de esas especies en la composición de la biota? Es una tarea-deuda que la ciencia nacional hasta ahora no ejecutó sino parcial y segmentariamente y que en el campo de los mamíferos –y de los vertebrados en general– tiene un gran valor básico y aplicado. Lamentablemente esa labor ha escapado siempre a la mayor parte de la planificación científica en la Argentina. El curso del tiempo incrementa el peso negativo de ese déficit y la urgencia de su realización de esos estudios.

65 La provisión de egagrópilas al laboratorio de Massoia fue obra de numerosos amigos y colaboradores. A partir de la decisión de Elio acerca de empeñarse centralmente en ese tipo de investigaciones, cada uno de sus amigos, colaboradores y conocidos trató de proveerle material para su estudio. Muchos participaron en coautorías, son aquellos cuyos nombres perduran, otros hicieron sus aportes silenciosamente llegando a acumular un enorme monto de material para analizar cuyo tratamiento nunca llegó a completarse. No hubo reconocimiento oficial hacia esta tarea y, mucho menos, apoyo.



Elio Massoia en las VI Jornadas Argentinas de Zoología. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

Previamente y durante sus años más activos en el INTA realizó Elio una ingente tarea de investigación, continuadora de sus primeros pasos junto a Osvaldo A. Reig en la Universidad de Buenos Aires y después en el Instituto Malbrán. La publicación del segundo tomo de la obra de Ángel Cabrera (1961), con el capítulo de su Catálogo dedicado a los roedores argentinos, suministró a Elio –así como a la incipiente rodentiología argentina de ese entonces– una valiosísima referencia taxonómica y distribucional sobre la cual orientar los esfuerzos esclarecedores y Elio supo aprovechar como nadie las nuevas perspectivas abiertas por la obra del gran zoólogo español. Previamente había manejado ávidamente y con provecho, el manual del zoólogo sueco Nils Gyldenstolpe (1932), el epítome de José Yepes (1937), la obra de J. R. Ellermann (1941) y los trabajos de los brasileños Joao Moojen (1943, 195) y de Carlos Otaviano da Cunha Viera (1949).

Elio Massoia, que era –y se enorgullecía de serlo– émulo apasionado de don Ángel Cabrera, alentaba una idea directriz central de inspiración cabreriana. Personalmente y, a pesar de haber sostenido con Elio una relación de casi cuarenta años, sólo una vez, en 1978, durante una visita a su casa de Castelar y después de una mañana de trabajo, midiendo y revisando ejemplares

de roedores de su colección[66], pudimos escuchar de su boca una manifiesta preocupación por hacer una tarea de síntesis global en sus proyectos. Se había conversado largamente acerca de las líneas de trabajo posibles, de las trabas e inconvenientes vigentes para tal emprendimiento en el medio científico nacional, sobre el que ambos compartíamos igual pesimismo. Luego se hizo un silencio durante el cual Elio pareció abstraído y distante; después, súbitamente nos interrogó:

¿Sabes qué fue lo que quiso alcanzar Cabrera con su obra?

Y se respondió a sí mismo, como misteriosamente, en tono de confidencia:

> *-Un corpus... Lo sé por Soria[67], a él se lo dijo. Un corpus es algo total: sistemática, anatomía, osteología, bioecología, etología, dibujos de dientes, fotografías, nidos, crianza de los pequeños y abarca a todos los mamíferos... No pudo completarlo: sus primeros libros aparecidos en España[68] fueron el intento inicial, principalmente el Catálogo[69], que él mismo no pudo completar de pasar en limpio para editarlo[70], fue su culminación pero con la idea original muy empobrecida. Su error fue querer abarcar América del Sur completa. Le faltó tiempo. Yo voy a lograrlo, pero para la Argentina solamente. Sé que es algo tremendo, pues antes necesito revisar a todos los mamíferos argentinos. Como me falta tiempo, ayudantes y plata para los viajes voy a trabajar con egagrópilas, voy a hacer algo gigantesco, tengo docenas de proveedores de egagrópilas y cada vez van a ser más...*

Nunca más volvió Elio a expresar algo así o relacionado ante su interlocutor de entonces. Tan sólo en el reencuentro de los últimos años (1998-2000) hubo por parte de él, ciertas alusiones doloridas a lo que ya no podía hacer como zoólogo, las que por lo común eran formuladas tras largas digresiones acerca de la historiografía de las ediciones, versiones e iconografía del cuento

---

66 La colección de Elio Massoia: se trata acerca de ella al final de este capítulo.

67 Miguel Fernando Soria. Fue un destacado médico legista, patólogo y forense, de nacionalidad argentina. Fue también naturalista y durante muchos años estuvo adscripto al Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia. Se dedicó como biólogo a la anatomía comparada, especialmente a la de los primates, también a la parasitología médica y a la epidemiología. Fue uno de los especialistas que más temprana y afectuosamente acogieron a Elio Massoia cuando se acercó al Museo y comenzó a frecuentar sus laboratorios de investigación. Don Miguel Fernando Soria fue como persona un hombre dotado de excepcionales virtudes de caballerosidad, equidad y probidad moral.

68 Se refiere a *Fauna Ibérica. Mamíferos* (1914) y *Genera Mammalium* (1919).

69 Alude a los dos tomos de los *Catálogos* de Ángel Cabrera (1967 y 1961).

70 Efectivamente, sólo el primer tomo del Catálogo de Ángel Cabrera, aparecido en 1957 fue preparado, no completamente, pero sí en alguna medida por su autor para someterlo a edición, pero el siguiente tomo, quedó prácticamente paralizado con el fallecimiento de Cabrera, apareciendo póstumamente recién en 1961. El manuscrito original quedó, a la muerte de su autor, sólo parcialmente mecanografiado en una versión provisoria, a la que Jorge R. Crespo, en el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, revisó, ordenó y puso en condiciones de edición.

de Charles Perrault[71] *El gato con botas*, a las que Elio coleccionaba con ahinco incansable. Era como si una frustración –la conciencia de que su tan soñado *corpus* ya era irrealizable para él, la convicción de la realidad de su pobreza irreversible y de sus crecientes imposibilidades físicas (cansancio y agotamiento)– lo arrojara, a modo de consuelo y de compensación, al mundo ficticio del gato del cuento infantil.

Si se analiza la obra científica de Elio Massoia con un sentido integrador, nada hay más exacto para definirla que la idea final de un corpus, idea seguramente inspirada en los *Genera Mammalium*[72] de Ángel Cabrera y Latorre en sus años iniciales de estudio mastozoológico en España, que eran grandes y densos tomos, con bella presentación, muy ilustrados, con tablas métricas y esquemas. Primero son la revisiones individuales de especies y de géneros; después las incorporaciones de nuevos taxa al inventario conocido de las mastofaunas; a continuación las redescripciones de topotipos, la iconografía craneodentaria, el aspecto externo –para cuya representación era Elio un hábil dibujante– y finalmente el enorme cúmulo de información distribucional y revisionaria proveniente del material rescatado en las egagrópilas[73].

---

71 Charles Perrault [1628-1703]. Se trata de un escritor francés que debió su celebridad a muchos de sus cuentos que se incorporaron definitivamente como clásicos a la literatura infantil, entre ellos, los tan difundidos *Barba Azul, Caperucita Roja, La Cenicienta* y *El Gato con Botas*.

72 La obra *Genera Mammalium* (Los géneros de Mamíferos) de Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960], se editó parcialmente en 1919 y su autor siguió trabajando en ella hasta 1925. La edición se hizo en Madrid, por parte de la Real Sociedad Española de Historia Natural y el Museo de Historia Natural de Madrid. Aspiraba a ser una obra de largo aliento que resultara una referente universal para la mastozoología. Tan sólo esa generación española de naturalistas en la que sobresalió Cabrera, junto a una pléyade excepcional que incluyó centralmente al aragonés Odón de Buen y del Cos [1863-1945], biólogo marino, a Ignacio Bolívar [1850-1944], a Cándido Bolívar y Pieltain [1897-1976] y a Antonio de Zulueta y Escolano [1885-1971], pudo proponerse y echar manos a la obra de un proyecto así. De los Genera fue protagonista Cabrera, pero en 1925, atraído por la histórica Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la misma que apoyó su obra publicada y aseguró la edición de los Genera, se postuló para acudir al llamado de la Universidad Nacional de La Plata, y en 1925 dejó España, tal vez intuyendo los ominosos presagios de la guerra civil en ciernes, que estalló en la década siguiente en su patria, y ya no regresó. Se naturalizó argentino prontamente, y ya en 1928 fue Jefe del Departamento de Paleontología de Vertebrados de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. Fue el más temprano descubridor de dinosaurios jurásicos en Patagonia y colectó laberintodontes en Mendoza. Su vasta obra espera aún una biografía analítica del gran zoólogo. En 1962 Osvaldo Reig nos llamó un día junto a Elio para mostrarnos dos tomos bellamente encuadernados, uno de ellos del *Genera Mammalium*. Era una obra notable, tipográficamante impecable, ilustrada, de formato en cuarta mayor. Elio quedó extasiado, más aún cuando Reig, con su habitual generosidad, nos dejó la obra una semana en el laboratorio. Una gran parte trataba acerca de Marsupialia, otra acerca de Insectivora. Poco después supimos que la obra había desaparecido, presuntamente robada.

73 Puede notarse a través de los trabajos, publicados algunos junto a colaboradores, en el Boletín Científico APRONA, además de algunos pocos aparecidos sobre el tema en otras publicaciones, a los que el relevamiento de egagrópilas daba lugar a Massoia para un detenido análisis de cada aporte, con notas, comentarios, discusiones y rectificaciones: todo eso responde perfectamente a un plan mayor de presen-

Es indudable que hubo una época en la que Elio Massoia estuvo en plenas condiciones de culminar tal tarea –y debió de haberlo hecho en sus años más lúcidos de los ‘80– llegando tal vez, a presentar un nuevo catálogo al estilo del de Cabrera (1957-1961) pero actualizado y ampliado, posiblemente con iconografía craneodentaria al estilo de la obra de Nils Gyldenstolpe de 1932. Pero para ello requería ayudantes, equipamiento, espacio de trabajo y cierta supervisión académica de alguien con el carácter y la paciencia de Rosendo Pascual. Sus notas sobre iconografía craneana de cetáceos, de mamíferos marinos en general, de edentados, constituyen otros tantos rústicos aportes a lo que debía ser su propuesta gran síntesis mastozoológica argentina.

Elio Massoia fue un intuitivo privilegiado, con una capacidad de vislumbrar en forma certera y precisa los rasgos diferenciadores o definitorios de cada unidad taxonómica con las que trabajaba. Volcaba esa habilidad especialmente hacia el material osteológico-dentario, ámbito en el que fue casi insuperable y siempre consultado. Muchos jóvenes se acercaron a él y fue para con ellos generoso maestro y promotor. Resultado de esa labor formadora ha sido el hecho de que algunas de las figuras de mejor nivel y más prometedoras del campo del estudio rodentiológico argentino, le deben a él mucho de su iniciación y primeros pasos en esa temática.

A partir de sus primeros trabajos, varios de ellos en coautoría con Abel Fornes, acerca del género neotropical de “ratas de agua” *Scapteromys*, emprendió también la preparación monográfica de trabajos referidos a otros roedores, entre ellos de los géneros *Oxymycterus, Calomys, Deltamys, Oryzomys, Holochilus, Oligoryzomys*. De este modo se fueron acumulando nuevas contribuciones de Elio Massoia cada vez más abarcativas con respecto a la diversidad de la microfauna de mamíferos argentinos a las que en estos tiempos se dedicaba apasionadamente.

En esa revisión prospectiva creó géneros, especies y subespecies nuevos. Los nombres de su esposa, Antonia, y de su hija, Bibiana, recibieron el homenaje de ser atribuidos a nuevas entidades taxonómicas. El viejo problema de la entidad de un grupo de Akodontini, dudosamente atribuido a *Akodon*, que había llegado, incluso a ser integrado con *Zygodontomys*, y que cuenta con varias especies subtropicales y templadas en el este sudamericano, fue objeto de especial dedicación por parte de Elio Massoia, pasando de la categoría de género de *Bolomys*, un viejo subgénero de Oldfield Thomas, reemplazado después por *Cabreramys*, un género de su creación, y resolviéndose finalmente el problema y las dudas pendientes del mismo, mediante la revalidación del género *Necromys* de Ameghino. Esta breve reseña no puede llegar a dar cuenta del apasionamiento, a veces el

tación global en una obra de síntesis como el “corpus” que aparecería en sus ensoñaciones de 1978.

furor, puesto en juego por Massoia para defender sus sucesivas posiciones ante eventuales críticas u objeciones, a las que, sin embargo y a la larga, aceptaba si eran racionales, pero lo hacía con una fuerte inercia de su yo herido en las disidencias, que él transformaba en disputas taxonómicas.

Invitado por Raúl Ringuelet, realizó una contribución monográfica para la serie de *Fauna de Agua Dulce de la República Argentina*, publicada en 1976 y referida a los mamíferos de esa especialización. Más tarde, retirado ya del INTA y con la activa cooperación de Juan Carlos Chebez[74], dio a luz una obra de sín-

74 Juan Carlos Chebez [1962-2011]. Fue un destacado naturalista argentino, de formacióm autodidáctica, pero que alcanzó altos niveles de reconocimiento y funciones en la sociedad argentina. Amante del paisaje, de la naturaleza ecológica y ambientalmente sensibilizada, en cuyo seno hizo mucho Juan Carlos por el surgimiento y difusión de esas ideas. Nació en Martínez, una localidad muy cercana a Buenos Aires, en el marco de una familia humilde pero muy preocupada por el destino de sus hijos. Realizó estudios primarios y secundarios, intentando sin éxito completar una carrera de tipo universitario pero entonces, en lugar de adoptar la actitud massoiana emprendió un camino mucho más positivo de acción social, comunitaria y paracientífica, incluso con mucho acercamiento mediático y cultivando relaciones de afecto y amistad con gran parte del medio científico de las ciencias naturales, en el que encontró gran aceptación. No fue un competidor sino un sincero admirador del trabajo científico y un humilde y amistoso colaborador, ganoso siempre de aprender y saber más. Ganó la amistad y el afecto casi paternal del zoólogo y herpetólogo entrerriano Marcos Freiberg [1911-1990], quien al decidir radicarse en los Estados Unidos le cedió su bien nutrida biblioteca. Es necesario destacar la pasión bibliográfica de Chebez que atesoraba y absorbía con avidez todo lo referente a zoología sudamericana, y eso lo transformó, junto a su capacidad comunicativa, en un notable publicista especializado en lo ambiental, que hizo sus primeras armas al final de los '70 y en los '80. Esta última fue una de las décadas más plenas de Chebez, en la que pronto se vinculó con Elio Massoia por un lado y con dos asociaciones civiles y una nacional por otro, que le abrirían camino a completar esos años dueño de una bien asentada y afortunada posición en el medio que le era más grato. Con Massoia, llegó pronto a sentirse como un familiar, receptor de afecto y de enseñanzas, transformándose pronto en coautor de muchos trabajos y colaborando con él en sus aventuras editoriales, tanto Iguazú como el Boletín Científico APRONA. Para Elio Massoia fue muy gratificante tenerlo próximo, y pronto Chebez se transformó en su protector. Las asociaciones que lo atrajeron, y a las que se incorporó con voluntad y actividad casi frenética fueron la Asociación Ornitológica del Plata (AOP), en la que aprendió muchísimo acerca de las aves y realizó excursiones con sus miembros más conspicuos (en especial Tito Narosky, Juan Klimaitis, Darío Yzurieta, Edmundo R. Guerra, y otros muy jóvenes como Claudio C. Bertonatti, Carlos Fernández Balboa, Santiago Krapovickas, Daniel Gómez, los hermanos Adrián y Alejandro Di Giacomo, Pablo Tubaro y un amplio y abarcativo etc.; además se vinculó con la Fundación Vida Silvestre Argentina, gozando también pronto de la confianza y amistad de sus miembros más conspicuos, que lo apoyaron en viajes, campañas. Esto último, al igual que lo que se dio en la AOP, lo acercaron cada vez más a la provincia de Misiones, donde encontró un entrañable amigo en el abogado y funcionario de Recursos Naturales provincial Luis Rolón, quien lo apoyó y requirió sus servicios oficialmente como funcionario para la reorganización y el planeamiento de las áreas protegidas provinciales, funciones en las que perduró Juan Carlos más allá de la muerte de Rolón, quien dejó tempranamente su existencia en 1992.

Tal vez lo más importante sucedido en su vida fue la progresiva cercanía con la Administración de Parques Nacionales, en el que llegó a ser director de la Delegación Regional NEA. Para él esa fue la oportunidad de libertad en la naturaleza, hacer cosas nobles y aprender más. Nunca se infatuó con el poder y nunca lo ejerció más allá de donde fue correcto. Al mismo tiempo crecían sus publicaciones, ahora libros, desde el coautorado con Massoia (1993) sobre los *Mamíferos silvestres del archipiélago fueguino* y muy pronto *Los que se van* (1994), luego ampliado en una edición nueva. El 1996, siguió *Fauna Misionera*, y de allí en adelante una larga serie de títulos que van hasta el propio año de su fallecimiento, y que se complementan

tesis acerca de los mamíferos del archipiélago de Tierra del Fuego (1993), y en su último año de actividad, el 2000, otra con la colaboración de Analía Forasiepi y de Pablo Teta, dedicada a los marsupiales de la Argentina. Al fallecer tenía en preparación avanzada al menos dos obras más, una sobre los Edentata y otra sobre los Carnivora argentinos, además del borrador de un libro ya completamente preparado y profusamente ilustrado dedicado a cien especies de arañas argentinas, tema al que se había dedicado con gran intensidad a partir de 1996.

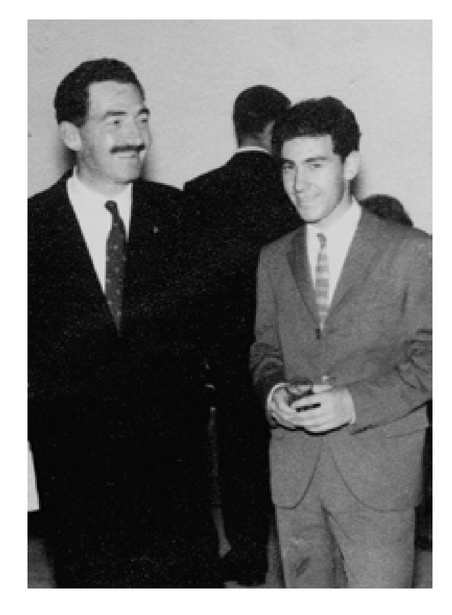
Considerando al azar uno de sus trabajos tempranos, pero ya en su etapa de madurez, de Elio Massoia, como por ejemplo el referido a la posición sistemática y la distribución geográfica de *Akodon* (*Thaptomys*) *nigrita*, publicado en 1963 (*Physis*, Buenos Aires, 24 (67): 73-80), que es uno de sus últimos trabajos realizados en el ámbito de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales antes de su alejamiento, se puede observar en él un alto grado de perfección, tanto en el planteamiento formal, como en el desarrollo temático. Por ejemplo, es exhaustivo en la revisión de antecedentes y en el tratamiento de todo el material accesible, así como en la consulta con especialistas con los que estuvo vinculado, como Fernando Diaz de Ávila Pires de Brasil, Alfredo Ximénez y A. Langguth de Montevideo; Claes C. Olrog y a Juan Carlos Viera de Tucumán. Incluso sus referencias al contexto filogenético y evolutivo del género que trata son apropiadas y revelan una mente reflexiva y capaz de planteos amplios y abarcativos, con un buen uso del lenguaje tanto general como específico. Además, todavía estaba lejos de los prejuicios que lo apartaron de la biología evolutiva, pues si bien nunca lo enunciara enfáticamente ante colegas, se mantuvo firmemente empacado dentro de su encuadre negativo (lo mismo sucedió con la citogenética, a la que primero consideró como una herramienta auxiliar valiosa y después, ya próximo a entrar en su última etapa vital, la negó enfáticamente).

Este análisis confirma la valoración primaria que merece Elio Massoia como persona normal, dedicada seriamente a un área de la ciencia que no es esotérica ni para *dilettantes*, sino básica y necesaria a corto plazo para el contexto del conocimiento de la fauna de su patria, y que dentro de cuyo marco

---

con coautorías póstumas publicadas y en preparación, en base a información o ejecución parcial que él dejó. También publicó, posteriormente al fallecimiento de Massoia, un libro en el que trabajaron *Mamíferos silvestres de la provincia de Misiones, Argentina* junto a Andrés Bosso. No es posible incluir aquí su *cursus honorum* completo, pero tuvo amplias y gratificantes distinciones, llegó a ser docente en la educación superior. Desde comienzos del siglo XXI se contó entre el personal científico de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, activando una brillante serie de publicaciones, propias y de los demás, a los que asociaba y estimulaba. Todo eso se interrumpió cuando en el año 2010 enfermó de un mal incurable, que lo llevó a una muerte tan prematura el 15 de mayo de 2011. El homenaje póstumo que se ha propuesto es hacer del día 31 de Octubre, el Día de la Conservación de la Naturaleza Argentina, como lo propone un proyecto presentado ante la H. Cámara de Diputados de la Nación.

fue capaz de presentar productos de su labor de una calidad válida para los cánones de la época en que fue escrito y publicado.



Raúl Ringuelet y Abel Fornes en el casamiento de Massoia en 1961. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

No es posible hacer historia contrafáctica, pero sí razonar acerca de las causas que pueden llevar a una persona valiosa y entrenada, a un camino de soledad y heterodoxia como el que recorrió Elio Massoia en la última etapa de su vida. En primer lugar deben considerarse sus características psicológicas personales, que indudablemente tuvieron su papel. Pero, centrar la cuestión en forma exclusiva en ese aspecto es una actitud simplista y puede ser muy cruel. Hubo muchos factores actuantes exteriores, uno de ellos derivado de la estructura general del aparato científico y tecnológico de la Argentina. El mismo lo hubiera abandonado por completo, de no haber sido por el apoyo de Eduardo Del Ponte, de Mauri, de Axel Bachmann, de Avelino Barrio y de otros pocos, que lo hicieron por afecto o por piedad, no porque el sistema general estuviera capacitado para absorber a alguien valioso pero atípico trabajando en ciencia. El CONICET, que aún conservaba eficiencia, y las Universidades en su conjunto, sólo hubieran podido aceptarlo en función de auxiliar técnico sometido a una jefatura e integrado a un equipo, y alguien debía solicitarlo y sostener su caso en un plano que es dominantemente de política académica, y debió serlo también en el ámbito del interés nacional.

En ese sentido Elio era un anarquista en su conducta y en su arisca independencia. Después de muchas tribulaciones, fue José A. Pastrana quien lo rescató y le dio un lugar en el INTA, en su sede de Castelar, posibilitando la que puede considerarse la mejor etapa personal de Massoia, pues gozó de un cargo formal, de espacio para trabajar y de un sueldo digno.



Elio Massoia en el INTA. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

Otro factor de gran peso fue el rápido cambio del concepto dominante en la biología, sobrevenido hacia 1950, que se caracterizó por la aparición sucesiva de formas de encarar el campo de estudio, con nuevos enfoques metodológicos y jerarquización de áreas prioritarias antes desconocidas, las que rápidamente se reemplazaban unas a otras. Eso exigía a quienes trabajaban en el sistema una constante actualización, particularmente en los aspectos metodológicos y en la contrastación de los resultados para su verificación, en la que se incluyeron cada vez más criterios lógicos y estadísticos. Con un ejemplo se puede ilustrar la situación: el mencionado trabajo de Massoia acerca del género *Thaptomys* de 1963 corresponde todavía a un estándar que pudo tener cabida en las prestigiosas revistas *Journal of Mammalogy* (EEUU) o *Mammalia* (París), al menos hasta 1960 pudo ser posible. En 1964-1965, ya no se publicaba, trabajos sin la exigencia de profundos retoques y, después de 1975[75] ni siquiera con esos requisitos.

Elio debió actualizarse, ampliar el radio teórico de sus planteamientos, entender sistémicamente en qué trabajaba y cuál era el objetivo de esa labor, debió

75 Este proceso tan singular de la historia de las ciencias biológicas en la segunda mitad del siglo XX, puede seguirse claramente en la temática, el estilo y la metodología que siguen los artículos que se publican en las páginas de la destacada revista de Chicago, *The American Naturalist*, que es, tal vez al par que la revista *Evolution*, el baremo más revelador de la evolución del paradigma dominante en ese campo del conocimiento. En su mayoría los artículos publicados hacia 1980 en ambas revistas, después de 1960 resultaban ilegibles para Elio, él lo sabía y acumulaba más frustraciones.

adquirir alguna formación epistemológica que ajustara y aguzara su percepción y ampliara el vuelo de sus conclusiones. Pero, limitado por su formación irregular y por facetas muy particulares de su personalidad, no quiso –y tal vez, no supo valorar la necesidad de hacerlo– como para poder acceder tanto a las metodologías más modernas: citogenéticas, inmunitarias, moleculares y como factor dominante, así como a un absolutamente establecido requisito de contar con soporte bioestadístico, a veces necesariamente sofisticado y complejo[76].

Su crisis de 1982 fue el resultado de la confluencia de varios factores: su sensación de estar cada vez más afuera del sistema, de que la ciencia que cultivaba se alejaba de su alcance y que había algo oscuro que crecía en el ambiente, al que él no estaba en condiciones de calificar, como lo fuera la aparición de un nuevo paradigma. Por eso, el regreso de Osvaldo Reig causó en él la conmoción que ya se expuso páginas atrás: se le presentó como el censor oculto, como el gran vigilante de la modernidad. Por eso se inhibió, ya no publicó en casi ningún medio que no fuera alguno de los artesanales que él mismo editaba. Finalmente la separación del INTA, al conmover su seguridad personal y familiar, y también al disminuir definitivamente sus ingresos le privó hasta de autoestima. Se sintió marginal y se adaptó a esa imagen.

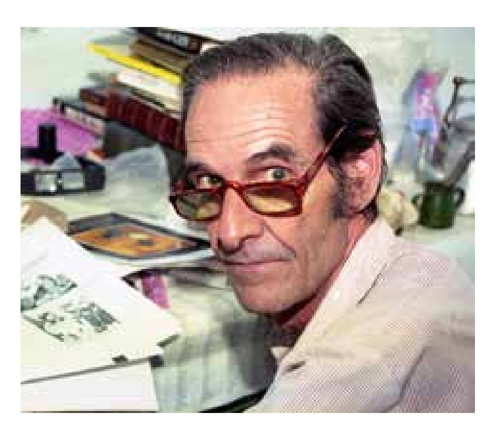
Paradojalmente, las metodologías modernas en más casos convalidan que falsan[77] las intuiciones básicas de Elio Massoia. Eso revela qué desperdicio de posibilidades representó el que las circunstancias lo llevaran al callejón sin salida en el que finalmente desembocó. Es posible que ese desenlace no estuviera desde el inicio implícito en la suerte de Elio. Más de una vez dio señales de ajuste que pudieron presagiar mayor compatibilidad con el sistema dominante. Incluso se puede especular que si Fornes no se hubiera apartado de él cuando ingresó en SELSA y debió residir en el noroeste de la Argentina, juntos hubieran llegado a elaborar una forma de convivencia más razonable y abierta con el mundo científico.

Esa consideración también permite especular en este mismo sentido que el hecho del acercamiento al grupo de trabajo en citogenética de la Facultad de

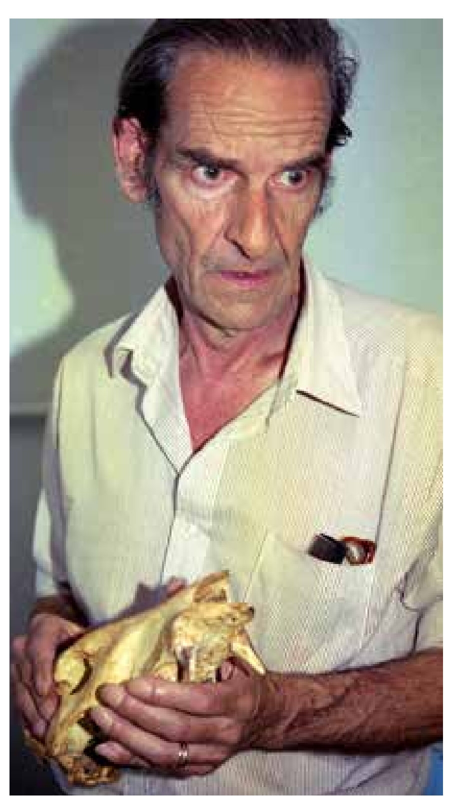
76 Es posible otra interpretación: en su soledad y dadas sus relaciones académicas e institucionales hubiera sido imposible para Elio siquiera intentar el acceso a esas metodologías. Además, el hacerlo le hubiera significado someterse a relaciones y servidumbres para las que su propia estructura psicológica lo hacía inepto. Releyendo cuidadosamente sus textos se ven discretas y bien ponderadas alusiones a la distinción citogenética entre especies y a la variación cromosómica inter e intraespecífica (como se diera, por ejemplo, en *Graomys griseoflavus*, un roedor sigmodontino de la tribu Phyllotini, en su extensa geonemia, y fue el argumento decisivo para la forma en que encaró Elio la taxonomía de ese objeto de estudio). Elio nunca rechazó seriamente los aportes citogenéticos, bioquímicos y moleculares cuando una conjunción de circunstancias los puso a su alcance. Sus exabruptos al respecto, es posible que sólo hayan sido una respuesta reveladora de la amargura que le provocaba la imposibilidad de hacer su tarea tal como hubiera querido y, que bien sabía que era ése un deseo imposible.

77 Falsan, inflexión del verbo falsar, un derivado semántico de la filosofía epistemológica de Karl Popper [1902-1994], al que María Moliner (2007, i: 1330), define como segunda acepción de aquél vocablo, dicendo que falsar es "*verificar empíricamente una proposición, una teoría, etc.*"

Bioquímica de la Universidad Nacional de La Plata, encabezado por Ricardo L. Wainberg, y del que participaba también Teresa G. de Fronza fue para Elio un caso de lamentable desperdicio de oportunidad. Al conocer de cerca ese equipo humano, tuvo Massoia un atisbo de lo que era el trabajo científico prolijo, serio e interdisciplinario y, también acerca de la imperiosa necesidad de avalar las conclusiones descriptivo-morfológicas y morfométricas con datos citogenéticos (él lo hacía sólo con consideraciones etoecológicas), pero las circunstancias o su carácter lo alejaron para siempre de esa apertura, pues no tenía –dentro de su canon atípico ninguna puerta a la que demandar ayuda. Años más tarde hubo algunos casos en los que rechazó con poca sensatez, aquellas postulaciones de otros autores que al contraponerse a las suyas invocaban evidencias citogenéticas. Sin embargo, esas actitudes fueron más exteriorizaciones momentáneas de su carácter que posiciones real e íntimamente sostenidas y, a la larga, y contra su amor propio herido y desconcertado, tenía en cuenta la argumentación genética.







Elio Massoia en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, año 1994.
Fotos: Diego Pastore.

Capítulo 7
Intuitivo y apasionado

Además de ser un intuitivo[1] notablemente dotado, Massoia fue un apasionado de su trabajo, al que ejerció casi sin plantearse complicaciones metodológicas y filosóficas. Era un idealista esencialista[2]. Para su forma personal de entender el mundo, éste era dual: por un lado estaba la componente inanimada, material y, por otro, inmediato y paralelo, estaba su idealismo ingenuo, lleno

1 Más de una vez hemos llamado intuitivo a Elio Massoia, pero esa calificación podría sonar para el profano como una especie de superdotado con poderes trascendentes, casi de tipo adivinatorio, pero no hay nada más lejano de la realidad que esa interpretación. A lo largo de la historia de la Filosofía el término intuición ha pasado por muchos significados y se han elaborado distintas categorías de intuición. Ya Plotino la definía como la designación del conocimiento inmediato y total que el intelecto divino tiene de sí mismo y de sus propios objetos. Sería una forma de intuición superior y con carácter más teológico que psicológico, pero hoy sólo histórica. También Boecio se refiere a la intuición divina que sería la forma en que Dios abarca las cosas sin afectarlas. De allí en adelante la referencia se hizo cada vez más objetiva y, en el siglo XIII ya Roger Bacon llamó la atención acerca de que no debe bastar para el conocimiento la intuición sin realizar su comprobación empírica. Así sucesivamente los diversos autores hasta Immanuel Kant han tornado en cierta forma polisémico, el término. Sin embargo, más que una forma privilegiada de conocimiento se trata, desde un punto de vista cognitivo y moderno, de "entrevisiones" o anticipos de la realidad, fruto o emergente de un estado sistémico en el cual el sujeto perceptivo proyecta sobre un objeto en particular, una asociación previa de datos de la conciencia que le permiten entrever una realidad. Por lo tanto, el individuo intuitivo sería aquél que hace buen uso de la densidad de su campo cognitivo, algo que implica también a la memoria. Esta forma de conocimiento sería el resumen final de un contexto cognitivo que alcanza al objeto antes de hacerse éste plenamente consciente en el sujeto. Los dones perceptivos de Massoia, que en cuanto a esta habilidad fue extraordinariamente dotado, y que ante una situación nueva, la resolvía por el inmediato flujo a la conciencia de los datos previos del conocimiento. En otros, más pasivos, el proceso cognitivo era más lento y dificultoso.

2 O un *idealista objetivo* según la clasificación básica de las formas de cosmovisión de Wilhelm Dilthey. Para él las formas ideales eran reales, estaban presentes subyaciendo a la realidad pero se manifestaban activamente sólo cuando las situaciones lo requerían.

de almas, de esencias, fantasmas y de fuerzas liberadas de su vitalismo doctrinario a las que había que temer, dominar o conjurar. En ese sentido, su mundo era simple y no dejaba a su imaginación la capacidad de vuelo necesaria para abarcar otras realidades metafísicas que las inmediatamente presentes, que eran las que subyacían a su trabajo, y a su familia. Pero, sin embargo y, gradualmente, hasta ese ámbito íntimo suyo se vio también invadido por fantasmas o apariciones fantasiosas que lo alejaron aún más de la gran realidad cotidiana que vivían el resto de sus colegas, tanto en el Museo como en la gran ciudad.

En cuanto a su práctica científica, sus cuadros clasificatorios se ajustaban, en su concepción, a categorías indiscutibles y ontológicamente reales, dadas *a priori* y sin la menor duda en su planteamiento teórico. Las especies eran para él esencias (incluyendo en su definición cierto rango de variación sincrónica, pero nunca diacrónica: no era evolucionista, tal como –curiosamente– tampoco era antievolucionista militante). Para él estaban todos los elementos vivientes incluidos en un juego sucesivo de esencias, en las que encajaban "*porque así debía ser*" o "*porque así era*" el mundo real que él había recibido y al que quería inmutable, fijo, para mejor reflejarlo un día en su anhelado *corpus*, su *Genera et species mammaliorum argentinorum*, tal como algún latinista aficionado le había adaptado *ad hoc,* el título de las grandes y magnificentes publicaciones de botánica y de entomología del Instituto Miguel Lillo de San Miguel de Tucumán editadas en las época de P. Descola.

Concebía Elio al mundo natural como un vasto escenario, a veces caótico, al que había que dedicarse a ordenar y, se entregó a ello de lleno, y como él hacía siempre las cosas: apasionadamente. En su tarea encontraba belleza y armonía y se daba a ella ciego ante eventuales distracciones colaterales. Su mayor felicidad era descubrir especies, subespecies, géneros, todos nuevos y desconocidos. Lograr eso lo hacía dueño de una porción de la realidad que nadie había previamente hallado. *Akodon azarae* era una entidad esencial, pero encerraba una varibilidad regional que nadie había detectado, ¿Qué mejor que agregarle a la misma, a ese binomio un atributo necesario, "bibianae", que era el genitivo singular latino del nombre de Bibiana, su querida hija, que así luciría desde el momento en que lo enunciara adecuadamente, como un trinomio inamovible en la naturaleza**,** además de su apellido como creador/reconocedor de esa forma novedosa**:** Massoia. Cuando hablaba de este tema lo hacía con velada emoción, se trataba, nada menos que de *Akodon azarae bibianae*.

Debido a esa tarea, su nombre queda definitivamente ligado a media docena de nombres linneanos aplicados a la fauna argentina. Cuando alguien se lo hacía notar no podía disimular su complacencia. Ejerció así la que Antonio

Fontdevilla (1990: 131) llama la "*profesión más antigua del mundo*"[3], dado que el primer acto evidentemente humano de algún temporalmente lejano primate, debió ser el nomenclar los elementos percibidos en el entorno, particularmente a los demás seres vivos; eso le atraía con particular deleite.

Lejos del laboratorio o del gabinete era un ciudadano corriente, tan sólo con preguntas simples para las grandes incógnitas de la vida y del universo, a las que respondía más con fábulas y mitologías personales que con una cosmovisión reflexiva. Para él no existió el "mundo 3" de Karl Popper. Sus planteamientos epistemológicos eran ingenuos y optimistas, iba directamente a lo fáctico y trataba de optimizarlo, en tanto el hacerlo estuviera a su alcance, y no le interesaba objetar las postulaciones teóricas vigentes: nunca ahondó en ellas, ni siquiera se hizo preguntas al respecto.

Por otra parte, y ya en lo íntimamente personal, sus mitologías particulares crecieron en la medida en que incrementaban su frustración y su ostracismo. Tal vez también su edad, aunque le gustaba poner en evidencia su agilidad y destreza. La causa fundamental, la de siempre, era su relación con los demás: excepto por parte de muchos jóvenes estudiantes o simples aficionados que acudían a consultarle y aprender a su lado, se sentía marginado y recibía golpes a veces crueles.

Hacia lo político, en especial hacia el aspecto partidista de la política de su país, sentía mitad indiferencia y mitad desprecio burlón y, nunca dedicó mucho tiempo a ese tema del que trataba de huir cada vez que se planteaba. Un día supimos con cierta sorpresa para cada uno, que ambos habíamos votado a Arturo Frondizi en las elecciones presidenciales de 1858. Tan sólo después de 1999, cuando comenzaron a generalizarse huelgas callejeras y cortes en los servicios públicos se sintió afectado y se enervaba, despotricando duramente hacia los promotores. Pero, no lo hacía en función de adherente o no político, sino como ciudadano cuya vida corriente se veía invadida y perturbada. Ya hemos expresado que, ante los golpes de estado que se sucedían desde 1962, su mayor temor era que las convulsiones violentas pudieran poner en riesgo sus colecciones. Esto se efectivizó en 1977, cuando el ejército allanó y redujo, tras feroz tiroteo, a un refugio de rebeldes instalado en una casa adyacente a la suya. Él y los suyos debieron esperar angustiados y tendidos en el suelo que se apaciguaran las acciones. Relataba que su garaje, donde guardaba las colecciones, estuvo en riesgo de ser dañado por balas de grueso calibre. Ni en este caso ni nunca le oímos agregar comentario personalizado alguno ante los sucesos trágicos del país bajo el duro y arbitrario régimen militar y con relación a las acciones guerrilleras frecuentes en esos años trágicos.

3 Más precisamente dice ese autor que dicha profesión consistiría en "*...la denominación y clasificación de los seres vivos en especies...*" (Fontdevilla, *op.cit.*).

Con respecto a su familia era cariñoso y vivía pendiente de ella. Su esposa e hija lo acompañaron mucho en sus salidas al campo hasta que la segunda fue adolescente. Según su relato, le gustaba acudir con ellas al teatro, en el que prefería las comedias fáciles y livianas. En su último año y medio de vida, el nacimiento de sus nietos –dos gemelos– lo hizo feliz y, hablaba de ellos cada vez que podía, registrando sus gestos, sus progresos de desarrollo, o las inquietudes por su salud. Le gustaba ver televisión por la noche y, en sus últimos años, ese entretenimiento se expandió porque con frecuencia los seres de la pantalla le hacían gestos o señas que luego contaba a terceros gratificado por la confianza que le dispensaban sus actores o actrices preferidos. El mundo real se le iba diluyendo e infiltrando de fantasía...

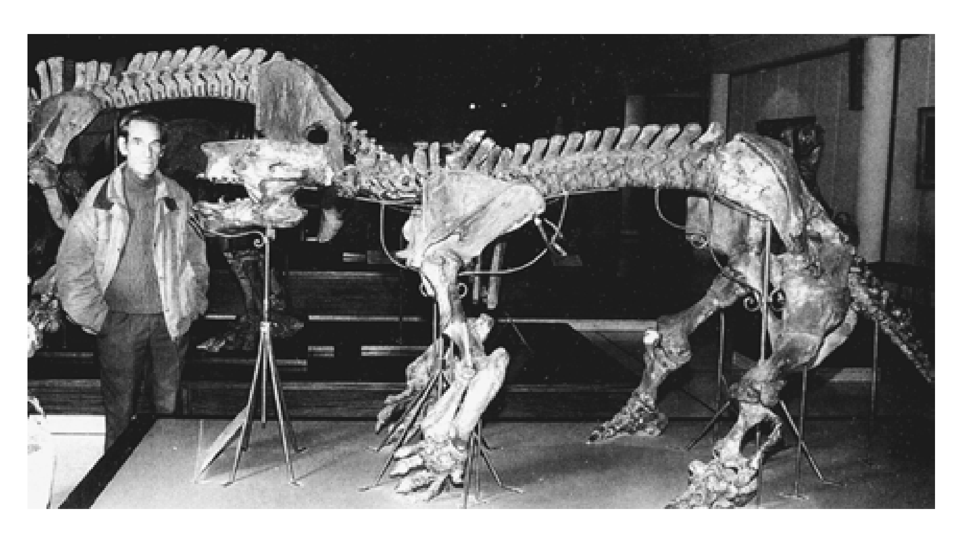
HACIA EL FINAL

Fue un fumador empedernido, con un consumo tabáquico diario muy alto. Generalmente encendía un nuevo cigarrillo con la lumbre del que acababa de consumir. No aceptaba consejos ni reconvenciones al respecto y pareció durante muchos años no experimentar consecuencias graves del hábito de fumar, pero su enfermedad final seguramente se inició o potenció con el vejamen cotidiano al que sometió a sus pulmones.

De sus últimos años en el Museo queda el recuerdo de su figura escuálida, algo encorvada, andando a paso ligero y distraído, sólo con detenciones esporádicas para llamar o mimar a algún gato vagabundo de los que abundan en el Parque Centenario y en el propio patio del Museo. En general sus bolsillos rebosaban de comprimidos de alimento balanceado para gatos, a los que solía distribuir esos productos con generosidad, pero reservando la mejor parte para su mimada, su gata gris que lo recibía con festejos y lo acompañaba a diario, echada durmiendo en una silla de su lugar de trabajo. Durante los tres primeros meses de la enfermedad de Massoia, cuando él ya no pudo asistir al Museo, la gata deambulaba ansiosa y triste, en una espera amorosa y fiel, que seguramente tuvo su correspondencia en el afecto y el recuerdo de Elio.

Incrementó la tristeza de sus últimos años la pobreza de su sueldo puesto que nunca recuperó los niveles de remuneración que había alcanzado en el INTA, y la crueldad de imposiciones que le obligaban a dar un largo rodeo para llegar a su lugar de trabajo pues no se le permitía[4] cruzar por el interior

4 Al menos de hecho, pues se cerraba con llave la única puerta de acceso desde el área nuclear del Museo y a través de la cual pudiera él, tanto pasar hacia su gabinete, como coparticipar de la vida y el trabajo de sus colegas. Se trataba de una muy clara y cruel actitud discriminatoria que amargó manifiesta e injusta-



Elio Massoia junto al esqueleto de *Glossotherium robustum* en el Museo Argentino de Ciencias Naturales (MACN), 1999. Foto: A. Duggan.

del Museo. Esa medida, generada por compañeros de trabajo, fomentó su malhumor y lo tornó, en ocasiones agresivo.

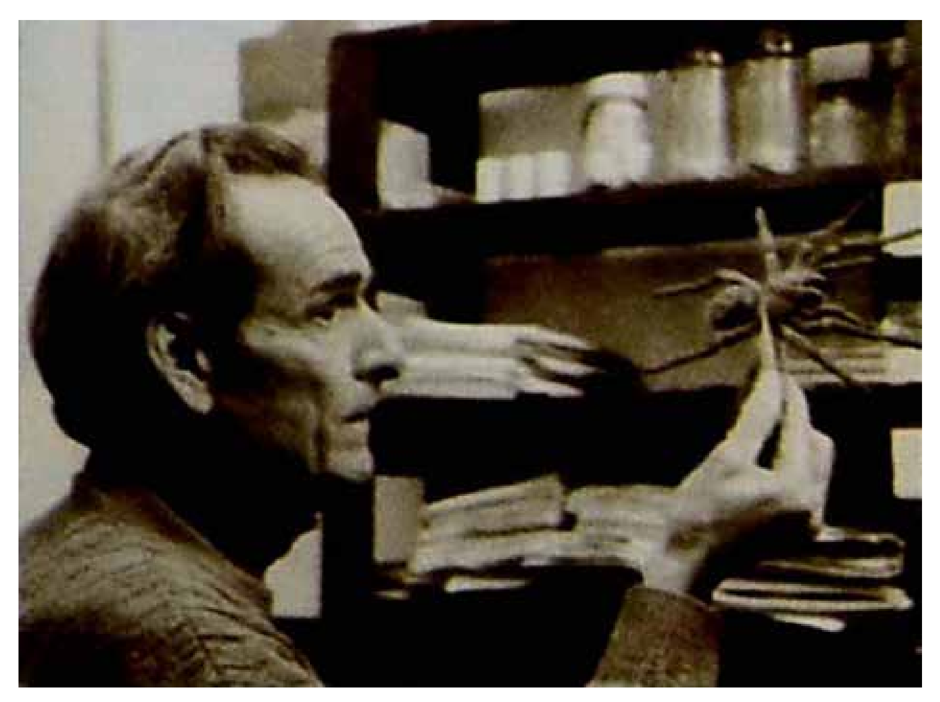
Se creó entonces un círculo vicioso en el que él hería y a su vez era herido. Para huir de la pobreza, del rechazo y de la incapacidad material de hacer lo que realmente sabía y era capaz de hacer, forjó un mundo de alucinación y mitos. Vivían allí, en ese universo particular –entre muchos otros– el Gato con Botas de Perrault, el faraón egipcio Tutankamon, el héroe suizo Guillermo Tell, el rey persa Ciro, la princesa rusa Anastasia Romanovna, el vikingo Eric y, hasta alguno que otro personaje mediático, preferentemente televisivo, que hubiera fallecido poco tiempo antes... También se le solía presentar la evocación de un hermano mellizo (¿mítico o real? ¿Eric Massoia?), que habría muerto en sus primeros días de vida y para el tenía un recuerdo casi obsesivo y muy difícil de comentar sin despertar sus iras.

Fue entonces cuando comenzó a "recordar" fragmentos de raras metempsicosis y elaboró filiaciones transmigrativas extrañas y obsesivas. Todo eso se mezcló con su cotidianeidad ciudadana, familiar, mastozoológica y también con su tardía dedicación a las arañas.

Sin embargo, se puede afirmar –y con gran certeza– que nunca interfirió aquel denso mundo mítico con su saber de zoólogo y hasta el último día con-

mente sus últimos años de vida. Varios fueron los responsables de esta actitud para con él, pero no vale la pena recordarlos, su propia casi insignificancia les hace olvidables hasta en sus nombres.

servó su lucidez despejada e intuitiva, manifestada en sus últimas notas, pero, sobre todo, en los consejos que daba a sus amigos y discípulos, y en la crítica de notas y trabajos que llegaban a su manos[5]. Entre los días 8 y 10 de noviembre del año 2000, durante el transcurso de las *XV Jornadas Argentinas de Mastozoología*, realizadas en la ciudad de La Plata, en el Museo de la ciudad homónima, la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos, SAREM, rindió a Elio Massoia, ya muy decaído, un merecido homenaje. Sin que lo supieran sus protagonistas, quiso el destino que ese acto tuviera el carácter de formal despedida.



En sus últimos años Elio Massoia había incursionado en la aracnología. Foto tomada en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia durante el año 1999 por A. Dugan.

5 En este sentido Elio Massoia tuvo siempre un obstinado afán de actualización. En sus últimos años, si bien ya era completamente asistemático y, tal vez, incapaz de seguir ordenadamente la literatura científica, se lo veía siempre casi actualizado en lo referente a lo que le interesaba. Por medio de escapadas a la biblioteca del Museo, por aportes y comentarios de amigos y visitantes o por envío directo de los autores, se mantenía al tanto de lo último aparecido acerca de roedores, de marsupiales, de félidos, de mamíferos marinos en general, y acerca de arañas en sus últimos años (aunque en este campo tenía muchas limitaciones). Era generoso y desordenado con sus pertenencias. En general las prestaba y sin control y después carecía de ellas cuando las necesitaba. Tenía una memoria casi increíble para saber dónde había dejado algunos trabajos y publicaciones, y sus visitantes se asombraban cuando quería mostrar algo y acudía directamente a alguna de las pilas de papeles, cajas, frascos, paquetes o moldes de yeso, hurgaba afanosamente en ella y aparecía con la referencia buscada en la mano.

En el Libro de Resúmenes de esas Jornadas aparece un breve texto justificativo del homenaje, suscripto por Ulyses F. J. A. Pardiñas y Sebastián Cirignoli, que dice: ELIO MASSOIA: RECONOCIMIENTO DE LA SOCIEDAD ARGENTINA PARA EL ESTUDIO DE LOS MAMÍFEROS A SUS 40 AÑOS DE APORTES MASTOZOOLÓGICOS.

"Elio Massoia es quizás el ejemplo arquetípico del mastozoólogo autodidacta. Con el único título de maestro normal superior, es sin lugar a dudas el mastozoólogo contemporáneo que más páginas escritas ha dedicado a la fauna de mamíferos de la Argentina. Profundamente motivado por la diversidad de los pequeños mamíferos, desde sus inicios en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, realizó una extensa labor de campo. Con una capacidad de discernimiento taxonómico pocas veces igualada –comparable a la de O. Thomas– sucesivamente fue "descubriendo" las faunas de roedores y de quirópteros de la Argentina. Pero esta tarea de relevamiento estuvo acompañada de profundas revisiones, comparaciones extensivas y meditados juicios taxonómicos. Ya como mastozoólogo del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), y con la importante colaboración de su colega y amigo Abel Fornes, los primeros diez años de su obra escrita están jalonados por más de cuarenta publicaciones."

"Posteriormente Massoia comienza a ampliar sus investigaciones, incluyendo otros grupos de mamíferos en sus análisis (e. g., cánidos, edentados, suidos), pero nunca perdiendo el foco en los roedores sigmodontinos y pequeños marsupiales. Hasta 1985 –con casi noventa publicaciones en su haber– cabe recordar aquí su volumen de Mamíferos de la clásica serie "Fauna de Agua Dulce de la República Argentina" (bajo la dirección de Raúl Ringuelet) o su dedicación al conocimiento de la mastofauna misionera. Pero también basta mencionar más de diez especies agregadas al listado mastofaunístico argentino, la clarificación del estatus taxonómico de complejos géneros como Holochilus o Necromys, la clave para los murciélagos de la Argentina, o los primeros trabajos sobre el análisis de egagrópilas de aves rapaces. Justamente la potencialidad de estos últimos en sus alcances zoogeográficos y taxonómicos deslumbra a Massoia en los últimos quince años de sus investigaciones. Así, a partir de la década de 1990 –y ya trabajando en el Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" comienza redactar el Boletín Científico de la Asociación para la Protección de la Naturaleza (APRONA), donde aparecen decenas de análisis de egagrópilas."

"Hasta aquí, una muy apretada síntesis de la obra escrita de Elio Massoia, que supera con creces los doscientos cincuenta trabajos. Pero, existen otras razones para homenajearlo; para todos aquellos que hemos tenido la oportunidad de trabar amistad con él, Elio es el prototipo del

naturalista sin barreras, capaz de prodigar su conocimiento y entusiasmo sin reparar en la condición académica de su eventual interlocutor. Finalmente, tachar a Massoia de taxónomo sería reduccionista: sus contribuciones a la ecología y etología de los pequeños mamíferos son numerosísimas y en muchos casos [constituyen] los únicos datos que poseemos de la historia natural de varias especies."

Elio Massoia acudió al acto de homenaje sintiendo su salud evidentemente deteriorada. Notablemente elegante, con un traje azul y corbata, recibió el homenaje con gran emoción, que en su culminación, tras la entrega de un pergamino, incluyó las palabras de los organizadores y las de Rosendo Pascual, el presidente honorario de las Jornadas, lo que estaba viviendo le arrancó veladas lágrimas, y ese fue un modesto y apenas parcial resarcimiento de la enorme deuda que la comunidad científica argentina tenía para con él. Caminamos más tarde por el paseo del Bosque de La Plata, al salir del acto con él y otros amigos. Él estaba eufórico, pero fatigado y –naturalista cabal– hacía planes para un futuro que ya el destino le había hurtado ominosamente.

A menos de dos semanas después del día del acto de homenaje, apenas si pudo Elio regresar, con intermitencias, a su humilde y destartalado despacho del Museo[6] durante buena parte del mes de diciembre de 2000. Hasta mediados de ese mes ya era raro verlo. Desde esa fecha en adelante sólo retornó alguna vez a la institución, en breves visitas, siempre de paso hacia algún centro médico donde se sometería algún tratamiento, pero ya nunca más volvió a su laboratorio. Llegaba a la portería y allí nos congregábamos para saludarlo. Trataba de mostrarse optimista pero se lo notaba débil y con señales de evidente cansancio.

LA BIBLIOGRAFÍA Y LA COLECCIÓN MASTOZOOLÓGICA DE ELIO MASSOIA

La producción bibliográfica de Elio Massoia ha sido intensa, con altibajos que en general respondieron a los mayores problemas materiales –laborales e

6 Al tratar este tema, recordamos con dolorosa evocación la llegada de Elio Massoia a nuestro laboratorio del Museo, cerca de las cinco de la tarde, en uno de los días posteriores a la navidad del año 2000. Venía acompañado por algunos amigos extraños al Museo, estaba extremadamente pálido, con el rostro casi grisáceo y demacrado. Su semblante expresaba algo de llamativa angustia y malestar. Nos acercamos sorprendidos, pero apenas pudo Elio pronunciar entrecortadamente algunas palabras, expresando que venía a despedirse por el fin de año. Súbitamente cayó desvanecido. Uno de sus allegados, que seguramente temía ese desenlace, detuvo su caída y lo tomó en sus brazos, ¡parecía apenas pesar, como si fuera un niño pequeño! Al poco reaccionó y, con el rostro lívido, murmuró una despedida, casi susurrada. Salió, llevado en brazos hacia un vehículo que lo conduciría a su casa. Todos los que estábamos cerca lo acompañamos hasta que se alejó en el vehículo. Fue el último encuentro personal entre Elio y el autor de esta biografía, sellando así el final temporal de una amistad de cuarenta años.

institucionales– que afectaron a su vida, pero también, como ya se ha visto, a motivaciones más profundas que surgían de su relacionamiento con el medio científico en general y, a veces, a situaciones personalizadas, como la ya mencionada en la evolución de su actitud ante Osvaldo Reig a partir de finales de 1982, y que actuaban sobre él como elementos revulsivos, ya fueran motivadores como reacción disidente pero positiva, ya traumáticos y disuasores para su producción por no poder superar Elio sus crisis interiores.

Como en todo trabajador intelectual, su sensibilidad espiritual era, una vez superado el umbral de lo tolerable, enormemente –para algunos exageradamente– sensible. Y podemos agregar, con dolor y afecto, que los contrastes y desprecios ajenos, las arbitrariedades sufridas, habían descendido mucho ese umbral y que, una vez superado no sólo ingresaba en su ánimo el dolor y la frustración por causas reales, sino también se colaban sus propios fantasmas, incubados largamente en la soledad.

Sin embargo, hubo en él etapas densas, que han sido extraordinariamente fructíferas en cuanto a producción escrita. Una primera evaluación de su producción da cuenta de más de doscientos cincuenta contribuciones escritas, entre ellas varias decenas de trabajos, muchos de ellos de envergadura y de gran valor científico, dispersos en su mayor parte en revistas nacionales.

Durante el segundo período vital y científico de Elio Massoia, cumplido a partir de los primeros años de la década 1980-1990 y prolongado hasta poco antes de su fallecimiento, volcó su producción escrita, especialmente en órganos de prensa que el propio autor dirigía y editaba casi en forma artesanal[7]. Esa condición limitó mucho su difusión y dificulta ahora el acceso de futuros interesados en su producción, al punto que es necesario plantear una reedición ordenada y selectiva de lo más relevante de su obra.

Esa reedición presentaría la enorme dificultad de que los originales de las ilustraciones, en especial las de sus trabajos posteriores a 1980, en gran parte se han perdido. Si bien algunas serían recuperables de contarse con la Colección Mastozoológica de Elio Massoia (CEM) disponible, completa y ordenada como para buscar cada pieza y fotografiarla. Pero, se trataría de un enorme esfuerzo, humana y económicamente casi imposible de realizar. Además, el estado final de la Colección está envuelto en el misterio.

7 Nótese que a partir de 1990-1991 se agravó el factor de precariedad económica en la vida cotidiana de Elio Massoia. Esa situación, que se había hecho sentir en la década anterior siguiendo los altibajos de la desdichada política económica del alfonsinismo, desembocó a partir de su salida del INTA, en un franco estado de pobreza, pues sus emolumentos como miembro del personal de apoyo del CONICET, redujeron a la mitad o menos, el monto de sus antiguos ingresos en el INTA. Esa circunstancia confiere a su aventura editorial del *Boletín Científico APRONA*, sostenida desde los ´80 hasta poco antes de su fallecimiento, algo de quijotesco y da cuenta de un conmovedor empecinamiento en su tarea vocacional.

Posiblemente gran parte de la misma está en manos de sus familiares, pero con seguridad no está completa pues él propio Elio se encargó de dispersar muchos de los materiales guardados durante los últimos años de su vida. Los prestaba, a veces los vendía para zafar de situaciones de extrema carencia, otras el material se deterioraba por falta del cuidado necesario. Había pieles con sus etiquetas sueltas que pululaban en algunas cajas en una confusión irreversible. También los insectos habían dejado sus huellas en muchos especímenes. El núcleo más denso de la colección estaba guardado en su casa de Castelar, en un local que fuera un garage, transformado en depósito y en gabinete de trabajo. En 1977 una inundación afectó al nivel más cercano al suelo del acúmulo de cajas, por suerte, sólo unos pocos centímetros, causando estragos en el material que estuvo sumergido. En más de una ocasión se quejaba Elio en 1999 y en el 2000 de no poder hallar el catálogo, que temía le hubiera sido robado. Es posible que al ordenar sus papeles se encontrara ese valioso documento, sin el cual la colección quedaría prácticamente invalidada.

Debiera asegurarse, al menos, la recuperación de los ejemplares tipo, paratipos y topotipos de las especies y subespecies que creara.

Cada año que pasa, crece el riesgo de pérdida y de deterioro del material de la Colección. Ya no es posible para nadie especular con la venta de la misma, menos aún a instituciones del exterior: actualmente ya existe un marco legal internacional que lo impide. Si se pudiera rescatar y donar a una institución oficial o privada que asegure su preservación total (o de lo que queda en ella), se haría con este gesto el mejor homenaje a su memoria. Muy remota, porque ya no forma parte del estilo del Estado Argentino, está la posibilidad de su adquisición mediante sanción legislativa de la correspondiente ley.

Se han excluido de la enumeración que figura como apéndice de esta contribución, las presentaciones ante congresos y reuniones científicas, que representan varias decenas de referencias adicionales, pues en general no llegan más que a enumeraciones preliminares y muy someras de los temas tratados y sólo presentan un interés enumerativo, aunque a veces pudiera significar un aporte biográfico, puesto que la compulsa de los títulos de esas presentaciones revela en alguna medida, la marcha de los intereses personales del naturalista en relación con las disciplinas que cultivara.

Colofón

Lo anterior acerca de las colecciones, fue escrito antes de que se completaran las tratativas con la familia de Elio Massoia acerca de su Colección Mastozoológica. Las conversaciones previas tuvieron lugar en los años 2005 y el inicio del 2006, y todo culminó cuando el 12 de abril de ese último año se incorporó a la Fundación de Historia Natural Félix de Azara el valioso patrimonio en juego. La Colección fue donada por la esposa de Elio, Antonia De Simone y por su hija, la profesora Bibiana Massoia, "…*concretándose así el viejo anhelo de uno de los creadores de la Fundación, Adrián Giacchino*". Como director del Área de Biodiversidad de la Fundación Azara, Juan Carlos Chebez cumplió un rol importante junto a Gustavo Aprile para que la familia Massoia tomara la decisión final de donar la colección a la Fundación.

¿EL "ARCHIVO ELIO MASSOIA (1936-2001)"?

Elio Massoia, que hacia noviembre del año 2000 debió suspender por completo sus actividades científicas y su concurrencia a su lugar habitual de trabajo, debido a la gravedad de su enfermedad final, tenía entre manos al fallecer varios trabajos inconclusos, algunos casi a término. En tres de esos casos, por lo menos, se trataba de libros, como se expresara anteriormente. ¿Cuál fue el destino de ese valioso material? Tal vez algunos de esos manuscritos puedan ser recuperables y recuperados, y esa es tarea para sus amigos y colegas más cercanos, pero debe para ello contarse con la estrecha colaboración de sus familiares y de los que fueran sus amigos. Ahora, transcurridos ya más de diez años de su fallecimiento, se publican aun obras con su "coautoría", pero lo son

en su mayor parte en base a viejos apuntes de los demás coautores y de la memoria y homenaje de sus discípulos y continuadores, no de manuscritos en alto grado de ejecución y además recuperados y dados a conocer en forma anotada o crítica.

Corresponde plantear a propósito de lo precedente, algo que resulta perentorio en la Argentina: la preocupación por la suerte de los archivos individuales de los investigadores, una vez retirados por completo de su actividad, o fallecidos. Contrariamente a lo que sucede en países más desarrollados o más cuidadosos de su acervo cultural, en los que bibliotecas, museos, universidades o instituciones privadas se constituyen en albaceas y, casi siempre, en celosos guardadores y custodios de esos archivos, en la Argentina, salvo muy pocas excepciones, el destino de esos valiosos materiales es dispersarse y perderse. Falta voluntad en el estado nacional decadente –que ha dirimido casi por completo su función cultural– y en la cultura pública media, que no parece valorar adecuadamente la significación de esa documentación, que, por otra parte, es tan valiosa ya sea para la identidad cultural de la Nación, ya para la recordación y homenaje de las figuras más esclarecidas de la ciencia y del pensamiento[1].

Se debieran preservar mediante recaudos públicos y privados documentos, apuntes, diarios, fotografías, láminas, correspondencia, trabajos inéditos e inconclusos, manuscritos éditos e inéditos. La ausencia de tales repositorios condena –en general– a la pérdida o a la destrucción más o menos mediata de elementos valiosos para la historia científica y cultural del país y, además dificulta la emulación de los mejores valores humanos a través del conocimiento y del ejemplo. Nosotros, conjuntamente con Adrián Giacchino, ya hemos planteado hace una década (Contreras y Giacchino, 2001) la necesidad de la creación de un "Archivo Osvaldo A. Reig (1927-1992)" –el ya mencionado ilustre naturalista y científico argentino de alcance mundial– del mismo modo nos

1 Otra cara desdichada del problema de la conservación del patrimonio cultural es el hecho del saqueo, casi inevitable en la Argentina actual en cualquier institución (Biblioteca Nacional, Museo de Bellas Artes, Bibliotecas de Universidades, Museos, etc., como lo viene informando la prensa diaria con infortunada asiduidad). Nosotros lo hemos experimentado *ante-mortem* con nuestra biblioteca científica en buena parte transitoriamente estacionada en que fuera nuestro "gabinete" de trabajo en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, la misma desdichadamente fue despojada de elementos esenciales de su fondo bibliográfico. Eso tuvo lugar en los movimientos de pertenencias, objetos, libros y apartados científicos, tras nuestro retiro formal en 2003. Una desventurada declaración de un funcionario de rango casi ministerial, se formuló pocas semanas más tarde del anuncio periodístico de que en la Biblioteca Nacional, que estaba dentro del área de su jurisdicción como funcionario, "faltaban" varios centenares de cartas geográficas antiguas, sin que ello provocara otra cosa que la renuncia del director de la Biblioteca (un prestigioso intelectual que no tuvo apoyo ni dentro ni fuera de la institución para impedir esos desmanes en su área), acto que no fue seguido –como debió ser– por la noticia de la recuperación de ese valioso material o del hallazgo del culpable, menos aún de la renuncia en cadena de los responsables. Simplemente: sucedió...

corresponde llamar ahora la atención acerca de la pertinencia de un "Archivo Elio Massoia". De concretarse esas iniciativas debería asegurarse también que los archivos reúnan los repertorios completos de publicaciones de los autores, pues tampoco está asegurada en la Argentina actual la posibilidad de consultar fondos de esa naturaleza. Con tal carencia muchos de los títulos exhibidos en las bibliografías se tornan verdaderas entelequias, casi por completo inaccesibles para los interesados.

Bibliografía consultada o citada

ALLEE, W.C., A.E. EMERSON, O. PARK, T. PARK y K.P. SCHMIDT. 1949. The Principles of Animal Ecology. Saunders & Co., Philadelphia.

ALLEN, J.A. 1903. Description of new rodents of Patagonia, with a note on the genus *Euneomys* Coues, and an addendum to Article IV, on Siberian Mammals. Bulletin of the American Museum of Natural History, New York, 19 (5): 185-196.

ALLEN, J.A. 1905. Zoology, Part 1. Mammalia of Southern Patagonia. Volume III. En: SCOTT, W.B. (ED.). Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia, 1896-1899. E. Scvhweitzerbart'sche Verlghahandlung, Stuttgart-Princeton, New Jersey, pp. 1-210.

AMAYA, L. 1935. Fontana, el territoriano. Con ilustraciones de Indalecio Pereyra. Talleres Gráficos de Luis L. Gotelli, Buenos Aires, pp. 1-158.

AMEGHINO, F. 1899. Contribución al conocimiento de los Mamíferos Fósiles de la República Argentina. Actas de la Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, Tomo VI, pp. 1-1027.

ANFINSEN, C.B. 1963. Bases moleculares de la evolución. Manuales de EUDEBA, EUDEBA, Buenos Aires, pp. 1-193. Segunda edición, 1965.

ARANGUREN, J.L. 1964. El protestantismo y la moral. Pp. 2312-283. En: ARANGUREN, J.L. Obras. Editorial Plenitud, Madrid.

ASÚA, M. de. 1997. Morir en Buenos Aires. Los últimos años de Aldo Mieli. Saber y Tiempo, 1997, Buenos Aires, vol. 1 (3): 275-292.

ASÚA, M. de. 2004. Ciencia y Literatura. Un relato histórico. EUDEBA, Buenos Aires, pp. 1-208.

ASÚA, M. de. 2010. La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata 1800-1820. Colección Historia, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 1-251.

BABINI, J. 1992. Páginas para una autobiografía. Prólogo de Nicolás Babini. Biblioteca J. Babini y Letra Buena, Buenos Aires.

BABINI, N. 2007. La otra Argentina. La ciencia y la técnica desde 1600 hasta 1966. Saber y Tiempo (Revista de Historia de la Ciencia), Centro de Estudios de Historia de la Ciencia José Babini, Universidad Nacional de San Martín, San Martín (Buenos Aires, Nº 21, enero-junio, 1966), pp. 1-208.

BADINTER, E. 2009. Las pasiones intelectuales. II. Exigencia de dignidad (1751-1762). Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-391.

BALDWIN, E. 1953. Introducción a la bioquímica comparada. Con un prefacio de Sir Frederick Gowland Hopkins. Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, pp. 1-171.

BÁRQUEZ, R.M. y M.M. DÍAZ. 2014. Historia de la Mastozoología Argentina. Pp. 15-50. En: ORTEGA, J., J.L. MARTÍNEZ y D.G. TIRIRA (EDS.): Historia de la Mastozoología en Latinoamérica, Guayanas y el Caribe. Editorial Murciélago Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología, Quito y México.

BARREIRO, J.P. 1955 (1951). El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico. 2º edición, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires, pp. 1-478.

BARRIOS MEDINA, A. y A.C. PALADINI (COMPS.). 1989. Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay. Eudeba. Buenos Aires, pp. 1-629.

BENIMELIS BASSA, M.I. 2011. Una nueva manera de ver el mundo. La geometría fractal. Colección El Mundo es Matemático, RODEC, Villanueva, Navarra, pp. 1-142.

BERNARD, C. 1944. Introducción al estudio de la medicina experimental. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-403.

BERTALANFFY, L. von. 1976. Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-331.

BLAIR, F. 1956. The species as a dynamic system. The Southwestern Naturalist, 1956, Volume 1, Nº 1, pp. 1-5.

BLANGA-KANFI, S., H. MIRANDA, O. PENN, T. PUPKO, R.W. DeBRY y D. HUCHON. 2009. Rodent phylogeny revised analysis of six nuclear genes from all major rodent clades. Evolutionary Biology, Vol. 9, Nº 71, pp. 2-15 (en separatum).

BOIDO, G. 1996. Noticias del Planeta Tierra. Galileo Galilei y la revolución científica. A-Z Editora S. A., Buenos Aires, pp. 1-398.

BORDAS, A.F. y NV. CATTOI. 1946. Archivos del suelo argentino. Colección Nadir, Sociedad Geográfica Americana, Buenos Aires, pp. 1-141.

BOSCH, J. 1999 (1992). Cultura y Contracultura. Emecé Editopres, Buenos Aires, pp. 1-458.

BRUNDIN, L. 1963. Limnic diptera and their bearings on the problem of Transantarctic faunal connections. Pp. 424-434. En: GRESSIT, J.L. Tenth Pacific Science Congress, Honolulu, Hawaii, 1961 (Bishop Mus. Press).

BRUNDIN, L. 1966. Transantarctic relationships and their significance, as evidenced by Chironomid midges, with a monograph of the subfamilies Podonominae and Aphroteniinae and the austral Heptagyinae. Kungl Svenska Vetensakaps Akademie Handlingar, Stockholm, 4 (11): 1-472.

BUNGE, M. 2012. Filosofía para médicos. Gedisa Editorial, Buenos Aires, pp. 1-207.

CABRERA LATORRE, A. 1922. Manual de Mastozoología. Manuales Gallach, Nº 120, Editorial Gallach, Barcelona- Calpe, Madrid.

CABRERA, A. 1957. Catálogo de los Mamíferos de América del Sur. Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Ciencias Zoológicas, 4 (1): 1-308.

CABRERA, A. 1961. Catálogo de los Mamíferos de América del Sur. Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Ciencias Zoológicas, 4 (2): 309-732.

CABRERA, A.L. 1962. La selva marginal de Punta Lara. Ciencia e Investigación, Buenos Aires.

CABRERA, A.L. y G. DAWSON. 1944. La selva marginal de Punta Lara en la Ribera Argentina del Río de la Plata. Revista del Museo de la Plata, Botánica, 5: 267-382.

CAMACHO, H.H. 1971. Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio histórico. Colección Temas, EUDEBA, Buenos Aires, pp. 1-150.

CANELLA, M.F. 1940. Orientaciones de la Biología moderna. Espasa-Calpe-Argentina S. A., Buenos Aires, pp. 1-221.

CÁRDENAS, E.J. y C.M. PAYÁ. 1978. El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. A. Peña Lillo, Buenos Aires, pp. 1-151.

CARLETON, M.D. y G.G. MUSSER. 2005. Order Rodentia. Pp 745-752. En: Mammal Species of the World. A Taxonomic and Geographic Reference. Johns Hopkins University Press, Baltimore.

CASINOS, A. 2012. Un evolucionista en el Plata. Florentino Ameghino. Fundación de Historia Natural Félix de Azara-Universidad Maimónides, Buenos Aires, pp, 1- 428.

CEI, J.M. y F. BERTINI. 1961. Serum proteins in allopatric and sympatric populations of *Leptodactylus ocellatus* and *L. chaquensis*. Copeia, 1961 (3): 336-340.

CEI, J.M., F. BERTINI y G.C. GALLOPIN. 1961. La ratio albumina/globulinas y su posible significado ecológico en los anfibios sudamericanos. Revista de la Sociedad Argentina de Biología, Buenos Aires, 37: 215-225.

CEI, J.M. y L.P. CASTRO. 1975. A serological contribution to taxonomic status of *Cupriguanus*, a South American genus of iguanid lizards. The Serological Museum, 1975: 5-6.

CEREIJIDO, M. 1978. Orden y equilibrio. Una introducción a la biología. Editorial Nueva Imagen, México, pp. 1-224.

CEREIJIDO, M. 1990. La nuca de Houssay. La ciencia argentina entre Billiken y el exilio. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 1-163.

CONTRERAS, JR. 2001. Hemos perdido a Elio Massoia. Vida Silvestre, Buenos Aires, N° 78: 23.

CONTRERAS, J.R. 2002. El momento histórico de la biología argentina hacia la mitad del siglo XX, con énfasis en la zoología. Homenaje a Osvaldo A. Reig. Pp. 8-10. En: Libro de Resúmenes. I Congreso "Osvaldo A. Reig" de Vertebradología Básica y Evolutiva e Historia y Filosofía de la Ciencia, Buenos Aires, 13 al 17 de marzo de 2002.

CONTRERAS, J.R. 2003. En el centenario de una obra valiosa en la historia de la ciencia paraguaya: Arnaldo de Winkelried Bertoni y su "Aves Nuevas del Paraguay" (1901). Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, Año VIII, nº 14, p. 79-103.

CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2006. Don Félix de Azara, ilustrado español y "guardián platónico de Indias. Una incursión por su biografía, su epistolaro y sus actos de servicio. Pp. 159-182. En: BALLARIN IRIBARREN, I., J.R. CONTRERAS ROQUÉ y M. ESPAÑOL GONZÁLEZ (COORDS.): Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821), Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana, Fundación Biodiversidad-Diputación Provincial de Huesca, Zaragoza.

CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2010. Félix de Azara. Su vida y su época. Tomo I. La forja de un ilustrado altoaragonés (1742-1781). Diputación de Huesca, Zaragoza, pp. 1-341.

CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2011. Félix de Azara. Su vida y su época. Tomo II. El despertar de un naturalista: la etapa paraguaya y rioplatense (1782-1801). Diputación de Huesca, Zaragoza, pp. 1-468.

CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2012. Félix de Azara. Su vida y su época. Tomo III. El retorno a Europa. La tormenta y la etapa final (1802-1821), Diputación de Huesca, Zaragoza, pp. 1-317.

CONTRERAS, J.R. y C.J. BIDAU. 1999. Líneas generales del panorama evolutivo de los roedores excavadores sudamericanos del género *Ctenomy*s (Mammalia, Rodentia, Caviomorpha: Ctenomyidae). Ciencia Siglo XXI, Buenos Aires,

CONTRERAS, J.R. y A. GIACCHINO. 2003. Biobibliografía del científico argentino Osvaldo Alfredo Reig (1929-1992). Arandú Historia de la ciencia y del pensamiento americano, n° 2.

CORDÓN, F. 1954. Inmunidad y autoreplicación protéica. Biblioteca Ibys de Ciencias Biológicas, Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-230.

CORDÓN, F. 1966. La evolución conjunta de los animales y su medio. Ediciones Península, Madrid.

CROIZAT, L. 1962. Space, time, form and function: the biological synthesis. Edición de Autor, Caracas, pp. 1-881.

CROIZAT, L. 1975. Biogeografía analítica (“Panbiogeografía”) de las Américas (Primera Parte). Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela, Caracas, Año XXXV, Tomo XXXV, Nº 103, pp. 1-890.

DARWIN, C. 2008. Autobiografía. Con prólogo de Sebastián Apesteguía. Ediciones Continente, Buenos Aires, pp. 1-125.

DE QUEIROZ, K. y J.A. GAUTHIER. 1992. Phylogenetic taxonomy. Annual Review of Ecology and Systematics, Palo Alto, California, Volume 23, pp. 449–480.

DE ROBERTIS, E.D.P., W. NOWINSKI y F.A. SÁEZ. 1957. Citología General. Librería El Ateneo, Buenos Aires, pp1-490. 3º edición.

DIDIER, R. 1959. Note sur les os péniens des rongeurs collected au Pérou par J. Dorset. Mammalia, París, 23: 172-179.

DYSON, F. 1994 (1992). De Eros a Gaia. Metatemas, 35, Clotete-Tusquets, Barcelona, pp. 1-387.

ECKERMANN, J.P. 1966. Conversaciones con Goethe. Estudio preliminar y traducción de Francisco Ayala. Clásicos Jackson, XXXVII, W. M. Jackson Inc, México, pp. 585.

ELLERMANN, J.R. 1941. The families and genera of living rodents. British Museum (Natural History). London, pp. 1-690.

FAIN, A. 1970. Trois nouveaux Nycteriglyphinae commensaux de chauve-souris (Acarina: Sarcoptiformes). Bulletin de l'Institute Royal de Sciences Naturelles de Belgique, Bruxelles, 46 (28): 1-13.

FAIN, A. y T.H.G. AITKEN. 1967. Bulletin de l'Institute Royal de Sciences Naturelles de Belgique, Bruxelles, 43 (12): 1-44.

FAIN, A. y T.H.G. AITKEN. 1968. Les acariens parasites nasicoles des Oideaux de Trinidad (Indes Occidentales). Bulletin de l'Institute Royal de Sciences Naturelles de Belgique, Bruxelles, 44 (41): 1-28.

FERRARI, R. y C.D. GALLES. 1984. La etapa santafesina del "*Archeion*" de Aldo Mieli. Actas de las Segundas Jornadas de Historia del Pensamiento Científico Argentino, Buenos Aires, Julio de 1984, pp. 191-199.

FIELDS, R.W. 1957. Hystricomorph rodents from the Late Miocene of Colombia, South America. University of California Publications in Geological Sciences, Berkeley, 32 (5): 273-404, pls. 1-36.

FONTDEVILLA, A. 1990. El problema taxonómico de las especies sinmórficas: un enfoque evolutivo. Pp. 131-144. En: RUIZ, A. y M. SANTOS (COORDS.): Temas actuales de biología evolutiva. Facultat de Ciències, Universitat Autonoma de Barcelona, Barcelona.

FRONZA, T.G.M. de, R.L. WAINBERG y B.E. LLORENTE. 1976. Polimorfismo del cromosoma X y significación filogenética del cariotipo de la "rata acuática" *Scapteromys aquaticus* (Rodentia, Cricetidae) de la ribera de Punta Lara (Argentina). Mendeliana, Rosario, Vol. 1, pp. 41-48.

FURLONG, G. 1968. Jorge Torre Revello, "a self made man". Biografía y Bibliografía de José Torre Revello. Instituto de Historia Argentina y Americana. Colección Índices y Bibliografías. II. Universidad del Salvador, Buenos Aires, pp. 1-340.

FURLONG, G.1969. Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810. El trasplante cultural: Ciencia. Ediciones TEA, Buenos Aires, pp. 1-505.

GAMOW, G. 1955. Un, deux, trois, …l'infini. Dunod, París, pp. 1-282.

GAMOW, G. 1956. Biografía de la tierra. Tercera edición, Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-328.

GAMOW, G. 1967 (1941). Un planeta llamado tierra. Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-238.

GAUTIER, F., J.C. LEFEUVRE, G. RICHARD y P. TREHEN. 1978. Écoéthologie. Collection d'Écologie, II. Masson, París, pp. 1-168.

GLEICK, J. 1998 (1988). Caos. La creación de una ciencia. Ediciones Seix-Barral, Barcelona, pp. 1-358.

GUERRINO, A.A. 2001. Bibliografía histórica de la Medicina Argentina. Ediciones Dunken, Buenos Aires, pp. 1- 516.

GYLDENSTOLPE, N. 1932. A Manual of Neotropical Sigmodont rodents. Kungl. Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar, (3) 11: 1-164.

HENNIG, W. 1965. Phylogenetic systematics. Annual Review of Entomology, Palo Alto, California, Tomo 10, pp. 97-116.

HENNIG, W. 1968. Elementos de una sistemática filogenética. Colección Manuales, EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires), Buenos Aires, pp. 1-353.

HERSHKOVITZ, P. 1962. Evolution of Neotropical Cricetine rodents (Muridae) with special reference to the Phyllotine group. Fieldiana: Zoology, Chicago, 46: 1-524.

HERSHKOVITZ, P. 1987. A history of the recent Mammalogy of the Neotropical Region from 1492 to 1850. Pp. 11-98. En: PATTERSON, B.D. y R.M. TIMM (EDS.). Studies in Neotropical Mammalogy. Essays in honor of Philip Hershkovitz. Fieldiana, Zoology, New Series, The Field Museum of Natural History, Chicago.

HERSHKOVITZ, P. 1994. The description of a new species of South American Hocicudo, or long-nosed mouse, genus *Oxymycterus* (Sigmodontinae, Muroidea), with a critical review of the generic content. Fieldiana, Zoology, Chicago, New Series, N° 79, pp. 1-43.

HOOPER, E.T. 1949. Faunal relationships of North American Rodents. Miscellaneous Publications, Museum of Zoology, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan, Nº 72, pp. 1-28.

HOOPER, E.T. y G.G. MUSSER. 1964. The glans penis in Neotropical cricetines (Family Muridae) with comments of Muroid Rodents. Miscellaneous Publications, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan, Nº 123, pp. 1-57.

HÜCKINGHAUS, F. 1961. Vergleichende Untersuchungen über die Formenmannigfeltigkeit der Unterfamilie Caviinae Murray, 1886. Zeitschrift für wissenchaftliche Zoologie, Leipzig, Band 166, Heft ½, seite 1-98.

HUXLEY, J., A.C. HARDY y E.B. FORD (COMPS.). 1958. El proceso de toda evolución biológica. Traducción de Faustino Cordón, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-462.

HUXLEY, J. 1965. La evolución. Síntesis moderna. Colección Ciencia y Vida, Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-591.

INGENIEROS, J. 1911. Sarmiento y Ameghino. Revista Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, La Plata, Volumen 9, pp. 203-224.

INGENIEROS, J. 1914. Exposición sistemática de las doctrinas de Florentino Ameghino. Revista Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, La Plata, Tomo 13, pp. 21-80.

INGENIEROS, J. 1951. Las doctrinas de Ameghino. Roggero y Cía. Buenos Aires, pp. 1-263. Ilustrado[1].

JACOB, F. 1999 (1970). La lógica de lo viviente. Una historia de la herencia. Prólogo de Ricard Guerrero, Colección Metatemas, 59, TusQuets Editores, Barcelona, pp. 1-315[2].

JEPSEN, G.L., E. MAYR y G.G. SIMPSON (Eds.). 1949. Genetics, Paleontology and Evolution. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, pp. 1-474.

JAIM ETCHEVERRY, G. 1999. La tragedia educativa. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-231.

KANTIS, E. 1963. Nueva localidad para marsupiales didélfidos coleccionados en el Chaco. Neotrópica, La Plata, Volumen 9, Nº 29, p. 54.

KIELAN-JAWOROWSKA, Z., R.L. CIFELLI y Z. LUO. 2004. Mammals from the age of dinosaurs: origins, evolution, and structure. Columbia University Press, New York.

KRAGLIEVICH, L. 1940. Obras de geología y paleontología. Recopilación hecha por J. Alfredo Torcelli y acabada por Carlos A. Marelli. Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, La Plata. Volumen I, pp. 1-559 + [4]; Volumen II, pp. 1-545; Volumen III, pp. 1-1000.

KRAGLIEVICH, J.L. y O.A. REIG. 1945. Un nuevo roedor extinguido de la subfamilia Hydrochoerinae. Notas del Museo de la Plata, La Plata, 10, Paleontología, Nº 85, pp. 263-276.

KUNDERA, M. 1996. La Inmortalidad. RBA Editores, S. A., Barcelona, pp. 1-408.

LAÍN ENTRALGO, P. 1986. Teatro del mundo. Colección Austral, Nº 1672, Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. 1-347.

1 La misma obra aparece previamente en José Ingenieros, 1919: Obras Completas. Volumen 15. Elmer Editor, Buenos Aires.

2 Hemos trabajado con la edición de 1973, de la Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

LANDRY, S.O. 1957. The interrelationships of the New and Old World Hystricomorph rodents. University of California Publications in Zoology, Berkeley, Volumen 56, Nº 1, pp. 1-118.

LANDRY, S.O. 1965. The status of the theory of the replacement of the Multituberculates by the Rodentia. Journal of Mammalogy, Vol. 46, Nº 2, pp. 280-286.

LAPORTE, L.F. 1991. Simpson, paleontology, and expansion of biology. En: BENSON, K. *et al.* (EDS.): The expansion of American Biology. Rutgers University Press.

LASCANO GONZÁLEZ, A. 1980. El Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires. Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires.

LAVOCAT, R. 1973. Les Rongeurs du Miocène d'Afrique Orientale. I. Miocène inferieur. École Practique des Hautes Études, Institut de Montpellier, Mémories, 1: 1-284.

LAVOCAT, R. 1981. The implicatios of Rodent Paleontology and Biogeography to geographical sources and origin of Platyrrhine Primates. Pp. 347-368. En: CLIOCHON, R.L. y A.B. CHIARELLI (EDS.). Evolutionary biology of New World Monkeys and Continental Drift. Plenum Press, New York, pp. 1-528.

LE GOFF, J. 1995. Pensar la historia. Grandes obras del Pensamiento, 74, Ediciones Altaya, Barcelona, pp. 1-267.

LEMAÎTRE, G. 1948. Cosmogonía. La hipótesis del átomo primitivo. Ediciones Ibero-Americana, Buenos Aires, pp. 1-189.

LÉRTORA MENDOZA, C. y G.M. PIACENTINO. 2012. Dos publicaciones de la comunidad de naturalistas: Anales y Physis en la época fundacional.

STEPPAN, S.J., R.A. ADKINS y J. ANDERSON. 2004. Filogenia y estimaciones de divergencia en datación por radiaciones rápidas en roedores muroideos basándose en genes nucleares múltiples. Systematic Biology, 53: 533-553.

LEWONTIN, R.C. 1970. The units of selection. Annual Review of Ecology & Systematics, Palo Alto, California, Volume 1, pp. 1-18.

LEWONTIN, R.C. 1974. The genetic basis of evolutionary change. Columbia University Press, New York, pp. 1-346.

LIZER y TRELLES, C.A. 1947. Introducción a la historia de la Entomología. Publicación de Extensión Nº 1, de Curso de entomología, Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, pp. 1-52.

LLANOS, A.C. 1941. Apuntes fisonómicos de la Prepuna de Jujuy y Salta. Revista Argentina de Zoogeografía, Buenos Aires, Tomo I, Nº 3, pp. 193-194.

LLANOS, A.C. 1944. Apreciaciones de campo con motivo de una concentración de roedores en las Provincias de Santa y Jujuy. Revista Argentina de Zoogeografía, Buenos Aires, Tomo IV, Nº 1-2, pp. 51-57.

LLANOS, A.C. 1947. Informe sobre la ecología de los roedores indígenas de Chilecito. Publicaciones del Instituto de Sanidad Vegetal, Ministerio de Agricultura de la Nación, Buenos Aires, Año III, Serie A, Nº 27, pp. 1-55.

LLANOS, A.C. 1955. Los mamíferos de la Patagonia. Natura, Buenos Aires, Tomo I, Nº 2, pp. 167-181.

LLANOS, A.C. y J.A. CRESPO. 1952. Ecología de la vizcacha (*Lagostomus maximus maximus* Blainv.) en el noroeste de la Provincia de Entre Ríos. Revista de Investigaciones Agrícolas, Buenos Aires, Tomo VI, Nº 3-4, pp. 289-378.

LÓPEZ, H.L. y J. PONTE GÓMEZ. 2009. Ictiólogos de la Argentina. ProBiota, FCNy M, UNNLP, Serie Técnica y Didáctica, Nº 14, La Plata, 1-62.

LÓPEZ PIACENTINI, C.P. 1962. El "loco de los Yuyos". Imprenta Moro Hermanos, Resistencia, Chaco, pp. 1-29.

LÓPEZ PIÑERO, J.M. 1988. Introducción. Emmanuel Radl y su historia de las teorías biológicas. Pp. i-xvi, en Emmanuel Radl: Historia de las teorías biológicas. I. Hasta el siglo XIX. AU 553, Alianza Universidad, Alianza Editorial, Madrid.

LORENZ, EN. 1963. Deterministic nonperiodic flow. Journal of Athmosferic Science, Volume 20, pp. 130-141.

LORENZ, EN. 2000. La esencia del caos. Un campo de conocimientos que se ha convertido en parte importante del mundo que nos rodea. Colección Pensamiento, Editorial Debate, Madrid, pp. 1-232.

LOVELOCK, J. 1985 (1971). Gaia. Una nueva visión de la vida sobre la Tierra. Muy Interesante, Biblioteca de Divulgación Científica, 22, Madrid, pp. 1-188.

LOVELOCK, J. 1993. Las Edades de Gaia. Una biografía de nuestro Planeta Vivo. Metatemas, 29, Clotet-Tusquets, Editores, Barcelona, pp. 1-266.

LOVELOCK, J. 2005 (2000). Homenaje a Gaia. La vida de un científico independiente. Ediciones Laetoli-Océano, Navarra, pp. 1-547.

LUGONES, L. 1915. Elogio de Ameghino. Otero y Cía, Buenos Aires, pp. 1-147.

MACARTHUR, R. y E.O. WILSON. 1967. Theory of Island Geography. Princeton University Press, Princeton, N. J., pp. 1-203.

MAÑÉ GARZÓN, F. 1990. Un siglo de darwinismo. Un ensayo sobre la historia del pensamiento biológico en el Uruguay. Facultad de Medicina, Sección Historia de la Medicina, Montevideo, pp. 1-347.

MAÑÉ GARZÓN, F. 1996. Historia de la ciencia en el Uruguay. Tomo I. Universidad de la República, Montevideo.

MAÑÉ GARZÓN, F. 1996. Historia de la ciencia en el Uruguay. Tomo II. De las Misiones Jesuíticas al fin del siglo XVIII. Colección del Rectorado, volumen III, Universidad de la República, Montevideo, pp. 1-245. Ilustrado.

MARGULIS, L. 2002. Una revolución en la evolución. Escritos seleccionados. Colección Honoris Causae, Universitat de Valencia, Valencia, pp. 1-374.

MARGULIS, L. y D. SAGAN. 1995. Microcosmos. Metatemas, 39, Tusquets Editores, Barcelona, pp. 1-317.

MARGULIS, L. y D. SAGAN. 2003. Captando genomas. Una teoría sobre el origen de las especies. Prólogo de Ernst Mayr, Editorial Kairós, Barcelona, pp. 1-308.

MAYR, E. 1968. Especies animales y evolución. Editorial de la Universidad de Chile y Editorial Ariel, S.A., Barcelona, pp. 1-808.

MAYR, E. 1998. Así es la biología. Colección Debate-Pensamiento, Ediciones Debate S. A., Madrid, pp. 1- 326.

MÁRQUEZ MIRANDA, F. 1951. Ameghino. Una vida heróica. Editorial Nova, Buenos Aires, pp. 1-327.

MÁRQUEZ MIRANDA, F. 1954. Ameghino. Una vida heróica. Editorial Nova, Segunda edición, Buenos Aires, pp. 1-327.

MÁRQUEZ MIRANDA, F. 1957. Valoración actual de Ameghino. Colección Nuevo Mundo. Editorial Perrot, Buenos Aires, pp. 1-54[3].

MARSHALL, J.T. y R.D. SAGE. 1981. Taxonomy of the house mouse. Pp. 15-25. En: BERRY, R.J. (EDS.). Biology of the house mouse. Symposium of Zoological Society of London, Nº 47, London.

MAZZANTI, D.L. y C.A. QUINTANA (EDS.). 2001. Cueva Tixi: cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia Oriental. I. Geología, Paleontología y Zooarqueología. Laboratorio de Arqueología, Universidad Nacional de Mar del Plata, Publicación especial 1, Mar del Plata, pp. 1-231.

MERCANTE, V. 1911. Florentino Ameghino; su vida y su obra. Revista Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, La Plata, Tomo 9, pp. 93-132.

MERCANTE, V. 1911. Monumento a Ameghino. Revista Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, La Plata, Tomo 12, pp. 359-361.

MERCANTE, V. 1911. Los valores morales de Ameghino. Revista de Filosofía, Buenos Aires, Tomo 3, Nº 6, pp. 345-352.

MERCANTE, V. 1927. Maestros y educadores. La inmortalidad. Bartolomé Mitre. Florentino Ameghino. José Ingenieros. Galería de Educadores, M. Gleizer Editor, Buenos Aires, pp. 1-222.

3 Esta obrita es la ampliación de un artículo del autor, aparecido tres años antes en el diario *La Nación* de Buenos Aires, bajo el mismo título.

MERCANTE, V. 1936. Florentino Ameghino. Rasgos biográficos. Revista de la Sociedad Luz, Buenos Aires, Serie 1, Nº 7, pp. 51-81.

MERCANTE, V. y J.B. AMBROSETTI. 1936. Vida y obra del doctor Florentino Ameghino; contribución a su conocimiento. Imprenta Metodista, Buenos Aires, pp. 1-142.

MIRANDA, M. y G. VALLEJO (Comps.). 2005. Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino. Siglo XXI de Argentina Editores, Buenos Aires, pp. 1-670.

MONOD, J. 1971. El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna. Editorial Monte Ávila, Barcelona-Caracas, pp. 1-216.

MOOJEN, J. 1943. Captura e preparação de pequeños mamíferos para coleções de estudo. Museu Nacional, Rio de Janeiro.

MOOJEN, J. 1950. Os roedores do Brasil. Biblioteca Científica Brasileira, Série A, Rio de Janeiro, nº 2, pp. 1-214.

MORRONE, J.J. 2002. Entre el escarnio y el encomio: León Croizat y la panbiogeografía. Interciencia, Caracas, enero-febrero 2002, vol. 25, Nº 1, pp. 41-45.

MORRONE, J.J. y J. LLORENTE BOUQUETS. 2002. Cuatro mitos acerca de la cladística. Dugesiana, Universidad de Guadalajara, México, Volumen 9, Nº 1, pp. 1-4.

MOTOYAMA, S. 1980. História das Ciências no Brasil. São Paulo.

NEUSCHLOSZ, S.M. 1942. El hombre y su mundo a través de los siglos. Historia de la evolución del pensamiento humano. Trece conferencias. Dirección Municipal de Cultura, Rosario, pp. 1-310.

NOEL, M.A. 1996. Sí, juro. Augustin P. Justo y su tiempo. Edciones Anagrama, Buenos Aires, pp. 1-203.

NOMURA, H. 1998. História da Zoología no Brasil. Seculo XVIII. Museu Bocage, Lisboa, Publicaçôes Avulsas, 2ª. Série, Nº 4, pp. 1-313.

NORDENSKIÖLD, E. 1949. Evolución histórica de las ciencias biológicas. Traducción de Justo GARATE. Espasa-Calpe Argentina, S. S., Buenos Aires, pp. 1-714.

NÚÑEZ, S. y J. ORIONE. 1993. Disparen contra la ciencia. De Sarmiento a Menem, nacimiento y destrucción del proyecto científico argentino. Colección Espasa Hoy, Editorial Espasa Calpe Argentina S. A., Buenos Aires, pp. 1-216.

OPARIN, A.L. 1973 (1970). Origen de la vida sobre la tierra. 2º edición española[4]. Editorial Tecnos, Madrid, pp. 1-365.

ORTEGA, E.C. 1945. Historia de la biografía. Colección Cultura Universal, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, pp. 1-430.

OSGOOD, W.H. 1916. Mammals of the Collins-Day South American Expedition. Field Museum of Natural History, Zoology Series, Chicago, 10: 199-216, pl. 6-7.

OSGOOD, W.H. 1943. The Mammals of Chile. Field Museum of Natural History, Zoology Series, Chicago, 30: 1-268.

PALMA, R.E. 2007. Estado actual de la Mastozoología en Chile. Mastozoología Neotropical, SAREM, Mendoza, Vol. 14, Nº 1, enero-junio 2007, pp. 5-9.

PAPP, D. 1979. Ideas revolucionarias en la ciencia. Su historia desde el Renacimiento hasta promediar el siglo XX. Tomo III. Grandes corrientes de la ciencia contemporánea. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, pp. 1-522.

PARDIÑAS, U.F.J. 2006. La encrucijada de los mamíferos vivientes y los estudios taxonómicos en la Argentina. Mastozoología Neotropical, 13 (1): 5-9.

PARDIÑAS, U.F.J y C. BERTONATTI. 2001. Elio Massoia (1936-2001). Mastozoología Neotropical, Buenos Aires, Vol. 8, (1): 93-102.

PASCUAL, R. 1985. George Gaylord Simpson, 1902-1984. Ameghiniana, Buenos Aires, Tomo 21, N° 2-4, pp. 316-318.

PASCUAL, R. y E. ORTIZ-JAUREGUIZAR. 2007. The Gondwanan and Southamerican episodes: two major and unrrelated moments in the history of South American Mammals. Journal of Mammalian Evolution, 14: 75-137.

4 Da cuenta del interés despertado por la obra la prontitud de la segunda edición española. Antes de que llegara la edición completa, circuló ampliamente en Buenos Aires, una edición resumida de cerca de cien páginas, en tamaño bolsillo, presentada por una editorial argentina especializada en obras rusas.

PEARSON, O.P. 1948. Life history of the Mountain vizcachas in Perú. Journal of Mammalogy, 29 (4): 345-374.

PEARSON, O.P. 1959. Biology of the subterranean rodents, *Ctenomys*, in Perú. Memorias del Museo de Historia Natural "Javier Prado", Lima, Nº 9, pp. 1-56.

PEARSON, O.P. 1972. New information on ranges and relationships within the rodent genus *Phyllotis* in Perú and Ecuador. Journal of Mammalogy, Vol. 53, Nº 4, pp. 677-686[5].

PEARSON, O.P. 1975. An outbreak in the coastal desert of Perú. Mammalia, París, Vol. 39, Nº 3, pp. 375-386.

PEARSON, O.P. 1982. Distribución de pequeños mamíferos en el altiplano y los desiertos del Perú. Pp. 263-284. En: SALINAS, P. (EDS.). Zoología Neotropical, Actas VIII Congreso Latinoamericano de Zoología, Mérida, Venezuela.

PEARSON, O.P. 1983. Characteristics of a mammalian fauna from forest in Patagonia, Southern Argentina. Journal of Mammalogy, Vol. 64, Nº 3, pp. 476-492.

PEARSON, O.P. 1984. Taxonomy and Natural History of Fossorial Rodents of Patagonia, Southern Argentina. Journal of Zoology, London, Vol. 202, pp. 225-237.

PEARSON, O.P., N. BINSZTEIN, L. BOIRY, C. BUSCH, M. DI PACE, G. GALLOPIN, P. PENCHASZADEH y M. PIANTANIDA. 1968. Estructura social, distribución espacial y composición por edades de una población de Tucu-Tucos (*Ctenomys talarum*). Investigaciones Zoológicas Chilenas, Santiago de Chile, Vol. 13, pp. 47-80.

PEREDNIK, G.D. 2006. El silencio de Darwin. Ediciones Simurg, Buenos Aires, pp. 1-309.

5 Se expone con particular extensión la bibliografía más relevante de Oliver P. Pearson debido a la gran influencia que ejerció especialmente en Elio Massoia, que a pesar de cierta animosidad inicial hacia el ecólogo norteamericano, varió su actitud hacia él y leía y comentaba cuidadosamente sus trabajos. Además, éstos constituyen, en cierto modo, la piedra fundamental de la segunda etapa del desarrollo de la ecología en la Argentina, cuyo impulso, aunque habiendo ganado gran complejidad, continúa hasta la actualidad.

PEARSON, O.P. y M.I. CHRISTIE. 1991. Sympatric species of *Euneomys* (Rodentia: Cricetidae). Studies on Neotropical Fauna and Environment, Vol. 26, Nº 2, pp. 121-127.

PEARSON, O.P. y J.L. PATTON. 1976. Relationships among South American Phyllotine Rodents based on chromosome analysis. Journal of Mammalogy, Vol. 57, Nº 2, pp. 339-350.

PEARSON, O.P. y A.K. PEARSON. 1982. Ecology and biogeography of the Southern Rainforest of Argentina. Special Publications Series Pymatuning Laboratory of Ecology, Vol. 6, pp. 129-142.

PEREYRA, W.L. 1995. La prensa literaria argentina, 1890-1974. Tomo segundo. Los años rebeldes, 1920-1929. Librería Colonial, Buenos Aires, pp. 1-298.

PEREYRA, W.L. 1996. La prensa literaria argentina, 1890-1974. Tomo segundo. Los años ideológicos, 1930-1939. Librería Colonial, Buenos Aires, pp. 1-368.

PITMAN, N.C.A., SALAS, K., M.C. LOYOLA, AZÁLDEGUI, G. VIGO y D.A. LUTZ. 2009. Historia e impacto de la literatura científica del Departamento Madre de Dios, Perú. Revista Peruana de Biología, Lima, Volumen 15, Nº 2, pp. 015-022.

PODGORNY, I. 1997. De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. Entrepasados, Revista de Historia, Buenos Aires, Volumen 13, pp. 37-61.

PODGORNY, I. 1999. La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular. Redes, Buenos Aires, Volumen 6, Nº 14, pp. 157-176.

PODGORNY, I. 2000. De la biografía del sabio: el caso de Florentino Ameghino. Pp. 65-72. En: Simposio: Obra de los Hermanos Ameghino. XV Jornadas Argentinas de Paleontología de Vertebrados, 3 al 6 de mayo de 1999, La Plata. Publicación especial de la Universidad Nacional de Luján, Departamento de Ciencias Básicas, Sergio G. VIZCAÍNO, Editor.

POUX, C., P. CHEVRET, D. HUCHON, W.W. DE JONG y E.J.P. DOUZERY. 2006. Arrival and diversification of caviomoroph rodents and platyrrine primates in South America. Systematic Biology, Vol. 65, Nº 2, pp. 228-244.

PRIGOGINE, I. 1977 (1972). ¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos en el orden. Metatemas, Tusquets editores S. A., Barcelonas, pp. 1-325.

RADL, E.M. 1988. Historia de las teorías biológicas. 1. Hasta el siglo XIX. Introducción de José María López Piñero. Alianza Universidad, AU553, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-334.

RADL, E.M. 1988. Historia de las teorías biológicas. 2. Desde Lamarck y Cuvier. Introducción de José María López Piñero. Alianza Universidad, AU553, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-425.

RAPOPORT, O. y E.H. RAPOPORT. 1955. Un sistema de referencia para la interpretación de las funcioneas biológicas elementales. Revista del Museo de La Plata, Sección Zoología, La Plata, 4: 331-357.

REIG, O.A. 1958. Proposiciones para una nueva macrosistemática de los anuros (nota preliminar). Physis, Buenos Aires, Tomo XXI, Nº 60, pp. 109-118.

REIG, O.A. 1962. La Paleontología de Vertebrados en la Argentina. Retrospección y perspectiva. Holmbergia, Buenos Aires, Tomo VI, Nº 17, pp. 67-127.

REIG, O.A. 1968. Peuplement de Vertébrés Tétrapodes de l'Amérique du Sud. Pp. 215-260. En: DELAMARE-DEBOUTERVILLE, C. Y E. RAPOPORT (DIRECTEURS). Biologie de l'Ámérique Australe. Volume IV. Études sur la faune du sol. Documents biogéographiques. Éditions du CNRS, París.

REIG, O.A. 1970. La zoología moderna y la crisis de la biología. Pp. 351-360. En: La ciencia en Venezuela. Valencia, Venezuela.

REIG, O.A. 1981. Teoría del origen y desarrollo de la fauna de mamíferos de América del Sur. Monographiae Naturae, 1: 1-162.

REIG, O.A. 1991. Improvement of the biology of organic diversity. Interciencia, Caracas, sept.-oct., 1991, Volumen 16, Nº 5, pp. 272-274.

RENGGER, J.R. 1830. Naturgeschichte der Säugethiere von Paraguay. Schweighausen Buchhandlung, Basel, pp. 1-394.

RENGGER, J.R. 2010. Viaje al Paraguay en los años 1816 a 1826. Editado según el manuscrito del autor por A. Rengger. Con un mapa y tres páginas de ilustraciones. Aaraux, 1835 en la editorial de H. R. Sauerlaender. Traducido al castellano, prologado y anotado por Alfredo Tomasini y José Braunstein, Editorial Tiempo de Historia, Asunción, pp. 1-358.

RENSCH, B. 1959. Evolution above the species level. Methuen and Co. LTD, London, pp. 1-419.

REVEL, E. 1951. J. H. Favre, l'Homere des insectes. Delagrave, París, pp. 1-231.

RINGUELET, R.A. 1955. Zoogeografía de la Provincia de Buenos Aires. Notas del Museo de La Plata, Buenos Aires, 17 (Zoología, 156): 1-15.

RINGUELET, R.A. 1961. Rasgos fundamentales de la zoogeografía argentina. Physis, Buenos Aires, 22 (63): 151-170.

RINGUELET, R.A. 1967. Historia, estado actual y futuro de la zoología en la República Argentina. Acta Zoológica Lilloana, San Miguel de Tucumán, XXIII, pp. 5-43.

ROMÁN, V. y L. CAPPOZZO. 2009. Darwin 2.0. La teoría de la evolución en el siglo XXI. Colección Historia Urgente, 22, Editorial Marea, Buenos Aires, pp. 1-190.

ROMERO, F. 1937. Sobre el espíritu de facción. Sur, Buenos Aires, pp. 1-135.

ROMERO, F. 1958. Ideas y figuras. Biblioteca Contemporánea, Editorial Losada S. A., Buenos Aires, pp. 1-149.

ROMERO, F. 1958. Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual. Biblioteca Contemporánea, Editorial Losada S. A., Buenos Aires, pp. 1-135.

ROMERO, J.L. 1944. La biografía como tipo historiográfico. Humanidades, La Plata, Tomo 29, pp. 117-133.

ROUGIER, G.W., A.G. MARTINELLI, A. FORASIEPI y M.J. NOVACEK. 2007. New Jurassic Mammal from Patagonia, Argentina: a reappraisal of Australosphenidan morphology and interactions. American Museum Novitates, New York, 3566, pp. 1-54.

RUSSELL, B. 1975 (1916). Principios de reconstrucción social. Colección Austral, 1581, Espasa-Calpe S. A., Madrid, pp. 1-203.

SÁEZ, F.A. 1931. The chromosomes of the South American opossum, *Didelphis paraguayensis*. The American Naturalist, volume LXV, May-June 1931, pp. 287-288.

SAITTA, S. 2000. El escritor en el bosque de ladrillo. Una biografía de Roberto Arlt. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-325.

SANBORN, C.C. 1929. The land mammals of Uruguay. Field Museum of Natural History, Zoology Series, Chicago, 17: 147-165.

SÁNCHEZ, L.A. 1956. ¿Tuvimos maestros en nuestra América? Balance y liquidación del novecientos. Ediciones Raigal, Buenos Aires, pp. 1-193.

SARLO, B. 1998. La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas. Ariel, Editorial Planeta Argentina S. A., Buenos Aires, pp. 1-292.

SCHMALHAUSEN, I.I. 1949. Factors of evolution. The theory of stabilizing selection. The Blackiston Company, Philadelphia-Toronto, pp. 1-327.

SCHWARTZMAN, S. 1983-1985. A space for Science. The development of the scientific community in Brasil.

SHARROCK, J.T.R. 2010. The Atlas of breeding birds in Britain and Ireland. A. and C. Black, London, pp. 1-704.

SIMPSON, G.G. 1950. Rhytme et Modalités de l'Evolution. Éditions Albin Michel, París, pp. 1-351.

SIMPSON, G. G. y A. ROE. 1939. Quantitative Zoology. McGraw-Hill Book Co., New York & London, pp. 1-414.

SIMPSON, G.G. 1950. Geografía y evolución. EUDEBA, Buenos Aires.

SIMPSON, G.G. 1980. Splendid Isolation. The curious history of South American Mammals. Yale University Press.

STEHLI, F.G. y S.D. WEBB. 1985. The Great American Interchange. Planum Press.

STEPPAN, S.J., R.A. ADKINS y J. ANDERSON. 2004. Filogenia y estimaciones de divergencia en datación por radiaciones rápidas en roedores muroideos basándose en genes nucleares múltiples. Systematic Biology, Vol. 53, pp. 533-553.

SURIANO, J. 2010. La biografía como género histórico. Ñ, Revista de Cultura, Buenos Aires, Nº 412, p. 17.

TALEB, N.N. 2008. El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable. Colección Paidós Transiciones, 69, Paidós, Barcelona, pp. 1-491.

TATE, G.H.H. 1932a. The South American Cricetidae described by Félix de Azara. American Museum Novitates, New York, 557: 1-5.

TATE, G.H.H. 1932b. The taxonomic history of the South American Cricetid genera *Euneomys* (subgenera *Euneomys* and *Galenomys*), *Auliscomys, Chelemyscus, Chinchillula, Phyllotis, Paralomys, Geomys, Eligmodontia*, and *Hesperomys*. Bulletin of the American Museum of Natural History, New York, 541: 1-31.

TATE, G.H.H. 1933. A systematic revision of the Marsupial genus *Marmosa*. Bulletin of the American Museum of Natural History, New York, 66 (1): 1-250.

TATE, G.H.H. 1935. The taxonomy of the genera of Neotropical hystricoid Rodents. Bulletin of the American Museum of Natural History, New York, Vol. LXVIII, pp. 295-447.

TERUGGI, M.E. 1989. Museo de la Plata, 1888-1998. Una centuria de Honra. Fundación Museo de la Plata Francisco Pascasio Moreno y Banco de Boston, Buenos Aires, pp. 1-155.

TETA, P., A. ANDRADE y U.F.J. PARDIÑAS. 2005. Micromamíferos (Didelphimorphia y Rodentia) y paleoambientes del Holoceno tardío en la Patagonia noroccidental extra-andina (Argentina). Archaeofauna, 14: 183–197.

TETA, P., U.F.J. PARDIÑAS, D.E. UDRIZAR SAUTHIER y G. D'ELÍA. 2009. *Loxodontomys micropus* (Rodentia: Cricetidae). Mammalian Species, 837: 1–11.

THOM, R. 1993 (1980). Parábolas y catástrofes. Entrevista sobre matemática, ciencia y filosofía. Metatemas, Clotet-Tusquets, Barcelona, 11, pp. 1-197.

TONNI, E.P., A.L. CIONE y M. BOND. 1998. El estudio de los vertebrados del Cuaternario en la Argentina. Primera parte. Períodos Preameghiniano y Ameghiniano. Revista Museo, La Plata, 2 (12): 17-22.

TORCELLI, A.J. 1913. Vida y obras del sabio. Pp. 1-397, en Florentino AMEGHINO: Obras Completas. Tomo I. Taller de Impresiones Oficiales, La Plata.

TRABULSE, E. 1983-1985. Historia de la Ciencia en México. Fondo de Cultura Económica, México, 5 volúmenes.

TULLBERG, T. 1899. Ueber das System der Nagetiere: Eine phylogenetische Studie. *Nova Acta Regiae Societatis Scientiarum Upsaliensis, Uppsala, Series 3, Volume* 18, pp: 1-514.

VALLEJO, G. 2007. Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955). CSIC, Consejo Supeior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 1-452.

VAN ZYLL DE JONG, C.G. 1987. A phylogenetic study of the Lutrinae (Carnivora, Mustelidae) using morfological data. Canadian Journal of Zoology, 65: 2336-2544.

VAZ FERREIRA, R. 1960. Nota sobre Cricetidae del Uruguay. Anales de la Sociedad de Biología de Montevideo, Montevideo, volumen 24, pp. 66-75.

VAZ FERREIRA-RAIMONDI, R. 2004. Memorias de un Zoólogo. Recuerdos y evocaciones. Graphis, Ediciones por Nuestra Naturaleza, Montevideo, pp. 1-195.

VÁZQUEZ RIAL, H. 2012. El grotesco literario argentino. Libertad Digital, Suplementos, Madrid, 2 de abril de 2012.

VESSURI, H. 1999. Los viajes de G. G. Simpson a Sudamérica: visión científica y experiencia subjetiva. Redes, Buenos Aires, volumen 11, N° 14, pp. 14-39.

VON ROSEN, E. 1957. Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de los Andes. Opera Lilloana, San Miguel de Tucumán, Nº 1, pp. 1-306.

VON UEXKÜLL, J.J. 1951. Ideas para una concepción biológica del mundo. Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-244.

WAINBERG, W.L. y T.G. de FRONZA. 1974. Autosomic polymorphism in *Phyllotis griseoflavus griseoflavus* W. 1837 (Rodentia, Cricetidae). Boll. Zool., 41: 19–24.

WATERHOUSE, G.R. 1839a. Observations on the Rodentia, with a view to point out the groups, as indicated by the structure of the crania, in this order of Mammals. The Annals and Magazine of Natural History, London, Series 3 (1939), pp. 90-96.

WATERHOUSE, G.R. 1839b. Observations on the Rodentia, with a view to point out the groups, as indicated by the structure of the crania, in this order of Mammals. The Annals and Magazine of Natural History, London, Series 3 (1939), pp. 184-188.

WATERHOUSE, G.R. 1839c. Observations on the Rodentia, with a view to point out the groups, as indicated by the structure of the crania, in this order of Mammals. The Annals and Magazine of Natural History, London, Series 3 (1939), pp. 274-279.

WATERHOUSE, G.R. 1839d. Observations on the Rodentia, with a view to point out the groups, as indicated by the structure of the crania, in this order of Mammals. The Annals and Magazine of Natural History, London, Series 3 (1939), pp. 593-600.

WATERHOUSE, G.R. 1838-1839. Mammalia. En: DARWIN, C. The Zoology of the Voyage of the H. M. S. Beagle, under the Command of Capitan Fitz Roy, during the years 1832-1836. With notes by Charles Darwin. Part I. Smith, Elder & Co., London, N° 1, 1838; N° 2, 1838; N° 3, 1838; N° 4, 1839.

WHITE, H. 1910. Ficción histórica, historia funcional y realidad histórica. Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 1-230.

WHITE, M.J.D. 1951. Citología animal y evolución. Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, pp. 1-511.

WHITE, M.J.D. 1978. Modes of speciation. W. H. Freeman & Co., San Francisco, pp. 1-455.

WILSON, D.E. y D.M. REEDER (EDS.). 2005. Mammal Species of the World. A Taxonomic and Geographic Reference. 3ª edición. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, pp. 1- 2.142.

WILSON, E.O. 1980. Sociobiología. La nueva síntesis. Editorial Omega, Barcelona, pp. 1-701.

WILSON, E.O. 1989. Biofilia. Colección Breviarios, Nº 477, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-283.

WILSON, E.O. 1995. El naturalista. Colección Pensamiento, Editorial Debate, Madrid, pp. 1-372.

YGOBONE, A.J. 1979. Francisco P. Moreno. Arquetipo de los argentinos. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-415.

ZEPELLINI FILHO, D., A.C. RIBEIRO, G. RIBEIRO, M.P. AGUIAR FRACASSO, M. MONETTI PAVANI, O. MULLER PATRAO OLIVEIRA, S.A. DE OLIVEIRA y A.C. MARQUES. 2003. Faunistic survey of sandstone caves from Altinópolis Region, Sâo Paulo State, Brasil. Papéis Avulsos de Zoologia, Sâo Paulo, 45 (3): 93-99.

Anexo 1
Bienvenida a los asistentes

Julio Rafael Contreras, 13.03.2002[1]

Me siento muy honrado al daros la bienvenida en nombre de la Comisión Organizadora de esta reunión y en el de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara. Nada puede resultarnos más grato que haber arribado a la certidumbre fáctica de que el Congreso ya es real y se va a realizar en ésta y en las sucesivas jornadas.

En circunstancias normales esas consideraciones no serían dignas de ser expresadas, pero en este caso, hace varios meses que hemos estado trabajando para organizar adecuadamente el Congreso y creemos que en ese tiempo hemos atravesado la crisis más profunda de la historia argentina. En más de una ocasión debatimos el contexto nacional y debimos justificar ante nosotros mismos si debíamos y –más aún- si podíamos seguir adelante. En cada caso la

1 Como el ensayo precedente acerca de Elio Massoia adopta, siguiendo el canon epistemológico de la biografía de un personaje histórico, la visión conjunta e inseparable de éste y su época, creemos oportuno incluir los Apéndices 1 y 2, que dan cuenta de nuestras palabras pronunciadas públicamente en la conmemoración del décimo aniversario del fallecimiento de Osvaldo A. Reig, un personaje central del contexto massoiano y, a la vez, una figura paradigmática de las ciencias biológicas argentinas durante el desenvolvimiento de buena parte de la vida tanto del biografiado, Elio Massoia, como del propio autor. Ellas nos traen algunos ecos de la resonancia del acontecer argentino de entonces y exponen las líneas generales de lo que sentimos como protagonistas de una especialísima época de la ciencia argentina.

respuesta fue afirmativa y hallamos que seguir trabajando no sólo era la mejor alternativa, sino que era imperioso hacerlo ya que de ese modo formulábamos una respuesta ética y cívica ante las fuerzas desatadas que devoran a la nación.

A tal punto socavó la esencia misma de la vida argentina el agitado y caótico acontecer económico y social vivido desde el pasado mes de noviembre, que los planteos sobre qué hacer han dejado obligadamente el plano del acaecer circunstancial, contingente y sectorial, para asumir un verdadero carácter existencial y profundo, revelando que ahora está en juego el ser o no ser nacional.

Los campos de la ciencia y de la cultura no sólo no son ajenos a esos planteos, sino que son estructuralmente necesarios para todo intento de recuperación. Si consideramos que esa proposición es correcta, la primera consecuencia de tal asunción sería un aumento creciente en la responsabilidad ética, social y cívica de los científicos e intelectuales.

Es, justamente, en ejercicio de esa responsabilidad que nos reunimos hoy convocados centralmente para conmemorar el décimo aniversario de esa gran figura de la ciencia nacional que fuera Osvaldo A. Reig. Queremos hacerlo como él más lo hubiera valorado, dedicados a exponer resultados y temas de investigación, pero fundamentalmente a intensificar y profundizar líneas de pensamiento, actividades, actitudes teóricas y pragmáticas, teorías y metodologías, es decir, a enriquecer las bases del pensamiento y de la práctica en el campo de las ciencias biológicas.

Sabemos que en esta reunión contamos, junto a nosotros, con colegas europeos y de diversos países de América. Consideramos fundamental dejar ante ellos una imagen, no tanto de lo que nos sucede en la Argentina como acontecer generalizado a toda la sociedad, sino darles testimonio acerca de cómo respondemos a una situación que hace tres días, el pasado domingo, el prestigioso diario madrileño *El País* caracterizaba con una imagen zoológica: decía que en la Argentina, de comunidad organizada y culta que llegamos otrora a ser, estábamos emergiendo del capullo que nosotros mismos nos labramos, transformados en una larva informe, es decir, habríamos sufrido una especie de metamorfosis invertida. Esperamos que los de afuera podáis comprobar que en el interior de esa larva todavía persisten estructuras organizadas y que estamos empeñados en tratar de emerger apelando a la mejor memoria de nuestras bases históricas, morales y de voluntad. Para proseguir también necesitamos contar con vuestra solidaridad y apoyo.

Inicialmente pensamos en un temario exclusivamente dedicado a la vertebradología básica y evolutiva y a sus aspectos aplicados. Pero enseguida surgió la pertinencia de extender la convocatoria a los campos de la historia y la filosofía de la ciencia. La evocación reigiana avalaba mucho más esta alternativa que el criterio de restringirse sólo a la primera.

Examinando ahora el total de comunicaciones y conferencias presentadas comprobamos con alguna sorpresa que casi la mitad corresponde a la segunda temática: historia y filosofía de la ciencia.

No podemos reiterar aquí la dureza de una crítica que suele hacerse: en la Argentina hay casi más cátedras, especialistas y trabajos publicados acerca de la historia, la filosofía, la sociología y la metodología de la ciencia que especialistas trabajando en áreas científicas de investigación. Es posible que en este momento sea así, especialmente por el desaliento de la investigación en los últimos años, motivado por el hecho de que es mucho más caro en términos presupuestarios realizar investigación, que especular sobre cómo se hace ciencia, para qué se hace y cuáles son sus relaciones sociológicas, históricas y epistemológicas.

Pero, más allá de esa circunstancia, conviene que sólo analicemos si deben plantearse temas "metacientíficos" y si los mismos son pertinentes para el desarrollo y la consolidación de la ciencia nacional. Es evidente que sí, que sólo el "posicionamiento" adecuado mental, cultural e histórico del investigador o del científico aplicado lo habilita para serlo plenamente.

Cuenta Renán que en las universidades de la Francia medieval, cuando se presentaba un catedrático nuevo era tradicional que los alumnos le pidieran que dedicara su primera clase a hablar acerca del alma. De este modo aspiraban a conocer cuál era la ubicación fundamental, última y trascendente de quien debía contribuir a formarlos. Hoy el "problema del alma" ya no tiene vigencia. La neurofisiología, la psicología, e incluso la antropología filosófica lo han corrido del escenario con planteos acerca de la relación mente-cuerpo (Charles Sherrington, John Eccles, Karl Popper y Mario Bunge escribieron páginas significativas al respecto) o sobre la evolución de la mente como lo sintetizó muy bien Estela Santilli en un reciente artículo…

Pero lo que más debiera interesarnos ahora para lograr una valoración como la que buscaban los estudiantes del medioevo sería conocer cómo se ubica un profesor o un investigador con respecto a la dimensión histórica de su disciplina y cuál es su cosmovisión general, cuál es su grado de acceso, si es que lo tiene, a la que Karl Popper llamara la tercera cultura, la que aspira a reunir en un campo de síntesis final la cultura científica con la filosófica y la humanística. De la capacidad argentina para trabajar efectivamente en este campo hay un bello ejemplo en la notable obra de Guillermo Boido: *Noticias del Planeta Tierra*, publicada en 1996.

Valga entonces para esta reunión, la concurrencia de los intereses especializados de la ciencia vertebradológica junto a la de los de historiadores, filósofos, epistemólogos y humanistas para enriquecer, profundizar y hacer más fructífero este encuentro.

El homenaje a Osvaldo Reig no sólo debe dar lugar a un justo y merecido rescate de su memoria y a una revaloración póstuma de su legado. Debe también destacar el sentido ético y la responsabilidad social, patriótica y fundamentalmente humana del científico. Además debe incluir en la recordación a muchos de los colegas y amigos que hemos perdido en la década que se cierra en este año del aniversario reigiano. Asociamos así en la recordación y el homenaje a José Luis Minoprio, a Miguel Fernando Soria, a Elio Massoia, a Marta Piantanida, a Gunnar Höy, a José María Gallardo, a Jorge Cranwell, y a otros colegas desaparecidos. También queremos aprovechar esta ocasión para formular votos por el restablecimiento del destacado científico y querido colega y amigo Fernando Kravetz, que hoy no puede acompañarnos por estar postrado por una grave enfermedad.

Como suele suceder en estos encuentros, predominan los jóvenes. Hacia ellos va nuestra mejor voluntad docente y de apertura. Para ellos es la dedicación fundamental de nuestros esfuerzos de hoy. La enseñanza es una forma de amistad decía el historiador francés Jules Michelet, ejercerla no sólo asegura la continuidad de las generaciones sino el cumplimiento de los objetivos de la ciencia que practicamos.

Al rendir homenaje a Osvaldo Reig es imprescindible destacar que lo consideramos vector y catalizador de la instalación de un nuevo paradigma en la biología argentina de hace medio siglo. Ahora ya se percibe la llegada de otro de reemplazo que va a flotar indefinidamente en las alturas mientras no se asiente entre nosotros la capacidad de recibirlo e instaurarlo. La biología alteró dramáticamente sus límites. Penetra en campos antes insospechados, en áreas antes reservadas a otras disciplinas. Además recibe aportes y se interpenetra con otras ciencias duras y blandas en una dimensión previamente insospechable.

La teoría del caos, la eliminación de todo pensamiento teleologista u ortogenético, el haber alcanzado o estar muy cerca de los límites del reduccionismo en citología, los avances de la biología molecular, los planteos modernos de la taxonomía, la concepción de una biodiversidad cien veces mayor que la supuesta hace medio siglo, la biogeografía dinámica, el cambio climático y la detección de moduladores y reguladores macroambientales, el derrumbe de las hipótesis lingüísticas chomskianas, la ampliación del "nosotros" genérico al ascender los conceptos de lenguaje, mente y personalidad animal, la amenaza de las enfermedades emergentes, la antropización casi total de los ecosistemas a nivel planetario, la extinción masiva de especies, la crisis del psicoanálisis ante la etología y los planteos epistemológicos modernos, la noción renovada de coevolución o evolución conjunta, como la denominara Faustino Cordón, la certeza de sucesivas biosferas estructuradas y su barrido por –al menos– cuatro grandes extinciones masivas en el tiempo geológico; esto asociado a una

notable ampliación del conocimiento de las biotas precámbricas, el desafío de teorías novedosas: el gen egoísta, la sociobiología, las nuevas ideas cosmogónicas y cosmológicas. Todo eso prefigura, si es que queremos que subsista una biología animal actualizada en el país y en la región, la provisión de las dos necesidades fundamentales que venimos esbozando: por un lado la profundización del diálogo y del intercambio entre nosotros; y por otro, ahondar nuestra capacidad receptiva y nuestra permeabilidad al creciente flujo de aportes y de resultados universales a través de un sólido posicionamiento que ponga en juego en cada uno y colectivamente, no sólo la adecuada formación específicamente biológica sino una apertura cultural, filosófica, histórica y humanística.

¡Qué las jornadas de convivencia para las que nos aprestamos sean tan fructíferas como ambicionamos! Haremos todo lo posible para ello. Sed todos bienvenidos.

Anexo 2
Palabras de homenaje a Osvaldo Reig, 13.03.2002[1]

Ha dicho el filósofo hispano-mexicano José Gaos, que celebrar un aniversario es asignar el día o el año en el que "vuelve" lo esencial de aquello que se celebra, y esa "esencialidad" está dada por lo que centralmente importa para los que lo conmemoran. En nuestro caso de hoy –y en el mío en particular– se trata de balancear una doble asignación de "importancia": por un lado lo que como miembro de una comunidad científica y de pensamiento, siento como importante, y por otro, por algo que no experimentaría si estuviera rindiendo homenaje a Ameghino, a Galileo o a Newton: la carga personal y afectiva que se suma a la valoración del protagonista de esta rememoración, dado que fui su amigo, su compatriota y su contemporáneo. No puedo, por lo tanto descargar de mi ánimo la subjetividad y la emoción con que tengo que evocar a Osvaldo A. Reig.

Casi con asombro y con una sensación de irrealidad del tiempo y de la distancia que ahora nos separa de la escena, recuerdo vivamente un día del otoño del año 1960 cuando Máximo Valentinuzzi convocó en la Sociedad Científica

1 Para presentar y justificar la inclusión de este Anexo caben las mismas consideraciones que aportamos para el Anexo 1.

Argentina a un simposio intitulado Biología y Cibernética. El salón estaba casi repleto y cerca de mí, apenas separado por un estrecho pasillo entre los asientos, estaba sentado un joven moreno, de tez pálida y gruesas lentes con marco negro, que tenía una carpeta y libros sobre sus piernas y atendía concentrado las disertaciones. Lo vi participar muy someramente en la discusión final de alguna conferencia, y después nos dispersamos. Hubo otras reuniones de la serie pero ya no lo volví a ver. Ni siquiera sé por qué reparé en él. Un año más tarde lo reconocí, cuando atraído por la investigación en el campo de la zoología, acudí a su despacho en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, no sabiendo que la persona que buscaba sería mi ocasional vecino de aquella noche en la Sociedad Científica. Trabamos de allí en adelante una relación que duraría tres décadas, con variable intensidad y frecuencia de contacto, en la que hubo como en toda relación humana rica e intensa, encuentros y desencuentros; colaboración y distancia; períodos de intensificación y de silencio, pero –estoy seguro de ello– siempre de mutuo afecto y respeto.

Ése es el ser humano que evoco, es "mi" Osvaldo Reig con el que compartí un lapso de mi paso por este planeta, apenas un instante en la extensión del tiempo cósmico. Pero sé que a través de esa coincidencia, quedó en mí sedimentada con intenso relieve la huella del contacto con la calidad humana e intelectual de Osvaldo Reig.

Hoy, corridos ya diez años de su ausencia, quiero evocarlo más allá del ditirambo fácil y de la recordación convencional. Ricardo Rojas creía que en la evocación de una personalidad era necesario a la vez revestirla de su estructura carnal para fijar en ella el lado humano y afectivo en el que a veces subyace algo de la motivación de su obra; y, además, seguirla en su dimensión espiritual e intelectual para entenderla en relación con su tiempo y con su tarea humana.

Poco voy a decir acerca de quién era el Osvaldo Reig humano y cotidiano: es un ámbito de recuerdo privado y subjetivo, en el que se destaca un hombre complejo, de personalidad avasallante, lúcido hasta lo extremoso, curioso, abierto y permeable a todas las formas de pensamiento, sensibilidad y creación. Era callado y reservado acerca de su intimidad. A veces se retraía y ensimismaba, otras era expansivo y hasta juguetón. Raramente hablaba de su pasado, de su niñez, de su familia. Recordaba sus años formativos en forma parecida a como caracterizara una vez Julio Cortázar los propios: "... *en esos siete años* [de escuela secundaria y profesorado] *yo fui un autodidacta completo. Yo estudiaba lo que me daba la gana y lo que no me gustaba no lo estudié jamás*..." Pero, le atraía casi todo: matemáticas, literatura, filosofía, historia, geografía, arte y ciencias naturales. Tenía una singular facilidad para el estudio lingüístico. Tomó contacto temprano con las ciencias naturales y ya no las abandonó.

Cuenta Próspero Merimée lo que el famoso pintor inglés de personajes y de hechos históricos Thomas Lawrence, le reveló una vez acerca de su método pictórico para el retrato: ante todo descubrir en el modelo su rasgo esencial y definitorio y centrar en él las líneas generales del esbozo. Hecho esto, se podían descuidar después todos los demás detalles pues se tornaban innecesarios para la verdad del retrato.

Siguiendo ese método y ante la evocación de Osvaldo Reig, diría que su rasgo más esencial era su mente siempre alerta y lúcida, analítica y sistematizadora, todo al mismo tiempo. Poseía una aguda y excepcional capacidad de captación del detalle con sus variaciones mínimas. Esa fineza perceptiva estaba asociada en él con una facilidad de integración del conocimiento particular en una visión globalizadora. Casi diría que experimentaba la necesidad de encontrar para cada caso de conocimiento significativo un plano de integración sistémica, holística. Lo requería para aquietar su mente inquisitiva y ávida de comprenderlo todo. Una vez coincidimos en que no necesitábamos estudiar, que nos bastaba leer sobre un tema –por supuesto que sobre aquello que nos interesaba– para asimilarlo cabalmente.

Además acompañaba esas disposiciones con una extraordinaria permeabilidad para todas las formas de pensamiento, teorías e hipótesis.

Fueran esas disposiciones don del destino, la obra del azar en un universo estructurado estocásticamente sobre un caos esencial, o fruto de una predestinación genial, el hecho es que se dieron justamente en el momento oportuno y necesario, cuando un viejo y desgastado paradigma caducaba y se disolvía en el ambiente de las ciencias biológicas en la Argentina. Tras algunos años de preparación y ensayo emergió Osvaldo Reig, casi sin proponérselo, como figura central de una biología animal que se ampliaba por concurrencia de saberes paleo y neontológicos, eslabonados en la comprensión de un *continuum* espacio-temporal del que la zoología clásica sólo era capaz de alcanzar una visión segmentaria.

Durante muchos años observó Reig una característica de los sistemas integrados por partes diversas. Las mismas tendían a configurar un ordenamiento cuya expresión era la enigmática "curva hueca" o *hollow curve*. En noviembre de 1987, en la ciudad de Tucumán, expuso Reig ese tema en una reunión nacional de la SAREM. Contra su costumbre lo dejó abierto, simplemente planteado en sus términos fácticos. Después siguió acumulando material sobre el asunto. No le satisfizo la explicación de Paul Colinvaux, tampoco la de Ramón Margalef y esperaba escribir algún día sobre aquella cuestión. Examinando el mundo académico y científico en general, también se da en él una curva hueca si consideramos gráficamente, para una época y un país, la repartición en los individuos protagonistas y del caudal total de capacidades, el nivel y la riqueza de la cosmovisión lograda y el dominio alcanzado de su disciplina particular.

Naturalmente Reig estaba en el pináculo de la élite de su generación y de su tiempo. Él era consciente de ello, sin vanidad ni alardes: de esa certeza sólo extrajo el imperio de responsabilidades hacia los demás, hacia la ciencia, hacia su país y su tiempo. Las ejerció, a su modo, en su contexto de creencias, de esperanzas y de valoraciones. Todavía estamos muy cerca de los hechos y de las pasiones que generaron como para atrevernos a formular juicios de valor, pero es evidente que en alguna medida su presencia fue incómoda. Lo fue en el sentido en el que lo enunció Ernesto Renán cuando dijo que los pueblos son crueles y matan a sus mejores hijos. El ilustre humanista francés se refería al olvido en que suele dejarse la memoria de los que realmente han sido grandes. Si esa cruel disposición humana fuera regla general, es indudable que se exacerba y extrema en épocas de crisis y de decadencia como la que atraviesa la Argentina actual. Ya hemos destacado la asimetría de la recordación de Reig en esta década trascurrida desde su muerte, cuando la comparamos con lo que ha sucedido con figuras de la ciencia de envergadura parecida, por ejemplo en los casos de Carlos Spegazzini, de Ángel Gallardo, de Eduardo Ladislao Holmberg y de Juan Bautista Ambrosetti.

La Argentina renuncia a su historia o imposta mitos que glorifican a los peores: lo dicen ciertos monumentos, ciertas imágenes de la moneda circulante, algunas denominaciones de calles; se imponen así verdaderas horcas claudinas para la humillación ciudadana diaria como verdadero refuerzo skinneriano para reciclar cada vez más decadencia...

Por eso, muchos de los que estamos aquí honrando la memoria de Osvaldo Reig, sentimos esto como parte de un esfuerzo de recuperación y de rearme moral, destinado a fijar un posicionamiento para contribuir a la reconstrucción del país a través de su memoria, de su cultura y de su ciencia.

Una reflexión más antes de terminar: Tycho Brahe, el gran astrónomo del renacimiento dijo de su colega Johannes Kepler que estaba cargado de riquezas (sus observaciones, la experiencia de su vida científica) pero que como sucede con la mayoría de los ricos, no hizo –o no pudo hacer– uso completo de ellas. Así pasó con Osvaldo Reig. Seguramente tenía mucho más que decir y que dar a los demás en el plano de la ciencia pura, en el de la ciencia como actividad social, también en el campo filosófico en el que realizó la síntesis última de su cosmovisión.

Los avatares de la vida argentina, de la enfermedad y de su desaparición prematura, nos privaron de ese legado, pero quedó su siembra de años, su contribución a la maduración del pensamiento biológico, epistemológico y creador de varias generaciones. No pudo alcanzar el desideratum supremo pero seguramente habrá muchos jóvenes científicos o aspirantes a tales, en los que, a pesar de la decadencia general del país, de la crisis inmensa de la educación

y de la ciencia; a pesar de la casi desaparición de la nación organizada, se estarán preparando para el día por cuyo advenimiento brindaran los discípulos de Gorgias, cuando al despedirse de ellos en su hora póstuma, el filósofo no quiso lágrimas ni homenajes para él, sino el voto de aliento y estímulo "*para quien llegue a superarme en vosotros*". Si nuestra presencia activa de hoy, en este convivio de recordación, homenaje y afecto pudiera en algo contribuir para asegurar esa posibilidad de superación, habremos cumplido con lo más cabal y justo que pudiera merecer la memoria de nuestro amigo, colega y maestro, Osvaldo Reig.

Julio Rafael Contreras, Buenos Aires, 13 de marzo de 2002

Anexo 3
Un diálogo del autor (JRC) con Adrián Giacchino (AG) iniciado ante una primera y breve versión de esta obra en la primavera del año 2005, y continuado en el verano de 2012

AG: He leído con atención su escrito y me parece que lo ha enfocado no sólo en forma amplia en cuanto a la inclusión del contexto de los sucesos que acompañaron al biografiado en su tiempo, sino también con referencia a aspectos muy sutiles de la personalidad de Elio Massoia, por eso quiero preguntarle: ¿Por qué eligió precisamente a Elio para encarar una especie de repaso general de esa época, que según sé, ha sido también la suya propia?.

JRC: Tu pregunta es doble, en primera instancia te responderé con una cita de José Ortega y Gasset: "*yo soy yo y mi circunstancia*". Del mismo modo, me dice algo relacionado con quién fue Elio Massoia –al menos, el Elio Massoia

que nos interesa ahora, cuando el real ya no es más una realidad vital– sino la manifestación del diálogo que sostuviera con su propia vida, de la interacción incesante de su yo con su circunstancia y en el que fuera su tiempo. Acaso, ¿podríamos entenderlo sin considerar a ese tiempo. Y a esa circunstancia vista y valorada con la mayor perspectiva y amplificación de sus rasgos que nos sea posible? En cuanto a la segunda parte de tu pregunta acerca de por qué elegí a Elio Massoia como objeto de esa exploración de una época y en un medio social y humano dados, hay varias respuestas. Pero, antes debo destacar que este no es un caso como el que se dio en el par de eruditos historiadores José Torre Revello y Guillermo Furlong: pues éstos, como amigos que fueron, se prometieron mutuamente que aquél que sobreviviera de ambos, sería el encargado de la biografía del que falleciera primero (desde luego que el destino decidió que el sobreviviente fuera Furlong, quien cumplió con especial dedicación la honrosa tarea, como consta bibliográficamente en: Furlong (1968). Yo no tuve una amistad de esa calidad e intensidad con Elio Massoia. Transcurrimos más en paralelo que cruzándonos, a pesar de ser casi coetáneos y de haber abordado un mismo campo. Lo quería con un afecto en gran parte espontáneo, y también –en alguna medida– piadoso. Esta última faceta, la piedad, se hizo abrumadoramente dominante a partir del alejamiento de Elio del INTA, cuando prácticamente fue lanzado al vacío, nada menos que en su plenitud como estudioso. Al ocuparme de él, trato de retener todo lo suyo que merece ser rescatado para la comprensión de un período del desarrollo de la ciencia argentina y, además, doy expansión a una necesidad interior que se ha concentrado en Elio por infinidad de motivos concurrentes, tal vez en su mayoría irracionales como para exponerlos coherentemente.

AG: Ustedes dos –y me refiero a su relación con Elio– participaron de una época muy particular de las ciencias biológicas, o mejor aún, de las naturales en la historia cultural argentina. ¿Qué otros referentes se podrían haber elegido para desarrollar la misma historia pero personalizada en otro protagonista?

JRCR: Creo que si hay que buscar un caso alternativo, solamente –y es una respuesta exclusiva para mi caso particular–, podría haber elegido a Osvaldo A. Reig, al que ambos admiramos y lo reconocemos en forma aún preliminar en un artículo que ya se está alejando en el tiempo... Sólo puedo compararlo sumido en el elenco humano de las generaciones que convivieron en los años centrales de nuestra historia, es decir cuando era muy anciano, o fallecido, ya don Ángel Cabrera, que formaba parte de un mundo mental y cognitivo previo al nuestro. Podría también tratar de hacerlo con Raúl A. Ringuelet, pero este último se desplazó vital y profesionalmente con centro en la ciudad de La Plata,

una ciudad que me es más extraña que la de Buenos Aires. Además pesan otros factores: aunque ésta pueda ser una respuesta tal vez polémica, creo que Reig fue mucho más amplio que este último en su dimensión científica y humana. Por más que reconozco a Ringuelet como el mejor zoólogo argentino –pues, desde cierta óptica lo fue mucho más amplia y clásicamente que Reig– los alcances finales de su aventura cognitiva fueron más restringidos y, si se quiere, más provincianos en cuanto esto tiene de peyorativo, referido a un tenor de insularidad y distancia de las ideas centrales. El suyo fue un saber clásico, canónico para un zoólogo, y lo realiza plenamente como tal, pero sin embargo, en Reig había más hondura reflexiva, también un más expresado trasfondo de inquietud metafísica, algo que en Ringuelet no he podido conocer. Eso le daba a Osvaldo una particular agilidad de comprensión y lo habilitaba para saberes teóricos más profundos, esenciales también en biología. Pero, no debo dejar de lado a Rosendo Pascual, una de las figuras más nobles de nuestra ciencia. Lo he querido mucho y admirado siempre. Le debo afecto, enseñanzas, generosos préstamos de bibliografía y una vida ejemplar. Pero, la suya es una vida demasiado densa, ramificada en discipulados, compenetrada cada vez más con una escuela de saberes, la suya… Ojalá el biógrafo pueda surgir entre sus discípulos más cercanos. Pascual ha fallecido hace muy poco, pero los años inexorables se acumulan y los recuerdos se pierden o diluyen, los testigos desaparecen, y además su vida activa fue muy larga y hay que compenetrarse con todas la etapas. Hago el llamado para que alguien se ocupe del caso.

AG: Pero, ¿acaso halló Ud. esas virtudes en Elio Massoia, al que finalmente eligió como protagonista de su biografía?

JRCR: No, y así se desprende de mi texto. Elio era más ajeno tanto a las inquietudes humanísticas y metafísicas (en él las preocupaciones trascendentes podían, cuanto más, retroceder al Medioevo o eran simplemente intuiciones numinosas, en el sentido que da Carl Jung a ese término). Lo mismo en cuanto al saber humanístico, en el que apenas se había cultivado. Sin embargo hay varios factores que juegan a favor de la elección de Elio Massoia: la primera es que hizo toda su vida en la Argentina y en el medio científico-naturalista local, tan sólo por eso ya es un referente muy válido para analizar un proceso generacional. La otra es que sus pasos, sentimientos e ideas, siempre estuvieron más claramente perceptibles para los demás, mucho más que lo que sucedía con las personalidades complejas y más crípticas de Reig y de Ringuelet, por ejemplo, e incluso también que las de Jorge Morello y de Ricardo Ronderos, otro ilustre par de naturalistas argentinos.

AG: Pero, también estaban disponibles los casos de De Carlo, de Luis De Santis o de más de uno de los entomólogos argentinos, incluido el mencionado Ronderos. Tal vez también, ¿por qué no?, el de José María Gallardo.

JRCR: En realidad, con los que nombras, estamos ante distintas generaciones, pues todos ellos eran miembros de una que precedía a la mía y, en los dos primeros casos se trató de especialistas más encerrados en temáticas que no fueron las mías y a los que quise mucho como seres humanos, pero los traté con poca asiduidad. No podría escribir acerca de ellos y su mundo sin tener que recurrir a muchos testigos y allegados, y bien sabemos que desde lejos es muy difícil, sino imposible lograrlo, y que el aporte historiográfico de Carlos A. Lizer y Trelles (1947), que es de satisfactoria a bastante bueno, es muy somero como para construir con él acercamientos mayores. Para los entomólogos tenemos sólo a Lizer y Trelles y a las notas necrológicas que se les ha dedicado al fallecer, ninguno de ellos dejó una autobiografía y son muy raros los que han escrito comentarios o reseñas acerca de colegas. La obrita mencionada –es solo un opúculo de 60 páginas– y dentro de su brevedad, es multipersonalizada así que, en cuanto a su proyección, apenas deja un vistazo de cada uno. Y yo no quisiera hacer algo así. Además de la generación de ellos van quedando muy pocos a quienes conozca. Por otra parte, el caso de Gallardo me interesa poco. No creo que dé para una representación epocal: fue un solitario, poco expresivo y, a su modo, bastante críptico también, además, es mucho menos relevante como científico y pensador que todos los que mencionamos hasta ahora. Creo que carecía de profundidad en lo que iba más allá del ejercicio de una zoología práctica, en la que dominaba bastante bien los saberes fácticos y cotidianos del naturalista especializado.

AG: ¿O sea, que Elio Massoia sería un buen representante generacional, apto como para centrar sobre él y su relacionamiento con el mundo la comprensión de una época en la historia de las ciencias naturales argentinas?

JRCR: Así es, podemos en gran medida, seguirlo a través de su periplo vital y, gracias a haberlo tratado y, también a la cercanía geográfica, temática y epocal que nos tocó compartir, tengo un amplio panorama previo y habilitante para emprender una biografía. Así, todo eso nos capacita mucho mejor para hacerlo, permitiéndonos jugar con permanentes digresiones colaterales, como para llegar a abarcar mejor a toda una época en la ciencia argentina. Nada menos que más de cuarenta años de la Biología Animal, en especial de la vertebradología. A pesar de eso, existe en el biógrafo una tendencia a la excesiva personalización de ese tiempo, en la obra acerca de Elio, tratamos toda vez en

la que hay ocasión, de extendernos al campo total de las ciencias naturales del país que quepa en nuestro panorama, al menos en una visión preliminar, y allí es donde no debe perderse la perspectiva de personaje-tiempo. En síntesis el tiempo es múltiple, cultural, vital, laboral, social, económico, político y las relaciones con un sujeto son más bien simples ante algo tan complejo, de modo que hay que seleccionar cuidadosamente lo que pesó cada factor. Ni omitir lo valioso ni sobreabundar en lo prescindible.

AG: Creo que una biografía de Elio Massoia puede ser un aporte bastante necesario, al menos para los que cultivamos el mismo campo general y queremos prolongar temporalmente su actividad y sus mayores vigencias. Estoy convencido de que, a más de una década de haber perdido a Elio Massoia y, ya a dos de cuando nos dejara Osvaldo Reig, y también después que las crisis nacionales de todos los órdenes nos han afectado, sólo una visión histórica adecuada nos puede dar real continuidad en la tarea.

JRCR: Siento que realmente es así. Desde que nos conocimos contigo, en los últimos años de la década final del siglo XX, lo principal que nos ha reunido y dado lugar a asociar nuestras fuerzas ha sido una "razón histórica", diríamos un poco orteguianamente. Lo hemos puesto a prueba con la Fundación, una iniciativa sólo comparable a la de la generación argentina del ochenta, aunque humanamente menos densa, y eso se ha logrado, gracias principalmente a tu esfuerzo y tenacidad puestos en juego para realizar algo singular en la Argentina. La mengua de mis fuerzas y la distancia de mi casi autoexilio, desde poco antes del año 2005, han dejado las cosas casi por entero en tus manos. Imagínate que tuviéramos un conjunto de émulos de Elio (en cuanto a voluntad, vocación y agudeza perceptiva e integradora) formando parte de nuestra iniciativa, o aún más, que lo fueran a la vez de Osvaldo Reig, que es un personaje recurrente en este libro y cuya amplitud de miras intelectuales y teóricas ha sido privilegiada. Pero, creo que después de una ardua selección natural, ya los estás reuniendo y, por eso se amplía tanto la trascendencia de tu obra.

AG: Estamos hablando de un aporte más para la historia de las ciencias naturales en la Argentina y, en referencia a este campo en el que usted hizo ya mucho, me interesa su opinión acerca de si acaso, esa tarea es el fruto de una preocupación particular suya, o si corresponde a un incremento del interés global por los aspectos históricos de las ciencias en particular, considerándolas como un necesario mecanismo retroalimentador de la tarea específica del científico, generalmente restringida a aspectos más focales de la realidad.

JRC: Bien sabemos ambos, hasta qué punto nos interesó, desde el inicio de nuestro trabajo conjunto todo lo relacionado con la dimensión histórica de la ciencia. Considerado universalmente el problema, si bien cuenta con las obras pioneras de George Sarton y de Aldo Mieli en la formalización de la historia de la ciencia como materia curricular en los Estados Unidos, en 1940 y, justamente en la Harvard University, y además en Italia, con continuidad en Santa Fe, en la Argentina de los tempranos años cuarenta. Ya la biología había recibido, mucho antes de ese año, aportes históricos como los de Emanuel Rádl[1] o los de H. E.

1 La obra de Emanuel Rádl [1873-1942], científico y pensador de origen checo, profesor de Filosofía e Historia de la Ciencia en la Universidad de Praga, fue publicada originalmente entre 1905 y 1909, en Leipzig, Alemania, como *Geschichte der biologischen Theorien seit dem Ende des siebzehnten Jahrhunderts*, en una versión primera en dos volúmenes. En 1913 publicó una nueva versión actualizada, que, como lo destaca López Piñero (1988: vi), además de coincidir con el inicio de la aparición en Bélgica de la revista *Isis* de George Sarton, ambos hechos significaron el apartamiento de la historia biológica de la medicina, para pasar a integrar un núcleo autónomo de la ciencia en general. La planificación de la obra superaba las hasta entonces corrientes bibliografías retrospectivas para volcarse en fecunda integración al devenir general del conocimiento científico. Por eso, nos dice López Piñero (*ibid*., p. xv), que el de Rádl es el primer tratado de historia de la biología propiamente dicho. La versión española de Félix Diez Mateo, impulsada por José Ortega y Gasset "*... apareció en un momento en el que el neovitalismo, aparte de su peso entre los científicos, constituía una auténtica moda en algunos ambientes intelectuales españoles*", que seguían especialmente a Hans Driesch, a Félix Le Dantec y a Jakob Johann von Uexküll, autores ambos con especial difusión en los ambientes académicos argentinos hasta cerca de 1950, razón por la que en 1951 editaba Espasa Calpe en Buenos Aires su obra teórica clave *Ideas para una concepción biológica del mundo*. El nuevo paradigma instaurado en la biología argentina hacia 1955-1960, contó con la influencia de una serie de obras esenciales que en nuestro caso y en aquellos años, leímos, analizamos y debatimos, fundamentalmente bajo la atenta guía de Osvaldo A. Reig, entre ellas: la de Julian Huxley *La Evolución* (1965, originalmente en inglés en 1943); la de Julian Huxley, A. C. Hardy y E. B. Ford (1958): *El proceso de toda evolución*; o la de Glenn L. Jepsen, Ernest Mayr y George Gaylord Simpson *Genetics, Paleontology and Evolution* (1949). También nos resultó valiosa e inspiradora *Factors of evolution; the theory of stabilizing selection*, de I. I. Schmalhausen (1949) y, pocos años después, apareció entre nosotros Bernhard Rensch, con su *Evolution above the species level* (1959) y Ernest Mayr con su *Especies animales y evolución* (aparecido originalmente en 1963, fue editado en español por la Universidad de Chile, en 1968). Curiosamente, estas obras, así como gran parte de las fundamentales de la primera mitad del siglo XX, incluyendo algunas raras o curiosas y de enorme valor documental más antiguas, se cuentan en la biblioteca del autor adquiridas con la infortunada liquidación de la biblioteca personal del zoólogo Eduardo J. Fesquet, tal vez la más valiosa que haya existido nunca en la Argentina sobre biología e historia de la ciencia, realizada por la prestigiosa Librería Colonial del bibliófilo y excepcional librero Washington Luis Pereyra, por entonces en su enorme local de calle Esmeralda, entre Corrientes y Lavalle. La historia conexa a la biblioteca de Fesquet es dolorosa y paradigmática del acontecer cultural argentino de la época: sus herederos, viuda e hijos, decidieron donarla al Estado Argentino. Los trámites duraron años, hasta que se les exigió oficialmente a los donantes, un catálogo pormenorizado de la donación: ¡más de treinta mil obras! Naturalmente no se pudo realizar esa onerosa e insólita tarea y, en el ínterin, una lluvia desmoronó parte del techo del salón en que se depositaban los libros, dañando a muchos y decidiendo a los Fesquet, a la venta rápida de la biblioteca entera. Una vez más se comprobó el apotegma de Publio Terentius Mauro , el gramático latino del siglo II de nuestra era: "*Pro captu lectoris habent sua fata liberi*".

Sigerist, y más tarde los de Erik Nordenskiöld[2], y de Charles Singer[3], para no citar sino cuatro ejemplos de clara relevancia. En la Argentina, en la que el jesuita Guillermo Furlong inició casi tres décadas antes de esa apertura norteamericana su labor historiográfica sobre la ciencia colonial sudamericana[4], aunque orientada hacia los jesuitas. Por su parte, José Babini (1949) publicó su *Historia de la ciencia argentina* y, en 1954, *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*, además numerosas obras y artículos relacionados, que lo hacen uno de los más pródigos autores en el campo de nuestro interés. Como dijo Diego Hurtado de Mendoza (2006: 10): "*Ambas obras* [de Babini] *fueron concebidas como panoramas introductorios y representan una manifestación temprana de lo que comenzó a ocurrir por esos años en otros países de América Latina, si se piensa en As ciências no Brasil (1955), de Fernando de Azevedo, o La ciencia en la historia de México (1963) de Eli de Gortari…*" Sin embargo, asegura el mismo autor (*ibid*, pág. 10) que, "*A pesar de este comienzo promisorio, desde entonces, la historia de la ciencia en la Argentina siguió una trayectoria tortuosa que imposibilitó la construcción de espacios institucionales y su consolidación como disciplina académica. Recién con el retorno a la democracia en 1983 se detecta alguna producción fragmentaria, mientras en Brasil o México se producían obras del estilo de História das ciencias no Brasil (1980) en dos volúmenes, de Shozo Motoyama, A space for science. The development of the scientific community in Brazil (1991), de Simon Schwartzman, o la Historia de la ciencia en México (1983-1985), en cinco volúmenes, de Elías Trabulse. Este retorno en los ochenta a una historiografía de mirada comprehensiva y ordenadora no existió en la Argentina*", donde el mayor interés se desplazó a la filosofía y la sociología de la ciencia.

2 Su obra fundamental, editada en español en 1949: *Evolución histórica de las ciencias biológicas*, se cuenta entre los textos fundamentales a través de los cuales nuestra generación se nutriera de elementos acerca de la evolución práctica y conceptual de la biología. Lamentablemente Elio Massoia era casi indiferente ante esta temática.

3 Charles Singer [1876-1960]. Nacido en Inglaterra, fue inicialmente médico y zoólogo. Era hijo de un rabino judío. A partir de 1920 inició sus conferencias y cursos acerca de la historia de la ciencia y, a partir de 1929, estuvo gran parte de su tiempo en los Estados Unidos dedicado cada vez más intensamente a profundizar su campo de la historia de la ciencia. A pesar de su retiro en 1942, siguió publicando sus obras y sus artículos sobre el tema. Se destacan su *History of the Technology*, aparecida en cinco volúmenes entre 1954 y 1958, y su *History of Biology to about 1900*, de 1959. Se destacó por la solidez, al par sencilla y clara de sus postulaciones, por su gran erudición y por la amplitud con que trataba cada tema básico. Llegó a ser una de las grandes figuras entre los historiadores de ciencia, en especial de la biología y la medicina, del siglo XX, pero cronológicamente, estaba situado aún en una etapa en la que los aspectos filosóficos y espistemológicos todavía no constituían un campo necesario del cultivo de la historia del saber humano, como lo fue en la segunda mitad del siglo.

4 Un tema que ya preocupaba desde el siglo XIX a Juan María Gutiérrez, a Bartolomé Mitre, a Estanislao S. Zeballos y a numerosos estudiosos de la historia global de la Argentina, comprendiendo también a Ricardo Rojas, Guillermo Furlong y José Torre Revello en el XX.

AG: Sin embargo, en lo que va del siglo XXI y, creo que desde más de un decenio antes, se ha hecho notoria en la Argentina una activación en esa tonalidad de la disciplina que nos interesa, pero, también en el conocimiento básico del tema. En ese contexto participaron o aún participan con singular seriedad, revistas como *Museo*, *Ciencia Hoy*, *Boletín de Historia de la Ciencia*, *Redes*, *Saber y Tiempo*, o *Prismas*, que, por más que traten sobre aspectos parciales o colindantes, más que comprehensivos, son los que, como decía Hurtado de Mendoza, mantienen vivo el interés por el tema en nuestro medio. Además, en los años mencionados aparecieron aportes bibliográficos novedosos dignos de mención.

JRCR: Es cierto, hay una sostenida y constante producción de Miguel de Asúa, el menos desde 1994, en las páginas de *Ciencia Hoy* y, también la efectúa en revistas extranjeras de prestigio, algo en que está empeñado muy seriamente también Guillermo Ottone y que, en forma más aplicada a su propio campo del saber, ha contado entre otros, con Pastor Arenas, un consolidado etnobotánico. Además, no quiero que dejemos en el olvido a los precursores, como Fernando Márquez Miranda, Ángel Cabrera y Latorre, y en gran medida a Ernesto Morales y Bernardo González Arrilli, además, de Julio Rey Pastor, Guillermo Furlong Cardiff, José Luis Minoprio y Jorge Fernández. Ahora aparecen con frecuencia artículos acerca del tema que nos preocupa, en revistas de menor cuantía, incluyendo muy efectivamente a *Todo es Historia*, o a algunas de las mencionadas por ti antes. Además, Irina Podgorny tiene una abundante producción, ya sea histórica o histórico-epistemológica, volcada en varios libros y artículos. Exceptuado a los precursores, todos ellos pertenecen a una generación más joven, aunque algunos mayores estamos o estuvimos, empeñados también en la tarea, como Nicolás Babini, Federico Pérgola, Roberto Ferrari, el malogrado Alfredo Kohn Loncarica, desde la *Revista de la Sociedad Científica Argentina* y de varias otras publicaciones periódicas u ocasionales, las que han hecho mucho por la historia científica, en especial de la medicina. El destacado geólogo y paleoinvertebradólogo Horacio Camacho, lo ha hecho en cuanto a la de la geología y, yo mismo, publiqué en el plano principalmente biográfico y de la historia de las ideas y de las mentalidades; todos hemos trabajado mucho y, en algún caso lo hicimos juntos tú y yo, con referencia a Osvaldo A. Reig (Contreras y Giacchino, 2001). No dejo de pensar que Horacio Aguilar hace una buena contribución, modesta y silenciosa pero creciente y efectiva y, que la tarea de Celina Lértora Mendoza, de Manuel Sellés Martínez, de Diego Hurtado de Mendoza, de Marcelo Montserrat, de Guillermo Boido, y de varios otros promotores personales de este campo de interés contribuye a mantener vivo el interés en una época que tiene todo el aspecto de lo que se ha dado en llamar

un "cuello de botella" en el panorama cultural argentino. Miguel de Asúa ha publicado una obra, tal vez inspirado en la de George Steiner en su *Lecciones de los maestros* (2004), muy amplia y humanística, tal vez con menor densidad filosófica e incluso menor cercanía hacia la historia literaria que la de su supuesto inspirador, pero que constituye un elemento de valor en nuestro país, en el que el saber humanístico suele ser mirado hasta con desconfianza por el grueso de la comunidad científica, se trata de *Ciencia y literatura* (2004), con la que, curiosamente, tienen nexos dos obras recientes, surgidas en el campo literario borgiano, que atribuyen al poeta conexión activa con el pensamiento científico. Además Miguel de Asúa, con Pablo Penchaszadeh, han editado una bella obra ilustrada acerca de Humboldt y Bonpland (Penchaszadeh y de Asúa, 2010) y en San Miguel de Tucumán contribuye también Esteban Lavilla.

AG: El doble aniversario darwiniano del año 2009, el de su natalicio (1809) y el de la publicación de su obra decisiva, *El Origen de las Especies* (1859), reactivó, en cierta medida el interés por la historia de la ciencia. Además, hay esfuerzos dispersos en cada uno de los campos particulares de la historia del conocimiento, que hacen su esfuerzo propio. Tal vez falte unificación. *Saber y Tiempo* se podría haber transformado en el nexo activo en el orden nacional, pero su difusión es muy restringida, casi de círculo cerrado. No olvidemos que el interior hace también su aporte, en cierto sentido, más débil y disperso, pero con entidad suficiente como para difundirse más de lo que se ha dado hasta el presente. En ese sentido contamos en Tucumán –lo reitero– con Esteban Lavilla, que cuenta con varias publicaciones, y hace algunos años, hizo desde Tucumán también una doble incursión biográfica Rubén M. Bárquez acerca del naturalista inglés Oldfield Thomas, y más recientemente cubriendo otros temas similares.

JRCR: Es cierto, aunque en 2009 estuvimos por debajo de la esperanza que muchos depositábamos en lo que el aniversario darwiniano significaría. Con respecto a Charles Darwin, además de la reedición de su *Autobiografía* (2008) con un breve prólogo de nuestro amigo Sebastián Apesteguía, también de la publicación de Valeria Román y Luis Cappozzo, *Darwin 2.0* (2009), de la precedente obra de Gustavo Daniel Perednik *El silencio de Darwin* (2006), una obra novelada, de *De cara a Darwin. La teoría de la evolución y el cristianismo* (2009), por Miguel de Asúa, y de la obra colectiva compilada por Marisa Miranda y Gustavo Vallejo, *Darwinismo Social y Eugenesia en el mundo latino* (2005), no conozco otras publicaciones, excepto el número que dedicaran al tema las revistas *Todo es Historia* (Nº 507, octubre 2009) y *Ciencia Hoy*, eso tanto cuantitativa como cualitativamente, es todavía muy poco para una co-

munidad como la nuestra con varios miles de investigadores y en momentos en los que el propio darwinismo experimenta una crisis de renovación en los ambientes académicos de avanzada. En cuanto al tema de los campos particulares, debe destacarse el de la medicina, con el lejano y parcial antecedente de Manuel Moreno [1782-1857] y, más modernamente con Juan R. Beltrán, Marcial I. Quiroga, Francisco Cignoli, Enrique P. Aznárez, Eliseo Cantón, Osvaldo Loudet, Federico Pérgola, Alfredo Kohn Loncarica, y tantos más como lo muestran las 6.275 citas que aporta Antonio Alberto Guerrino (2001) en su *Bibliografía histórica de la medicina argentina*. En otros campos se hicieron esfuerzos menores, pero la geología, la psicología, la geografía y hasta la museología cuentan con sus aportes. Sólo nos falta una iniciativa unificadora, y recordando que la Historia de la Ciencia era una de las ideas motrices de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, bien podría originarse una especie de asociación, o de comité de Historia de la Ciencia, que mañana diera lugar a una Academia Nacional de la disciplina. Pero, todo esto es utópico mientras no crezca internamente en el seno de nuestra comunidad científica la noción de la dimensión histórica del conocimiento. Es una idea, nada más, que dejo en tus manos.

AG: Conociendo su tarea biográfica y fundamentalmente la voluminosa obra que dedica a Félix de Azara en sus tomos de 2010, 2011 y 2012, resalta en ellos su relación, diríamos de "escuela histórica", con los españoles, en especial con Pedro Laín Entralgo y José María López Piñero. Más secundariamente con Luis Peset, Antonio Lafuente, Luis García Ballester, Andrés Galera Gómez, Leoncio López-Ocón Cabrera y, en cierta forma también, con Manuel Lucena Giraldo ¿Han sido ésos contactos ocasionales por referirse a la ciencia en España que Ud. también estudiaba, o se trata de la vigencia en ellos de una concepción historiográfica particular de la biografía a la que recomendaría?

JRCR: Realmente me resulta muy grata tu pregunta. En el año 2007 me concedieron el Premio Internacional Félix de Azara por mi tarea biográfico-naturalista. Fue en Huesca, Aragón, España, en un acto para mí emocionante. Antes de entregarme el galardón tuve un diálogo público en la cabecera de la mesa académica con una brillante y culta periodista española, la que me interrogó por mi maestro, o mis maestros en la historia de la ciencia. Esa inquietud resulta casi rara entre nosotros, que cultivamos poco las escuelas de saber y el discipulazgo[5]. Sin embargo, en España eso pesa y se atiende mucho en el historiador de la ciencia. En España al pensar la historia de la ciencia y

5 El discipulazgo: véase al respecto lo que expresa María Zambrano.

en las biografías de científicos, surgen clásicamente los nombres de Marcelino Menéndez y Pelayo, de José Ortega y Gasset y de Gregorio Marañón. Pero, al gran impulso lo ha dado en los años 1940-1950, Pedro Laín Entralgo, una figura brillante del pensamiento español, cuando escribió sobre William Harvey, sobre François-Marie Xavier Bichat, sobre Menéndez Pelayo y también dedicó una biografía a Gregorio Marañón. Fue un maestro excepcional que siguió trabajando hasta el final del siglo, como lo revelan su magistral *Historia de la Medicina* o sus obras sobre la medicina hipocrática. Augustin Albarracín Teulón, Gonzalo Ballester y, sobre todo, José María López Piñero, fueron sus discípulos directos. Con éste último compartíamos hasta el año y el mes de nuestros nacimientos y falleció hace muy poco. Ante la pregunta mencionada dije que me atrevía a considerar que era discípulo de Laín Entralgo. Su agudeza, penetración psicológica y filosófica, su amor por la tarea historiográfica, a parte de una inmensa y siempre aflorante cultura clásica, todo ello expresado con un peculiar y bellamente clásico estilo, no sólo inspiraron mi amor a la historia de la ciencia y del pensamiento sino que me despejaron la mente en cuanto a prejuicios e incrementaron mi libertad de expresión, sino también sus escritos exaltaron en mí la permanente búsqueda de la perfección en el decir y el pensar. Es mucho lo que debo a Pedro Lain Entralgo y, desde lejos y a mi modo, en un país despojado como el nuestro, yo estaba idealmente próximo a él en mis años formativos, así que puedo sentirme en alguna medida otro más de sus herederos legítimos. Tal como lo soy, centralmente, de Osvaldo Reig como naturalista y en cuanto a la idea última de la Biología. Pero en este último caso ya se trató de una relación personal, no con la obra escrita exclusivamente. Sin embargo, la herencia de Laín Entralgo es mayor que cualquiera de las que haya experimentado en la vida porque es de las que tienden a ser más que un magisterio especializado, se trata del despliegue ejemplarizador de un modelo integral de vida y de espiritualidad.

AG: A lo largo de esta conversación, en alguna medida hemos analizado el aspecto personalizado de una de las imágenes –y de las realidades operantes– en la realidad cultural argentina. Como lo hacemos básicamente desde el punto de vista de la historia de las mentalidades y creo que así, nos acercamos mucho al concepto de élites, algo que me parece que se maneja mal entre nosotros y, de lo que raramente se habla. ¿Cree Ud. en las élites, y cómo las valora y, algo más, las considera necesarias?

JRCR: Tienes razón, estamos siempre sobrevolando el concepto de élites, es decir de grupos en alguna medida privilegiados por sus méritos y sus afanes intelectuales y, que yo considero que son –o, más aún– que deben ser entendi-

das como componentes estructurales imprescindibles de la realidad cognitiva, de saberes compartidos y de mentalidades resultantes en el campo social de una nación. No es cuestión de "creer" en las élites, éstas son una realidad humana que surge como parte de la complejidad sistémica de la sociedad y les corresponde un papel tan necesario como a otras componentes del sistema. Te diría que indefectiblemente emanan de la sociedad estructurada. Saber que las élites existen y son necesarias no es lo mismo que expresar o propiciar un pensamiento elitista, menos aún relacionarlo con el sustentamiento de fracciones de poder y su traspaso generacional. Hay un rechazo ideológico irracional que se contrapone a algunas utopías políticas o económico-políticas que se basan artificialmente en las élites en sus formulaciones. Todo eso es una falsa alternativa, que sorprende encontrar en obras como la bastante reciente de Gustavo Vallejo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad* (1882-1955) (CSIC, Madrid, 2007, pp. 1-428), que en un contexto de excepcional claridad y precisión hacia el tema tratado, sindica a las élites como una suerte de malvados propágulos de un *statu quo* que busca no desaparecer a través de su cultivo direccionado y manipulado. Es, tal vez, cierto que eso pueda suceder y cabe suponer que se pensara así alguna vez, o siempre, en ciertos círculos especiales de poder, pero es algo colateral e irracional que no tiene vigencia operativa en la Argentina actual. Si la suma de mentalidades comprometidas en la historia de la ciencia llegara a configurarse una élite, eso es algo positivo y necesario. En nuestro proceso de decadencia como país, desaparecieron las élites naturales y necesarias y ahora la sociedad entera se resiente de su ausencia. En nuestros ejemplos anteriores, tanto la Sociedad Científica Argentina como nuestra Fundación, dependen de un proceso elitista a cuya valoración la construye la historia de su operatividad y no intervienen procesos de dominio temporal alguno. Una iniciativa cognitivo-cultural carente de una élite de mentalidades humanas esclarecidas protagonizándola, sólo puede generar instituciones sin alma ni capacidad de duración.

AG: Pero, el llegar a constituir algo definido como una élite implica un grado mínimo de comunicación, que creo que entre nosotros no se da. Por lo tanto, hasta ahora constituiríamos más bien un rebaño de mentalidades confluentes pero dispersas, así que eso nos priva hasta de fuerza institucional, ¿no es así?

JRCR: En cierta forma sí, pero, el constituir una élite no es una cuestión de decisión voluntarista. Estanislao Zeballos reunió a sus colaboradores y copartícipes de iniciativas entre los que ya habían alcanzado cierta densidad crítica. Flotaba entre ellos lo que el primer Michel Foucault designó como una *epistè-*

me, es decir una necesidad cognitiva preexistente y compartida, relativamente perceptible y capaz de aflorar ante un estímulo o señal del medio. Ahora resulta muy difícil que opere algo así. Creo que al papel facilitador de convergencias y, por ende, unificador, lo detentan los medios, y a ellos estamos recurriendo en la variedad y profusión de publicaciones, libros, revistas, videos, y otros medios que expresan las ideas movilizadoras de la Fundación. Es lo que tú estás haciendo, que es lo que se suma positivamente a las becas, a la incorporación de investigadores jóvenes y a los descubrimientos científicos y, que creo que ya trasciende ampliamente a la comunidad.

AG: Todo esto vino a raíz de nuestro Massoia. Él ha sido el claro ejemplo de una mentalidad tratando de traspasar la frontera que separa la soledad de la certidumbre de participar de una élite cognitiva y depositaria de saberes. Apenas si lo logró, si es que llegó a entreverlo, y eso menguó infinitamente todo lo que pudo dar. Por un lado su informalismo, para el que cada vez hay menos espacio en la sociedad compleja y, por otro, debido a la incapacidad del medio científico de su época para captarlo e incorporarlo. Creo que la lectura de la obra motivadora de este diálogo ayudará para que no se den casos similares.

JRCR: El de Elio Massoia es un caso paradigmático y casi irrepetible. No podemos olvidar el tan diferente de Juan Carlos Chebez [1962-2011], quien tuvo un punto de partida más o menos similar, pero que fue bastante exitoso, aunque en el fondo estaba también limitado. Para Chebez, en su carrera casi todo fincó en las condiciones personales de presentación y trato, en el talante (entendido tal como lo tratamos en el texto, siguiendo a José Luis Aranguren), en la noción autoperceptiva de su papel por parte del protagonista y, muy especialmente, en el campo cognitivo abarcado. El de la ornitología argentina, que está menos acotado que el mastozoológico y se prolonga con el casi anexo de la conservación de las especies y del paisaje, que son campos en los que Juan Carlos dio sus mejores muestras de valía y creatividad, estuvo más abierto y, básicamente, no sufrió el cambio paradigmático que experimentó a partir de 1980 la mastozoología –y, en particular la rodentiología–, pues la taxonomía molecular y el uso de auxiliares estadísticos y matemáticos complejos y la aparición de áreas temáticas novedosas y concitadoras, como lo es la de la filogeografía– recién llegaron parcialmente a la ornitología sudamericana hacia fines del siglo XX y se consolidaron lenta y exclusivamente sólo en grupos de excelencia en la primera década del XXI. Para entonces, Juan Carlos estaba ya consolidado y en plena producción en su área preferida, y en 2011 lo llevó el destino, antes de que se le presentara aún a los que llamamos informales –son varios en el campo ornitológico– el momento decisivo de desligarse de los

vicios autodidácticos, so pena de quedar atrás y cada vez más ajenos, con respecto a la temática global de avanzada de la ciencia.

Bueno, Adrián, te agradezco el diálogo, que a mi ver incrementa en forma cualitativa a la obra precedente. Además, nos dio espacio para este homenaje final a Juan Carlos que nos emociona ambos. Sólo me queda por expresar mi muy esperanzada visión del futuro de la ciencia natural en la Argentina, la que necesita imperiosamente ligar su tarea y objetivos actuales con los que alentaron un pasado loable, con el que infortunadamente un azar negativo cortó casi por completo los nexos históricos, afectivos y, ¿por qué no personalizados a través de las individualidades predecesoras como lo son muchas de las revistadas en esta obra en la que el motivador central es el recuerdo del querido e inolvidable de Elio Massoia?

Anexo 4
La biografía como tema candente del campo historiográfico[1]

El hecho innegable es que la biografía sigue constituyendo un tema central de la metodología historiográfica, no sólo de la historia general (*sensu stricto*), sino también de las diversas subdisciplinas que abarca, muchas ya casi autónomas nominal y metodológicamente. Lo mismo sucede en el campo literario. La reserva mayor que se opone a la adopción de un criterio unificado y a la aceptación definitiva del campo biográfico como un género bien definido, con sus fundamentos epistemológicos, su hermenéutica y su crítica sistémica, que muy bien surge de la obra de Hayden White (2010): *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Esta consideración implica que la producción biográfica debe ser comprendida, aceptándola dentro de un marco canónico mínimo y adoptado como referente normativo. Se trata de algo con especial relevancia en este momento histórico en el que la biografía está tomando un enorme impulso, tal como lo revela la profusión de títulos bibliográficos en cualquier catálogo editorial moderno. En gran medida esto se produce ante el hartazgo causado por la historiografía totalizadora, que, como dice Juan

1 El presente texto, con algunas variaciones, ha sido extraído de otra obra del autor (Contreras Roqué, 2011: 17, *passim*).

Suriano (2011: 17): "*…privilegiaba el análisis de las estructuras y los grandes procesos y en donde la economía, la geografía y también la sociología desempeñaban un rol central. El ejemplo más interesante lo brindó la escuela francesa de los Annales, que priorizaba el estudio de los procesos de larga duración, en donde el acontecimiento perdía importancia y la acción del individuo se volvía opaca, casi invisible, pero además inútil para comprender los procesos históricos. Existían sí los actores colectivos (obreros, burgueses, campesinos), pero representaban un sujeto compuesto por hombres abstractos que actuaban determinados por las formaciones económicas y sociales. En este contexto la biografía no podía desempeñar en el campo historiográfico más que un rol secundario o, en el mejor de los casos, subordinado*".

El mismo Suriano dice que "*…el paradigma de la historia total-estructural comenzó a ser horadado durante los años setenta para derrumbarse en la década siguiente. En un contexto de desmoronamiento de los Estados de Bienestar y del "socialismo real" que daba paso a una sociedad más individualista, lo que entraba en crisis eran las teorías y los conocimientos sobre los cuales la historia había apoyado sus avances. En las décadas anteriores ya se habían construido los grandes relatos interpretativos. Y, centralmente, se cuestionaba de manera radical el compromiso de pensar la sociedad como un todo.*"

La denominada "*École des Annales*", que fuera llamada en español, *Escuela de los Anales,* es una corriente historiográfica que se ha transformado en la escuela de esa disciplina más difundida del siglo XX, expandida así porque su origen manifiesto se vincula a la publicación de la revista conocida en general como *Annales*, pero cuya designación completa fue, inicialmente *Annales d'histoire économique et sociale***,** una publicación iniciada en 1929, por Lucien Febvre y Marc Bloch como editores, desde la Université de Strasbourg. Más adelante se transformó su título en *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, y fue nuevamente presentada a partir de 1994 como *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, marcando con sus designaciones, los sutiles cambios conceptuales que surgían en la escuela. Dicha revista, en un comienzo significó, además de una tribuna escogida para la difusión de ideas y trabajos de sus promotores, un órgano de combate por la renovación de la Historia, con una nueva visión epistemológica contrapuesta a la prevalente entre los historiadores de fines del siglo XIX y comienzos del XX, a la que menospreciaron los asociados alrededor de los *Annales,* como meros expositores de la "*histoire évennementielle*", es decir de aquélla atinente sólo a los acontecimientos.

La nueva escuela se distinguió por haber ampliado la concepción historiográfica aproximándola a la geografía, a la sociología, a la economía, a la psicología social y a la antropología, además de haber alcanzado una especie de simbiosis con escuelas filosóficas y sociológicas que se centraron, primaria-

mente, en el marxismo (en su aspecto economicista) y más adelante con el estructuralismo, también con la historia cultural, la de las mentalidades y demás variantes, entre las principales corrientes contemporáneas, que llevan paulatinamente hacia el concepto de historia total. Desde su origen, con la primera generación de historiadores de los *Annales*, se tendió un sólido lazo entre la geografía y la historia. A pesar de la aparente homogeneidad de la escuela que tratamos, las divergencias en su seno fueron profundas, y éstas, evolucionaron con el tiempo, generándose en consecuencia cismas, algunos de ellos mayores, que hasta provocaron, como hemos visto cambios en la nomenclatura de la revista y una inesperada pluralidad de opiniones en el seno de la escuela. Confluyó parte de la misma alineándose con el grupo del *Année Sociologique,* la mayor revista sociológica francesa, también editada en Strasbourg.

La unión de ambos campos de cobertura temática trajo un vuelco mayor hacia los temas clásicos de la historiografía sociológica, con aún mayor rechazo de lo político, de la diplomacia y de los aspectos bélicos que antes abarcaba centralmente la comúnmente llamada "historia" sin más epítetos.

Se suelen distinguir sucesivas generaciones integrantes del movimiento de los *Annales*, y Fernand Braudel es, entre ellos, el más destacado exponente de la llamada "segunda generación". Su vigencia tuvo gran relevancia en los años ´60 e introdujo conceptos nuevos como el de la duración en los procesos históricos. Su obra *Gramática de las Civilizaciones* se asocia, en cuanto a prestigio e influencia, a la titulada *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* (1949), con un señalado sesgo hacia el estructuralismo de Levy Strauss. La tendencia de la nueva escuela se propagó en las mayores universidades europeas, pero con escasa resonancia en el mundo anglosajón.

Tuvo gran ascendencia entre los historiadores de su tiempo, y sus avales o antagonismos fueron decisivos para la suerte de otros historiadores menores como R. Mandrou y Morenze que fueron desplazados del campo historiográfico. Los discípulos más directos de Fernand Braudel, como Marc Ferro o Jacques Le Goff, fueron sus sucesores naturales. La imperiosidad y el afán de control doctrinario trajeron apartamientos personales y también resentimiento, porque Braudel monopolizó en gran medida las cátedras y becas, con señalada preferencia para con sus fieles. De ese modo y por su extensa producción de calidad, Braudel logró llegar con su escuela a los Estados Unidos, ganando seguidores, muchos de ellos híbridos entre esas ideas y el marxismo historiográfico. Entre ellos, el más destacado fue Immanuel Wallerstein, creador de las fértiles ideas de economía-mundo y de cultura-mundo, que han sido seguidas con provecho por muchos historiadores del acontecer colonial americano.

La escuela de Braudel provocó excesos, particularmente en la minimización del papel del individuo en el desarrollo de la historia. Como reacción se

activaron diversas escuelas alternativas, algunas enteramente opuestas como la historia de las mentalidades, la historia de las ideas y la historia intelectual.

Actualmente, es frecuente la referencia a la historia total, es decir a una síntesis abarcante que comprende muchos factores desdeñados por la escuela de los *Annales* y, en consecuencia, nuevamente cobra importancia el ser humano particular, cuando su vida lo lleva a adquirir "fisonomía historiográfica", revalidando la biografía, especialmente cuando se centra en la interacción del sujeto histórico con su época total, cultural, económica, del pensamiento, del arte, de la ciencia, y se integra con la antropología filosófica, la filosofía y la historia, y con la hermenéutica. También se tiende a reivindicar el papel de lo geográfico y del acontecer naturalista-ecológico sobre el campo histórico en general.

Lamentablemente en el campo pedagógico, siempre actuando con una inercia operativa de décadas de retraso, el saber histórico está en pleno embarcado en el seguimiento de las proposiciones iniciales, casi centenarias, de la escuela de los *Annales*, para colmo en forma simplificada y dogmática, vaciando para generaciones enteras la comprensión historiográfica, que es uno de los parámetros esenciales del entendimiento del mundo, en una forma sistémica y multidimensional que no puede rechazar al hombre en particular (el individuo) como sujeto de una condición privilegiada, tanto en el enfoque histórico como en el literario.

En tanto no se revaloricen las historias individuales y familiares así como la experiencia subjetiva particular y generacional, no se arribará a la comprensión pretendidamente histórica del hombre como sujeto esencial, inmerso en el plano del acontecer privado o interactivo (social). Eso se logrará en cuanto se apele a las visiones sistémicas, en las que lo individual humano no será un mero atisbo de lo anecdótico, sino la base de la búsqueda de universales individuales vigentes en lo colectivo.

Podemos aseverar, otra vez apelando a la visión crítica de Suriano *(ibid.): "…y estos personajes singulares, sean anónimos o públicos, toman sus decisiones fluctuando entre condiciones racionales e irracionales y explican situaciones específicas que no deberían generalizarse ni extrapolarse. Pero la biografía permite prestar atención al acontecimiento, a la contingencia, a la secuencia cronológica y brindarle al historiador el sentido del tiempo y la coyuntura en que viven los hombres y mujeres. Además, igual que la microhistoria, plantea nuevos problemas como consecuencia de la reducción de escalas. Por cierto, como cualquier género historiográfico, las biografías intentan formar parte del corpus del conocimiento histórico y hay aquellas que lo logran y las que no. Una buena biografía se constituye en una interesante herramienta sostiene Giovanni Levi, "para verificar el carácter intersticial –y sin embargo importante– de la libertad de que disponen los agentes y observar el modo en que funcionan concretamente los sis-*

temas normativos que no están nunca exentos de contradicciones". La biografía permite, en definitiva, describir las normas y su funcionamiento y los desacoples entre las normas y las prácticas sociales y políticas, esto es, la comprensión del pasado".

En nuestro caso el problema, en gran medida y, yendo al objeto epistémico intrínseco que es el biografiado, reside en realizar con él un ensayo de intensa e íntima convivencia, que puede durar hasta varios años. El mismo tiene lugar, entre el autor y el objeto de la biografía. En consecuencia y, casi inevitablemente, el sujeto escribiente y su objeto, llegan a conformar una sola identidad, no en general y en todo tiempo, sino como resultado de una especie de escindimiento anímico del biógrafo, que se produce al modo de un desdoblamiento, lo que implica en el mismo, hasta la fusión sistémica de los tiempos vitales de ambos protagonistas de la construcción biográfica.

Anexo 5
Elio Massoia: su personalidad y ensayo bibliográfico acerca del destacado naturalista argentino (19.08.1936-22.5.2001)[1]

Julio Rafael CONTRERAS y Adrián GIACCHINO
Área de Vertebrados, Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, Argentina y Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires, República Argentina.

Elio Massoia, nacido y fallecido en la Capital Federal argentina, fue una de las figuras destacadas de la zoología argentina en la segunda mitad del siglo XX. Con su configuración personal autodidáctica, dotada de una intensi-

1 Se trata de un artículo inédito, preparado por los autores mencionados en el acápite, al poco del fallecimiento de Elio Massoia, que incluye una bibliografía casi exhaustiva de su producción escrita.

va laboriosidad y caracterizada por una fuerte motivación vocacional, llegó a constituirse en el principal referente en cuanto al relevamiento, el estudio bioecológico y el reconocimiento taxonómico de los roedores argentinos, al menos en el período transcurrido entre 1960 y 1980.

Aunque investigó, estudió y produjo hasta pocos meses antes de su muerte, hacia 1980 se cierra el ciclo en el que acumuló su producción mayor según la valoración canónica vigente en el escenario científico argentino. A partir de esa fecha emprendió Elio Massoia, casi aislado y en gran soledad comunicativa con respecto a sus colegas, una etapa casi titánica, en la que mediante un vasto y casi inabarcable esfuerzo, acometió el relevamiento de las faunas regionales de pequeños mamíferos argentinos mediante el análisis de muchos millares de egagrópilas o bolos de regurgitación de aves rapaces, en especial de Strigidae.

Entre 1960 y 1980 Elio Massoia realizó una enorme tarea de revisión y de síntesis ordenativa de las especies de roedores argentinos y de las áreas sudamericanas vecinas. Más esporádicamente se ocupó de los órdenes de marsupiales y de quirópteros, y ocasionalmente, de carnívoros y ungulados, y hasta de mamíferos marinos. Fue en ese sentido un continuador directo de la obra de los grandes precursores de ese tipo de estudios: de Félix de Azara [1742 –1821], de Dámaso Antonio Larrañaga [1771-1848], de Johann Rudolf Rengger [1795-1832], de George R. Waterhouse [1810-1888], de Hendrik Weyenbergh [1842- 1885], de Florentino Ameghino [1854-1911] –a pesar de que éste último sólo incursionó marginalmente en el campo neontológico–, de Lucas Kraglievich [1886-1932] –quien sólo atendió a las formas mayores de roedores autóctonos vivientes y a sus antecesores fósiles–, de Oldfield Thomas [1858-1929], de Colin Campbell Sanborn [1897-1962] y de Wilfred Hudson Osgood [1875-1947], así como de las dos grandes figuras modernas de la mastozoología nacional: Ángel Cabrera y Latorre [1879-1960] y José Yepes [1897-1976].

Se ocupó Elio Massoia de su tema de estudio con solvencia y profundidad, esclareciendo problemas taxonómicos, distribucionales, etoecológicos y de biología reproductiva, además de aspectos biométricos y odontográficos. También dando a conocer algún género y nuevas especies para el territorio argentino, varias de ellas nuevas para ciencia, a las que describió y nomencló.

Cerca de medio centenar de sus contribuciones escritas serán por largo tiempo documentos de consulta casi obligada para quienes prosigan en el país y en los países vecinos el tratamiento de esa temática.

A partir de aproximadamente 1980, circunstancias personales e institucionales llevaron a Elio Massoia a emprender una inmensa tarea de relevamiento de lo que hemos denominado el nivel *alfa* de aproximación al conocimiento de la biota de pequeños mamíferos argentinos. Se trataba de establecer con una escala fina de aproximación geográfica, la composición y la diversidad del

poblamiento del territorio argentino por parte de un sector de la fauna con significativas relaciones económicas y sanitarias desde el punto de vista aplicado, y cuyo conocimiento presenta para la zoología básica fuertes incentivos teóricos dignos de un enfoque más intenso del que hasta entonces recibiera.

Emprendió esta tarea a través del estudio de un enorme monto de material de lo que se denomina egagrópilas (que son conglomerados de material óseo, piloso, queratoso y dentario de las presas, regurgitados por aves rapaces, principalmente de las familias Strigidae y Tytonidae). De este modo realizó Elio Massoia una tarea de esclarecimiento que, no por mal valorada y poco estimulada –ya que debió hacerlo en la mayor pobreza instrumental y material– dejó de rendir los valiosos frutos que refleja casi un centenar de publicaciones dadas a luz por él y sus colaboradores, entre 1980 y 1999.

Elio Massoia fue un intuitivo privilegiado con raros atributos perceptivos, pues contaba con una capacidad innata y espontánea de vislumbrar en forma certera y precisa los rasgos diferenciadores o definitorios de los elementos anatómicos persistentes de las especies de micromamíferos de prácticamente toda la Argentina. Volcaba esa habilidad especialmente hacia el material osteológico-dentario, ámbito en el que fue casi por entero insuperable y siempre consultado. Muchos jóvenes se acercaron a él y fue para con ellos generoso maestro y promotor. Resultado de esa labor formadora es el hecho de que algunas de las figuras más prometedoras del campo del estudio rodentiológico argentino activo desde mediados de los años 90' y de lo que va del siglo, le deben a él mucho de su iniciación y primeros pasos en esa temática.

Limitado por su formación irregular y por actitudes muy particulares de su personalidad, no quiso –tal vez no supo valorar la necesidad de hacerlo– acceder tanto a las metodologías complementarias y verificadoras más modernas: citogenéticas, inmunitarias, moleculares y así también a un necesario soporte bioestadístico, a veces sofisticado y complejo. Sin embargo, las metodologías modernas aplicadas a sus especies y a sus materiales de estudio, mucho más convalidan que falsan las intuiciones básicas de Elio Massoia.

Además de un intuitivo, Massoia fue un apasionado de su trabajo, al que ejerció –como ya señalamos– casi sin plantearse complicaciones metodológicas y filosóficas. Bajo estos aspectos podría ser definido como un vitalista que vivía y actuaba, tanto en cuanto a su voluntad como a su ética, como un realista naturalista y esencialista, algo de lo que él, de oírnos, se hubiera burlado, más aún si a esos atributos agregábamos el calificativo de fijista.

Sus cuadros clasificatorios se ajustaban en su concepción a categorías ontológicamente reales, para él, dadas *a priori* y sin ninguna duda en su planteamiento. A su entender las especies eran esencias (incluyendo en su definición cierto rango de variación sincrónica, pero nunca diacrónica). Sus hallazgos

de especímenes aislados de micromamíferos, estaban incluidos en un juego sucesivo de esencias, las que encajaban entre sí armónicamente en categorías taxonómicas, "porque así debía ser" o "porque así era el mundo real" que él había recibido, y al que quería inmutable: él sólo buscaba las claves de ese ajuste armónico. Concebía al mundo natural como un vasto escenario a ordenar, y se entregó a ello de lleno, apasionadamente. Si para ello hubo razones metafísicas explícitas o subyacentes en su mente, no lo sabemos porque jamás habló ni quiso responder preguntas al respecto. Pero, tácitas, si no explícitas, él tuvo seguramente sus razones teóricas sustentadoras muy bien configuradas, pues fue siempre coherente a lo largo de su praxis cotidiana.

En la tarea que realizaba encontraba belleza y armonía (además una fuente de alegría y optimismo) y, se daba a ella ciego ante eventuales distracciones colaterales. Lejos del laboratorio o del gabinete era un ciudadano corriente, tan sólo accesible con preguntas simples para las grandes incógnitas de la vida y del universo, a las que respondía más con fábulas y mitologías particulares que con una cosmovisión reflexiva. Para él, vitalista por esencia, la metafísica no tenía relevancia: su espíritu simple había resuelto su problemática, la materia desaparecía con la muerte o con el fin de los tiempos, en lo que creía ingenuamente. Sólo el alma era real, eterna y sólo ella corría peligro ante fuerzas enajenantes tan reales como ella.

La producción bibliográfica de Elio Massoia ha sido intensa, con altibajos que en general respondieron a los mayores problemas materiales –laborales e institucionales– que afectaron a su vida. Hay etapas de la misma que han sido extraordinariamente fructíferas. Una primera evaluación de su producción da cuenta de una gran cantidad de trabajos mayores, varios de ellos de envergadura, dispersos en su mayor parte en revistas nacionales.

La segunda etapa vital y científica de Elio Massoia, cumplida a partir de los primeros años de la década 1980-1990, se volcó especialmente en órganos de prensa que el propio autor dirigía y editaba, casi artesanalmente y con una muy exigua tirada. Esto último fue debido a que tuvo fuertes limitaciones económicas personales, pues sus magros ingresos no alcanzaban para esos gastos.

Esas características, en sus días, limitaron mucho la difusión de esos escritos y, dificulta ahora el acceso de actuales o futuros interesados, al punto que sería necesario plantear una reedición ordenada y selectiva de lo más relevante pues encierra gran valor por su información científica, siempre confiable en alto grado. En este sentido era absolutamente honesto, incapaz de alterar en lo más mínimo sus datos (manipularlos) para que ajustaran mejor en el contexto de su presentación o para convalidar sus afirmaciones. La virtud de ser absolutamente veraz en ciencia era en él una condición ética implícita, casi religiosamente sentida y cumplida.

Se han excluido de la enumeración que ofrecemos más adelante, las presentaciones ante congresos y reuniones científicas, que representan cerca de dos centenares de referencias adicionales, pues en general las mismas, no han llegado, en su gran mayoría, a sobrepasar la condición de meros títulos y enumeraciones preliminares y muy someras de los temas tratados, algo muy frecuente en las presentaciones ante congresos por parte de la mayoría de sus colegas. Muchas de esas presentaciones aparecen más tarde completadas como trabajos independientes, mientras que algunas, corresponden a proyectos personales sólo esbozados o incipientemente desarrollados pero nunca completados, pero que al exponerlos le daban lugar al doble propósito de someter sus planes y saberes ante un público especializado y, además, debía hacerlo obligadamente con buen manejo y con minuciosa atención esos temas y, a la vez, sondear el ambiente de colegas en busca de objeciones o muestras de consenso para con sus ideas o hipótesis.

Elio Massoia tenía entre manos al fallecer varios trabajos inconclusos, algunos casi a término. Tal vez algunos de ellos puedan ser recuperables y recuperados. No tuvo cerca de él y fuera de su familia, para la que ésta era una tarea imposible, a nadie que lo siguiera y acompañara en la totalidad de sus pasos, de modo que al producirse su desaparición fue muy difícil hallar y reunir todo lo que estaba disperso.

Corresponde plantear aquí algo que resulta perentorio en la Argentina actual, y desde hace muchos años: la suerte de los archivos individuales de los investigadores que fallecen o se retiran. Contrariamente a lo que sucede en países más desarrollados o más cuidadosos de su acervo cultural, en los que existen bibliotecas, museos, universidades o instituciones privadas que se han constituido en albaceas y guardadores de esos archivos. Se preservan así documentos, apuntes, diarios, fotografías, láminas, correspondencia, trabajos inéditos e inconclusos, manuscritos éditos e inéditos. La ausencia de tales repositorios condena –en general– a la pérdida o a la destrucción más o menos mediata de elementos valiosos para la historia científica y cultural del país.

El autor, conjuntamente con Adrián Giacchino, ya han planteado (Contreras, J.R. y A. Giacchino, 2001), la necesidad de la creación de un Archivo Osvaldo A. Reig [1927-1992] –que, como hemos visto precedentemente, se tratara de otro ilustre naturalista y científico argentino, que por su obra llegó a ser de alcance mundial– y, del mismo modo es necesario llamar ahora la atención acerca de la pertinencia de reunir un Archivo Elio Massoia. De poder concretarse esas iniciativas, debería asegurarse también que los archivos recuperados reúnan, además de toda la documentación pertinente, los repertorios completos de publicaciones de los autores, pues tampoco está asegurada en la Argentina actual, la posibilidad de consultar fondos de esa naturaleza reunidos

en un solo sitio y completos. Con tal carencia muchos de los títulos exhibidos en las bibliografías se tornan entelequias inaccesibles para los interesados.

Acerca del mencionado nivel *alfa* de aproximación al conocimiento de una biota, la de la Argentina en este caso, conviene aclarar el concepto. Se trata de una tarea de esclarecimiento básico que responde a un par de sencillas preguntas: ¿cuál es la diversidad de las especies de determinada categoría taxonómica en un área concreta –y discreta en su extensión– del territorio nacional? y ¿cuál es la participación relativa de cada una de esas especies en la en la composición de la biota? (todo ello sustentado sobre una base cartográfica que permita el vuelco ordenado de los datos de campo y de gabinete, para lo que puede resultar muy conveniente aplicar la metodología internacional de atlado biogeográfico, como se expone en Contreras *et al.*, 1990: Introducción[2]. Se trata de una tarea-deuda que la ciencia nacional hasta ahora no ejecutó sino muy parcial y segmentariamente y que en el campo de los mamíferos –y de los vertebrados en general– tiene un gran valor básico y aplicado.

Lamentablemente esa labor ha escapado siempre a la mayor parte de la planificación científica en la Argentina. El curso del tiempo, con la creciente y absolutamente desmedida e irracional destrucción ambiental antropógena y, acompañado por el acontecimiento geofísico representado por el proceso llamado cambio climático incentivándose, incrementaron el peso negativo de ese déficit y la urgencia de su realización. Elio Massoia abordó muy cumplidamente el problema, pero su situación de aislamiento, la falta de personal auxiliar que no fuera exclusivamente voluntario y, a veces, inestable o discontinuo en su colaboración, la carencia crónica, ya inveterada en él, de medios para digitalizar la información pues las computadoras llegaron tarde para la vida útil de Elio Massoia, quien no dispuso jamás de ninguna, y además, no sabía manejarlas y expresaba cierto desdén hacia ellas, al que creemos que era meramente externo y compensatorio de la carencia insalvable de ese recurso. Además para realizar algo así hubiera precisado un ambiente amplio[3], dotado

2 El atlado, se trata de una metodología biogeográfica de relevamiento y presentación de la información de grandes bancos de datos base procedentes de determinada región estudiada, muy usual en la actualidad, y con fundamentación en la propuesta original del inglés J. T. R Sharrock (1956), quien realizó sus estudios primerizos de atlado con las aves de Inglaterra e Irlanda. En la Argentina y sus vecindades, se han realizado atlas con la herpetofauna (Álvarez *et al.*, 2002), en Lepidoptera (Contreras Chialchia, 2012), en Aves (Contreras *et al*., 1990; Contreras *et al*., 2014).

3 En cuanto a la disponibilidad de espacio por parte de Elio Massoia a partir de su ingreso al CONICET en carácter de técnico pero en una situación muy elásticamente definida, se le fijó como lugar de trabajo el Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires "Bernardino Rivadavia", del que era director el licenciado José María Gallardo. Éste lo ubicó en un salón cercano a la Dirección, en el segundo piso de la institución. Era un ámbito cómodo pero inadecuado que contaba con una gran mesa para reunión del personal. Prontamente la cubrió Elio con cajas, frascos, bolsas y bandejas plenas de egagrópilas a las que procesar para identificar a sus

de buenas mesas, de estanterías, de cartas geográficas, así como de facilidades para fotografía y de pequeñas cajas o frascos para guardar el material documental, además tenía el requerimiento de un flujo casi constante de insumos para la utilización de la computadora. De nada de eso dispuso, al menos con la calidad y funcionalidad requerida.

Debe destacarse que el sector relacionado con las Ciencias Biológicas del CONICET, al menos hasta el final del siglo XX, nunca prestó especial atención ni estimuló en forma algo más que rutinaria y, preocupada seriamente por los resultados logrados y por el destino de los enormes montos de datos a utilizar en cada etapa de la realización de relevamientos de mastofaunas de pequeños mamíferos, específicamente con la revisión de egagrópilas, pues se trata de miles de restos óseos de muy variable valor documental acumulados durante el uso de esta metodología.

Muchos de esos restos de cráneos eran testimonios de elencos faunísticos ignorados y que no se han reiterado en sus localidades investigadas, la mayoría de ellas sólo por Elio Massoia. No se siguió de cerca a aquellos investigadores, a los que se suponía debía supervisar y apoyar[4], ni se sentaron las bases operativas de un tipo de trabajo útil y necesario con todas sus pautas y alternativas, entre lo cual era imprescindible la preservación museológica de muestras documentales y su registro en catálogo. La disociación de Massoia con el área de Mastozoología del Museo es algo que hoy resulta incomprensible. Tanto trabajo sacrificado y eficiente hubiera merecido otro destino.

---

componentes faunísticos. Al agua para deshacer los acúmulos de restos debía transportarla y comenzaron las emisiones fétidas de material fermentado o con restos en descomposición. No somos ajenos a la idea de orden y buena y pulcra presentación de un lugar de trabajo científico, algo que ya recomendaba Claude Bernard en 1855-1856, pero en el Museo se presentó una situación problemática en la que eran muchos los miembros del personal que requerían se alejara a Elio y a sus elementos de trabajo fuera del área administrativa del Museo. Al fallecer súbitamente en 1994 el director Gallardo, su sucesor, el destacado científico Wolfgang Volkheimer, ordenó su traslado a un ala lateral del edificio, en la planta baja, en la que años atrás funcionaran la imprenta y talleres del Museo, asignándosele un "gabinete" que Massoia, utilizando el slang porteño calificaba de "cuchitril" (cuevita, encierro insignificante, maltrecho y precario), una pieza de cerca de tres por tres metros, de techo bajo, con muy pobre mobiliario, en la que pasó Elio los últimos años de su vida entre pilar de libros y folletos en el suelo, con una precaria estantería repleta de francos, bolsos, huesos, calcos de fósiles y hasta cajas en las que mantenía numerosos ejemplares de la araña del género *Loxosceles* que, a pesar de su alta peligrosidad, escapaban de sus encierros y deambulaban por el local. Una de su escasas sillas tenía cubierto su asiento con un paño y sobre el mismo dormitaba plácidamente una gata gris que Massoia había adoptado entre los gatos vagabundos del Parque entornante y alimentaba cuidadosamente.

4 Esa actitud displicente se sentía especialmente en el interior argentino, donde los representantes locales del CONICET, por lo común, ni siquiera eran conocidos de los investigadores y del personal de apoyo de los Institutos, en una situación de reciprocidad ya que ellos casi nunca se conocían o se interesaban por aquello que, teóricamente debían supervisar. El autor principal de este Anexo ha vivido muy especialmente una situación casi similar a la que se relata, especialmente en la ciudad de Corrientes entre los años 1981 y 1997, cuando a fines de noviembre de 1996 se suprimió inesperadamente a varias decenas de Programas y no se tomaron recaudos con respecto al patrimonio documental y científico de las mismas.



Elio Massoia en el INTA de Castelar con una *Marmosa*. Foto: Archivo Claudio Bertonatti.

Bibliografía de Elio Massoia

1961.-

MASSOIA, E. 1961. Notas sobre los Cricétidos de la selva marginal de Punta Lara (Mammalia, Rodentia). Publicaciones del Museo Tradicional y de Ciencias Naturales de Mar del Plata, 1 (4): 115-134. Mar del Plata.

1962.-

MASSOIA, E. 1962. Dos especies de Cricétidos nuevas para la Argentina. Physis, 23 (64): 27-34. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1962. Un cricétido nuevo para la Argentina: *Akodon arviculoides montensis* Thomas (Rodentia). Physis, Tomo 23 (65): 185-194. Buenos Aires.

1963.-

MASSOIA, E. 1963. Sobre la posición sistemática y distribución geográfica de *Akodon* (*Thaptomys*) *nigrita* (Rodentia, Cricetidae). Physis, 24 (67): 73-80. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1963. *Oxymycterus iheringi* (Rodentia, Cricetidae) nueva especie para la Argentina. Physis, 24 (67): 129-136.

MASSOIA, E. 1963. Sistemática, distribución geográfica y rasgos etoecológicos de *Akodon* (*Deltamys*) *kempi* (Rodentia, Cricetidae). Physis, 24 (67): 240.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1963. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia, Cricetidae). I. Sistemática, distribución geográfica y rasgos etoecológicos de *Scapteromys tumidus* (Waterhouse). Physis, 24 (67): 239.

1964.-

MASSOIA, E. 1964. Sistemática, distribución geográfica y rasgos etoecológicos de *Akodon* (*Deltamys*) *kempi* (Rodentia, Cricetidae). Physis, 24 (68): 299-305.

MASSOIA, E. 1964. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 2 (3): 14-15.

MASSOIA, E. 1964. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 2 (4): 17-20.

MASSOIA, E. 1964. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 2 (5): 13-15.

MASSOIA, E. 1964. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 2 (6): 12-13.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1964. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia, Cricetidae). III. Hallazgo de *Scapteromys tumidus aquaticus* afectado de melanismo total. Delta del Paraná, Investigaciones Agrícolas, INTA, año 4 (5): 58-60. Campana.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1964. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia Cricetidae). I. Sistemática, distribución geográfica y rasgos etoecológicos de *Scapteromys tumidus* Waterhouse. Physis, 24 (68): 279-297. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1964. Comentarios sobre *Eligmodontia typus typus* (Rodentia, Cricetidae). Physis, 24 (68): 298. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1964. Tres notas sobre el género *Calomys* (Rodentia, Cricetidae). Physis, 24 (68): 490-491.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1964. Pequeños mamíferos (Marsupialia, Chiroptera y Rodentia) y aves obtenidos en regurgitaciones de lechuzas (Strigiformes) del Delta bonaerense. Delta del Paraná, Investigaciones Agrícolas, INTA, 4 (6): 27-34. Campana.

1965.-

FORNES, A. y E. MASSOIA. 1965. Micromamíferos (Marsupialia y Rodentia) recolectados en la localidad bonaerense de Miramar. Physis, 25 (69): 99-108. Buenos Aires.

FORNES, A. y E. MASSOIA. 1965. *Oryzomys (Oecomys)* Thomas, 1906: nuevo género de cricétido para la República Argentina (Rodentia). Physis, 25 (70): 319-324. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1965. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 3 (7): 1-3.

MASSOIA, E. 1965. Los roedores del Delta del Paraná – Serie descriptiva. Noticias del Delta, 3 (8-9): 1-2.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1965. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia, Cricetidae). II. Fundamentos de la identidad específica de *Scapteromys principalis* (Lund) y *S. gnambiquarae* (Miranda Ribeiro). Neotrópica, 11 (34): 1-7. La Plata.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1965. Contribución al conocimiento de los roedores miomorfos argentinos vinculados con la fiebre hemorrágica (Rodentia, Cricetidae y Muridae). Comisión Coordinadora de Estudio para la Lucha contra la Fiebre Hemorrágica Argentina, Ministerios de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, pp.1-29.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1965. Nuevos datos sobre la morfología, distribución geográfica y etoecología de *Calomys callosus callosus* (Rengger) (Rodentia, Cricetidae). Physis, 25 (70): 325-331. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1965. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia, Cricetidae). IV. Presencia y rasgos etoecológicos de *Scapteromys tumidus aquaticus* Thomas en el partido de Castelli, provincia de Buenos Aires. Physis, 25 (70): 332. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1965. Nuevos datos sistemáticos, biológicos y etoecológicos de *Oryzomys* (*Oligoryzomys*) *delticola* Thomas (Rodentia, Cricetidae). Delta del Paraná, INTA, Investigaciones Agrícolas, 4 (6): 35-47. Campana.

1966.-

FORNES, A. y E. MASSOIA. 1966. *Vampyrops lineatus* (E. Geoffroy) nuevo género y especie para la República Argentina (Chiroptera, Phyllostomidae). Physis, 26 (71): 181-184. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1966. Notas sobre el género *Scapteromys* (Rodentia, Cricetidae). IV. Curiosos casos de anomalías dentarias en *Scapteromys tumidus aquaticus* Thomas. Neotrópica, 12 (39): 81-94. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1966. La captura de *Ctenomys* ("tuco tuco") por medio de trampas. Idia, INTA, (227): 73-79. Noviembre de 1966. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1966. Nuevos datos sobre la distribución geográfica y ecología del género *Calomys* (Waterhouse) (Rodentia, Cricetidae). Idia, INTA, (227): 79-81. Noviembre de 1966. Buenos Aires.

1967.-

FORNES, A., E. MASSOIA y G.E. FORREST. 1967. *Tonatia sylvicola* (D'Orbigny) nuevo género y especie para la República Argentina (Chiroptera, Phyllostomidae). Physis, 27 (74): 149-152. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1967. Algunos rasgos ecológicos del "tuco tuco" de Magallanes. Hoja Informativa, INTA-CNIA, Instituto de Patología Vegetal, (12): 1-2. Castelar.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1967. Roedores recolectados en la Capital Federal (Caviidae, Cricetidae y Muridae). Idia, INTA, (240): 47-53. 1967. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1967. El estado sistemático, distribución geográfica y datos etoecológicos de algunos mamíferos neotropicales (Marsupialia y Rodentia), con la descripción de *Cabreramys*, género nuevo (Cricetidae). Acta Zoológica Lilloana, 23: 407. San Miguel de Tucumán.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1967. Procedencias argentinas poco conocidas o nuevas para murciélagos (Noctilionidae, Phyllostomidae, Vespertilionidae y Molossidae). Segundas Jornadas Entomoepidemiológicas Argentinas, Tomo I, pp. 133-145. (Resumen publicado previamente en Documentos de Trabajo, Segundas Jornadas Entomoepidemiológicas Argentinas, Salta, octubre de 1965).

1968.-

FORNES, A. y E. MASSOIA. 1968. Nuevas procedencias argentinas para *Noctilio labialis, Sturnira lilium, Molossops temmincki* y *Eumops abrasus* (Mammalia, Chiroptera). Physis, 28 (76): 37-38. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1968. Arrozales atacados por roedores (Caviidae y Cricetidae). Hoja Informativa, INTA-CNIA, Instituto de Patología Vegetal, (22): 1-2. Castelar.

MASSOIA, E., A. FORNES, R.L. WAINBERG y T.G. de FRONZA. 1968. Nuevos aportes al conocimiento de las especies bonaerenses del género *Calomys* (Rodentia-Cricetidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 5 (4): 63-92. Castelar.

1969.-

FORNES, A., H.A. DELPIETRO y E. MASSOIA. 1969. *Macrophyllum macrophyllum* (Wied) nuevo género y especie para la República Argentina (Chiroptera, Phyllostomidae, Phyllostominae). Physis, 28 (77): 323-326. Buenos Aires.

FORNES, A. y E. MASSOIA. 1969. La presencia de *Carollia perspicillata perpicillata* en la República Argentina (Chiroptera, Phyllostomidae, Carolliinae). Physis, 28 (77): 322. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1969. Nota sobre roedores de la Mesopotamia (Caviidae y Cricetidae). Hoja Informativa, INTA-CNIA, Instituto de Patología Vegetal, (32): 1-2. Castelar.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1969. Claves para el reconocimiento de los roedores del Delta del Paraná (Mammalia). Idia, INTA, (253): 11-18. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1969. Caracteres comunes y distintivos de *Oxymycterus nasutus* (Waterhouse) y *O. iheringi* Thomas (Rodentia, Cricetidae). Physis, 28 (77): 315-321. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1969. Descripción de *Hydrochaeris* en edad fetal y comparación con los adultos (Mammalia, Rodentia, Hydrochoeridae). Physis, 29 (78): 95-99. Buenos Aires.

1970.-
MASSOIA, E. 1970. Roedores dañinos a los álamos en la Argentina. Comisión Nacional del Álamo, Acta de la Reunión XXXI, 2 pp. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1970. Mamíferos que contribuyen a deteriorar suelos y pasturas en la República Argentina. Idia, INTA, (276), diciembre de 1970, pp. 14-17. Castelar.

MASSOIA, E. 1970. Contribución al estudio de los mamíferos de Formosa, con referencias a los que habitan zonas vinaleras. Idia, INTA, (276), diciembre de 1970, pp. 55-63. Castelar.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1970. Presencia y rasgos etoecológicos de *Marmosa agilis chacoensis* Tate en las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Misiones (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, 9 (2): 71-82. Buenos Aires. [El resumen se publicó, bajo el mismo título, en: Physis, 29 (79): 517. Buenos Aires].

1971.-
MASSOIA, E. 1971. Caracteres y rasgos bioecológicos de *Holochilus brasiliensis chacarius* Thomas ("rata nutria" de la provincia de Formosa y comparaciones con *Holochilus brasiliensis vulpinus* (Brants)) (Mammalia-Rodentia-Cricetidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 8 (1): 13-40. Castelar.

MASSOIA, E. 1971. *Akodon varius toba* Thomas en la Rep. Argentina. Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (4) 8 (5): 123-129. Castelar.

MASSOIA, E. 1971. Descripción y rasgos bioecológicos de una nueva subespecie de Cricétido: *Akodon azarae bibianae.* Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (4) 8 (5): 131-140. Castelar.

MASSOIA, E. 1971. Las ratas nutrias del género *Holochilus* descriptas como *Mus brasiliensis* por Waterhouse (Mammalia-Rodentia-Cricetidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (4) 8 (5): 141-148. Castelar.

MASSOIA, E. 1971. Nuevo dato zoogeográfico y ecológico para el género *Cavia* (Mammalia, Rodentia, Caviidae). Idia, INTA, (284), agosto de 1970, pp. 17-18.

1972.-

MASSOIA, E. 1972. La presencia de *Marmosa cinerea paraguayana* Tate en la República de Argentina, provincia de Misiones (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, Serie 1, Biología y Producción Animal, 9 (2): 63-70.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1972. Presencia y rasgos etoecológicos de *Marmosa agilis chacoensis* Tate en las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Misiones (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Physis, 29 (79): 517.

MASSOIA, E. y A. FORNES. 1972. Presencia y rasgos etoecológicos de *Marmosa agilis chacoensis* Tate en las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Misiones (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, Serie 1, Biología y Producción Animal, 9 (2): 71-81.

1973.-

MASSOIA, E. 1973. Zoogeografía del género *Cavia* en la República Argentina, Pcia. de Misiones (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 10 (1): 1-11. Castelar.

MASSOIA, E. 1973. Observaciones sobre el género *Lutreolina* en la República Argentina (Mammalia-Marsupialia-Didelphidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 10 (1): 13-20. Castelar.

MASSOIA, E. 1973. Descripción de *Oryzomys fornesi*, nueva especie y nuevos datos sobre algunas especies y subespecies argentinas del subgénero *Oryzomys* (*Oligoryzomys*) (Mammalia-Rodentia-Cricetidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 10 (1): 21-37. Castelar.

MASSOIA, E. 1973. Presencia y rasgos etoecológicos de la "paca", *Agouti paca* (Linneo) en la República Argentina (Mammalia-Rodentia-Dasyproctidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 10 (1): 39-42. Castelar.

MASSOIA, E. 1973. Presencia y rasgos bioecológicos de *Oryzomys longicaudatus pampanus*, nueva subespecie en la provincia de Buenos Aires (Mammalia-Rodentia-Cricetidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 10 (1): 43-49. Castelar.

1974.-

MASSOIA, E. 1974. Datos sobre un cricétido nuevo para la Argentina: *Oryzomys* (*Oryzomys*) *capito intermedius* y sus diferencias con *Oryzomys* (*Oryzomys*) *legatus* (Mammalia, Rodentia). Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (5) 11 (1): 1-7.

MASSOIA, E. 1974. Ataques graves de *Holochilus* y otros roedores a cultivos de caña de azúcar. Idia, INTA, (321-324): 15-25, 1974. Castelar.

MASSOIA, E. y J. FOERSTER. 1974. Un mamífero nuevo para la República Argentina: *Caluromys lanatus lanatus* (Illiger) (Mammalia, Marsupialia, Didelphidae). Idia, INTA, (313-314): 5-7. 1974. Castelar.

1976.-

MASSOIA, E. 1976. Cuatro notas sobre murciélagos de la República Argentina (Molossidae y Vespertilionidae). Physis, C, 35 (91): 257-265. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1976. Mammalia. Volumen XLIV. En: RINGUELET, R.A. (director): Fauna de Agua Dulce de la República Argentina. FECIC, Buenos Aires, pp. 1-128.

MASSOIA, E. 1976. Sobre la identidad del holotipo de *Graomys hypogaeus* Cabrera, 1934. Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (5) 13 (1): 15-20. Castelar.

1978.-

MASSOIA, E. 1978. El melanismo total del pelaje de tres mamíferos del Delta del Paraná. Revista de Investigaciones Agropecuarias, INTA, (1) 14 (1): 1-6. Castelar.

MASSOIA, E. 1978. Descripción de un género y especie nuevos: *Bibimys torresi* (Mammalia-Rodentia-Cricetidae-Sigmodontinae-Scapteromyini). Physis, C, 38 (95): 1-7. Buenos Aires.

1979.-

MASSOIA, E. 1979. El género *Octodon* en la Argentina (Mammalia, Rodentia). Neotrópica, 25 (73): 36. La Plata.

1980.-

MASSOIA, E. 1980. Un marsupial nuevo para la Argentina: *Monodelphis scalops* (Thomas) (Mammalia, Marsupialia). Physis, C, 39 (96): 61.62.

MASSOIA, E. 1980. El estado sistemático de cuatro especies de Cricétidos sudamericanos y comentarios sobre otras especies congenéricas (Mammalia, Rodentia). Ameghiniana, 17 (3): 280-287. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1980. Nuevos datos sobre *Akodon, Deltamys* y *Cabreramys*, con la descripción de una especie y una subespecie nuevas (Mammalia, Rodentia, Cricetidae). Nota preliminar. Historia Natural, 1 (25): 179. Mendoza.

MASSOIA, E. 1980. Mammalia de Argentina. I. Los mamíferos de la provincia de Misiones. ACNA, Iguazú, 1 (1): 15-43. Buenos Aires.

1981.-

BOND, M. y E. MASSOIA. 1981. La presencia de *Holochilus magnus* (Rodentia, Cricetidae) en el Pleistoceno superior de la Prov. de Buenos Aires. Circular Informativa de la Asociación Paleontológica Argentina, (8): 11. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1981. Notas sobre los cricétidos mendocinos (Mammalia, Rodentia). Historia Natural, 1 (29): 205-208. Mendoza.

MASSOIA, E. 1981. La variabilidad morfológica de los molares de *Scapteromys* del Delta del Paraná (Mammalia, Rodentia, Cricetidae, Sigmodontinae). Historia Natural, 2 (9): 57-63. Corrientes.

MASSOIA, E. 1981. El estado sistemático y zoogeografía de *Mus brasiliensis* Desmarest y *Holochilus sciureus* Wagner (Mammalia, Rodentia, Cricetidae). Physis, C, 39 (97): 31-34. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1981. *Dusicyon inca* (Thomas) nuevo mamífero para la Argentina (Carnivora, Canidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, Investigaciones Ganaderas, 16 (2): 307-311. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y J.M. BULDRINI. 1981. Comportamiento de *Galictis cuja cuja* en cautiverio (Mammalia, Carnivora, Mustelidae) ACNA, Iguazú, 1 (2): 100-108. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y O. DI IORIO. 1981. Murciélagos (Chiroptera, Vespertilionidae) asociados a la "vinchuca colorada" *Triatoma rubrovaria* (Hemiptera, Reduviidae). Revista de Investigaciones Agropecuarias, Investigaciones Ganaderas, 16 (2): 303-306. Buenos Aires.

MASSOIA, E., S. RENARD de COQUET y J. FERNÁNDEZ. 1981. *Lama guanicoe* en la economía primitiva según registros arqueológicos verificados en la excavación de Chenque Haichol, Neuquén. Idia, INTA, (389-390), mayo-junio de 1980, pp. 79-82. Castelar.

1982.-

MASSOIA, E. 1982. Diagnosis previa de *Cabreramys temchuki*, nueva especie (Rodentia, Cricetidae). Historia Natural, 2 (11): 91-92. Corrientes.

MASSOIA, E. 1982. Restos de mamíferos recolectados en el Paraje Paso de Los Molles, Pilcaniyeu, Río Negro. Revista de Investigaciones Agropecuarias, Investigaciones Ganaderas, 17 (1): 39-53. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1982. *Dusicyon gymnocercus lordi*, una nueva subespecie del "Zorro gris grande" (Mammalia, Carnivora, Canidae). Neotrópica, 28 (80): 147-152. La Plata.

1983.-

GREENHALL, A.M., R.D. LORD y E. MASSOIA. 1983. Clave para los murciélagos de la Argentina. Centro Panamericano de Zoonosis, Publicación Especial, (5): 1-103. Ramos Mejía.

MASSOIA, E. 1983. La alimentación de algunas aves del Orden Strigiformes en la Argentina. El Hornero, Número extraordinario, pp. 125-148. Buenos Aires.

1984.-

MASSOIA, E. 1984. La importancia de los análisis de regurgitados de aves estrigiformes. Acinctania, INTA, 1 (11): 38-39. Castelar.

MASSOIA, E. 1984. La importancia agropecuaria de los roedores en la Argentina. Acinctania, INTA, 1 (17): 17-31. Castelar.

1985.-

MASSOIA, E. 1985. La importancia de los análisis de regurgitados de aves estrigiformes. Nuestras Aves, 3 (7): 23-24. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1985. Análisis de regurgitados de *Asio flammeus* del arroyo Chasicó. Acinctania, INTA, 2 (15): 7-9. Castelar.

MASSOIA, E. 1985. El estado sistemático de algunos Muroideos estudiados por Ameghino el 1889, con la revalidación del género *Necromys* (Mammalia, Rodentia, Myomorpha). Circular Informativa de la Asociación Paleontológica Argentina, (14), 1 pág. Buenos Aires.

1986.-

MASSOIA, E. 1986. Lechuzas: ¿Sólo máquinas de matar? Vida Silvestre Argentina, (18): 8-13. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1986. Algunos mamíferos fósiles del partido de Matanza, provincia de Buenos Aires. Resúmenes de las III Jornadas Argentinas de Paleontología de Vertebrados, pág. 14, Buenos Aires.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1986. Algunos mamíferos depredados por *Geranoaetus melanoleucus* en Corralito, Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Acinctania, INTA, 3 (23): 24-26. Castelar.

MASSOIA, E. y A.S. VETRANO. 1986. Análisis de regurgitaciones de *Tyto alba* del molino de Forclaz, Colón, provincia de Entre Ríos. Acinctania, INTA, 3 (20): 24-26. Castelar.

1987.-

GÓMEZ, D.A. y E. MASSOIA. 1987. Restos de batracios y pequeños mamíferos en nidos de leñatero (*Anumbius annumbi*). Nuestras Aves, 5 (13): 17-19. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1987. Algunos mamíferos recolectados en Guampacha, Guasayán, Santiago del Estero. Boletín Científico APRONA, (1): 1-12. Castelar.

MASSOIA, E. 1987. Restos de mamíferos recolectados en el sitio arqueológico de Chenque Haichol, Picunches, provincia de Neuquén. Estudios de Antropología Pampeana, 1 (2): 15-21. Buenos Aires. (Id.: En Boletín Iformativo de la Asociación Paleontológica Argentina, 1988, (17): 2. Buenos Aires).

MASSOIA, E. y J.C. CHEBEZ. 1987. Hallazgo de *Cabassous tatouay* (Cingulata, Dasypodidae) en Corrientes y nuevos datos sobre su distribución en Misiones, Idia, INTA, (441-444): 56-58. Buenos Aires.

MASSOIA, E., S.I. TIRANTI y M.P. TORRES. 1987. Mamíferos pleistocénicos y recientes recolectados en el arroyo de Santa Catalina, Río Cuarto, provincia de Córdoba. Boletín Informativo de la Asociación Paleontológica Argentina, (16): 12. Buenos Aires.

MASSOIA, E., O.B. VACCARO, C.A. GALLIARI y S. AMBROSINI. 1987. La mastofauna del río Urugua-í, provincia de Misiones. Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Zoología, 14 (8): 111-124. Buenos Aires.

1988.-

MASSOIA, E. 1988. Algunos roedores depredados por *Bubo virginianus* en Estancia Chacayal, departamento Huiliches, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (2): 4-7. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* en Ituzaingó, partido de Morón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (2): 13-19. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Algunos restos de pequeños roedores y pájaros depredados por aves rapaces en el río Quiquihue, departamento Lácar, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (4): 20-23. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Restos de mamíferos depredados por *Bubo virginianus* y cazadores desconocidos en el Parque Nacional de Lihué Calel, departamento Lihue Calel, provincia de La Pampa. Boletín Científico APRONA, (6): 4-9. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Presas de *Tyto alba* en Saladillo, partido de Saladillo, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (6): 10-14. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Presas de *Tyto alba* en Campo Ramón, departamento Oberá, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (7): 4-16. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* en Humaitá, departamento Cerrillos, provincia de Salta. Boletín Científico APRONA, (5): 6-11. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Análisis de regurgitados de *Rhinoptynx clamator* del partido de Marcos Paz, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (9): 4-9. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. II. *Arctocephalus australis* en Miramar, partido de General Alvarado, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (9): 10-12. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Pequeños mamíferos depredados por *Geranoaetus melanoleucus* en el Paraje Confluencia, departamento Collon Cura, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (9): 13-18. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 1. *Thylatheridium cristatum* en Playa Marquesado, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (9): 19-22. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Restos de animales recolectados en la Playa Camping Americano, Monte Hermoso, partido de Coronel Rosales, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (10): 4-7. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Presas de *Buteo magnirostris* en el partido de General Rodríguez, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (10): 8-11. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 3. *Tursiops truncatus cephyreus* en San Clemente del Tuyú. Boletín Científico APRONA, (10): 16-18. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Proyecto Tatú Carreta, 1. Datos de un ejemplar de Santiago del Estero. Boletín Científico APRONA, (10): 19-20. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 3. *Eumysops laeviplicatus* en Barranca de los Lobos, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (11): 2-5. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 4. *Mirounga leonina* en Península Valdés, departamento Biedma, provincia de Chubut. Boletín Científico APRONA, (11): 5-7. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Algunos mamíferos fósiles del partido de Marcos Paz, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (11): 16-25. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Proyecto Tatú Carreta, 2. Datos de un ejemplar del departamento Matacos, provincia de Formosa. Boletín Científico APRONA, (12): 1-3. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 4. *Mesotherium cristatum* de Bella Vista, partido de General Sarmiento, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (12): 4-7. Castelar.

MASSOIA, E. 1988. Algunos restos de mamíferos fósiles de Playa Serena, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Informativo de la Asociación Paleontológica Argentina, (17): 4. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1988. Algunos restos de mamíferos fósiles de Playa de las Palomas, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Informativo de la Asociación Paleontológica Argentina, (17): 9. Buenos Aires.

MASSOIA, E. 1988. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. I. *Cephalorhynchus commersoni* en la Isla Grande, Tierra del Fuego. Boletín Científico APRONA, (8): 4-6. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1988. Depredación de mamíferos por *Tyto alba tuidara* en Teyú Cuaré, departamento San Ignacio, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (8): 7-13. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1988. Presas de *Tyto alba tuidara* en Ensenadita, departamento San Cosme, provincia de Corrientes. Boletín Científico APRONA, (12): 8-14. Castelar.

MASSOIA, E. y G.C. JOFRE. 1988. Hallazgo de mamíferos pleistocénicos en el partido de Merlo, provincia de Buenos Aires: nueva fauna local de la unidad mamífero Lujanense. Boletín Científico APRONA, (5): 12-25. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Algunos datos sobre la dieta mastofaunística de *Tyto alba* en Salinas del Bebedero, departamento La Capital, provincia de San Luis. Boletín Científico APRONA, (2): 8-12. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Pequeños mamíferos depredados por *Bubo virginianus* en Pampa de Nestares, departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (3): 23-27. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Presas de *Bubo virginianus* en Cueva Epullán, departamento Collón Curá, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (6): 17-27. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Nota sobre la fauna de pequeños roedores de Valle Hermoso, departamento Escalante, provincia de Chubut. Boletín Científico APRONA, (11): 13-15. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Presas de *Bubo virginianus* en Cañadón Las Coloradas, departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (4): 14-19. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1988. Algunos restos de mamíferos fósiles de Barranca de los Lobos, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Informativo de la Asociación Paleontológica Argentina, (17): 8. Buenos Aires.

MASSOIA, E. y A.S. VETRANO. 1988. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* de Alta Italia, departamento Realicó, provincia de La Pampa. Boletín Científico APRONA, (3): 4-10. Castelar.

MASSOIA, E. y A.S. VETRANO. 1988. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* de Villa Regina, General Roca, provincia de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (3): 10-20. Castelar.

MASSOIA, E., A.S. VETRANO y F.R. LA ROSSA. 1988. Análisis de regurgitados de *Athene cunicularia* de Península Valdés, Departamento Biedma, provincia de Chubut. Boletín Científico APRONA, (4): 4-13. Castelar.

VACCARO, O.B. y E. MASSOIA. 1988. Nueva especie para la provincia de Misiones: *Lasiurus cinereus villossisimus* (Geoffroy, 1806) (Chiroptera, Vespertilionidae). Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Zoología, 15 (3): 41-45. Buenos Aires.

VACCARO, O.B. y E. MASSOIA. 1988. La presencia de *Glossophaga soricina soricina* (Pallas, 1766) en la provincia de Misiones, Argentina (Chiroptera,

Phyllostomidae). Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Zoología, 15 (4): 49-53. Buenos Aires.

1989.-

LÓPEZ, J.A., E. MASSOIA y A. MORICI. 1989. Fauna asociada a restos arqueológicos en el sitio "Las Vizcacheras", costa del río Luján, partido de Escobar, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (14): 2-5. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 5. *Otaria flavescens* en La Barra, departamento Maldonado, República Oriental del Uruguay. Boletín Científico APRONA, (13): 20-21. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Animales depredados por *Tyto alba tuidara* en la ciudad de San Miguel, partido de General Sarmiento, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (15): 2-7. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 7. *Dusicyon gymnocercus antiquus* en Estación J. A. García, partido de Luján, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (15): 25-27. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Curiosa nota sobre la depredación de murciélagos por ave rapaz en Estación Otamendi, partido de Campana, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (15): 27-28.San Miguel.

MASSOIA, E. 1989. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 5. *Glyptodon clavipes* del km 48, Ruta 3, partido de Carlos Paz, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (13): 25-27. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Nuevos o poco conocidos cráneos de mamíferos vivientes. 1. *Rhipidomys leucodactylus austrinus* de la provincia de Salta, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (15): 8-13. Castelar.

MASSOIA, E. 1989. Proyecto Tatú Carreta, 3. Aportes sobre la distribución geográfica de *Priodontes maximus*, con un nuevo registro en el norte de la provincia de Córdoba. Boletín Científico APRONA, (15): 17-18. Castelar.

MASSOIA, E. y J.C. CHEBEZ. 1989. Notas zoogeográficas sobre algunos quirópteros misioneros. Boletín Científico APRONA, (14): 8. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1989. Segundo análisis comparado de egagrópilas de *Tyto alba tuidara* en el departamento de Apóstoles, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (13): 3-8. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1989. Análisis de regurgitados de *Tyto alba tuidara* de Los Helechos, departamento de Oberá, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (14): 16-22. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1989. Mamíferos y aves depredados por *Tyto alba tuidara* en el arroyo Yabebyrí, departamento Candelaria, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (15): 8-13. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1989. Mamíferos y aves depredados por *Tyto alba tuidara* en Bonpland, departamento Candelaria, provincia de Misiones. Boletín Científico APRONA, (15): 15-24. San Miguel.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1989. Análisis de regurgitados de *Tyto alba tuidara* de Camping Casa Amarilla, partido de Chascomús, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (13): 22-24. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1989. La presencia de *Akodon azarae* (Mammalia, Rodentia, Cricetidae) en el Pleistoceno medio de la provincia de Buenos Aires. Ameghiniana, 26 (3-4): 247. Buenos Aires.

MASSOIA, E., C. REBOLEDO y A. MORICI. 1989. Restos de algunos vertebrados fósiles del Pleistoceno superior del partido de Moreno, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (14): 6-7. Castelar.

MASSOIA, E., S.I. TIRANTI y M.P. TORRES. 1989. La depredación de pequeños mamíferos por *Tyto alba* en Canal 6, Delta bonaerense, partido de Campana, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (13): 14-19. Castelar.

PARDIÑAS, U. y E. MASSOIA, E. 1989. Roedores y marsupiales de Cerro Castillo, Paso Flores, departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (13): 9-13. Castelar.

TIRANTI, S.I. y E. MASSOIA. 1989. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 6. *Kiyutherium* sp. de laguna Guatraché, departamento de Hucal, provincia de La Pampa. Boletín Científico APRONA, (13): 27-29. Castelar.

TIRANTI, S.I. y E. MASSOIA. 1989. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 6. *Kiyutherium* sp. De laguna Guatraché, departamento de Hucal, provincia de La Pampa. Boletín Científico APRONA, (13): 27-29. Castelar.

1990.-

MASSOIA, E. 1990. *Phyllotis amicus* Thomas, 1900 (Rodentia, Cricetidae): especie nueva para la República Argentina. Boletín Científico APRONA, (16): 2-4. Castelar.

MASSOIA, E. 1990. Estudio de algunos cráneos de medianos y grandes mamíferos de la Reserva Provincial Copo, departamento Copo, provincia de Santiago del Estero. Boletín Científico APRONA, (16): 17-22. Castelar.

MASSOIA, E. 1990. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 8. *Lagostomopsis antiquus* en Playa El Marquesado y Playa Las Palomas, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (16): 4-7. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 6. *Leptonychotes weddellii* en Isla Nelson, Caleta Armonía, Antártida Argentina. Boletín Científico APRONA, (16): 28-29. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 7. *Arctocephalus gazella* en la Base Yubani, Antártida Argentina. Boletín Científico APRONA, (17): 2-4. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Nuevos o poco conocidos cráneos de mamíferos vivientes. 1. *Euryzygomatomys spinosus spinosus* de la provincia de Misiones, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (17): 9-14. Castelar.

MASSOIA, E. 1990. Roedores depredados por *Tyto alba tuidara* en Mar del Tuyú, partido de General Lavalle, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (17): 17-20. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 8. *Arctocephalus gazella* en Isla Nelson, Caleta Armonía, Antártida Argentina. Boletín Científico APRONA, (18): 2-4. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Datos de Cetáceos varados. 2. *Physeter catodon* en Puerto Madryn, departamento Biedma, provincia de Chubut. Boletín Científico APRONA, (18): 10-13. San Miguel.

MASSOIA, E. 1990. Zooarqueología. 1. Mammalia. Anales de Arqueología y Etnología, 3 (43-45): 447-505 (1988-1990). Mendoza (Tomo especial: J. FERNÁNDEZ, C. (Editor): La cueva de Haichol Arqueología de los pinares cordilleranos del Neuquén).

MASSOIA, E. 1990. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 12. *Proaguti chapadmalensis* en Playas El Marquesado y Cruz del Sur, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (18): 35-38. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1990. Mamíferos y aves depredados por *Tyto alba tuidara* en Desaguadero, departamento Capital, provincia de Corrientes. Boletín Científico APRONA, (18): 14-17. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1990. El estado sistemático de *Thomasomys pictipes* Osgood, 1933 (Rodentia, Cricetidae). Boletín Científico APRONA, (18): 17-18. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1990. Nuevos o poco conocidos cráneos de mamíferos vivientes. 1. *Abrawayaomys ruschi* de la provincia de Misiones, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (17): 39-40. San Miguel.

MASSOIA, E., M.J. LEZCANO y G. APRILE. 1990. Proyecto Tatú Carreta, 4. Datos de un ejemplar del departamento Rivadavia, provincia de Salta. Boletín Científico APRONA, (17): 20-21. San Miguel.

MASSOIA, E., M.J. LEZCANO y C. REBOLEDO. 1990. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 9. *Dolicavia minuscula* en Playa de los Lobos y Playa Serena, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (18): 25-27. San Miguel.

MASSOIA, E., M.J. LEZCANO y C. REBOLEDO. 1990. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 10. *Actenomys latidens* en Playas Los Acantilados y Las Palomas, partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (18): 28-30. San Miguel.

MASSOIA, E., J.J. PEREIRO y C. REBOLEDO. 1990. Análisis de regurgitados de *Bubo virginianus* en La Lipela, departamento Los Lagos, provincia de-Neuquén. Boletín Científico APRONA, (18): 53-57. Castelar.

MASSOIA, E. y J.E. PÉREZ. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 12. *Mirounga leonina* en la Base Yubani, Antartida Argentina. Boletín Científico APRONA, (18): 44-45. San Miguel.

MASSOIA, E., J.E. PÉREZ y F. ROBLES. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 10. *Otaria byronia* en Bahía de los Nodales, departamento Deseado, provincia de Santa Cruz. Boletín Científico APRONA, (18): 13-16. San Miguel.

MASSOIA, E. y J.C. RECAREY. 1990. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 11. *Glossotherium robustum* en Jáuregui, partido de Luján, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (18): 33-35. San Miguel.

MASSOIA, E. y F. ROBLES. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 9. *Arctocephalus australis* en Playa Draga, departamento Maldonado, República Oriental del Uruguay. Boletín Científico APRONA, (18): 8-12. San Miguel.

MASSOIA, E., P.E. SUTTON, J.E. PÉREZ y F. ROBLES. 1990. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 11. Tres ejemplares del género *Arctocephalus* en la provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (18): 41-43. San Miguel.

MASSOIA, E. y O.B. VACCARO. 1990. El estado sistemático de los géneros *Sphiggurus* F. Cuvier y *Coendu* Lacépede, 1799 (Mammalia, Rodentia, Hystricomorpha, Erethizontidae). Boletín Científico APRONA, (18): 47-52. San Miguel.

1991.-

MASSOIA, E. 1991. Atlas de restos de mamíferos del sitio arqueológico de Chenque Haichol, departamento Picunches, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (20): 21-46. San Miguel.

1992.-

LÓPEZ, J.A., A. MORICI y E. MASSOIA. 1992. Fauna asociada a restos arqueológicos en el sitio "Laguna Grande", Estación Rómulo Otamendi (F.C.G.B.M.), partido de Campana, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (22): 2-10. Castelar.

MASSOIA, E. 1992. Proyecto Tatú Carreta, 5. El cráneo de un ejemplar recolectado en la provincia de Entre Ríos. Boletín Científico APRONA, (21): 31-32. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ, A. BOSSO, A. PARERA y M. MASARICHE. 1992. Nuevas localidades de mamíferos amenazados de la Argentina (Primera parte). Boletín Científico APRONA, (21): 1-30. San Miguel.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ, A. BOSSO, A. PARERA y M. MASARICHE. 1992. Nuevas localidades de mamíferos amenazados de la Argentina (Segunda parte). Boletín Científico APRONA, (21): 39-53. Castelar.

MASSOIA, E. y J. FERNÁNDEZ C. 1992. Los aspectos externos de los mamíferos componentes de la arqueofauna de la Cueva Haichol, departamento Picunches, Neuquén. Boletín Científico APRONA, (22): 26-38. Castelar.

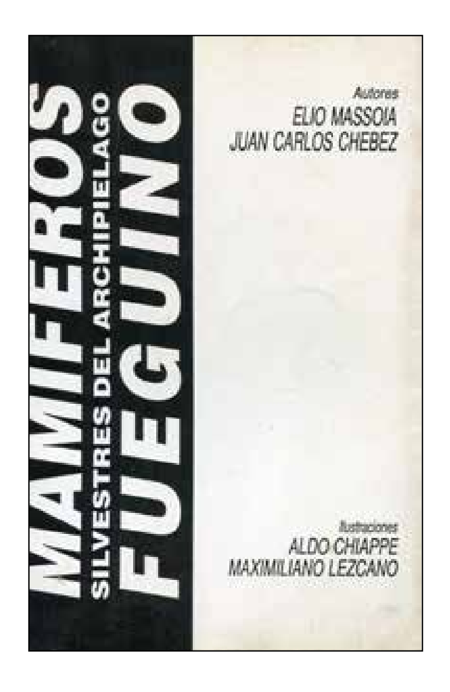
MASSOIA, E. y J.A. LATORRACA. 1992. Contribución al conocimiento de la mastofauna reciente de la provincia de Santiago del Estero. 1. Boletín Científico APRONA, (23): 49-57. Castelar.

MASSOIA, E. y J.R. NAVAS. 1992. Contribución al conocimiento de la fauna de aves y mamíferos de la Antártida Argentina. 1. De la Base Naval Teniente Jubany. Boletín Científico APRONA, (23): 1-40. Castelar.

1993.-

MASSOIA. E. 1993. Lista sistemática de los Cetáceos registrados en aguas argentinas y atlas de sus aspectos externos. Boletín Científico APRONA, (24): 7-16. Castelar

MASSOIA, E. 1993. Los roedores misioneros. 1. Lista sistemática comentada y geonemia provincial conocida. Boletín Científico APRONA, (25): 42-51. Castelar.



Libro *Mamíferos Silvestres del Archipiélago fueguino*, publicado junto a Juan Carlos Chebez, año 1993.

MASSOIA. E. 1993. Lista sistemática de los Cetáceos registrados en aguas argentinas y atlas de sus aspectos externos. 2. Boletín Científico APRONA, (25): 52-53. Castelar.

MASSOIA, E. y J.C. CHEBEZ. 1993. Los mamíferos silvestres del archipiélago fueguino. Editorial L.O.L.A., Buenos Aires.

MASSOIA, E. y J.R. NAVAS. 1993. Contribución al conocimiento de la fauna de aves y mamíferos de la Antártida Argentina. 2. De la Isla Nelson, Caleta Armonía. Boletín Científico APRONA, (25): 3-35. Castelar.

1994.-

MASSOIA, E. 1994. Análisis de regurgitados de *Bubo virginianus* de Laguna de Pozuelos, provincia de Jujuy. Boletín Científico APRONA, (26): 13-16. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1994. La depredación de algunos mamíferos por *Bubo virginianus* en el departamento Malargüe, Mendoza. Boletín Científico APRONA, (26): 2-5. Castelar.

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y S. HEINONEN FORTABAT. 1994. Depredación de pequeños mamíferos por *Bubo virginianus* en el lago Cardiel, Departamento Lago Buenos Aires, provincia de Santa Cruz. Boletín Científico APRONA, (26): 17–21.

MASSOIA, E. y A. MORICI. 1994. Los Camélidos vivientes y fósiles de la Argentina. 1. Lista sistemática comentada, aspectos externos nuevos y datos sobre cráneos de *Vicugna vicugna* de Jujuy (Mammalia, Atiodactyla). Boletín Científico APRONA, (26): 42-49. Castelar.

MASSOIA, E., A. MORICI y B. LARTIGAU. 1994. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* de Villa La Ventana, partido de Tornquist, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (26): 22-36. Castelar.

MASSOIA, E. y U. PARDIÑAS. 1994. La depredación de mamíferos por *Bubo virginianus* y *Tyto alba* en Cerro Casa de Piedra, Lago Burmeister, Parque Nacional Perito Moreno, provincia de Santa Cruz. Boletín Científico APRONA, (26): 6-12. San Miguel.

1995.-

MASSOIA, E. 1995. Nota necrológica: el fallecimiento del Dr. José María Gallardo. Boletín Científico APRONA, (27): 2. Castelar.

MASSOIA, E. 1995. Nota bibliográfica: principales libros del Dr. Gallardo. Boletín Científico APRONA, (27): 2. Castelar.

MASSOIA, E. 1995. Nuevos datos sobre los Dasypodidae vivientes y fósiles argentinos (Mammalia, Cingulata). 1. Interesantes restos pleistocénicos de ejemplares de los géneros *Eutatus y Pampatherium.* Boletín Científico APRONA, (27): 4-8. Castelar

MASSSOIA, E., G. APRILE y B. LARTIGAU. 1995. Vertebrados depredados por *Tyto alba* en Capitán Solari, Partido de Sargento Cabral, provincia del Chaco. Boletín Científico APRONA, (27): 9-14. Castelar

MASSSOIA, E., G. APRILE y B. LARTIGAU. 1995. Mamíferos (Rodentia, Lagomorpha y Marsupicarnivora) cazados por *Tyto alba* en el río Limay, departamento Pilcaniyeu, provincia de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (27): 15-18. Castelar

MASSSOIA, E., G. APRILE y B. LARTIGAU. 1995. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* de Estación Santa Margarita, departamento 9 de Julio, provincia de Santa Fe. Boletín Científico APRONA, (27): 19-21. Castelar

REBOLEDO, C., E. MASSOIA y A. MORICI. 1995. Bioestratigrafía de la cuenca alta del río Reconquista. Pleistoceno tardío, nordeste de la provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (28): 1-31, láminas I-IV. Castelar.

MASSOIA, E., A. MORICI y C. REBOLEDO. 1995. Nuevos datos sobre los Dasypódidae vivientes y fósiles argentinos (Mammalia, Cingulata) *Pampatherium typunm* en el Pleitoceno del río de la Reconquista, partido de Moreno, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (27): 25-28. Castelar.

1996.-

GUALTIERI, A.F. y E. MASSOIA. 1996. Guía de arañas de la ciudad de Buenos Aires. I. Boletín Científico APRONA, (29): 9-25. Castelar.

GUALTIERI, A.F. y E. MASSOIA. 1996. Guía de arañas de la ciudad de Buenos Aires. II. Boletín Científico APRONA, (30): 10-20. Castelar.

MASSOIA, E. 1996. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 13. *Lobodon carcinophagus* en el Refugio Gurruchaga, Isla Nelson, Antartida Argentina. Boletín Científico APRONA, (30): 44-45. Castelar.

MASSOIA, E. 1996. Los roedores con pelaje espinoso de la Argentina (Mammalia). Boletín Científico APRONA, (29): 26-29. Castelar.

MASSOIA, E., A.J. DIÉGUEZ y A. BOSSO. 1996. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 15. *Globicephala melaena* (Trail, 1809) de Isla Grande de Tierra del Fuego, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (32): 6-8. Castelar.

MASSOIA, E., C. REBOLEDO y A.J. DIÉGUEZ. 1996. Análisis de bolos de *Tyto alba* del Río Seco La Hedionda Depto. San Rafael, Mendoza. Pp. 34 in: Novena Reunión Argentina de Ornitología (Buenos Aires, Argentina), Resumen.

MASSOIA, E. y S.I. TIRANTI. 1996. Nuevos o poco conocidos cráneos de Mamíferos vivientes. 3. *Chlamyphorus truncatus* de la provincia de La Pampa, República Argentina, . Boletín Científico APRONA, (31): 28-31. Castelar.

1997.-

MASSOIA, E. y A.J. DIÉGUEZ. 1997. El cráneo terastológico de un ejemplar santiagueño de *Mazama gouazoubira* (Mammalia, Artiodactyla, Cervidae). Boletín Científico APRONA, (33): 12-16. Castelar.

MASSOIA, E. y A.J. DIÉGUEZ. 1997. Cráneos de mamíferos marinos varados en costas argentinas y uruguayas. 16. *Stenella coeruleoalba* (Meyen, 1833) en Playa "Las Palomas", Partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (32): 32-33. Castelar.

MASSOIA, E., A.J. DIÉGUEZ y J.A. LATORRACA. 1997. Vertebrados depredados por estrigiformes en Guampacha. 1. Departamento Guasayán, provincia de Santiago del Estero. Boletín Científico APRONA, (32): 30-31. Castelar.

MASSOIA, E., A.J. DIÉGUEZ y S.I. TIRANTI. 1997. Pequeños mamíferos depredados por *Tyto alba* en la provincia de La Pampa, según sucesivas recolecciones. Boletín Científico APRONA, (32): 19-21. Castelar.

MASSOIA, E., S. HEINONEN FORTABAT y A.J. DIÉGUEZ. 1997. Análisis de componentes mastozoológicos y ornitológicos en regurgitados de *Tyto alba* de Estancia Guaycolec, Dto. Pilcomayo, Pcia. de Formosa, República Argentina. Boletín Científico APRONA, (32): 12-17. Castelar.

MASSOIA, E. y H. PASTORE. 1997. Análisis de regurgitados de *Geranoaetus melanoleucus* de la Ea. La Gloria, Dto. Cushamén, provincia de Chubut. Boletín Científico APRONA, (33): 4-5. Castelar.

MASSOIA, E. y H. PASTORE. 1997. Análisis de regurgitados de *Bubo virginianus magellanicus* (Lesson, 1828) del Parque Nacional Laguna Blanca, departamento Zapala, provincia de Neuquén. Boletín Científico APRONA, (33): 18-19. Castelar.

MASSOIA, E., C. REBOLEDO y A.J. DIÉGUEZ. 1997. Análisis de bolos *Tyto alba* del Río Seco La Hedionda, departamento San Rafael, provincia de Mendoza. Boletín Científico APRONA, (31): 2-7. Castelar.

1998.-

MASSOIA, E. 1998. Nuevos cráneos de mamíferos fósiles argentinos. 13. *Mylodon darwini* de la Arroyo Balta, partido de Mercedes, provincia de Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (34): 19-21. Castelar.

MASSOIA, E. 1998. Roedores vinculados con virosis humanas en la República Argentina. Pp. 243-246, en Segundo Congreso Argentino de Zoonosis y Primero Argentino y Latinoamericano de Enfermedades Emergentes: Temas de zoonosis y enfermedades emergentes. Ideográfica, Diseño y Producción Gráfica, Buenos Aires.

MORICI, A. y E. MASSOIA. 1998. Análisis de regurgitados de *Otus choliba choliba* (Vieillot, 1817), de la granja "17 de Abril", partido de General Rodríguez, Buenos Aires. Boletín Científico APRONA, (34): 11-13. Castelar.

1999.-

MASSOIA, E. 1999. Notas de divulgación. 17. Errores, confusiones y olvidos mastofaunísticos argentinos. Boletín Científico APRONA, (38): 16-21. Castelar.



Libro *Los marsupiales de la Argentina*, publicado junto a Analía Forasiepi y Pablo Teta, 2000.

MASSOIA, E., H. PASTORE y J.C. CHEBEZ. 1999. Mamíferos depredados por *Tyto alba* en los departamentos de Gral. Ocampo y Rosario V. Peñaloza, Pcia. de La Rioja. Boletín Científico APRONA, (37): 17–20.

MASSOIA, E., H. PASTORE y S. HEINONEN. 1999. Análisis de regurgitados de *Tyto alba* de la Escuela Provincial N° 17 "J. Sabiaur", departamento Bermejo, provincia del Chaco. Boletín Científico APRONA, (36): 2-4. Castelar.

MASSOIA, E., M. SILVEIRA y H. PASTORE. 1999. Mamíferos depredados por ave strigiforme en el sitio Huechahué, departamento de Collon Cura, provincia del Neuquén. Boletín Científico APRONA, (36):20-24. Castelar.

PÉREZ, A., E. MASSOIA y P. TETA. 1999. La fauna del nivel de ocupación tardío del sitio arqueológico Cueva Loncomán, área Pilcaniyeu, sudoeste de Río Negro. Boletín Científico APRONA, (35): 1-40. Castelar.

2000.-

MASSOIA, E., A. FORASIEPI y P. TETA. 2000. Los Marsupiales de la Argentina. Editorial L. O. L. A., Buenos Aires, pp. 1-71. Ilustrado.

2006.-

MASSOIA, E., J.C. CHEBEZ y A. BOSSO. 2006. Los mamíferos silvestres de la provincial de Misiones, Argentina. Fundación de Historia Natural "Félix de Azara", 510 pp. Buenos Aires. versión digital 2006, edición impresa 2012.



Libro *Los mamíferos silvestres de la provincia de Misiones* publicado junto a Juan Carlos Chebez y Andrés Bosso, obra póstuma, año 2006 (versión digital), y año 2012 (versión impresa).

Prof. Dr. Julio Rafael Contreras Roqué (1933-2017)

Julio Rafael Contreras Roqué nació el 30 de noviembre de 1933 y falleció el 18 de mayo de 2017. Se especializó desde muy temprana edad en zoología de vertebrados, biología evolutiva y biogeografía, y años más tarde en historia de la ciencia.

Inició su actuación en el Departamento de Biología de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y después pasó al Ministerio de Asuntos Agrarios de la provincia de Buenos Aires. Alternó las tareas de gabinete y laboratorio con el trabajo de campo y realizó innumerables expediciones científicas en la Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia.

Trabajó muchos años en ornitología, pero su dedicación central fue el seguimiento y reconstrucción de la historia evolutiva de los roedores subterráneos sudamericanos de la familia Ctenomyidae, grupo dentro del cual describió varias nuevas especies.

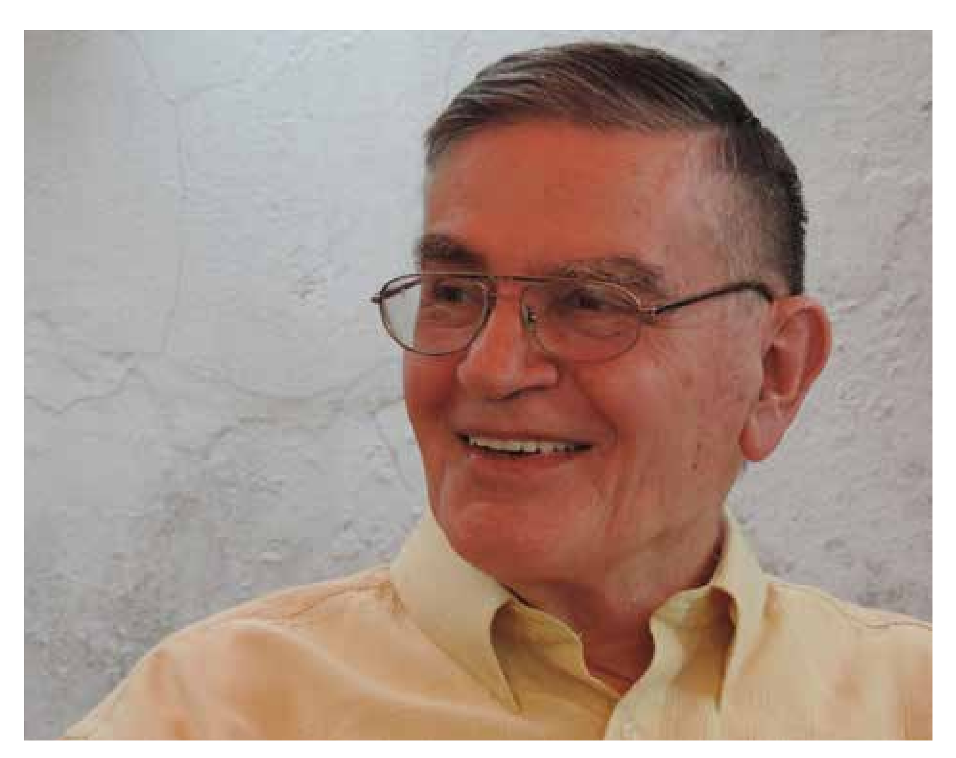
A partir del año 1970 concentró sus estudios en el área subtropical sudamericana, especialmente en el norte argentino, en el Paraguay y en el oriente boliviano.

Desempeñó actividades docentes, como profesor de biología general, de fisiología comparada y también como jefe del Departamento de Biología en la Universidad Nacional del Comahue, en San Carlos de Bariloche, provincia de Río Negro. Más tarde actuó como docente en el Instituto Superior del Profesorado de Mendoza.

A partir del año 1974 fue miembro de la Carrera de Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Como tal, dirigió y formó becarios y fue director de distintos institutos de investigación: el Centro Argentino de Primates (CAPRIM), el Centro de Ecología Aplicada del Litoral (CECOAL) y el Programa de Biología Básica y Aplicada Subtropical (PROBBAS), todos ellos emplazados en la provincia de Corrientes.

Al retirarse, en el año 1998, pasó a desempeñarse como investigador contratado en el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia (MACN), en la ciudad de Buenos Aires, y en el año 2002 se radicó en la localidad de Pilar, en el Paraguay, donde continuó trabajando como director del Instituto de Bioecología e Investigación Subtropical Félix de Azara.

Fue coorganizador de las Primeras Jornadas Azarianas, en Madrid, en octubre del año 2005, y en el año 2007 recibió el galardón "Félix de Azara" que entre-



Prof. Dr. Julio Rafael Contreras Roqué. Febrero de 2014. Foto: Lorena E. Pérez.

ga la Diputación de Huesca, Aragón, España. En el año 2012 recibió el título de Doctor *honoris causa* de la Universidad Maimónides y un año más tarde el de la Universidad de Pilar.

Publicó más de una docena de libros y monografías, y más de 250 trabajos científicos. Participó en la redacción de capítulos de obras colectivas y organizó y dirigió numerosos congresos y otras reuniones científicas.

Fue miembro de la Sociedad Científica del Paraguay y de la Academia Paraguaya de la Historia. En sus últimas dos décadas alternó la biología con la historia de la ciencia.

Fue miembro fundador y primer presidente de la Fundación Azara, institución que mantiene vivas *Historia Natural* y *Nótulas Faunísticas*, dos publicaciones especializadas fundadas por él en 1979 y 1987 respectivamente. La Fundación también atesora actualmente algunos de sus libros, parte de su colección biológica y su producción científica.

Nuestra institución le estará eternamente agradecida por su ineludible rol protagónico en su primera década de vida.

Fue un gran naturalista enciclopedista argentino, probablemente el último del siglo XX.

Adrián Giacchino



La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre "Güirá Oga", vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

www.fundacionazara.org.ar
www.facebook.com/fundacionazara
www.instagram.com/fundacionazara/





“La mastozoología se ocupa del estudio de los mamíferos y –como toda ciencia- construye sus conocimientos de modo colectivo. En estas páginas se relata la vida de uno de los investigadores más importantes que tuvo la Argentina en esta materia: Elio Massoia.

Y con la particularidad que el narrador fue su par, pero no cualquiera: quien mejor lo conoció. De algún modo, la historia de la zoología es la integración de las biografías de sus protagonistas.

Este libro, en mi opinión, es el más importante que haya escrito Julio Contreras. Al menos, sobre historia de la ciencia en general y, en particular, sobre la mastozoología argentina de la segunda mitad del siglo XX.

Los lectores advertirán rápidamente que contiene no solo la biografía de Massoia sino que parcialmente abarca las de Osvaldo Reig y la suya propia. Es decir, las de tres de los máximos exponentes de la mastozoología sudamericana.”

Claudio Bertonatti







